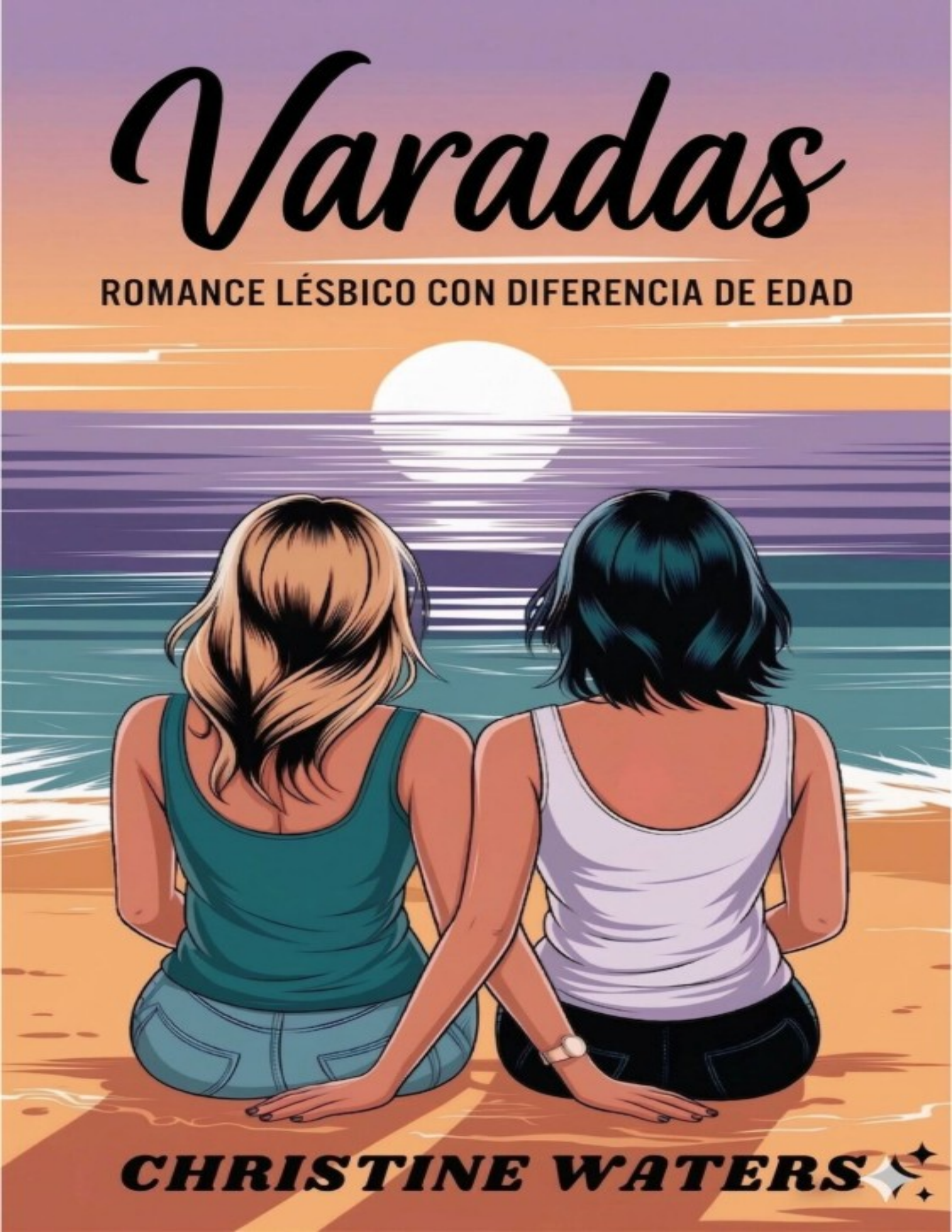
Varadas

ROMANCE LÉSBICO CON DIFERENCIA DE EDAD



CHRISTINE WATERS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Stranded
Autor: Christine Waters
Fecha de publicación original: Enero, 2024

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

Stranded

Helen and Lana’s Journey

Table of Contents

Title Page

CHRISTINE WATERS

Copyright © 2024 Christine Waters | All rights reserved

Welcome!

1 | Helen

2 | Helen

3 | Lana

4 | Lana

5 | Helen

6 | Lana

7 | Helen

8 | Lana

9 | Lana

10 | Helen

11 | Lana

12 | Lana

13 | Helen

14 | Helen

15 | Lana

16 | Helen

17 | Helen

18 | Lana

19 | Lana

20 | Helen

21 | Lana

22 | Lana

23 | Helen

24 | Helen

25 | Lana

26 | Helen

27 | Lana

28 | Helen

29 | Helen

30 | Lana

31 | Lana

32 | Helen

33 | Helen

34 | Lana

35 | Lana

36 | Helen

37 | Helen

38 | Helen

39 | Lana

40 | Lana

41 | Helen

42 | Helen

43 | Helen

Did You Enjoy This Book?

More Books by Christine Waters

CHRISTINE WATERS

Copyright © 2024 Christine Waters

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.
No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Welcome!

Welcome to **Stranded**, *Helen and Lana's Journey* series.

Enjoy the nail-biting twists and turns, ups and downs that Helen and Lana go through as they navigate their way in an unexpected journey of survival, self-discovery, and possibly love.

This book reads as a complete novel and therefore is not divided into separate books.

Sign up for my newsletter **here** to find out in advance about new releases and other upcoming books.

Have Fun!

1

Helen

—¿VAS A COMERTE eso? O sea, ¿para desayunar?

En pocas palabras, el marido de Helen Hales era un gilipollas. Lo cierto es que no le preocupaba tanto su salud como su peso y su aspecto. Le criticaba todo lo que comía en el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena.

A pesar de su duro trabajo, de todos sus logros, de haber dado a luz a sus dos hijos mientras ascendía por la escalera corporativa —donde cualquier paso en falso la habría enviado a su perdición—, cualquier indicio de descuidarse era un pecado mortal para él. Quería que siguiera siendo como era hace veinte años.

Cuando lo conoció en la universidad, ella era delgada como un fideo y tenía una personalidad que pocos podían igualar. Karen Foke había intentado conquistarlo, y ni siquiera ella —la actual gobernadora de Maine— pudo superarla. No cuando se trataba de Jeff.

Antes, Helen solía sentirse halagada por eso. Ya no. Nada de eso importaba, solo que un bagel con queso crema para desayunar era el gran culpable de sus michelines, sus curvas y su mal carácter.

Ella discrepaba. Estaba muy estresada. A diferencia de él, nunca descansaba. No había nacido en cuna de oro, ni se había sacado la carrera de Derecho sin despeinarse, ni había trabajado junto a su padre en uno de los bufetes de abogados más prestigiosos del país, sino el que más. Nada le había sido regalado. Había tenido que luchar por todo lo que tenía. Así que, si quería un bagel con queso crema para desayunar y no quería preocuparse por parecer una universitaria de primero para él, no debería culparla.

No debería importarle, igual que a Helen tampoco le importaba no sentirse ya tan atraída por él. Tenían objetivos más importantes que la atracción.

Ahora estaba muerta de hambre. Si pudiera, se zamparía entero aquel atentado contra la salud con sabor a arándanos, lo regaría con café caliente y seguro que su actitud cambiaría. En cambio, optó por darle un pequeño mordisco antes de responderle.

—Sí, me lo voy a comer para desayunar. Me muero de hambre. Y estoy jodidamente... —Se le escaparon unas migas de la boca y se detuvo a mitad de frase, al recordar que sus hijas, que armaban

jaleo corriendo alrededor de la isla de la cocina, seguían atentas y podían oírla perfectamente a ella y a Jeff. Katy y Emma nunca perdían la oportunidad de regañar a sus padres por decir palabrotas.

—Llego tarde —dijo Helen mientras se metía el brazo izquierdo en la manga de su chaqueta de ante negro—. ¿Me puedes dar un respiro? ¿Puede ser esta una mañana libre? —suplicó más que preguntó.

Y vaya si necesitaba un respiro. No era frecuente que la Directora Creativa de Verve Couture se retrasara con los plazos de entrega. Sin embargo, no era culpa suya. El mal tiempo en Guatemala no era algo que pudiera controlar. Y no había sido idea suya hacer una sesión de fotos en medio de la nada con solo cuatro días para llegar al lugar, hacer la sesión, recoger todo el equipo y volver a Nueva York para montarlo todo.

Pero tenía que salir bien. Tenía que salir bien. Era una de las sesiones más importantes del año: cuestión de vida o muerte.

—Tómatelo como una aventura —le había dicho Tessa, su jefa, sentada detrás de su enorme escritorio de caoba.

—Yo no hago aventuras, Tessa.

—Bueno... —Tessa entrelazó los dedos de uñas perfectamente arregladas y esbozó una sonrisa tensa—. Tómatelo como unas vacaciones. Llévate a tu familia. Jeff está de vacaciones, ¿verdad? Y a las niñas les va a encantar.

A las niñas les había horrorizado, como era de esperar. Eran las hijas de Helen, por el amor de Dios. Al llegar, hacía un calor insoportable, no les gustaba casi nada de la comida, y Helen tuvo que hacerle una petición especial al chef: macarrones con queso, nada del otro mundo.

Daba igual adónde las llevara Helen, sus paladares nunca evolucionaban. Quizás las estaba presionando demasiado para que fueran quienes no eran.

A Jeff tampoco le gustó gran cosa. No era lo suyo. Helen podría haber entendido la reticencia de las niñas a aceptar lo nuevo, pero no la de Jeff. El hotel estaba bien; no debería quejarse ni ponerse quisquilloso por pequeñeces. El servicio era excelente, y lo que

podría haber sido una velada agradable después de la cena acabó siendo una discusión sobre tener otro hijo.

Para ser justos, ella también ayudó a arruinar la velada al dejar que su irritabilidad se apoderara de ella. No quería otro hijo, especialmente ahora. Emma solo tenía dos años, y Katy acababa de cumplir cuatro el mes pasado. Su carrera era una locura y siempre estaba estresada. Apenas podía subir un tramo de escaleras sin quedarse sin aliento. Albergar a otro ser humano dentro de ella sería cruel. Y egoísta con todos los demás que dependían de ella. Tendría que dedicar meses de su vida a darle a Jeff algo que ninguno de los dos deseaba realmente.

Si ese embarazo se pareciera en algo al último, también estaría enferma durante la primera mitad y postrada en cama el resto. A los treinta y ocho años, ya había tenido suficiente con los partos.

Qué bonito era, decía todo el mundo. Pero nadie le contó lo feo. Así que le dijo eso mismo. No iba a hacerlo.

Furioso, gritó como un loco sin importarle que las niñas estuvieran en su habitación. Si el ruido las hubiera despertado, habrían entrado en el dormitorio, habrían pasado junto a ella como si fuera invisible y habrían corrido a los brazos de su padre como si ella fuera la enemiga. Como de costumbre, él las dejaría creerlo.

En pocas palabras, Jeff era un jodido gilipollas. No le cabía duda de que ahora la estaba castigando mientras le arrancaba el bagel de la mano y le lanzaba una fruta tropical amarilla del cuenco de cerámica sobre la mesa de madera. La olió, y el aroma del maracuyá la mareó.

—¿Cómo voy a comerme —Helen hizo una pausa para bajar la voz; Katy y Emma corrían alrededor de la mesa como dos canarios amarillos revoloteando alrededor de su cabeza— un jodido maracuyá?

—¿Prefieres una manzana? —preguntó él con esa sonrisa que antes la encandilaba y ahora le resultaba repulsiva. Sonó su teléfono y dejó la fruta sobre la mesa. Podía oír la canción que Katy le había puesto de tono, pero no veía el móvil por ninguna parte.

—Chicas, ¿dónde está mi teléfono? ¿Podéis ayudar a mamá a encontrarlo? —preguntó Helen.

—¡Venga, chicas! —Jeff dio unas palmadas—. Ayudad a mamá a encontrar el teléfono. Y dejad de correr alrededor de la mesa.

—¡Estamos haciendo ejercicio! —gritó Katy por encima de la voz chillona de Emma, que imitaba la bocina de un tren imaginario. El nivel de ruido aumentaba por segundos, y Jeff podía ver cómo la presión se acumulaba en los ojos de Helen. Intentó callar a las niñas.

Con la respiración entrecortada, la vista borrosa, la mente confusa y el cuerpo tambaleante, Helen podía ver el autobús que se acercaba a la velocidad de una bala, listo para arrollarla con un ataque de ansiedad. Se llevó la mano al pecho y boqueó en busca de aire.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo Jeff. Antes de que se diera cuenta, él le había cogido las manos e intentaba quitarle el café, con el teléfono de ella en la mano libre. Las niñas se habían quedado calladas y la miraban con las cabezas ladeadas y expresión confusa, como si estuviera a punto de desmayarse igual que la habían visto desmayarse en casa, en el salón. Helen no quería hacerles pasar por eso otra vez.

—Es Maggie —dijo Jeff. Clavó la mirada en el rostro sudoroso de su esposa, en sus ojos gris claro, llorosos y aturdidos—. ¿Quieres sentarte? ¿Le digo que llame más tarde?

—¡No! Estoy bien —. Le quitó el teléfono de la mano, se llevó la taza de café al pecho, se aclaró la garganta y controló la voz.

—¡Sí! —contestó, con el tono exacto que pretendía, casi involuntariamente perverso. El trabajo llamaba y entró instantáneamente en modo bestia, sin un segundo que perder.

—Buenos días, señorita Hales —. La voz temblorosa y tímida de Maggie nunca dejaba de asombrar a Helen. Después de tres meses como su asistente, Helen pensaba que a estas alturas habrían establecido algún tipo de relación. Que Maggie entendería sus necesidades y peticiones más sencillas, sería un poco más eficiente, un poquito más elocuente, tendría un poco más de discreción. Pero ¿qué era Maggie? Siempre temerosa de meter la pata, de cabrear a Helen, y al hacerlo, la cabreaba.

—Quiero decir, señorita Hales. Señora Hales —se corrigió Maggie.

No se parecía en nada a su última asistente, una mujer de cuarenta y tantos que, a pesar de haberse licenciado en literatura, había visto cómo un marido maltratador destrozaba sus esperanzas y sueños.

Helen no tuvo más remedio que darle el trabajo cuando se lo suplicó, aunque no estaba cualificada, no daba el perfil y, siendo sinceros, debería estar fregando suelos en el turno de noche. Helen había rechazado a tantos universitarios por Carra. Pero había funcionado. Carra pasó cinco años con ella y luego lo dejó cuando su hija se casó y tuvo un hijo. Sin embargo, Helen todavía recordaba la mirada en los ojos de Carra, la misma mirada que Maggie siempre le lanzaba, como si fuera un monstruo.

Pero cuando Helen organizó una fiesta de despedida para Carra y le entregó su regalo, una bonificación extra equivalente a un año de sueldo, Carra dijo que no lo necesitaba. Abrazó a Helen y le dijo que era *buena*. De alguna manera, en ese preciso momento, cuando ella y Jeff ni se hablaban ni se miraban, Helen necesitaba oírlo, sentir el abrazo de otro ser humano que no quisiera nada de ella.

«¿Hay algo que pueda hacer para que te quedes? ¿Tu hija podría mudarse aquí? Claro, se traería al marido también», le había suplicado Helen, pero Carra no se dejó comprar.

***

—Buenos días, Maggie. ¿Qué pasa? —preguntó Helen.

—Eh, estoy aquí. Tu coche está aquí abajo, conmigo dentro. Está listo.

—Dame veinte.

—Claro, por supuesto. ¡Sí!

Helen puso los ojos en blanco ante el tono de Maggie. —¿Qué pasa?

—Es solo que el vuelo sale en como una hora más o menos. Y no sé cómo estará el tráfico. Y bueno, no quiero que nos dejen en tierra.

—Maggie, por favor, dame veinte minutos. Además, a *mí* no van a dejar*me* en tierra.

—¿Es Maggie? —preguntó Katy.

—¡Es Maggie! —gritó Emma, olvidándose las dos del estado en que había estado su madre, que hacía unos segundos casi se desmayaba a sus pies. ¡Qué mocosas!

—¡Maggie! ¡Maggie! ¡Maggie! —Emma sustituyó el pitido por el cántico del nombre de Maggie mientras volvía a correr alrededor de la isla.

—¿Puede subir? —preguntó Katy—. Dile que suba. Dijo que tiene chocolates.

—Cariño —dijo Helen—, no tiene chocolates.

—Sí que tiene. Dijo que nos daría chocolates la próxima vez que nos viera si nos portábamos bien.

Helen volvió a llevarse el teléfono a la oreja. —¿Sobornaste a mis hijas con caramelos?

—No, claro que no. Llegábamos tarde y no querían que te fueras, así que eso fue lo que les dije. ¿Quieres que compre? Puedo comprar y...

—No, déjalo, Maggie.

Katy tiró de la chaqueta de Helen. —¿Va a subir?

Con la cara que ponía Katy, Helen no podía negarle eso. ¿O sí? ¿Podía decirle que llegaban tarde, que estaba superocupada y que tenían que irse ya?

Helen miró a su hija mayor y se debatió sobre si dejar subir a la rara y pesada de Maggie a la habitación del hotel.

Entonces el imbécil de Jeff dijo: —Quizás deberías llevarte el bagel. Tienes hambre. Estás estresada. Tranquila. No pasa nada —. Agitó las manos como diciendo «borrón y cuenta nueva». Cogió el bagel mordido de la mesa y la taza de café de Helen—. Rellenártelo, debo.

Sirvió más café en la taza de Helen mientras ella no le quitaba ojo al bagel que Jeff tenía en la mano.

—¿Señora Hales? —La voz de Maggie la arrancó de la mirada hambrienta que había clavado en el bagel.

—Sube un momento, ¿quieres?

—¿Va todo bien? ¿Necesita que lleve algo?

—Dos chocolatinas. Asegúrate de que sean sin azúcar. Y no vuelvas a sobornar a mis hijas. Es poco profesional.

Helen se dio la vuelta y chocó con Jeff, que le derramó café hirviendo por toda su chaqueta favorita.

—¡Jodeeer!

2

Helen

—¡Mierda! ¡Mierda! —Helen se acuclilló en su habitación, frente a la cama. Siendo el monstruo que era, debería haberse quedado encerrada allí el resto del viaje.

Como siempre se convencía, no era tan lista. Otra persona podría hacer su trabajo. Podría haberlo delegado, incluso. Delegar, como le había dicho su mejor amiga Sammy.

«Relájate, diviértete. ¿Quién coño quiere irse de putas vacaciones a Guatemala, a saber dónde coño, y tener que partirse el culo trabajando?». Hablaba arrastrando las palabras, borracha. Podía hacer lo que quisiera, decir lo que quisiera, y salirse con la suya. Era escritora. No lidiaba con dramas. No lidiaba con plazos. No lidiaba con nadie que le diera órdenes.

Por otro lado, Helen a veces se sentía atrapada. Ayer oía el ruido fuera de la habitación que compartía con Jeff, las niñas retozando y jugando felices. Ahora reinaba el silencio; su arrebato las había dejado a todas atónitas. Nunca debería haberlas traído a Guatemala. Estaba trabajando. Sabía que estaría estresada hasta la médula, que tendría un montón de cosas que supervisar y estaría ocupadísima.

La pregunta principal acechaba en su mente: ¿le había lanzado Katy esa mirada de miedo que Maggie y Carra siempre tenían?

Lloró aunque no tenía tiempo. Así que lloró mientras se quitaba la chaqueta y rebuscaba entre la ropa desparramada que se derramaba de la maleta junto a la cama. En el calor de la pasión de anoche, cuando intentaban hacer un bebé, Jeff había tirado la maleta de la cama, decidido y desesperado por dejarla preñada, con la polla dura como una piedra a los cincuenta y seis.

A Helen le importaba una mierda lo que dijera cualquiera de que una polla dura reducía la ansiedad. Para ella significaba más responsabilidad y preocupación por si estaba embarazada o por si le dolían los pechos por algo que no fuera la regla. Y luego el miedo se disparaba si se le retrasaba.

No quería otro bebé. Katy era fruto del amor. Era el vivo retrato de Jeff: sus genes, la belleza increíble de las hermanas de él, de la que Helen estaba un poco celosa. Katy era todo lo que necesitaba, todo lo que quería, y mucho más.

Emma era como ella. Todo lo que era Emma, lo era Helen. Con solo dos años, se parecía tantísimo a Helen. Una luchadora, una líder. Marchaba al ritmo de su propio tambor. Pitaba al son de su propio tren imaginario. La mirada decidida que tenía al nacer seguía intacta. Y cuando veía que algo iba mal con su madre, lo dejaba todo y llamaba a su mamá. Lo dejaba todo antes del arrebato de Helen, eso sí.

—¡Mierda! —repitió Helen. Quería coger a esas dos niñas dulces y preciosas, sus niñas, y abrazarlas y pedirles perdón. Sin las «mierdas», claro, sin la ira y todo lo que esta conllevaba.

Sacó de la maleta su chaqueta Chanel blanca acolchada. Eso la mantendría abrigada si hacía frío. Al mirar la maleta, la invadió la tristeza; ojalá no tuviera que trabajar. Pero como siempre, se aguantó.

Después de uno o dos días de rodaje en la selva o el bosque, o lo que fuera, pensaba quedarse dos días más. Sin móviles. Sin trabajo. Sin Maggie. Sin Tessa. Sin nada de nada. Solo ella, su Katy, su Emma. Y Jeff, claro.

Ya había fantaseado con el bar de karaoke que había visto de camino al restaurante donde cenaron la noche anterior. Pero Jeff jamás accedería. Jamás la dejaría emborracharse como cuando era joven y subirse a una mesa a cantar a pleno pulmón.

Tessa lo había presenciado una vez. Helen se había emborrachado y había vomitado en el cubo de basura junto al contenedor de un antro al que ella y Tessa habían ido una noche a hablar de moda. Pensó que era el comienzo de una amistad en ciernes, pero el trabajo y los negocios siempre se interponían. Cada vez que intentaban quedar, algo lo impedía.

—¡Bollito! —Jeff llamó a la puerta del dormitorio, y ella se encogió al oírle llamarla «bollito». Ya era bastante malo haber engordado cuatro kilos y medio en el último mes y que él hubiera intentado quitarle un bagel de la mano hacía menos de diez minutos, para luego devolvérselo. Y ahora la llamaba bollito. ¡Que le dieran!

—Maggie está aquí. ¿La dejo pasar o no? —preguntó él.

Quizá no odiaba a Jeff. No era tan malo. Porque ¿por qué iba a dejar a una chica plantada ahí fuera por ella y venir a la habitación a preguntarle si podía dejarla pasar?

¿Todavía lo quería?

—¿La has dejado pasar? —preguntó Helen.

—Le he dicho que te estás vistiendo —respondió con ese tonillo cantarín e infantil que usaban sus hijas. Helen se rio, pero enseguida paró, deseando que él hiciera el esfuerzo de pasar más tiempo con ellas. Casi nunca lo hacía.

—Salgo enseguida —dijo Helen, sonándose la nariz con la chaqueta manchada de café. La tiró al suelo y se secó los ojos.

¿Por qué? Sí, trabajaba duro. Sí, trabajaba con algunos de los diseñadores, famosos e influencers más importantes, aunque no lo disfrutaba en el verdadero sentido de la palabra. Quizá se estaba haciendo vieja. Pero ella no había aceptado esta mierda. No era la persona adecuada. ¿Guatemala? ¿Por qué? ¿Lejos de casa? No esperaba que las cosas tomaran ese rumbo.

Pero estaba dispuesta a todo. Era una jugadora de equipo. Una «Helen-lo-hará-le-da-igual». Eso no lo decía la empresa. Lo había oído de uno de los juniors, el hijo de uno de los padres fundadores de Verve Couture. Se sintió usada e infravalorada al oírlo, y nunca habría pensado que la idea de jubilarse antes de tiempo le pasaría por la cabeza. Pero ¿por qué no? Tenía dinero de sobra, y Jeff también.

—¿Seguro que estás para esto? —preguntó él desde detrás de la puerta.

—¡Sí! —dijo Helen. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Vagabundear por el hotel con Katy, Emma y Jeff como una familia normalita de vacaciones? ¿Probar la comida local en vez del servicio de habitaciones de chefs que creían estar mimando sus papilas gustativas cuando en realidad hacían más mal que bien? ¿Conocer gente nueva? ¿Vivir una cultura diferente? ¡Bah! Iría a trabajar con Maggie, pasaría dos días increíbles en una selva que Google Maps aún no tenía clara, luego volvería a casa y lo dejaría todo listo para los demás. Se despertaría y vuelta a empezar.

—¡Eh! —dijo Jeff cuando ella abrió la puerta.

—¡Hola!

—¿Vas a salir de esta habitación? ¿Has cogido una chaqueta? Acuérdate de llevar algo de abrigo por si refresca.

—¡Sí! —Pasó de largo y fue hacia la sala de estar. Katy y Emma estaban sentadas en el sofá, abriendo los chocolates sin hacerle ni caso; Maggie, en la puerta, tecleaba en su iPad.

—¿Sin azúcar? —le preguntó Helen.

—Cien por cien.

—Bien. Ya sé que es tarde, pero no se van a ir sin nosotras. Tranquila.

Al oír eso, el rostro de Maggie se relajó con alivio. —Fantástico, porque llegamos tarde. —Maggie le plantó el iPad en la cara—. El avión tiene que despegar en, no sé, cuarenta minutos a estas alturas.

—Vale, llegaremos —dijo Helen. Señaló su equipaje junto a la puerta, quizá demasiado para dos días en la selva. Pero necesitaba sus cosas y sus comodidades—. Lleva eso al coche y nos vemos abajo.

—Sí, señora.

Helen observó a Maggie forcejear con las dos maletas para meterlas en el ascensor, con el iPad bajo el brazo. Una vez dentro, cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, Maggie le sonrió a Helen, que se volvió hacia su familia.

—¿Siempre les dejas comer chuches en el desayuno? —preguntó Jeff mientras se acercaba.

—¡No! Solo me apetecía mimarlas un poco. Estamos de vacaciones. ¿Recuerdas? —Helen las miró: se reían, felices, adorables. A veces no podía creer que fueran suyas—. Están bien. ¿Verdad?

—¿Qué quieres que te diga? Están bien.

—¡Bien! —Helen echó un vistazo alrededor en busca de su equipaje, olvidando que Maggie se lo había llevado hacía un momento—. Debería irme.

Se arrodilló y llamó a sus niñas. Emma corrió a sus brazos y la abrazó, mientras Katy se quedó de pie, sin decidirse a acercarse a su madre.

—Cariño, ven aquí —dijo Helen con toda la dulzura que pudo. Esta no era una de esas mañanas en las que decidía prepararles el almuerzo, llevarlas al colegio y a la guardería, y acababa llegando tarde al trabajo. Las metía a toda prisa en el coche y luego se enfadaba cuando iban demasiado lentas, como si esperase que tuvieran la agilidad de LeBron James.

—Cariño, ven con mamá. —Helen le dedicó su mejor sonrisa y extendió un brazo hacia Katy. En un instante, Katy se relajó y corrió a abrazarla—. Lo siento —dijo Helen, besándole la suave mejilla e inhalando el aroma de su cabello castaño recién lavado—. Siento haberme enfadado.

Intentó no emocionarse. A veces sentía que la terapia para controlar la ira no estaba funcionando. Varias veces había querido insinuarle a Tessa que el coach de rendimiento de Verve no estaba haciendo bien su trabajo, con la esperanza de que lo despidieran. Pero sabía que no era culpa de él. Era de ella.

—Lo siento. —Miró a Katy y sonrió.

—No pasa nada, mami —dijo Emma con una sonrisa, mientras jugueteaba con la cadena de Helen.

Helen se rio.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Katy haciendo pucheros.

—Antes de que te des cuenta. —Helen le cogió las manitas—. Y entonces nos divertiremos, ¿vale? Iremos a la piscina y comeremos patatas fritas y perritos calientes.

Katy se rio. —Y tráeme un regalo. Una de esas piedras que te enseñé.

Helen se rio, enternecida por el interés de su hija en las piedras y las conchas desde que había descubierto los vídeos de YouTube. —Lo haré. Te lo prometo. Dame otro abrazo.

Las abrazó a las dos, y por alguna razón, aquella mañana más que ninguna otra, no quería soltarlas. Se levantó y fue hacia la puerta, con Jeff justo detrás. —Te llamaré cuando llegue —dijo.

—Nos vemos en un par de días.

3

Lana

LAS PIERNAS DE Lana Spisak le temblaban mientras se acercaba al avión. ¿Aquello podía llamarse siquiera avión? La aeronave era minúscula, con un fuselaje compacto que parecía a punto de desarmarse. Las alas se veían tan frágiles que una ráfaga de viento bastaría para hacerla caer en picado.

Con la boca seca y pastosa, el corazón latiéndole cada vez más deprisa, tragó saliva mientras hablaba por teléfono con su novia, Mia. —Son solo dos días. Puedes sobrevivir sin hablar conmigo durante dos días, ¿no?

—No te lo tengas tan creído —dijo Mia, con su marcadísimo acento italiano—. Pero luego te vas a Los Ángeles, ¿cuánto tiempo dijiste?

—No estoy segura.

—Porque Agnese cuenta contigo.

—Ya te lo dije, no te preocupes. Llegaré a tiempo para la boda —dijo Lana, radiante, cuando antes cualquier mención de Agnese le habría hecho apretar los dientes y retorcerse de celos, aunque nunca había sido celosa.

Había algo en la relación de Mia con ella que siempre le había resultado incómodo a Lana. Por un lado, se habían acostado juntas en la universidad cuando aún no habían salido del armario, y se separaron en cuanto lo hicieron. Por otro, Lana estaba convencida de que Agnese le había roto el corazón a Mia, aunque esta nunca lo había admitido.

Así que cuando Mia anunció que Agnese se casaba y que ella sería la dama de honor, Lana se alegró. La apoyó al ciento diez por ciento e incluso se ofreció como fotógrafa.

«¿No es increíble que la fotógrafa de la Colección de Primavera de Verve Couture vaya a fotografiar tu boda?», le había dicho Mia a su amiga mientras cenaban en un restaurante.

«¡Increíble! Estoy muy agradecida». Agnese había alargado la mano por encima de la mesa para tomar la de Lana, literalmente con lágrimas en los ojos. Lana también podría haberse echado a llorar, si se lo hubiera permitido. No podía creer que una chica de pueblo de veintitrés años que a veces se sentía como una insignificancia en la Gran Manzana estuviera a punto de dar el salto. Iba a fotografiar

para una de las casas de moda más prestigiosas, y nada menos que su colección más importante del año.

En cuanto Verve tuiteó sobre ella, todo estalló: su teléfono, sus redes sociales, su vida. Pero fue algo bueno. A pesar de todo, mantuvo los pies en la tierra y se tomó un momento para asimilarlo y reflexionar.

Mientras Lana seguía caminando hacia el avión, le sonó una llamada en espera. —Cariño, ¿puedes esperar un momento? —Miró el teléfono y vio que era su hermana.

—Frances, ¿qué pasa? Hazlo rápido. Estoy a punto de subir a un avión.

—¡Qué elegante!

—La verdad es que no. Esperaba algo mejor teniendo en cuenta que...

—Basta de cháchara. ¿Te importa si te pido prestado el apartamento para el fin de semana?

Lana aflojó el paso. Frances tenía diecisiete años, se estaba preparando para entrar en la Universidad de Nueva York en otoño y era más lista que Lana y su hermano mayor, Chris, juntos. Pero vaya si tomaba decisiones inexplicablemente estúpidas en cuanto a su vida social. La última vez que Lana le dejó *el apartamento*, se encontró con un montón de universitarios sucios y sudorosos mucho mayores que Frances, algunos incluso de su edad, que habían organizado una fiestecilla salvaje en pleno salón. Lana intentó echarlos y amenazó con llamar a la policía si no se largaban.

—De toda la gente que conozco, tú eres la que tiene más morro. ¿Por qué cojones te voy a dejar el apartamento después de la que liaste la última vez?

—Porque ya te juré por la tumba de mamá que nunca volvería a hacerlo.

—Mamá está viva.

—Y no es para una fiesta.

—¿Entonces para qué es?

—Bueno, es que, ya sabes...

—Suéltalo.

—Ziggy...

—¡No! —gritó Lana.

—No es para tanto.

—Si no es para tanto, pídele a tu madre que lo invite a casa.

—No puedo hacer eso, Lana. Ya sabes cómo es mamá.

—Sí, la madre del siglo, ¿no te jode? —dijo Lana, con un nudo en la garganta y el pecho oprimido ante la mención de su madre.

La madre que ella conocía no tenía nada que ver con la que Frances conocía o conocería jamás. Los gritos y los portazos eran lo normal en la relación entre Lana y Meredith. Al menos, así era cuando Meredith salía de su estupor etílico de años y se dignaba a hacer algo.

Solía vomitar en el suelo del salón y Lana no movía un dedo. Sin embargo, a la dulce y santa Frannie nunca le importaba cuidar de la borracha; una vez le había dicho a Lana que su madre simplemente estaba enferma. La segunda vez que Frances se lo dijo, Lana la agarró del suelo como si fuera una muñeca, la estampó contra la mesa de la cocina y le gritó: «No está enferma. Es una puta borracha».

Pero Lana no consiguió hacerla entrar en razón. Lo único que hizo Frances fue llorar y volver a cuidar de su madre. Para entonces, Chris ya se había ido a vivir con su padre. Había escapado. Y Lana también. Y ahora Frances también podía escapar si no la cagaba.

—Ziggy está en la ciudad este fin de semana —la voz de Frances bajó de tono, ignorando la mención de Lana sobre su madre, la causa principal de la mayoría de sus peleas serias.

—¿Cuánto va a durar este fin de semana, Frannie? —el tono de Lana se suavizó mientras subía las escaleras para entrar en el avión.

—Unos dos días. Tres como mucho. No va a pasar nada.

—Claro. Te creo porque nací ayer.

Frances se rio. —¿Te acuerdas de cuando mamá encontró a Huck y a mí en mi habitación?

—¡Sí! —Lana se rio.

—Y ella dijo: «Lana nunca me hizo esta mierda. ¡Nunca!».

—Y tú me sacaste del armario diciendo que era porque me gustaba el coño. Podría haberte matado ese día —Lana se rio, aunque en su momento había sido la situación más incómoda de su

vida. Meredith se había quedado callada durante unas horas, y luego le preguntó a Lana si por eso nunca traía chicos a casa y por qué nunca se lo había contado. Después se ofreció a prepararle su cena favorita, como si le hubieran dado la noticia de que Lana tenía una enfermedad terminal y no simplemente de que era gay.

—No quiero que hagas ninguna tontería, hermanita —dijo Lana, echando un vistazo al interior del avión, que parecía aún más diminuto con el ajetreo de los pasajeros buscando sus asientos, algunos metiendo el equipaje en los compartimentos superiores, otros riendo y charlando.

Divisó el pelo rosa de Kevin a lo lejos y sonrió, pero se detuvo, con la esperanza de que no le hubiera cedido el asiento a algún tío bueno con el que quisiera ligar después del trabajo.

—No haré ninguna tontería ni tiraré por la borda todo mi futuro —dijo Frances, exactamente lo que Lana siempre le recordaba—. Sé que tengo mucho por delante.

Lana suspiró, dándose por vencida. Y en su mente, veía la sonrisa radiante que iluminaba el rostro de Frances.

—Muchísimas gracias, Lana. No te decepcionaré.

—Solo... —Lana bajó la voz mientras caminaba por el pasillo—. No te quedes embarazada.

—Lo sé. Estoy tomando la píldora.

—Usa también condones —susurró Lana al acercarse a alguien que le bloqueaba el paso, forcejeando para meter el equipaje de mano en el compartimento superior. Más alta y visiblemente más fuerte, Lana se puso de puntillas y empujó la maleta de la mujer dentro del compartimento.

Una vez bien guardada, la mujer se volvió hacia ella. Y si existía un Dios, joder, había creado un semblante que irradiaba una belleza etérea, un rostro que era toda una obra maestra. Había visto a Helen Hales antes, pero nunca de cerca. Era absolutamente deslumbrante, aunque vestida de manera informal con vaqueros negros y una chaqueta blanca de Chanel, ojos gris claro que brillaban y cabello oscuro hasta los hombros con rizos naturales.

Lana la había conocido en la entrevista en la sede de Verve Couture. Fue un poco borde, más pendiente de su iPad que de

nadie, tecleando en su Mac, sin prestarle atención a Lana. Aun así, la había mirado unas cuantas veces, había asentido y sonreído por compromiso, y no parecía tan mala.

Ahora, los rumores sobre su actitud fría y distante probablemente eran una exageración, porque cuando Lana la saludó, Helen le devolvió la sonrisa.

—¡Hola! Y gracias —dijo Helen. Era tan sencilla y agradable.

—De nada —dijo Lana, esforzándose para que su sonrisa no quedara tan boba como sabía que podía ser. Helen se apartó para dejarla pasar. Y mientras se alejaba, Lana tuvo que hacer tal esfuerzo por no volverse a mirar a Helen ni pensar en que trabajarían juntas en unas horas, que olvidó que Frances seguía al teléfono.

—Le diré a Mia que estabas coqueteando con una de esas modelos —bromeó Frances.

A Lana se le desencajó la mandíbula con falso horror.

—Ni siquiera estás aquí para ver nada.

—Se te nota en la voz. Estabas coqueteando.

—Primero, esa era mi jefa. Segundo, tengo a Mia en espera, así que tengo que colgar.

—Te llamo luego.

—No tendré cobertura en dos días —dijo Lana mientras subía su bolso al compartimento superior. Le sonrió a Kevin y se sentó a su lado—. Adiós. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Lana volvió a mirar a Kevin.

—Tienes suerte de haberme guardado el asiento.

—No, tú tienes suerte de que no se lo haya dado a otro —dijo él, deslizando el dedo por la pantalla del móvil con las uñas pintadas de negro. Llevaba más de dos años siendo su mano derecha y asistente de fotografía, y se había convertido en su mejor amigo. Era brutalmente honesto y ella podía confiarle cualquier cosa.

Lana le frunció el ceño y volvió a la llamada con Mia.

—Perdona por hacerte esperar tanto.

—¿Quién era? —preguntó Mia.

—Frances. Tenía un problema y me necesitaba —dijo Lana, y se volvió hacia Kevin encogiéndose de hombros—. ¿De qué estábamos hablando?

—De la boda. Dijiste que llegarías a tiempo.

Mia tenía la costumbre de sonar acusadora incluso antes de que pasara nada.

—Sí, y llegaré. De verdad necesito que dejes de preguntarme lo mismo, ¿vale?

Mientras Lana lo decía, el auxiliar de vuelo empezó con las instrucciones de seguridad.

—Mierda. Tengo que colgar.

—¿Lana, así de repente? No estarás intentando librarte de mí, ¿no?

—¡No! Estoy en el avión abrochándome el cinturón ahora mismo —dijo Lana mientras el murmullo en el avión se apagaba. Como siempre, Mia se lo puso difícil, intentando retenerla al teléfono un poco más.

—Tengo que colgar. ¡Joder! Adiós —dijo Lana demasiado alto, y varios pasajeros se volvieron a mirarla. Sus ojos se encontraron con los de Helen Hales, que esbozaba una sonrisita traviesa, con la mirada gris abiertamente crítica.

Pero estaba tan jodidamente buena que a Lana se le entornaron los ojos al apartar la mirada, y un pensamiento obsceno le cruzó la mente: ella y Helen en el baño del avión. La empujaría contra la pared, la desnudaría, le chuparía la lengua, le chuparía esos pechos grandes y sexys, la haría correrse como nunca.

Pero Lana nunca lo haría. No teniendo a Mia, alguien en quien podía confiar y que siempre quería que confiara en ella. Y tampoco es que pudiera acercarse a Helen de todos modos. Era la jodida Helen Hales. Así que no sintió culpa por sus fantasías absurdas. Se rio para sus adentros. Helen era hetero total. Y aunque no lo fuera, jamás se fijaría en Lana.

—¡Espera! —dijo Mia.

—No, tengo que colgar —dijo Lana. Con la cara colorada, le entraron ganas de esconder la cabeza entre las piernas. Helen volvió a mirarla, esta vez negando con la cabeza mientras le susurraba algo

a Maggie, que estaba a su lado. Maggie miró hacia Lana, la saludó con un gesto tímido como de gatita y se volvió hacia delante.

Incómoda, Lana estaba a punto de colgar, pero Mia volvió a hablar.

—Solo quería decirte que te quiero.

—¡Vale! ¡Adiós! —dijo Lana, y colgó. Suspiró y miró a su mejor amigo.

—¿Mia? —preguntó él.

—¿Quién si no iba a complicarlo todo innecesariamente?

4

Lana

LAS TRES HORAS de vuelo y los noventa minutos de trayecto hasta la localización valieron cada segundo porque el lugar era impecable. Árboles imponentes que se alzaban hacia el cielo rodeaban la zona densa y exuberante. La luz del sol se filtraba a través del espeso dosel, proyectando sombras moteadas sobre el suelo alfombrado de hojas y hierba. El aire estaba cargado con el aroma de flores en flor y fruta madura, y con el zumbido de insectos y pájaros que cantaban a pleno pulmón.

—Esto es precioso —suspiró Lana para sí misma. Tomó una cámara de un asistente que pasaba y observó a través del objetivo el hermoso caos: las tiendas que montaban, las cámaras y equipos de iluminación que instalaban con cuidado, los peluqueros y maquilladores preparando sus cosas, las modelos entrando y saliendo de las tiendas para los cambios de vestuario.

Un gran tucán negro y amarillo surcó majestuosamente el aire como si se dirigiera con determinación a algún lugar. Lana tomó la foto perfecta, sonrió y lo siguió. Caminó lentamente, intentando mantener la cámara lo suficientemente quieta mientras disparaba. Tropezó con una roca que bien podría haber sido la cabeza cercenada de alguien, pero no miró hacia abajo, le daba igual; su único objetivo era el pájaro. El tucán se posó en la rama de un árbol y ella lo enfocó con el zoom.

—¿Qué haces aquí?

Lana casi dejó caer la cámara ante la voz atronadora de uno de los guías. Un hombre desaliñado, de piel oscura y cabello y barba plateados, la miró con desdén.

—Sacar fotos —respondió ella sin rodeos.

—No te alejes del grupo —advirtió con voz áspera.

Lana miró a su alrededor y se dio cuenta de que se había alejado más de lo que pensaba. Ya no oía el ajetreo del equipo, solo el susurro de los árboles con el viento y la respiración pesada del guía.

El tucán desapareció del árbol, así que se alejó y volvió con sus colegas justo a tiempo para oír a Helen terminar su discurso y dar las gracias a todos con sequedad.

—Estás babeando —dijo Kevin al ver a Lana pasarse la punta de la lengua por los labios.

—No es cierto. Estaba escuchando lo que tenía que decir —Lana miró la cámara para ver las fotos del pájaro.

—¡Lo que tú digas! Por cierto, ¿dónde estabas? —preguntó él.

—En ninguna parte. ¿Qué me perdí?

—No mucho. Una charla motivacional que sonó más a amenaza. Dijo que quería recordarnos a todos y cada uno lo importante que es nuestro papel, o sea, nada de holgazanear. Quiere salir de aquí mañana. ¡Temprano!

—Amén a eso —Lana se colgó la cámara del cuello y rebuscó en el bolsillo de su chaqueta verde azulado los cigarrillos y el mechero. Se metió un cigarrillo entre los labios rosados y lo encendió—. Ojalá pudiera largarme de aquí esta noche. ¿Has pensado dónde vamos a cagar?

Kevin se rio.

—Instalaron baños antes de que llegáramos. Así que sí, te perdiste eso. ¿Te imaginas a estas estiradas cagando en…

—¿Medio de la nada? —terminó Lana, riéndose con él—. Ni de coña.

—Sería hasta satisfactorio, si me lo preguntas. En fin, mientras estos palos, digo modelos, se preparan, terminaré de dejarte las cosas listas.

—¡Genial!

***

La sesión no podría haber sido más perfecta. Las modelos, a pesar de que Kevin las llamaba palos, cosa con la que Lana no estaba de acuerdo, posaron de forma impecable, de modo que Lana apenas

tuvo que dirigirlas; la luz les daba justo en el ángulo correcto y proyectaba un resplandor cálido sobre sus diferentes tonos de piel. El set estaba bellamente diseñado, con detalles intrincados que daban vida a la escena. Y desde donde estaba, de pie con los brazos cruzados, podía ver en el rostro de Helen que estaba satisfecha.

—Candy, inclina la cabeza un poco hacia atrás, cariño —instruyó Lana—. Así mismo. ¡Perfecto! Me encanta mi trabajo —dijo, y la modelo de piel color moca se sonrojó y giró para ella.

—No te va a encantar tanto por mucho más tiempo —dijo Kevin, acercándose a ella a paso rápido.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Se inclinó hacia ella y le habló al oído.

—La modelo de portada, como se llame, no me acuerdo, está tan borracha que no para de vomitar.

—¿Qué? —Lana buscó a Helen, que hacía nada estaba revoloteando sobre ella como un helicóptero. Un helicóptero sexy que olía de maravilla.

—¿No puedes darle un café o algo y decirle que mueva el culo hasta aquí?

—Apenas puede moverse, Lana —dijo él.

Lana se quitó la cámara del cuello y se la puso en las manos.

—Sostén esto. Yo me encargo. ¿Dónde está?

—La tienda azul que tienes delante.

Cuando Lana llegó a la tienda, la chica estaba tumbada de lado sobre un colchón hinchable, con el rostro pálido y sudoroso. Por el aspecto de su pelo, no había pasado por las manos de ningún estilista en todo el día.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios te has hecho? —gruñó Lana.

—Lo siento mucho —dijo, sujetándose el estómago—. Lo que pasa es que me da miedo volar. Y luego llegué aquí y todos estaban tan tranquilos, y yo hecha un manojo de nervios.

—Oye, no hay nada de qué ponerse nerviosa —dijo Lana—. ¿Quieres un café?

—Odio el café.

—Creo que necesitas tomarte uno —dijo Lana, intentando ser amable—. Porque si Helen te ve así, la cosa no va a acabar bien para

ti. Y no querrás tirar tu carrera por la borda de esta manera, ¿verdad?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Habías hecho alguna vez un trabajo de modelo como este?

—¡No!

—Bueno, se vuelve más fácil. Te lo prometo —dijo Lana—. Pero ahora mismo tienes que levantarte.

—No puedo.

—¡Maldita sea! —Lana se pasó la mano por el pelo largo y oscuro y luego jugueteó con el botón de la chaqueta, muerta de ganas de fumarse un cigarro.

—¿Ya está lista? —preguntó Kevin, asomando la cabeza por la tienda.

—Ni siquiera se ha maquillado —dijo Lana—. ¿Puedes entretenerlos un rato?

—¿Entretenerlos? ¿Cómo? Helen ya está preguntando a qué viene tanta espera.

—Dile a Helen que está enferma, Kev. Comió algo anoche.

—Gambas —ofreció la chica.

—Gambas. Comió unas gambas en mal estado. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Lana.

—Morgan.

—Bien, Morgan. Esto es lo que vamos a hacer.

—Lana, no. ¡Para ya! —dijo Kevin—. No puedes arreglar a todo el mundo. Es agotador.

Ella lo ignoró, sabiendo que solo ayudaba a quienes podían salvarse. Le tomó las manos a Morgan. —Vamos a levantarte, te tomarás un café y luego te llevaremos a peluquería y maquillaje. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no vuelvas a hacer esto nunca más. A nadie le gustan los borrachos.

—¡Mierda! —Kevin asomó la cabeza fuera de la tienda y vio a Helen acercándose—. Viene la Súper Zorra.

—¿Quién? —preguntó Lana.

—¡Helen! Viene hacia aquí.

—Tú ocúpate de Morgan —dijo, y le quitó la cámara—. Yo me encargo de Helen. —Salió de la tienda y casi chocó con Helen.

—¡Hola! —la saludó Lana mientras se ponía un cigarrillo en la boca.

—¿Pasa algo? —preguntó Helen—. La gente está esperando.

—No, no pasa nada. Obviamente, no pasa nada —Lana le sonrió mientras volvía al set.

—Bueno, has estado fuera bastante rato. Tengo un plazo que cumplir.

—Lo sé. Yo también —dijo Lana mientras encendía el cigarrillo—. ¿Te importa si me lo fumo primero? Mientras tanto, puedo enseñarte lo que tengo hasta ahora.

Aunque Lana le dedicó a Helen su sonrisa más encantadora, dejando ver unos dientes blancos perfectos, Helen no se inmutó. Se plantó frente al monitor de previsualización de Lana y cruzó los brazos, con la frente arrugada y los ojos entrecerrados mientras revisaba parte de su trabajo.

—Por favor, no fumes eso cerca de mí —dijo Helen sin levantar la vista.

—¿Señora Hales? —Maggie apareció con una taza de café y un dónut, con las manos temblándole como si hubiera un terremoto—. No quedaban más dónuts de chocolate, así que yo...

—Está bien, Maggie —dijo Helen. Se enderezó y le quitó el plato y la taza. Dejó el plato sobre la mesa de madera junto al monitor y dio un sorbo al café. Lo escupió de vuelta en la taza y se la devolvió a Maggie, que se quedó hecha polvo. Lana también. ¿Quién hace eso?

—Lo siento —se disculpó Maggie—. Nikolai me necesitaba y lo dejé ahí un par de segundos nada más.

Helen la ignoró y volvió a mirar el monitor con los brazos cruzados. —Falta alguien —dijo mientras pasaba otras fotos en busca de ese alguien.

—¿Quieres que te traiga otro café? —preguntó Maggie.

—No, Maggie. Está bien.

—¿Segura?

Helen pasó de ligeramente molesta a furiosa en un abrir y cerrar de ojos. —Maggie, estoy ocupada —gritó, y se volvió hacia Lana con la misma energía—. Falta Morgan. ¿Dónde está?

—No falta. Acabo de hablar con ella. Está en retoques.

—Diles que se den prisa. La luz natural se está yendo.

—Y está a punto de llover.

Lana reconocería esa voz espeluznante en cualquier parte. Era el mismo guía que la había rastreado en el bosque y le había dicho que no se alejara. Sus ojos oscuros escudriñaban el cielo gris y nublado.

Helen soltó una risita. —No va a llover. Apenas hemos empezado. Y usted dijo que estos días serían buenos —dijo, echándose el pelo hacia atrás con las manos en las caderas.

—Bueno, no podemos predecir el tiempo, señora.

—Lo contratamos para predecir el tiempo, señor.

—No —dijo él—, me contrataron para guiarlos por estas zonas. Señora, no soy meteorólogo.

—Oh, ya sé que no es meteorólogo —dijo ella con suficiente tono de broma como para arrancar unas risas, mientras reaparecía esa sonrisa que Lana había visto en el avión y Helen se volvía hacia su equipo para animar a todos.

—Miren, chicos, no dejemos que algo que puede pasar o no nos baje el ánimo. Al sol todavía le queda un rato. —Señaló el cielo—. Tenemos todo lo que necesitamos. Todo es perfecto. Tenemos un plazo que cumplir. Venga, al trabajo, sin parar.

—Entendido, jefa —dijo Lana mientras volvía a su puesto frente a la cámara.

En media hora, el cielo se tornó de un gris amenazador, y no tardaron en descargar las nubes. Todos corrieron a cubrir el material y meterlo en las tiendas.

La lluvia siguió cayendo hasta bien entrada la noche sin parar. Lana se quedó de pie frente a su tienda y la de Kevin, contemplando la lluvia, la oscuridad que se cernía y un pequeño grupo reunido bajo una lona tomando copas y riendo. Y entonces tuvo una visión de algo que no era exactamente lo que Helen tenía en mente, pero era viable. A Helen podría gustarle.

Hizo unas cuantas fotos con la cámara y luego se volvió hacia Kevin. Estaba tumbado en el colchón hinchable, trasteando con el móvil como si tuviera conexión a internet o cobertura. Levantó la vista y le sonrió.

—Vaya mierda, ¿no? —dijo.

—No tiene por qué. Se me ha ocurrido una idea. Voy a enseñársela a Helen —dijo.

—Buena suerte con eso.

Emocionada, Lana salió corriendo bajo la lluvia hacia la tienda de Helen.

—¡Toc, toc! —¿Qué otra cosa podía decir si no podía llamar a la puerta? Le dio vergüenza ajena de sí misma.

—¿Quién es? —la voz de Helen sonaba tan fría como Lana se esperaba.

—Soy Lana Spisak. —Pasaron tres segundos de silencio—. La fotógrafa —añadió.

—Sé quién eres. Estás aquí gracias a mí. ¿Qué quieres?

—Solo quería comentarte una cosa, si te parece.

—Pasa.

Lana apartó la lona de la tienda y se quedó boquiabierta ante el lujo del interior: una mesita plegable para el portátil frente a un colchón, otra mesa con un hervidor, tazas, platillos y bollería, una silla plegable, un humidificador, una alfombra. ¿Es que pensaba instalarse a vivir en medio de la selva?

Sin embargo, todas esas comodidades no parecían consolarla. Con una mano en la cadera y la otra en la frente, las lágrimas en sus ojos enrojecidos dejaban absolutamente claro que Helen había estado llorando. Una taza de café partida en dos en el rincón más alejado de la tienda resumía su frustración.

—¡Hola! —dijo Lana, con los brazos cruzados sobre el pecho para protegerse del frío glacial.

—¿Hola? ¿Esto es una visita de cortesía? Porque no tengo tiempo para eso.

—No, no lo es.

—Entonces, ¿qué es?

—Bueno, ya que está lloviendo —Lana se acercó a ella—, se me ha ocurrido que podríamos presentar una perspectiva algo diferente como parte de la colección. Sería fresco, nuevo...

—¡No! —el «no» de Helen le cayó a Lana como un jarro de agua fría.

—Todavía no has visto nada —dijo Lana. Se quitó la cámara del cuello—. Tengo unas fotos para que veas cómo podría quedar. Si no te gusta, descarto la idea y punto.

Lana se quedó mirando el hermoso rostro de Helen, recorrió con la mirada sus labios y su graciosa nariz respingona antes de volver a sus ojos. —Bueno, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Descarta la idea ahora mismo. No voy a cambiar el rumbo de lo que ya tenía planeado. No pienso cagarla con lo que sea que tú creas que podría ser.

Lana soltó una risa, ofendida. —Estás de broma, ¿no?

—¿Te parece que estoy de broma?

Lana se quedó plantada como una tonta con la cámara en las manos, que ahora le pesaba más que antes. Se le borró la sonrisa de la cara.

—No va a joder nada, y tampoco va a cambiar mucho —dijo—. Creo que...

—Creo que no lo pillas. Lo quiero a mi manera, y si tenemos que pasar aquí toda la semana para hacerlo como yo quiero —dijo Helen, acercándose un poco más—, pues eso es lo que vamos a hacer. Tú no tienes que pensar. ¿Entendido? ¿Te queda claro?

Lana esbozó una sonrisa cómplice. Gente como Helen era la única razón por la que trabajaba por su cuenta y nunca se había atado a ninguna empresa.

—Tranquila —dijo Lana en voz baja—. Me queda claro.

—Bien. ¿Eso es todo? —preguntó Helen.

—Eso es todo.

—Entonces... —Helen hizo un gesto hacia la salida.

Lana se dio la vuelta despacio, y mientras salía bajo la llovizna, el grito estridente de Helen llamando a Maggie hizo que se le cayera la cámara al barro.

5
Helen

HELEN CONSULTÓ su Cartier Tank negro y dorado mientras iba y venía por el reducido espacio de su tienda. Las 16:15. El tiempo se agotaba, tenía la mente embotada y sin ideas, y consideró pedirle a Maggie que llamara a la maleducada de Lana Spisak para oír su brillante idea. Le encantaba el trabajo de la chica, pero cambiar cualquier cosa a estas alturas suponía modificar todo el proyecto y presentar algo completamente distinto de lo que había propuesto a la junta. Eso no podía hacerlo.

Un día más en el bosque bebiendo café asqueroso y cagando en baños portátiles no sería tan malo. ¿O sí?

Abrió la tienda, cruzó los brazos y se echó el pelo sobre el hombro. Llovía mientras sus colegas reían y charlaban bajo una lona, tan tranquilos.

Lana bebía de una taza con un cigarrillo encendido entre los dedos y la otra mano sobre la cámara que le colgaba del cuello.

Sus miradas se cruzaron y Helen desvió la vista hacia el cielo. Pero Lana hacía gala de una audacia descarada, y Helen sabía que seguía observándola. Bajó los ojos del cielo y volvió a mirar a Lana, que no había apartado la vista de ella. Se sostuvieron la mirada hasta que Morgan tiró del brazo de Lana. Esta se rio de lo que Morgan dijo, bebió de la taza y le dio una calada al cigarrillo. Aún sonreía cuando volvió a posar los ojos en Helen.

Helen no se amilanó y le sostuvo la mirada. No tenía ni idea de que Lana fuera tan joven. Cuando vio su portafolio, sus imágenes y su estilo la cautivaron. Evocaban emociones intensas que no había sentido en años, y al instante se enamoró de ellas, las estudió durante horas, sin molestarse en revisar el currículum. ¡Lana Spisak! Había encontrado exactamente lo que buscaba.

Lana le dio la última calada al cigarrillo y lo lanzó por el aire. Cayó en el barro y una voluta de humo se elevó antes de desvanecerse. Estaba presumiendo. Helen quería apartar la mirada, pero no podía.

Entonces Morgan volvió a tirar de Lana, y esta se rio, despreocupada, como Helen ansiaba ser.

Apartó la mirada y suspiró. Rezaba para que la lluvia parara y no se repitiera al día siguiente. Deseaba desesperadamente volver con

su familia.

El guía pasó por delante, con el rostro curtido y los labios finos torcidos en una mueca desagradable.

—Señora —dijo, inclinando la cabeza a modo de saludo.

Impasible, Helen no respondió. Volvió al interior y cerró la cremallera de la tienda. Mientras iba y venía de nuevo, pensó en cómo decirles a todos que tendrían que quedarse otra noche por culpa de la lluvia. Era imposible que la odiaran más, pero si lo era, le daba igual. Lo que sí le importaba era no poder llamar a Jeff para contárselo, y echar de menos a Katy y Emma.

Nerviosa e inquieta, sacó un Xanax del bolso y se tumbó con el teléfono en la mano para repasar fotos de Katy y Emma. Había una de las dos en la nieve, haciendo ángeles, que le arrancó una sonrisa. Le recordó a fotos de ella con su hermano Mike.

Se llevaban mejor que con cualquiera de sus otros dos hermanos, pero siempre había deseado que ella y Sophie pudieran ser mejores amigas. Quizás habría sido diferente si se llevaran menos años. Pero lo dudaba.

Sencillamente, no conseguían ponerse de acuerdo en nada. Por eso optaron por evitarse en la medida de lo posible, lo cual no era tan difícil, ya que casi nunca hablaban ni se veían.

La última vez que coincidieron en la misma habitación fue hacía tres años, en la reunión familiar anual a la que Helen rara vez asistía. Menudo desastre, aunque tampoco esperaba otra cosa cuando se juntaban todos a la vez. Se había arrepentido de ir, pero acababa de dar a luz a Katy y necesitaba imperiosamente el calor y la guía de su madre.

Se puso el teléfono sobre el pecho y cerró los ojos. Respiró hondo mientras pensaba en llamar a su madre.

—¡Mierda! —soltó al darse cuenta de que no podía llamarla. Cruzó los tobillos y confió en que Maggie hubiera hecho lo único que le había pedido después de que Lana Spisak se marchara: mantener a todo el mundo alejado de su tienda.

Helen no sabía cuánto tiempo había dormido, pero fue un sueño tan plácido que se puso furiosa cuando un grito la despertó.

Miró el reloj. Las 18:22. No podía creer que hubiera dormido tanto. Quizás la selva le sentaba bien. Ese aire fresco y puro, innegablemente, la hacía sentirse llena de energía y con ganas de todo. Además, respiraba mucho mejor. La calmaba más de lo que lo habían hecho sus sesiones de control de la ira en seis meses.

Otro grito. Cogió una almohada y se tapó la cara.

Más gritos.

Se incorporó y clavó la mirada en la entrada de la tienda.

—¿A qué coño estarán jugando?

Tiró el teléfono sobre la cama y se levantó.

—Putos críos de mierda —susurró mientras abría la cremallera y descorría la entrada de la tienda.

—¡Dios mío!

Helen miró hacia la oscuridad: no era ningún juego. Rostros aterrorizados, brazos que se agitaban mientras todos huían despavoridos en todas direcciones, flechas ardientes que surcaban el aire... Helen sintió que el pánico y la confusión se apoderaban de ella al instante.

Nikolai corrió hacia ella.

—¡Helen! ¡Sal de aquí! —gritó.

—¿Qué coño está pasando? —gritó mientras iba hacia él. Entonces él tropezó, o eso creyó Helen, porque al caer vio que una flecha le sobresalía de la espalda mientras yacía boca abajo en el suelo.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza para apartar aquella visión de horror. Como si su cerebro acabara de asimilar lo que estaba pasando, los gritos se volvieron más nítidos en sus oídos. Otra flecha se clavó en la espalda de Nikolai y ella buscó de dónde venía.

Un nativo alto, como salido de Apocalypto, armado con arco y flecha, el torso desnudo, rayas negras bajo unos ojos diabólicos que le taladraban los suyos, con la mirada fija en ella. Se quedó paralizada mientras él echaba el brazo hacia atrás para coger otra flecha.

«¡Corre!»

Como en un sueño en el que las piernas le pesaban como plomo, se lanzó de vuelta a la tienda y tropezó con la silla plegable, la mesa y el portátil en su desesperación por alcanzar la cremallera trasera. Era imposible palpar y encontrar la cremallera con los dedos de repente entumecidos, pero lo consiguió.

Más que oírla, sintió la presencia a su espalda. Se dio la vuelta: ahí estaba, con el arco y la flecha apuntándole. A la velocidad del rayo, abrió la tienda y se lanzó al exterior. Pero el pie se le enganchó en la pequeña abertura. Gritó mientras intentaba soltarse, convencida de que esa noche iba a morir. Decidida a liberarse, tiró y tiró hasta que el pie quedó libre.

Echó a correr de inmediato, adentrándose sin rumbo en la selva. Resbalaba y patinaba en el barro mientras la lluvia le nublaba la vista. El corazón le latía en los oídos más fuerte que sus propios pasos. Había corrido lo bastante lejos, porque los gritos habían cesado. Incluso la lluvia había parado. Estaba exhausta, apenas podía recuperar el aliento. Se detuvo y miró hacia atrás, hacia la oscuridad, con los árboles cerniéndose sobre ella como sombras.

Se inclinó y apoyó las manos en las rodillas, sin aliento y aterrorizada. Entonces, justo cuando creyó que había escapado y podría volver corriendo a la carretera por donde habían venido, alguien la agarró, le tapó la boca con las manos y la arrastró hacia los arbustos cercanos.

En ese momento supo que su vida había terminado, que iba a morir, que nunca volvería a ver a Katy y Emma, ni a sus padres, ni a sus hermanos, ni a su hermana. Entre sollozos, forcejeó para quitarse la mano que le tapaba la boca.

—Shh, shh.

La mano que le tapaba la boca estaba fría y temblaba tanto como el cuerpo contra el que Helen tenía la espalda apretada. Intentó zafarse, pero quien la sujetaba era diez veces más fuerte que ella.

—Soy yo.

Helen logró girar la cabeza y encontrarse con los ojos horrorizados de Lana Spisak. Tenía tierra y sangre en la frente, lágrimas corriéndole por las mejillas y mocos en la nariz.

—¡Shh! —repitió, y se agazapó con ella entre los arbustos, pegadas a un árbol, antes de retirarle con cuidado la mano de la boca.

Helen la miró con ojos interrogantes. Lana negó con la cabeza mientras señalaba hacia delante, donde un niño de no más de diez años caminaba a apenas un paso de ellas, con el arco tensado y la flecha lista para disparar a cualquier presa que encontrara.

Agazapadas juntas, apenas podían contenerse mientras él se acercaba, recorriendo la zona lentamente con la mirada. Helen se tapó la boca y, aunque hizo todo lo posible por contenerse, se le escapó un gemido. Y eso fue todo.

El niño se volvió hacia ellas. Lana agarró a Helen por la manga de la chaqueta y la cubrió con su propio cuerpo. Helen se aferró a la chaqueta de Lana y hundió el rostro en ella mientras el niño apartaba las hojas, dejando al descubierto a dos mujeres condenadas cuyas vidas estaban en sus manos.

Unas marcas de nacimiento le recorrían la frente y las mejillas, unos ojos despiadados se clavaban en ellas y unas manos firmes apuntaban la flecha hacia sus corazones.

Entonces, una luz, por tenue que fuera, apareció en sus ojos. El arco y la flecha que sostenía bajaron, y fue él quien pareció derrotado. Miró hacia atrás, hacia las antorchas en la distancia, y luego volvió a mirar a Helen y Lana.

Dio pisotones en el suelo y les hizo gestos para que se fueran. —¡Irse! ¡Irse! —Sonaba forzado, como si hubiera aprendido las palabras de alguien que jamás había oído ni hablado inglés—. ¡Irse! —Pinchó a Lana con el arco.

Atónita, Lana agarró a Helen de las manos y la ayudó a levantarse.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lana.

Asustada, Helen se aferró a los brazos de Lana, deseando poder esperar a que los miembros de la tribu se marcharan para luego volver al jet e irse a casa.

—Tenemos que salir de aquí ahora. Nos encontrarán —dijo Lana.

—O podemos escondernos aquí y el niño los alejará —dijo Helen.

—Nos encontrarán. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Solo tenemos que irnos.

Se sobresaltaron cuando el niño se puso a gritar a los suyos en un idioma que no entendían.

—Helen, vamos —dijo Lana, agarrándola del brazo—. Vienen. No puedes quedarte aquí. ¡Vamos!

Apenas se levantaron y echaron a correr selva adentro, oyeron voces frenéticas en un idioma desconocido y flechas que silbaban y se clavaban en los troncos cercanos, sin duda dirigidas a sus cabezas. Corrieron como gacelas en la oscuridad, pero se detuvieron en seco al llegar a una cascada peligrosamente alta. El agua se precipitaba al vacío como la muerte misma. Pero era morir así o a manos de los dos miembros de la tribu que avanzaban hacia ellas.

Lana tomó la mano de Helen y retrocedió, cogiendo impulso para saltar al vacío.

—No puedo —dijo Helen.

—Puedes hacerlo —dijo Lana, clavando en ella una mirada sincera.

Antes de que Helen se diera cuenta, corrían hacia el borde de la cascada y se precipitaban al vacío con los pies por delante.

6

Lana

NADA MÁS QUE el mar negro, la lluvia y la oscuridad las rodeaba. Debían de llevar horas a la deriva, sin rumbo, con los músculos doloridos y magullados por el embate de las olas. Ahora estaban tan lejos de todo que solo podían verse la una a la otra, los rostros muy cerca, los brazos aferrados a un tronco que Helen había agarrado mientras la corriente las arrastraba por un río peligroso.

Cada vez que a Helen se le cerraban los ojos, Lana le daba un toque.

—Helen, intenta mantenerte despierta.

Con las gotas de lluvia cayéndole encima, Helen temblaba, y los dientes le castañeteaban tras los labios amoratados. Medio dormida, abrió los ojos y miró a Lana, que estaba frente a ella; el aliento de Lana la calentaba cuando hablaba. Intentó acercarse más, pero el tronco se tambaleó.

—No siento los pies —gimió Helen, preguntándose si alguna criatura marina se los habría arrancado de un mordisco—. No los siento.

—Solo están entumecidos por el frío.

—No tengo pies. Lo sé. ¡Dios mío!

Un pánico repentino se apoderó de Helen, que empezó a temblar sin control, a hiperventilar, a chapotear en el agua, y soltó lo único que la mantenía a flote.

—¡Helen! ¡Para! —gritó Lana, pero Helen siguió agitándose frenéticamente hasta que empezó a jadear y a toser, boqueando. Se hundió bajo el agua, y cuando volvió a salir a la superficie, estaba más lejos de Lana.

Lana tuvo que pensar rápido. ¿Soltar el tronco y perderlo en la corriente, o salvar a Helen Hales de una muerte segura?

¡Mierda! Soltó el tronco y nadó hacia Helen. La agarró e intentó mantener las dos cabezas fuera del agua.

Lana miró hacia atrás: el tronco se alejaba lentamente, cada vez más fuera de alcance. Sujetando a Helen con una mano, usó la otra para nadar de vuelta hacia el salvavidas. Cuando logró enganchar los brazos alrededor de él, vio que Helen lloraba mientras volvía a aferrarse al tronco.

—Vas a conseguir que te maten —dijo Lana.

—Da igual, voy a morir de todas formas.

—No vas a morir.

Permanecieron en el vasto océano sin saber cuánto tiempo, con una lluvia fina cayéndoles sobre los rostros demacrados mientras se mecían suavemente en el agua, casi en paz ahora.

—Pasará un barco y nos encontrarán —dijo Lana.

Helen no la escuchaba.

—Mis pobres niñas. Mis bebés.

—Y nos rescatarán.

—Emma va a olvidarme. ¡Dios mío! Olvidarán quién era yo.

—Eh, mírame —Lana zarandeó a Helen—. No vamos a morir. Ahora mismo hay gente buscándonos, seguro. Ya lo verás. Solo aguanta y no te duermas.

Pero pasaron más horas que parecieron días de tortura. Solo cuando Lana abrió los ojos y vio que Helen se alejaba silenciosamente de ella, con los ojos cerrados y el cuerpo rígido, se dio cuenta de que se habían quedado dormidas. ¿O estaba Helen muerta?

Agarró a Helen por el cuello de la chaqueta blanca y tiró de ella hacia el tronco. Por suerte, los brazos de Helen respondieron cuando los colocó alrededor de la madera y apoyó la mejilla contra ella. Dos minutos más y habría ido alejándose poco a poco hasta perderse de vista.

—¿Helen? —la llamó Lana, pero Helen apenas se movió ni dijo nada.

Lana tembló e hizo lo mismo que Helen: apoyó la cara agotada contra el tronco, deseando cerrar los ojos y dormir. Volvió a mirar a

Helen y vio que tenía los labios del color de un cadáver, el pelo empapado.

—¿Helen? —Lana le tocó los labios con suavidad y luego puso la palma de la mano frente a su nariz. Un soplo de aliento débil le rozó la piel, y volvió a zarandearla. Nada. Algo iba mal. ¿Y si de verdad le habían arrancado las piernas, si algo se las había devorado y se estaba desangrando?

Si hubiera sangre en el agua, los tiburones ya las habrían rodeado y se habrían cebado con ellas, así que Lana descartó esa teoría.

Algo más tranquila, Lana se movió solo para sentir el cuerpo, que se le entumecía más a cada minuto. Entonces lo vio, como un destello de esperanza en la distancia: una masa borrosa de vegetación frente a ellas.

—¡Helen! ¡Helen, despierta! —gritó, zarandeándola con fuerza—. ¡Mira! —Lana señaló.

Helen miró hacia atrás y luego volvió a mirar a Lana.

—¿Qué es?

—Tierra. Lo hemos conseguido.

—No la veo.

Pero Lana sí la veía, borrosa pero real.

—Vamos, ayúdame a remar —dijo, braceando con fuerza con una mano mientras se aferraba al tronco con la otra.

Helen sollozó.

—No puedo. No me responden los brazos ni las piernas.

Lana siguió adelante, con el final de su tormento claramente a la vista. Era demasiado difícil sujetar a Helen, que seguía agarrada al tronco, y la mano de Lana resbaló de su chaqueta. Como un trozo de madera a la deriva, Helen empezó a alejarse de ella.

—¡Helen! —Lana tiró de ella y remó hacia la orilla. Ya casi habían llegado, pero sentía los brazos y las piernas como si se los hubieran cambiado por pesas de plomo que la arrastraban hacia abajo. Aun así, perseveró hasta que, por fin, notó la arena bajo los pies.

Ayudó a Helen a salir del agua. Helen no podía caminar y se desplomó en la arena con la mitad inferior del cuerpo todavía en el

agua y el resto en tierra firme, los ojos cerrados, el cuerpo casi sin vida.

Lana la arrastró hasta ponerla bajo un cocotero. Ahora lo sentía ella también, lo mismo que Helen: una falta absoluta de energía o voluntad para mantenerse en pie. Como un globo desinflado, su cuerpo cedió y se dejó caer junto a Helen, sentada con la espalda apoyada en la corteza áspera del árbol.

Podría haberse quedado dormida, pero mantuvo la mirada fija en el terrible océano, a la espera de un barco, un buque, un avión, o de oír voces a sus espaldas que indicaran presencia humana. Pero no había nada. Solo olas, y no podía creer que Helen y ella las hubieran sobrevivido. Miró a Helen, que movía la cabeza de un lado a otro mientras dormía, con el rostro gris y los dientes castañeteándole sin parar. Le tocó la frente, que ardía, y retiró la mano como si se hubiera quemado. Pobre Helen.

Volvió a mirar al mar. La luna en el horizonte era enorme, tan cerca que Lana sentía que podía alargar la mano y tocarla con los dedos. En ella vio los rostros difusos de su madre, de Chris, de Frances. Y de Kevin en la selva. No sabía qué había sido de él ni dónde estaba. Lo había llamado a gritos sin obtener respuesta mientras corría como una gallina sin cabeza al ver a aquellos hombres, las flechas surcando el aire.

Con la mente hecha un lío, no sabía si aquello era real o un sueño. Entonces lloró, sollozó hasta sumirse en el sueño más profundo.

7

Helen

HELEN SINTIÓ primero el sol abrasador, y luego sus ojos se abrieron poco a poco, parpadeando ante la luz cegadora. Los rayos se filtraban entre las hojas de palma que colgaban sobre su cabeza. Levantó las manos para protegerse de la luz y entornó los ojos mirando hacia las ramas. Pequeños cocos amarillos en racimos colgaban del árbol bajo el que yacía. Cuando se lamió los labios, le ardieron y estaban salados como el mar.

¡La jungla! Nikolai agonizando delante de ella, con sangre brotándole de la boca mientras yacía en el suelo con dos flechas clavadas en la espalda. Ella y Lana corriendo por la jungla, para acabar después en el océano durante lo que parecieron días enteros. Todo volvió a ella de golpe. ¿Pero dónde estaba ahora? ¿La habían rescatado? ¿Y dónde estaba Lana?

—¿Lana? —El nombre apenas le salió de la garganta seca y dolorida—. ¡Lana! —Se sentó y examinó lo que la rodeaba: cocoteros, cocos marrones, verdes y amarillos esparcidos por la arena parduzca, el vasto océano frente a ella.

—¡Lana! —Encontró fuerzas para gritar su nombre al mirar a izquierda y derecha sin ver rastro de la chica que la había zarandeado para mantenerla con vida en aquellas aguas traicioneras, que la había salvado de ahogarse y la había calmado con su aliento cálido en la cara.

—¡Lana! —Intentó levantarse. El dolor le subió como un latigazo desde el tobillo izquierdo por toda la pierna. Lo sintió incluso en las caderas. Gritó y gimió mientras las lágrimas le caían de los ojos grises, irritados como si tuviera arena, y se apretaba la pantorrilla izquierda.

—¡Helen!

Aquella voz fue como un soplo de vida para Helen, que lloró aún más de alivio al ver a Lana corriendo hacia ella desde la espesura de los árboles.

Lana se arrodilló frente a ella y dijo:

—Estás bien. Estamos bien.

Pero eso era mentira, y Helen lo sabía. Para empezar, Lana no parecía estar bien. Tenía los labios ampollados y magullados, manchas rojas le cubrían la cara, y sus pobres ojos estaban aturdidos y sin brillo. De vez en cuando, esos ojos se desviaban hacia algo detrás de Helen, como si supiera que algo se acercaba.

Helen miró, pero no vio más que árboles. Aquello la inquietó.

—¿Dónde estamos? —preguntó Helen. Agarró la chaqueta de Lana con los puños y tiró de ella para acercarla—. ¿Vamos a volver a casa?

—Quizás —dijo Lana. Sin embargo, negó con la cabeza.

—¿Alguien nos encontró?

—¡No! —susurró Lana, escrutando los ojos de Helen.

Decepcionada, Helen la soltó, y Lana le puso la palma de la mano en la frente.

—¿Estás bien? Anoche estabas ardiendo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Helen, mirando de nuevo a su alrededor. Tenía el estómago revuelto, hinchado y con náuseas de haber tragado litros de agua salada. Mareada y a punto de vomitar, se cubrió la boca con el antebrazo.

—¿Estás bien? —repitió Lana—. ¿Qué pasa? ¿Dónde te duele? —Examinó rápidamente a Helen.

Helen quería decir «en todas partes», pero intentó contener las náuseas.

—El tobillo izquierdo me está matando —sollozó Helen, apretándose de nuevo la pantorrilla.

Lana bajó la mirada. Helen llevaba unas botas gruesas y negras que parecían nuevas, con los cordones intactos, el cuero de caimán recién curtido, impecable.

—No puedo moverme —dijo Helen—. Siento que el pie me va a explotar.

Lana le subió la pernera del pantalón, dejando a la vista la parte superior de la bota. La carne estaba amoratada y se le marcaban las venas.

—Vale. Voy a intentar quitarte la bota. Tienes el pie jodidamente hinchado —dijo Lana.

Al aflojar el primer nudo, Helen aulló como una bestia y le agarró las manos.

—¡Déjala! Déjala puesta. Duele demasiado —dijo con el ceño fruncido, mirándola fijamente.

Lana soltó la bota.

—¿Estás segura?

—¡Sí! ¡Joder! —Helen se masajeó la pantorrilla mientras Lana recorría el agua con la mirada, decidida a encontrar algo, esperanzada.

Helen buscó el reloj, pero tenía la muñeca izquierda vacía. Se miró la mano en busca del anillo de bodas, y ahí estaba, apretado en el dedo hinchado. Se frotó los ojos, lo que solo consiguió que le dolieran más, igual que la cabeza, y la frustración fue en aumento.

—Dios mío, ¿dónde estoy? —Miró a Lana—. ¿Dónde demonios estamos?

Lana no lo sabía, y se encogió de hombros.

—Esto es como en Náufrago, joder —se quejó Helen—. Voy a morir en esta puta isla. ¿Voy a sufrir y morir así?

Lana negó con la cabeza. Su ira y frustración ante el egoísmo y la actitud desagradable de Helen eran evidentes. Se levantó, se alejó de ella y empezó a caminar de un lado a otro.

Helen se quedó allí sentada unos minutos más; el ir y venir de Lana la mareaba aún más.

—¿Podrías dejar de hacer eso?

—¿Hacer qué? —respondió Lana bruscamente.

—Ese paseo de arriba abajo. Me está poniendo mala.

—Lo que sea —dijo Lana, y siguió caminando de un lado a otro.

—¿Lo que sea? —A pesar de todo su dolor y su miseria, la ira de Helen fue en aumento—. ¿Cómo que lo que sea?

—¿Por qué estás enfadada conmigo y me gritas? Te acabas de despertar hace un minuto y ya estás exagerando. No somos

náufragos. No de verdad.

Irritada, Lana señaló el océano.

—Ya pasará un pescador o algo. Entiendo que estés asustada, pero cálmate. ¡Dios! Me estás poniendo nerviosa.

Se dejó caer al lado de Helen y apoyó la espalda contra el cocotero, frotándose la frente con ambas manos.

Un golpe fuerte y pesado sonó detrás de ellas, y casi les da un infarto. Lana se levantó de un salto y Helen se giró. ¡Otro golpe! Era solo un coco seco que había caído del árbol.

—¡Dios! —Lana miró hacia arriba; su árbol estaba vacío. El de Helen no. Pequeños cocos amarillos abundaban en racimos—. Quizás deberías moverte. Que te mate un coco sería una historia bastante vergonzosa de contar.

Helen se acercó a Lana y cruzó los brazos.

Esperaron durante horas hasta que se puso el sol, y el cielo adquirió un hermoso pero inquietante tono naranja y rosa.

—No parece que tu pescador o *lo que sea* vaya a pasar por aquí en un puto buen rato —dijo Helen, irritada.

Lana la fulminó con la mirada. —Bueno, ¿qué coño quieres que haga? ¿Que llame a uno? Déjame sacar el móvil.

—Lo que quiero es que me hubieras hecho caso cuando dije que deberíamos haber esperado, y cuando esa gente se fuera, salir a la carretera y volver al avión.

Lana se rio. —¿Hablas en serio ahora mismo, señora Helen Hales?

—Debería haberte dejado —dijo Helen.

—Yo debería haberte dejado en el agua. Estarías muerta, igual que lo estarías si hubieras intentado esconderte o con cualquier plan descabellado que tuvieras. Esa... gente te habría encontrado y matado. Además, no tenías ni idea de dónde estaba la carretera. Así que no me vengas con esas.

—La habría encontrado —gritó Helen.

—Claro que sí —dijo Lana.

—Ahora estoy atrapada aquí con... ¿con qué? ¡Nada! ¿Hasta cuándo?

—Quizás deberías haber desmontado tu tienda —dijo Lana mientras se levantaba— y traído tus *cosas* contigo. Entonces tendrías algo. Tu portátil y tu humidificador.

—Que te jodan.

—Igualmente —Lana caminó hacia los árboles como si fuera a adentrarse en la isla. Se hizo un megáfono con las manos y gritó—: ¡Hola! ¡Hola!

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Helen, que intentaba susurrar y ponerse de pie, pero el dolor era insoportable—. ¿Tienes idea de quién hay ahí dentro? ¿O de qué hay ahí dentro?

—No me importa. No puede ser peor que lo que había allá atrás —dijo Lana. Helen pudo ver los acontecimientos de la selva reflejados en los ojos de Lana—. O allá afuera —Lana señaló el océano, volvió a mirar la tierra verde y gritó—: ¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

—Lana, cállate de una puta vez —Helen se levantó apoyándose en el pie bueno, agarrada al árbol, pero en cuanto cargó peso en el izquierdo, gritó de dolor y volvió a caer.

Lana dejó de gritar y corrió hacia Helen.

—¿Qué pasa?

—Algo va mal —dijo Helen—. Es el pie. Algo no está bien —se miró el pie, luego miró lentamente a Lana, pero solo encontró escepticismo.

—¿Tan mala soy? —preguntó Helen—. ¿De verdad crees que fingiría esto ahora mismo? Vamos, si quieres entrar ahí y que te secuestren, o peor aún, que te claven una puta flecha, Lana, adelante. Cuando estés huyendo, no vengas corriendo hacia aquí y los traigas hasta mí. Necesito salir de aquí.

Lana no dijo nada, solo la miró fijamente.

—¿Qué?

—Eres tan egoísta. Y tienes tan poca fe. No todo el mundo es igual. No pueden serlo. El chico nos salvó, ¿no? —dijo Lana, mirando detrás de Helen.

Se miraron, con los ojos anegados en lágrimas mientras lo ocurrido calaba en sus mentes.

—Quizás —dijo Helen, y se rascó la frente. Luego, agarrándose la pantorrilla, rompió a llorar.

Lana se arrodilló frente a ella y volvió a mirar la carne por encima de la bota de Helen.

—Tienes el pie hinchado, Helen —dijo con suavidad—. Necesito quitarte esta bota para ver qué pasa, o solo empeorará —Lana la miró con la mayor sinceridad.

—No —se negó Helen—. Duele demasiado.

Lana volvió a sentarse, se apoyó contra el árbol y cerró los ojos.

Helen miró al cielo, gris y salpicado de estrellas. Suspiró y se movió, y al hacerlo sintió el dolor en la vejiga, la urgente necesidad de orinar. Se cruzó de brazos sobre el estómago, el dolor insoportable. Gotas de sudor helado se le formaron en la frente, el cuello y el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lana.

Helen apartó la mirada, avergonzada.

—¡Nada!

Permanecieron en silencio unos minutos más.

—¿Necesitas cagar?

—¿Qué? ¡No!

—Porque si es así, te ayudo. Puedes ir al...

—He dicho que no.

—Vale —Lana se dio la vuelta, con los brazos cruzados, a gusto consigo misma.

Helen gimió un poco y Lana la miró.

—Vale, necesito mear. Y me duele todo una barbaridad. Me levantaría, pero necesito que me eches una mano.

Lana se levantó y la ayudó a incorporarse tirando de ella por las axilas.

—Gracias —susurró Helen, y fue dando saltitos con Lana hacia el interior de la isla. Podía oler los árboles y las flores, escuchar los insectos a su alrededor. Las moscas de arena le zumbaban en los oídos, y casi se cayó al intentar espantarlas.

Se puso detrás de un árbol, se bajó la cremallera de los pantalones y la ropa interior hasta las rodillas, pero sabía que no podía ponerse en cuclillas. Para sentarse, tenía que mantener la

pierna recta para evitar que la bota le rozara el pie. Agacharse le causaría demasiado dolor. Así que se quedó de pie y soltó la orina, con cuidado de que no le cayera nada en los pantalones, pero algo le cayó.

—¡Joder! ¡Joder!

—¿Estás bien, Helen? —preguntó Lana.

—Sí, estoy bien. Estoy bien —respondió. Terminó y volvió a vestirse.

—¿Segura?

—Si puedes ayudarme a volver, sería genial —dijo. Y luego, para sus adentros—: Échale una mano a esta vieja.

Regresaron al árbol y se sentaron; a Helen le costó más acomodar el trasero en la arena. —Esto es una puta mierda —exclamó—. No veo la hora de salir de aquí. —Desanimada, miró a Lana, cuyo rostro reflejaba preocupación en la oscuridad.

—Lo sé. Yo también.

Helen intentó moverse, pero hizo una mueca; el pie la estaba matando poco a poco.

Lana se incorporó. —Creo que deberías quitarte la bota, Helen. Te aliviará el dolor. Porque si se te hincha, la bota te apretará más y te dolerá más. ¿Vale?

Helen no podía creer que, después de lo mal que se había portado, Lana siguiera intentando ayudarla. Clavó la mirada en los grandes ojos marrones de Lana y luego la desvió hacia su pie. Asintió, dándole vía libre.

Fue como sacarse una muela sin anestesia. Mordió la manga de la chaqueta y, mientras Lana le quitaba la bota, apenas pudo gritar. Habría jurado que sintió el dolor en el pecho y en la cabeza. Con la vista nublada, sus ángeles de la guarda descendieron del cielo para llevársela con ellos. Así se sentía morir. Y era sublime.

Oyó la voz de Lana, que la llamaba.

—¡Helen! ¡Helen!

Sintió que Lana le daba golpecitos en la cara y la sacudía, pero no podía responder. Más vívido aún era verse transportada sobre alas de ángel blancas y negras, cruzando el océano de vuelta a su

casa en Nueva York, donde Katy y Emma corrían hacia ella y saltaban a sus brazos.

8

Lana

LA PRIMERA VEZ que Lana despertó dentro de su sueño, tenía once años y estaba en el escenario con Vanessa Hudgens y Zac Efron, cantando la canción principal de High School Musical 2. Extasiada, Lana había saltado de alegría, pero no dejaba de flotar y contemplar desde arriba la tierra más hermosa e indescriptible que sabía que no existía. En cuanto recordó quién era en realidad, volvió de golpe a la realidad y despertó empapada en sudor frío en su litera del campamento.

Pero ahora se conocía. No había otra versión de sí misma esperándola al despertar. El parque de caravanas con su madre, Frances y Chris, su pequeño apartamento en Nueva York: todo eso era real. Podía reconstruirlo todo: subirse al avión, trabajar en la selva, estar en aquel océano vasto y amenazante con Helen Hales. Si no fueran reales, ya habría despertado. Y sin embargo, se aferraba a la idea de que todo fuera solo producto de su imaginación. Todavía podía despertar.

Se llevó los dedos a la sien para pensar. «¿Cuándo?». Intentó determinar en qué momento y en qué lugar era más plausible despertar de esta pesadilla, intentó recordar quién era en realidad una vez más.

El primer lugar era su apartamento en Nueva York con Mia. Podía recordarlo todo: hacer las maletas, ir a Guatemala, divertirse en el hotel, hablar con Mia a la mañana siguiente antes de subir al avión. ¡Hablar con Frances! ¡Sentarse al lado de Kevin!

Oh, Kevin. Se tragó un sollozo al recordar que no había podido encontrarlo cuando todo empezó. Eso era real. También lo era escapar de la selva con Helen, la cascada, aferrarse a un tronco en

el océano como Christian a las escrituras en el momento de la muerte. También lo era esta maldita isla: real.

No iba a despertar. No había nada esperándola al otro lado.

Rodeada por la fría y lúgubre noche, con la luna como única compañía, Lana intentó con todas sus fuerzas no llorar ni perder la esperanza. Había esperado cualquier señal de vida humana: un barco, un avión, lo que fuera. Pero no llegó nada.

Había intentado adentrarse más en la isla, pero tenía demasiado miedo de que pasara un barco o unos pescadores y no los viera. Demasiado miedo de dejar a Helen, cuya fiebre apenas había bajado desde que se desmayó. Lana miró a la mujer que yacía a su lado.

Helen respiraba con dificultad, movía la cabeza de un lado a otro de vez en cuando y murmuraba incoherencias. Probablemente se estaba muriendo. Bastaba con ver su rostro pálido y su tobillo hinchado y amoratado.

Aun así, Lana intentaba darle calor. Cerró las manos de Helen en puños, se las llevó a la boca y sopló sobre ellas. Le frotó los brazos con las palmas para calentárselos. Helen solo mantenía los ojos cerrados, se movía de un lado a otro y murmuraba en su confusión.

Varias veces Lana le había sacudido el hombro para intentar despertarla, pero al final se rindió. ¿De qué servía?

Soltó las manos de Helen y recorrió con la mirada la corta línea de costa; estaba segura de que podría dar la vuelta a la isla en menos de un día, pues el lugar parecía diminuto. Tentada de levantarse a explorar, se contuvo, porque en el fondo ya sabía que estaban en medio de la nada, completamente solas. Y no estaba preparada para confirmarlo.

Encorvada contra el tronco del cocotero, con la mirada en el cielo, sintió que la mano de Helen le agarraba débilmente el muslo.

—Hola —dijo Lana, y se incorporó. Le tocó la frente a Helen y, por suerte, no estaba tan caliente como antes.

Unos ojos rojos y cansados miraron a Lana antes de que Helen hablara. —¡Hola! —la voz de Helen era más débil que su agarre; estaba desorientada y miraba a su alrededor sin esperanza.

—¿Estás bien? Te desmayaste.

Helen negó con la cabeza y apretó los labios para no llorar. —¿Has visto algo? —miró hacia los árboles de la isla—. ¿A alguien?

Lana se abrazó las rodillas contra el pecho y miró el océano. Empezaba a asimilar que estaban completamente solas y que era posible que nadie viniera a buscarlas pronto, tal como Helen pensaba.

—No —dijo Lana—. Todavía no.

Helen dejó escapar un quejido y negó con la cabeza, incrédula. Luego se incorporó e intentó moverse, pero soltó un gemido al levantar la pierna izquierda. Ambas miraron su pie hinchado.

—Creo que tengo el pie roto.

Lana se levantó y se sentó frente a ella mientras Helen la miraba. —¿Puedes moverlo? —intentó cogerle el pie descalzo.

—No lo toques, por favor. Me duele muchísimo.

—Quiero ver si está roto.

—¿Y tú qué sabrás? ¿Eres médica? —preguntó Helen con tono hiriente, aunque las lágrimas le caían por las mejillas.

A Lana la desconcertó la brusquedad de Helen. —No, soy fotógrafa. Ya lo sabes. Solo intento ayudarte.

—Lo sé —Helen sorbió por la nariz y se secó los ojos—. Lo siento —se disculpó, vulnerable y en voz baja en la oscuridad, lo que ablandó a Lana; las pullas de antes parecían ahora lejanas. Lejanas, como el hogar.

—No lo tocaré. ¿Puedes intentar moverlo en diferentes direcciones y decirme cómo te sientes?

—Ya sé cómo está, Lana. Duele.

—Lo sé, pero inténtalo, por favor.

Sujetándose la pantorrilla, Helen movió el tobillo en pequeños círculos con una mueca de dolor.

—Vale, eso está bien. ¿Puedo intentarlo yo?

Helen asintió. Al primer contacto con la mano de Lana, se estremeció.

—Estoy comprobando si la articulación está suelta, ¿vale?

Lana giró el tobillo de Helen en busca de inestabilidad o movimientos anormales. Sonrió un poco, aliviada. —No está roto —

dijo—. Es un esguince. Se curará —volvió a sentarse contra el árbol —. Seguramente pasó cuando huíamos o algo así.

—Se me quedó atascado en la tienda cuando intenté escapar de esos... Tuve que sacarlo de un tirón. Creo que fue entonces cuando pasó. O en el océano, no lo sé.

Lana no sabía qué decir, y Helen parecía estar asimilándolo todo por fin. Tenía los ojos desorbitados de miedo y se cubrió los labios temblorosos con las yemas de los dedos.

—¿Qué coño pasó realmente? —preguntó Helen, más para sí misma que para Lana.

Como antes, Lana se abrazó las rodillas contra el pecho y se meció suavemente de un lado a otro. —No lo sé. Todo pasó muy rápido. Estábamos allí, tranquilas. Nos viste, Helen. ¿Te acuerdas?

—Sí, os vi. Con Morgan.

—Entonces, de la nada, flechas y gente cayendo como moscas — los ojos de Lana tenían la mirada perdida—. Creo que vi caer a Morgan también. Y no sé dónde estaba Kevin. No sé dónde estaba. Y eché a correr.

—A mi colega le clavaron dos flechas. Me dijo que corriera. Le salía sangre de la boca —dijo Helen entre sollozos.

Lana tampoco pudo contener las lágrimas al pensar en Kevin. Se secó los ojos con la manga y giró la cabeza hacia otro lado, como si así pudiera acallar el horrible relato de lo que Helen había vivido.

—¡Oh, Maggie! También está muerta. ¿Verdad?

Lana la miró y se encogió de hombros.

—Están todos muertos. ¿Verdad?

—¡No! —Lana fue tajante—. Kevin no. Y Maggie tampoco. Nosotras no estamos muertas. Así que no, no están todos muertos. Escapamos. Seguro que otros también. Y habrán conseguido ayuda. Y nos estarán buscando. ¿Vale?

A pesar de sus lágrimas incesantes, Helen susurró: —Sí, vale.

—Solo tenemos que —Lana echó un vistazo alrededor— esperar un poco. Alguien nos encontrará.

Aterida, con los ojos fijos en el mar, Lana se llevó las manos ahuecadas a los labios y sopló para calentárselas. Helen se arrebujó

en su gruesa chaqueta acolchada y tembló; miró su tobillo hinchado, luego el agua, e hizo lo que Lana había dicho: esperar.

***

Pasó otro día. Otro día sentadas en la playa esperando en vano que algo viniera a rescatarlas. Sin nada que hacer ni que decir, cayó la noche, y esperaron en la oscuridad y el frío hasta que a Lana empezó a dolerle la vejiga. Había ido al baño antes para no tener que adentrarse en la isla de noche, pero ahora no podía aguantarse más.

Estaba a punto de levantarse cuando Helen le agarró el brazo. —¿Adónde vas?

—A ningún sitio. Solo a dar una vuelta.

—¿Adónde?

—Necesito hacer pis de verdad —un leve rubor de vergüenza le tiñó el rostro al decirlo—. Vuelvo enseguida. Pero de verdad que tengo que ir.

Helen le apretó ligeramente el brazo y la soltó. —No te alejes mucho.

—No lo haré. Vuelvo enseguida —dijo. La forma en que Helen la miraba, con aquellos ojos tristes, solitarios y asustados, le llegó al corazón. Quería decirle que no tuviera miedo. Pero ¿cómo iba a decirle eso si ella misma se sentía igual?

Encontró un lugar seguro entre los árboles para ponerse en cuclillas. En cuanto lo hizo, la orina le salió a chorros. Cerró los ojos; la sensación era abrumadora, por decir poco. Qué lujo poder hacer pis. Se sentía tan bien que se estremeció. Agarrada a un tronco, se miró, luego alzó la vista. Una iguana la observaba fijamente, un búho ululó, las hojas crujieron de forma ominosa: la llamada de algo siniestro. Un golpe seco. Se subió la ropa interior, se puso de pie y miró a su alrededor. Los recuerdos de lo ocurrido en la selva la asaltaron, y se apresuró a volver con Helen, que la esperaba impaciente.

Helen frunció el ceño mirando a Lana, como si esperara que le dijera algo importante.

Antes de sentarse, Lana preguntó: —¿Necesitas ir? —Su voz sonaba suave, casi perdida bajo el rumor de las olas—. ¿Al baño? Te ayudo.

—No, esperaré al barco o al avión —dijo Helen, como si supiera la hora exacta, el minuto, la marca y el modelo del barco o avión que inevitablemente vendría a salvarlas.

Lana volvió a sentarse a su lado. Cuando sintió que el cuerpo le cedía al sueño, dejó de luchar y se dejó caer sobre la arena.

Aunque dormía con sueño ligero, soñar que estaba de vuelta en el mar se sentía tan real como la voz de Helen llamándola suavemente por su nombre. Se removió, dudando, con la mente demasiado embotada para responder o hacer nada. Le costó un esfuerzo enorme abrir los ojos, y cuando lo hizo, se encontró con la más absoluta oscuridad.

—¡Lana! —La voz de Helen parecía formar parte de aquella oscuridad. Apenas se oía. Pero al girarse, saber que había alguien más allí le dio cierto consuelo. Eso era lo que le había permitido dormirse. Eso, y oír la respiración de Helen a su lado, la hacía sentirse segura en un lugar que no lo era.

—Lo siento —dijo Helen.

—¿Qué pasa?

—Es que de verdad —el rostro de Helen tenía un tono azul pálido —, de verdad que necesito hacer pis. Lo siento mucho.

Ver a Helen despejó a Lana por completo. Helen estaba indefensa, con una sola bota puesta, el pelo oscuro revuelto y los ojos grises llenos de tristeza.

A Lana se le encogió el corazón al ver a la misma mujer a la que, solo unos días antes, había llamado mentalmente superzorra por echarla de su tienda.

—Es que no puedo levantarme. No sé qué le pasa al pie. Lo siento —volvió a disculparse Helen.

—No pasa nada —dijo Lana, y se levantó. Cogió las manos de Helen, sorprendentemente cálidas, y tiró de ella para ayudarla a incorporarse.

Helen se agarró a los antebrazos de Lana y cerró los ojos, balanceándose como si fuera a desmayarse.

—Eh —asustada, Lana la atrajo hacia sí, y Helen volvió a abrir los ojos, clavándolos en los suyos—. ¿Estás bien?

—¡Mareada! —dijo Helen, y se estremeció al apoyar el pie izquierdo—. Pero estoy bien.

Con el brazo derecho sobre el hombro de Lana, caminaron despacio hasta adentrarse un poco entre los árboles. Se detuvieron junto a uno y quedaron cara a cara.

—Gracias —susurró Helen, cerrando los ojos de puro agotamiento.

—Agárrate al tronco del árbol —dijo Lana, y se dio la vuelta, escuchando las olas tranquilas, los insectos y a Helen orinando detrás de ella, lo que inexplicablemente la tranquilizó y le dio sueño.

Pensó en lo bien que se había sentido al aliviarse y se preguntó si Helen sentiría lo mismo. Entonces la invadió una calma somnolienta, junto con el placer de imaginar a Helen sintiendo lo que ella había sentido.

—¿Helen? —Intentó no hacerlo, pero miró a su derecha para verla. No pudo distinguirla.

—¿Necesitas más ayuda? —preguntó, y Helen dejó de orinar. Terriblemente avergonzada por haberle cortado el flujo, Lana contuvo la respiración.

—No. —La palabra salió forzada de la garganta de Helen, como una esfera atravesando un espacio cuadrado. Lana lo percibió.

Por un momento, Helen guardó silencio, y Lana nunca había sentido tantas ganas de mirar a alguien. ¿Estaría bien?

—No puedo levantarme —sollozó Helen con suavidad, frustrada.

Lana se giró y se puso en cuclillas frente a ella sin perder un segundo. Helen estaba llorando, pero compuso el gesto al mirar a Lana.

—Mi maldito tobillo —dijo Helen, pero se le quebraba la voz.

—Está bien. Te ayudaré a levantarte. —Lana le pasó los brazos de Helen alrededor del cuello y se incorporó con ella.

¿Cómo era humanamente posible que Lana aún percibiera, aunque fuera débilmente, el perfume de Helen? ¿O se lo estaba imaginando? Como Helen, también estaba mareada, hambrienta, con el cuerpo débil, y no sabía cuánto más aguantaría. Así que,

cuando bajó la mirada y sus ojos se posaron en el vientre plano de Helen, en su ombligo hundido y en su coño depilado que dejaba solo una fina línea de vello, sintió que su cuerpo cedería ante una debilidad que nunca antes había experimentado. La devolvió al avión, al pensamiento sucio que había tenido sobre las dos en el baño. Se lamió los labios, deseando probar y tocar, presa de una lujuria que no sabía que pudiera surgir en una situación así.

Menos mal que Helen apartó la mano derecha del cuello de Lana para vestirse rápidamente.

La frente de Helen rozó la suya, y cuando sus ojos se encontraron con los ojos oscuros de Lana, esta se sintió avergonzada.

—Lo siento —dijo Lana, negando con la cabeza.

Helen no dijo nada, pero dejó que su frente descansara contra la de Lana un instante. Lana quería estrecharla contra sí, y le dolía el corazón. Pero no solo por Helen, sino por su hogar, por Kevin, por su hermano y su hermana. Podría haberse echado a llorar, pero años de práctica ocultando sus emociones le facilitaron apartar la mirada de Helen, acomodarle el brazo alrededor del cuello y caminar de vuelta a la orilla.

9

Lana

EL SOL ARDIENTE como el fuego del infierno, el agua hasta los tobillos, la cabeza de Lana le estallaba de dolor desde la nuca hasta la frente. Se le secaba la saliva y consideró seriamente beber el agua salada del mar donde estaba de pie. O comerse uno de los cangrejos azules que correteaban por la arena.

Sus ojos se posaron en Helen, que estaba detrás de ella apoyada contra un cocotero, agitando un coco verde junto a la oreja. Sin querer, le vino a la mente la imagen del sexo de Helen la noche anterior y, como por milagro, salivó.

Qué cosa tan absurda en la que pensar cuando su cuerpo estaba al borde del desmayo. ¿Cuánto tiempo podía aguantar alguien sin beber agua antes de morir? Había oído que tres días. Sentía que ya casi había llegado a ese punto, y sin embargo estaba pensando en el clítoris prominente de su jefa, soñando con chupárselo, con su lengua.

Se odiaba a sí misma por sentirse así, pero la atracción que sentía por Helen era innegable. Solo por estar cerca de ella todo el tiempo, su convivencia silenciosa, la forma en que podían apoyarse la una en la otra en las noches frías. No podía evitar pensar que si no la hubiera visto, los sentimientos que albergaba no existirían. Ahora no podía contenerse.

Una enorme bandada de loros pasó volando por encima de ella, y Lana alzó la vista al cielo para seguirlos. Volaron hasta desaparecer tras la isla.

Entonces cayó en la cuenta. ¡Comida! Los pájaros estaban buscando comida. Se quitó la chaqueta, se la ató a la cintura y salió del agua a paso rápido hacia Helen.

—Oye —dijo Lana.

Helen tiró el coco en la arena.

—Hola.

—Voy a dar un paseo. No puedo quedarme aquí sin más.

Helen frunció el ceño ante semejante absurdo.

—¿Qué? ¡No! Quédate aquí y espera a que venga lo que sea, y entonces conseguiremos la ayuda que necesitamos.

Acostumbrada a que la obedecieran sin rechistar, Helen estaba a punto de sentarse y dar por zanjada la conversación.

Lana esbozó una leve sonrisa, molesta por el autoritarismo de Helen.

—Tú puedes quedarte, pero yo me voy —dijo.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si te pierdes? ¿Y si esa gente está ahí? ¿Has pensado en eso?

—Sí, lo he pensado. Pero no puedo quedarme aquí más tiempo.

—Lana, por favor.

La forma en que Helen suplicaba y la miraba casi hizo que Lana se rindiera y se quedara.

—Dime una idea mejor y me quedo —dijo Lana.

Helen apoyó el cuerpo cansado contra el árbol, se miró el pie lesionado y luego volvió a mirar a Lana.

—No tardes mucho. Y no te adentres demasiado.

—No lo haré. Vuelvo enseguida. Te lo prometo.

La única vez que Lana se había adentrado en la isla fue cuando necesitó aliviarse. Ahora iba en busca de los pájaros.

A medida que se adentraba, podía oírlos. Cogió un palo que sobresalía de unos arbustos y se abrió paso a machetazos entre el follaje alto. Una iguana en un árbol la miró fijamente. Ante sus propios ojos, se volvió marrón y se camufló contra la rama.

Se preguntó si Helen se maravillaría al verla. Pensó en haberla visto desnuda la noche anterior; su rostro, su olor, y un agotamiento abrumador se apoderó de ella. Su cuerpo se desplomó contra una pared.

La voz de Kevin, *«estás llena de lujuria»*, resonó en su cabeza, y rompió a llorar.

—¿Dónde coño estoy? ¿Qué me está pasando?

Retrocedió con las manos en la cabeza y chocó contra una pared. Se dio la vuelta y vio que había una entrada. Se secó las lágrimas y se asomó al espacio oscuro. Fuera peligroso o no, le daba igual. Lo único que quería era ver que existía vida humana más allá de ella y de Helen en aquel lugar. Eso significaría que conseguirían ayuda, que volverían a casa.

—¡Hola! —gritó.

Su voz no hizo eco. Entró en la pequeña cueva y fue apartando las telarañas con el palo. A solo dos metros y medio se topó con las paredes del fondo. Pequeñas arañas marrones se arrastraban por ellas, junto con unas cuantas cucarachas negras y marrones. Asqueada, retrocedió y salió tambaleándose de la cueva con arcadas; no tenía nada en el estómago, así que solo le salió aire.

Tumbada boca arriba, tosió y tosió. Entonces un tucán pasó volando sobre ella, igual que había visto en la selva cuando fotografiaba para Verve. Lo siguió con la mirada. Se levantó y caminó en la dirección en que probablemente había ido, más lejos de lo que nunca se había alejado para orinar o defecar, más allá del gran almendro, con nueces esparcidas por el suelo que pensó en llevar de vuelta a la playa para Helen y para ella, más allá del tramo de cocoteros.

Se le iluminaron los ojos al ver unos loros dándose un festín con frutas oblongas verdes y amarillas que colgaban de un árbol lo bastante bajo para alcanzarlas. Corrió hacia él, arrancó una amarilla y le dio un mordisco. Aunque ácida, le calentó y humedeció la garganta con su jugo. Se comió tres más, luego recogió todas las que pudo, se metió las más pequeñas en los bolsillos de la chaqueta e hizo una bolsa con la camiseta para llenarla de fruta.

Una sensación de logro la invadió cuando regresó a la playa, donde Helen estaba sentada con un coco entre las piernas.

—¡Oye!

Helen dio un respingo al oír la voz de Lana.

—¿Dónde coño estabas?

—Te dije que iba a dar un paseo.

Helen se levantó y se sacudió la parte de atrás de los pantalones.

—Y —continuó Lana, con una pizca de emoción ante la idea de mostrarle a Helen lo que había encontrado—, conseguí...

—Estuviste fuera una hora.

—No, tardé menos de media.

Helen clavó la mirada en los ojos de Lana, sin respirar, con el rostro rojo como una cereza.

—Pensé... —dijo Helen, más suave ahora.

Y solo entonces Lana se dio cuenta de que Helen estaba asustada.

—¿Pensaste qué, Helen?

—Que te había pasado algo. Que alguien...

—No me ha pasado nada. Estoy aquí —dijo Lana, que también se ablandó; el miedo de Helen la desarmaba.

La dura realidad era que nadie podría haberle hecho nada porque no había indicios de que la civilización hubiera existido jamás allí. Lana miró hacia atrás, hacia la isla.

—Y no hay nadie.

Se volvió hacia Helen.

—Nadie.

El rostro de Helen se descompuso, crispándose, y sus ojos se anegaron de lágrimas.

Para no dejarse llevar de nuevo por la emoción, Lana se alejó de Helen y se acuclilló en la arena. Vació los tesoros en el suelo, cogió uno y se lo mostró.

—Al menos encontré esto.

Helen se sentó a su lado, con la mirada más puesta en Lana que en la fruta que sostenía. Tenía los ojos tan tristes, y los labios resecos como un desierto.

—No sé cómo se llaman —continuó Lana—. Pero los pájaros se las estaban comiendo, así que no pasa nada. Y yo ya me comí un montón y no estoy muerta —se rio, aunque enseguida se arrepintió de lo que había dicho—. Por favor, come una.

Helen parpadeó y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Aun así, cogió la fruta. Cerró los ojos al darle un mordisco.

—Lo sé, es ácida —dijo Lana.

Pero Helen siguió comiendo, dejando escapar un leve gemido de placer.

—No, es bastante dulce. Y está muy buena —Helen esbozó una leve sonrisa.

—¿En serio? Todas las que me comí estaban ácidas.

—Es dulce.

—¿Estás segura?

—¡Sí! Sé perfectamente lo que es dulce —suspiró Helen mientras masticaba.

—¿Puedo probarla? —preguntó Lana.

Helen se la dio, y Lana mordió la fruta dulce y pulposa. Tenía una textura crujiente, parecida a la de una manzana pero más suave. Las semillas eran viscosas y pegajosas como las del maracuyá, aunque el sabor no tenía nada que ver.

—Es dulce.

—Te lo dije —Helen la observaba mientras daba otro mordisco—. Nunca dije que pudieras comértela entera, Lana —añadió con una sonrisa.

—Lo siento —Lana se rio un poco, aunque la risa se le apagó enseguida al ver las lágrimas de Helen.

10

Helen

CADA VEZ QUE Helen miraba hacia el mar y solo veía agua y gaviotas, perdía un poco de esperanza. Estaban sentadas, Lana con los brazos cruzados, tiritando por el frío del atardecer.

Helen jugueteaba con una de las frutas. Le daba vueltas al tallo, pensando en Katy y Emma. Y en Jeff, preguntándose si habría sido capaz de encontrarles comida. Se lo imaginaba perfectamente varado con ella, con su traje y corbata, sin teléfono, sin saber qué hacer.

Lana se removió, y Helen sintió el brazo de Lana rozar el suyo.

Intentó no apoyar la cabeza en su hombro ni mirar a la chica que las había ayudado a sobrevivir, que la había salvado más de una vez. Más de tres veces. Si lo pensaba, perdería la cuenta. La chica que la mantenía viva. Antes de poder evitarlo, el pensamiento se le grabó en la mente: gracias a Dios era Lana quien estaba con ella y nadie más.

—¿Estás bien? —preguntó Lana, sacándola de su ensimismamiento.

Quería decir que no, apartar la mirada de aquellas pupilas que se habían dilatado al posarse sobre su desnudez dos noches atrás. Helen había sentido cómo las manos de Lana le apretaban los brazos con más fuerza y había oído un jadeo casi inaudible escapar de sus labios, y se le había acelerado el corazón. Su cuerpo había respondido de algún modo, deseando que Lana le hiciera sentir lo que ella sentía. Y no sabía por qué. No podía explicar lo que le estaba pasando, ni podía evitar que sucediera.

Peor aún, no había sentido nada por su marido en meses, y cada vez que él la deseaba, su excusa era que estaba demasiado cansada, agotada y estresada por el trabajo. La mayoría de las

noches, solo quería acostar a sus hijas, beber vino y sentarse frente al portátil a preparar el día siguiente antes de irse a la cama.

Ahora a solas con Lana, cada vez estaban más unidas, conectando por las cosas más insignificantes, y Helen toleraba a Lana más que a nadie. La prefería a cualquier otra persona.

—¿Helen?

Helen apartó la mirada.

—Solo estoy cansada y confundida y no puedo dormir, joder —dijo, más que cansada, más que confundida. Y era justo esa hora de la noche en que el tobillo empezaba a latirle con más fuerza que el graznido de las gaviotas. La noche anterior, Lana se había quitado la camiseta interior rosa y le había envuelto el pie lesionado, convencida de que el frío era la causa del dolor. Ayudó, pero solo un poco. Se había despertado entre dolores y no tuvo valor para despertar a Lana. ¿Qué le iba a decir? ¿Que le dolía y necesitaba que la consolara?

Una gaviota pasó volando y Helen la siguió con la mirada hasta que se posó en una roca.

—¿Sabías que Gran Bretaña está plagada de gaviotas que se comen a los perros? —preguntó Helen.

Lana se volvió ligeramente hacia Helen.

—¿Qué?

—Sí, por lo visto se alimentan de perros. Se lanzan en picado como águilas, con esas envergaduras enormes que tienen, agarran a los perros y se los llevan.

—Eso es mentira.

—El último caso del que me enteré fue el de un chihuahua llamado Gizmo. Los dueños todavía ponen carteles de que está desaparecido. No sé para qué, porque vamos, ese perro está muerto y bien muerto.

—Quizás todavía tienen esperanza. No tiene nada de malo —dijo Lana.

—Puede ser.

Helen miró al pájaro y pensó en sus hijas.

—Mis hijas están obsesionadas con los perros.

—¿En serio? ¿Cómo se llaman? Katy y...

—Katy tiene cuatro años. Emma solo dos.

Helen se llevó la mano a la frente mientras se le cerraban los ojos y se le encogía el corazón.

—Katy no para de pedirme un cachorro. Siempre le digo que no.

Estaba a punto de echarse a llorar pensando en ellas.

—Sé que están a salvo con su padre, aunque puede que él no sepa qué hacer, pero las echo muchísimo de menos. Seguro que están llorando sin entender qué pasa.

Miró a Lana, que se acercó más a ella.

—No quiero que piensen que estoy enfadada con ellas y que por eso no he vuelto.

—¡No! ¿Por qué iban a pensar eso?

Helen recordó el día que se fue, igual que tantas otras veces; Katy sobre todo sabía que estaba enfadada por algo y que se iba a trabajar.

—Porque... —dijo Helen. Le costaba hablar de ello, pero cuando miró a Lana, con el vaho saliéndole de la nariz al respirar, quiso contárselo—. Puedo ser muy borde. O sea, tú lo sabes.

Helen bajó la cabeza avergonzada, recordando cómo la había tratado. A ella y a todos los demás.

—Soy una mierda de persona.

—No lo eres, Helen.

La voz de Lana era tan suave y dulce como su mirada.

Helen apartó la mirada.

—A veces me enfado tanto por el trabajo y esas cosas, y entonces exploto. Y me voy. Y ellas no lo entienden. Lloran. Y cuando vuelvo a casa, están tan contentas de verme... Vienen corriendo a abrazarme como si no supieran que iba a volver.

A Helen se le llenaron los ojos de lágrimas, echando de menos sus bracitos rodeándola, tener a Emma pegada a su pecho.

—Ahora, cuando no me vean, van a pensar...

—No van a pensar eso. Y se alegran de verte porque te quieren, Helen.

Lana tenía una sonrisa capaz de derretir a Helen.

—¿Tú crees? —Helen nunca pedía la opinión de nadie ni buscaba su aprobación. Pero era Lana, y la forma en que lo dijo lo significaba

todo.

—Lo sé. Sé que si mi madre llegara a casa todos los días y yo me pusiera tan contenta, sabría lo que significa —dijo Lana, y bajó la vista hacia la hoja con la que jugueteaba entre los dedos, pero no la estaba mirando. Miraba hacia algún dolor del pasado.

—¿Vives con ella? ¿Con tu madre?

—¡Qué va! —Lana frunció el ceño con amargura y luego intentó suavizar el gesto—. Vivo sola, más o menos.

Luego, claramente intentando desviar la conversación de su madre, añadió:

—Mi novia quiere venirse a vivir conmigo y compartir el alquiler, pero el piso es pequeño, y a veces viene mi hermana a quedarse.

Lana miró a Helen, que sonrió levemente.

Pero Lana estaba seria. Lanzó la hoja al suelo, entre las piernas, y volvió a recogerla.

—¿Tienes una hermana? —preguntó Helen.

—Frances, es la pequeña. Y mi hermano, Chris, es el mayor.

Helen apoyó la cabeza contra el árbol, pensando en sus hermanos y sus padres por primera vez desde que llegó a la isla. Esperaba que su madre y su padre no estuvieran volviéndose locos creyendo que estaba muerta. Y más aún, esperaba que Jeff no les hubiera dicho nada todavía. Lo mínimo que podía hacer era tener la decencia de esperarla.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos o hermanas? —preguntó Lana, con los ojos somnolientos y hermosos, igual que la otra noche cuando la miraba embobada. Un nudo desconocido se formó en el estómago de Helen. Se deshizo y flotó libre, haciéndole cosquillas.

—Tres hermanos y una hermana. Me pregunto cómo van a reaccionar cuando se enteren de lo que pasó. Mi hermano mayor, Jason, es policía, así que... no sé. ¡Dios! —Helen se frotó la frente de nuevo, angustiada.

—Me pregunto lo mismo. Espero que Frances no pare su vida ni deje la universidad si no vuelvo a tiempo para obligarla a ir. —Había pánico en la voz de Lana. Miró a Helen—. Tiene diecisiete años y es muy inteligente. Hace cosas bastante tontas, pero creo que aun así irá. Sabe que es lo mejor para ella.

—¿Sí?

—¡Sí! Seguro que está en mi piso ahora mismo destrozándolo como la última vez. —Se quedó mirando a la nada—. Espero que Mia no entregue mi apartamento tampoco. Me cabrearía mucho.

—¿Mia?

—Mi novia. Estará cabreada porque también me he perdido la boda de su mejor amiga. —Lana soltó una risa que no lo era.

—Estoy segura de que eso no es lo que le preocupa ahora mismo, Lana.

—Tendrán que buscar otro fotógrafo con tan poca antelación. Puede que les cueste más de lo que pueden permitirse. —Miró a Helen—. Le prometí que estaría allí.

Helen no podía creer que eso fuera lo que ocupaba los pensamientos de Lana, tan desinteresadamente: estar en casa para una boda que no era la suya y que su hermana fuera a la universidad en su ausencia.

—Lo entenderá. Te lo garantizo —le aseguró Helen, con ganas de limpiar la lágrima que asomaba en el párpado inferior de Lana—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntas?

—Cinco meses —dijo Lana.

Helen asintió.

—¿Cuánto tiempo llevas casada, si no te importa que te lo pregunte?

Helen miró al cielo buscando una respuesta. —Siete, no, seis años. Katy tiene cuatro, así que seis años. —Helen estaba segura ahora—. Sí, seis.

—¿No estás segura? —preguntó Lana, arqueando las cejas divertida.

Helen ladeó la cabeza y sonrió. —Estoy segura.

—¿Siquiera sabes cuánto tiempo llevamos en este lugar?

—Exactamente cinco noches.

—Debería apuntarlo en algún sitio para que no lo olvidemos. —Miró alrededor—. En un árbol o algo.

—Vale, Tom —bromeó Helen, desconcertando a Lana—. Tom Hanks, Náufrago.

—¡Ah!

—¡Claro! Se me olvidó que seguramente eres demasiado joven para conocerla.

—No, la conozco.

—Ya. —Helen esperó pacientemente una sinopsis.

—Tom. El tío era un náufrago —dijo Lana, seria, señalando el océano y la naturaleza salvaje. Luego soltó una risita, y Helen se rio, cosa que no sabía que pudiera hacer.

Se miraron a los ojos y luego Lana cogió una piedra afilada que tenía al lado, se giró hacia el cocotero y escribió. —14 de abril — dijo. Sus ojos se tornaron solemnes, y los de Helen también.

Cuando Helen ya no quiso seguir ahogándose en aquellos ojos profundos, apartó la mirada y se quedó dormida con las estrellas y la luna en la mente.

***

La lluvia le salpicaba la cara a Helen y las manos de Lana le sacudían suavemente los hombros. Muerta de cansancio, débil y dolorida, Helen apartó las manos de Lana.

—Helen, despierta. Está lloviendo —susurró—. Tenemos que buscar refugio.

Sin abrir los ojos, Helen dijo: —Está lloviznando. El viento se la llevará.

—No.

—Déjame en paz.

—No puedes dormir bajo la lluvia. Helen, levántate.

Por fin, Helen abrió los ojos, rojos como la sangre, para mirar a Lana, que estaba más cerca de lo que pensaba.

—Vamos —dijo Lana—. Te ayudo.

Lana le pasó los brazos de Helen alrededor del cuello y se levantó con ella. Cuando Helen se puso de pie, se aferró a Lana, deseando poder envolverle las piernas alrededor de la cintura y que la llevara en brazos adonde quisiera, a algún lugar cálido y acogedor, quizás.

Al sentir que Lana también la acercaba un poco más, Helen apoyó la mejilla contra el hombro de Lana y cerró los ojos durante cinco segundos. Y aunque la lluvia era helada, sintió el calor de la

chica y no quería otra cosa que descansar en él. Lo deseaba demasiado, así que apartó la cabeza y bajó la mirada hacia su pie izquierdo, medio suelto dentro de la bota.

—Mi maldito tobillo.

Lana se limitó a mirarla a los ojos, la nariz, los labios, y de vuelta a los ojos. —Vamos —dijo.

Caminó con Lana hacia el interior de la isla, donde nunca había estado.

—Llegamos —dijo Lana, y la hizo entrar en una cueva oscura en la que apenas cabían las dos.

Mirando hacia el fondo, Helen solo veía oscuridad, así que se volvió y se encontró a Lana justo delante, aunque esta observaba el reducido espacio a su alrededor.

—Lo descubrí cuando encontré el frutal —dijo.

—Al menos podemos secarnos —Helen se sacudió el agua del abrigo. Un rayo cayó por encima del hombro de Lana. Helen retrocedió y clavó la mirada en el suelo.

—No toques las paredes —advirtió Lana.

—¿Por qué no?

—Este lugar está lleno de arañas.

—¿Qué? —Helen se acercó a Lana, tanto que volvió a sentir su calor—. Joder, no. Les tengo pánico a las arañas. No puedo quedarme aquí.

Como si Helen fuera a marcharse, Lana la agarró del brazo, lo que le trajo el recuerdo de Lana sujetándola mientras le miraba el coño como si quisiera devorarlo. Se le endurecieron los pezones y el clítoris le latió dos veces sin querer.

—Son de las pequeñas —dijo Lana con suavidad—. No te harán nada.

Pero eso no aplacó el miedo de Helen ni impidió que su cuerpo se pegara más a Lana buscando protección.

—Te lo prometo. Son así de pequeñas —Lana la soltó, levantó el meñique, le mostró la uña y sonrió a pesar del cansancio y la tristeza. Helen lo veía en sus ojos pequeños y apagados. Luego dejó de sonreír, cerró los ojos y apoyó suavemente la cabeza contra la de Helen. Tenía que ser por el frío y la soledad que ambas sentían.

Helen le rozó la nariz con la suya. Estaba a punto de levantar la mano para tocarle el rostro suave con los dedos doloridos cuando Lana abrió los ojos y apartó la frente. Se estremeció antes de mirar hacia fuera. Y Helen no supo por qué aquello la hizo sentirse sola.

Se quedó junto a Lana contemplando el suave repiqueteo de las gotas, los árboles con las ramas extendidas que recogían la lluvia en su abrazo frondoso, un sonido que era como una nana para sus oídos. El aroma a petricor llenaba el aire, un perfume dulce que intentó capturar y retener. Dio saltitos sobre el pie bueno para mantenerse despierta.

—Puedes apoyarte en mi hombro si quieres —ofreció Lana.

Helen así lo hizo: apoyó la mano izquierda en el hombro de Lana mientras resistía el impulso de recostar también la cabeza contra ella para aliviar el cuello rígido. Se conformó con cerrar los ojos y escuchar la lluvia.

—¿Puedes quedarte aquí un momento? —preguntó Lana, y entonces Helen se dio cuenta de que tenía el brazo derecho enroscado en el izquierdo de Lana y de que se estaba recostando contra ella.

—¿Adónde vas?

—¡A ninguna parte! Estoy aquí mismo —Lana le apartó la mano del antebrazo con suavidad, aunque Helen no quería soltarla—. Estoy aquí mismo.

Lana salió corriendo bajo la lluvia hacia un árbol y levantó una hoja enorme para que el agua le cayera en la boca. Bebió de aquel caño improvisado durante una eternidad, luego alzó la cabeza hacia Helen y se echó a reír mientras la lluvia la empapaba. Helen tuvo que recordarse que debía devolverle la sonrisa.

Bebió un poco más, arrancó la hoja y volvió con cuidado hacia Helen.

—Toma —dijo, acercándole la hoja a los labios.

—Gracias —dijo Helen, pero se perdió en los ojos de Lana.

—¡Bebe!

Helen miró el agua en la hoja, sujetó las manos de Lana y se la llevó a los labios secos. Cerró los ojos mientras bebía el líquido dulce y refrescante hasta la última gota, que lamió de la hoja.

—¿Más? —preguntó Lana.

—Por favor.

Lana volvió a llenar la hoja bajo la lluvia y se la acercó a Helen, que bebió agradecida.

11

Lana

DE PIE en la playa azotada por el viento, el cabello de Lana le azotaba el rostro con las feroces ráfagas. No podía evitar sentirse pequeña e insignificante ante el poder del mar tormentoso que se extendía frente a ella. Era de un negro intenso, iluminado solo por los ocasionales destellos de relámpagos que revelaban la espuma blanca en la cresta de las olas.

—Da tanto miedo.

Lana sintió el peso de la cabeza de Helen contra su hombro, refugiándose allí.

—Sí —dijo Lana—. No mires.

Lana echó un último vistazo a la playa, luego se alejó con Helen, la apoyó contra un árbol e intentó encontrar un lugar seco en el suelo empapado.

—Tendremos que conformarnos con esto.

Lana alzó la vista hacia Helen, que temblaba. Estaba a punto de levantarse para ayudarla a sentarse, pero Helen bajó despacio por su cuenta, con cuidado de no cargar demasiado el pie izquierdo.

—¿Estás bien? —preguntó Lana.

—¡Sí! —dijo Helen, y se tumbó de lado.

Lana hizo lo mismo y se acurrucó junto a ella, creando un espacio cálido entre ambas. Arriba, las estrellas brillaban con intensidad, como pequeños diamantes centelleantes en el cielo negro. El sonido de las olas que lamían suavemente la orilla se mezclaba con el susurro de las hojas en los árboles, una sinfonía relajante que las arrullaba hasta sumirlas en paz.

Lana estaba adormilándose cuando Helen habló.

—Si estuviera nevando, moriríamos congeladas.

Lana parpadeó y la miró; sus ojos se demoraron en los labios que casi había besado en la cueva, y ahora quería besarlos de nuevo. Pensó en tocarla, en lamerle el sexo, y nunca se había sentido más pervertida.

—¿No crees? —preguntó Helen cuando Lana no respondió.

—Sí. Y sucedería mucho más rápido si estuviéramos solas y no tan cerca como ahora.

Lana ahuecó las manos y sopló en ellas.

—Sí —respondió Helen, que se acercó un poco más a Lana—. Perdona por despertarte.

—No lo hiciste —mintió Lana con los ojos entrecerrados.

—Buenas noches —susurró Helen.

Era la primera vez que se lo decían; siempre se habían quedado dormidas sin que la otra lo supiera.

—Buenas noches.

El viento era fuerte, cortante, y todavía estaba completamente oscuro cuando Lana oyó a Helen gemir contra su cuello y sintió cómo su cuerpo se retorcía contra el suyo. Durante la noche, habían quedado envueltas en los brazos de la otra para combatir el frío.

Nerviosa, Lana le susurró al oído:

—¿Helen?

Helen gimió de nuevo y gimoteó como un cachorrito mientras se retorcía inquieta.

Al darse cuenta de que estaba teniendo una pesadilla y sin saber qué hacer, Lana simplemente la atrajo hacia sí y la estrechó contra su cuerpo mientras le acariciaba el cabello. Le dio un beso furtivo en la frente.

—Shh.

Sin embargo, no sirvió para calmar el horror de Helen. En cuestión de segundos empeoró hasta que finalmente despertó de golpe, con los ojos desorbitados clavados en Lana con terror y desconcierto.

—Estás bien. Estabas soñando —dijo Lana mientras le sujetaba los hombros y la sacudía con delicadeza.

Aún no del todo lúcida, Helen miró alrededor y luego se incorporó. Respiraba como si le faltara el oxígeno y se llevó la mano

al pecho.

—¿Estás bien? —Lana se sentó junto a ella y le frotó la espalda.

—Sí, solo... —Helen suspiró con el ceño fruncido mientras miraba hacia el océano. Apoyó la frente contra un árbol e intentó ordenar sus pensamientos confusos.

—Helen —dijo Lana con suavidad—. ¿Estás segura? Porque tú...

—He dicho que estoy bien —espetó Helen.

Lana retiró la mano de la espalda de Helen y se quedó allí sentada.

Helen miró entre los árboles hacia la playa a lo lejos, luego volvió a mirar a Lana.

—Lo siento —se disculpó mientras se limpiaba los ojos llorosos y la nariz.

Lana volvió a tumbarse, y Helen permaneció sentada. Se miró la muñeca izquierda y luego se la rascó.

—Ni siquiera sé qué hora es —dijo. Miró a Lana—. Soñé que estaba de vuelta en el agua. Pero mis hijas también estaban allí. Y no podía llegar hasta ellas por mucho que lo intentara.

Lana la dejó en silencio un rato para que recuperara el aliento.

—Tú también estabas allí.

—¿Sí? ¿Qué estaba haciendo?

—Intentando ayudarme, por supuesto.

Helen se rio, y era tan hermosa que Lana solo quería tenerla de vuelta en sus brazos para abrazarla y protegerla del frío.

—Tus hijas están bien, ¿recuerdas?

Helen se tumbó junto a ella de nuevo, con las manos como almohada.

—Lo sé. Las que no estamos bien somos nosotras. Podríamos morir aquí mismo. Tienes los labios pálidos.

Helen le tocó los labios con las yemas de los dedos y luego le presionó la palma de la mano contra la frente. Lana cerró los ojos, reconfortada por el pulgar de Helen que la acariciaba.

—Y tienes fiebre.

Lana extendió la mano y examinó a Helen, la frente y el cuello, acariciándola, y no le importó que Helen lo supiera. Helen se acercó más a Lana al sentir su contacto.

—Estás bien —dijo Lana—. Y no vamos a morir. No aquí. No así.

—Tu confianza... —fue todo lo que dijo Helen, lo que dibujó la más leve de las sonrisas en los labios de Lana. Habría jurado que Helen iba a tocarle la boca de nuevo cuando levantó la mano, pero la retiró. Si Helen la hubiera tocado, le habría besado los dedos.

—No estás enferma, ¿verdad? —preguntó Helen—. Porque sí tienes fiebre. Odiaría que estuvieras enferma.

—No me siento enferma. Será por haber estado bajo la lluvia. Y la ropa mojada. No es nada.

Helen suspiró con inquietud. Lana la veía escrutando cada detalle de su rostro, pero no esperaba lo que Helen dijo a continuación. —Seguro que ahora me odias por haberte contratado.

—No, para nada —dijo Lana—. Ni siquiera sabía que habías sido tú.

—Tenía una idea muy clara en mente, vi tu trabajo y supe que eras la indicada. Tenía que ficharte antes de que lo hiciera otra persona.

—¿Ficharme? No parece que estés hablando de mí. O sea, viniendo de donde vengo, nunca esperé esto: tener la oportunidad de salir del maldito parque de caravanas, hacer algo diferente y bueno por una vez.

—Siento cómo me comporté. Y cómo han salido las cosas —dijo Helen.

—No es culpa tuya. Esto era demasiado bueno para ser verdad, de todas formas. Que Verve Couture me contratara fue, no sé... Inesperado, inaudito, increíble —dijo Lana, pero al mirar a Helen, ya no era Verve quien la había visto. Era Helen.

—¿Por qué era demasiado bueno para ser verdad? Eres una fotógrafa excelente.

—Simplemente pensé que no lo conseguiría. Apenas me prestaste atención en la entrevista. Vino a ser el resumen de mi vida.

—No necesitaba prestar atención. La entrevista era un mero trámite. Ya sabía lo que quería —dijo Helen.

—Ni siquiera solicité el puesto. Lo hizo Mia. A mis espaldas. Pero supongo que tenía que pasar.

—Debe de quererte mucho —dijo Helen, esperando a que Lana respondiera.

Lana se encogió de hombros y le revolvió el estómago pensar en Mia. No quería que estuviera preocupada, ni que la buscara, ni que faltara al trabajo. Ni siquiera le importaría que Mia encontrara a alguien que la consolara como Helen la consolaba a ella.

—Creyó en ti. Bendición y maldición a la vez —dijo Helen.

Por un instante, habían olvidado dónde estaban, olvidado el frío despiadado, la arena áspera y el hambre.

Lana se tumbó boca arriba y miró al cielo. —No dejo de pensar que me despertaré y todo esto habrá sido un sueño. Nada tiene sentido. Es demasiado irreal para tenerlo.

Desvió la mirada del cielo hacia Helen. Helen, desde luego, no tenía sentido. Los rumores que había oído no eran ciertos. Helen no se parecía en nada a lo que Kevin o cualquier otro había dicho. Sí, hizo llorar a Maggie, y Lana lo presenció. Sí, echó a Lana de su tienda como a un perro. Sí, le ladraba a todo el mundo. Pero todo era por frustración y por ser la directora creativa de Verve Couture. Porque todo en Helen contrastaba por completo con lo que había oído y también con lo que había visto.

A pesar de su enfrentamiento el primer día en esta isla, Helen era tierna, dulce, vulnerable, atenta a los detalles más pequeños. Y Lana podría amar a esta mujer en este lugar cruel y frío, y merecería la pena porque nunca se había sentido así. ¿Y si toda su vida la hubiera conducido a este preciso momento?

—Me da miedo volver a dormirme —admitió Helen—. No quiero tener ese sueño otra vez. No quiero ver a mis niños asustados. ¿Y si ellos...? —Helen no pudo terminar.

—¿Qué? —preguntó Lana—. Dímelo.

Un hilo de moco le resbaló por la nariz a Lana, y Helen se lo limpió con el pulgar y luego se secó el dedo en la chaqueta. Lana no supo lo que era enamorarse de alguien hasta ese momento. Algo se encendió en su corazón que sabía que jamás desaparecería ni olvidaría.

—Estás resfriada —dijo Helen.

—No, no estoy resfriada. Estás cambiando de tema.

Lana sí estaba resfriada, y el resfriado le duró todo el día siguiente. Pero a la mañana del otro día, ya no le dolía la garganta, los estornudos habían cesado y la fiebre había desaparecido.

Recogió ramas de cocotero y las colocó bajo un árbol mientras Helen intentaba recuperar fuerza en el tobillo izquierdo. Había estado caminando de un árbol a otro; el pie le sanaba bien.

Varias veces, Lana quiso ayudarla, pero tras el primer intento, en el que Helen le dijo que no, no se atrevió a volver a intentarlo.

Recoger ramas de palmera mantenía a Lana ocupada. Incluso la tranquilizaba. En un lugar más desolado que ningún otro que hubiera conocido, encontró consuelo en ello. Colocaría algunas para dormir ella y otras para Helen. Recordar cómo habían dormido en brazos la una de la otra hacía un par de noches le devolvió cierto calor que no provenía del sol abrasador. Se volvió hacia Helen y luego miró el agua centelleante que tenía delante.

Entonces divisó algo en el horizonte. ¿Era real? ¿De verdad había cajas azules, rojas y verdes flotando en el agua? ¿Era un carguero a plena vista? La imagen la hizo caer de rodillas. Por fin iban a rescatarlas.

12

Lana

—¡Helen! —gritó Lana mientras miraba boquiabierta el barco que tenía delante. Era un barco, ¿verdad? Aunque sedienta y hambrienta, casi sin fruta —solo les quedaba una—, no podía estar volviéndose loca. Aún estaba más o menos en sus cabales. Sus ojos no podían estar engañándola. ¿O sí?

Corrió hacia el mar cálido y se desató la chaqueta verde azulado de la cabeza para hacerle señales al barco.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó mientras agitaba la chaqueta, deseando, esperando y rezando para que alguien la viera.

Helen se lanzó al agua como Usain y se arrancó la chaqueta de la cintura para ayudar a Lana.

—¿Lo ves? —preguntó Lana con una sonrisa, los ojos grandes y brillantes.

—¡Sí! —gritó Helen, saboreando ya el dulce regreso a casa—. ¡Socorro!

Saltaron y gritaron, desesperadas por que las rescataran, chapoteando en el agua, agotadas de tanto gritar y agitar los brazos. Pero nada podía detenerlas. Y nada cambió. El barco se alejaba poco a poco, desvaneciéndose en la distancia.

Lana no tardó en darse cuenta y tirar la toalla. Abatida, dejó caer las manos a los costados; las mangas de la chaqueta flotaban en la superficie del agua mientras esta colgaba de su mano.

El barco ya era solo un punto, y estaba segura de que quienquiera que estuviera a bordo tampoco las había visto. Era humanamente imposible ver tan lejos a simple vista. Al final sí se estaba volviendo loca. Ambas se estaban volviendo locas por siquiera pensar que las verían desde esa distancia.

Mientras Helen seguía gritando y persiguiendo al carguero que se alejaba, Lana se quedó en la orilla, viéndolo desvanecerse junto con sus esperanzas y sueños.

Pronto, los gritos desesperados de Helen se tornaron en desilusión, y desde lo más profundo de su ser brotó un gemido de pura angustia. Sin embargo, aunque el barco había desaparecido por completo, no se detuvo.

—Helen, ya no está —dijo Lana mientras Helen, adentrándose más en el agua, hacía señas como loca a la nada.

—¡Socorro! —chilló, negándose a rendirse.

Era desgarrador. Lana fue hacia ella y la sujetó por detrás, atrayendo aquel cuerpo acalorado contra el suyo, y prácticamente tuvo que arrastrarla fuera del agua porque Helen no podía dejar de gritar.

—Lo siento. Se ha ido, Helen. No pueden vernos.

Pero Helen forcejeó, suplicándole a Lana que la soltara. Lana no cedió; siempre había sido mucho más fuerte que Helen.

—Sí pueden. Por favor, suéltame. —Helen intentó apartar los brazos de Lana de su cintura, y cuando no pudo, se rindió. El cuerpo se le quedó lacio y se dejó caer en los brazos de Lana.

—Lo siento —le susurró Lana al oído mientras ambas se desplomaban en la arena.

—Solo quiero irme a casa. —Helen se volvió hacia Lana y se aferró a su camiseta, llorando como si Lana pudiera hacer algo.

—Lo sé —dijo Lana, sujetándole el rostro.

—No aguanto más. Necesito salir de aquí.

—Saldrás. Te lo prometo. Por favor, deja de llorar. Solo conseguirás sentirte peor.

Pero las lágrimas de Helen no paraban, y su cuerpo temblaba contra el de Lana aunque la tarde era cálida. Lana la envolvió en sus brazos y la arropó como si fuera una manta mientras se sentaban contra el árbol, con la mirada fija en el océano.

Justo cuando pensó que Helen se había calmado, la oyó sollozar de nuevo.

—Yo también quiero irme a casa, Helen —dijo Lana.

Helen alzó la vista con los ojos hinchados, en una mezcla de tristeza y disculpa.

—Lo sé —dijo, e intentó acercarse más a Lana aunque ya no podía, y apoyó la cabeza en el pecho de Lana, abrazándola también.

—Habrá otro barco. Más cerca que nunca. —Lana apoyó la mejilla sobre la cabeza de Helen. Al cerrar los ojos, las lágrimas le brotaron. No sabía si se estaba mintiendo a sí misma. ¿Las rescatarían alguna vez? ¿O esta era su nueva vida, sentadas en una playa comiendo una fruta cuyo nombre desconocía?

Miró la última fruta que tenía al lado y el estómago le gruñó.

Se quedó dormida y despertó con el mismo dolor de estómago. Ya había oscurecido, y Helen seguía en sus brazos.

Al removerse, Lana volvió a mirar la fruta. ¿Qué no daría en ese momento por un filete? O incluso por los espaguetis con albóndigas más cutres de su madre. Un buen vaso de agua la reanimaría más que cualquier otra cosa.

—¡Helen! —La sacudió con suavidad.

Helen la miró medio dormida.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Lana quería levantarse, pero Helen se aferraba a ella y le impedía moverse, como si Lana fuera el barco alejándose.

—Antes de que oscurezca más, tengo que ir a buscar más fruta. Me muero de hambre.

—No, ya está oscuro.

Lo rotundo de aquel «no» hizo que Lana se preguntara si le había pedido permiso a Helen, o si acaso lo necesitaba.

Helen volvió a apoyar la cabeza en el pecho de Lana y sorbió por la nariz. Sin saber por qué, Lana se olvidó del hambre y obedeció a Helen. De nuevo, apoyó la mejilla sobre la cabeza de Helen y cerró los ojos. Tenía el brazo derecho entumecido por el peso de la cabeza de Helen en el hombro, pero no le importaba. De algún modo, tampoco quería dejarla. ¿Quién habría imaginado jamás que se aferrarían la una a la otra así, fuera cual fuera la circunstancia?

—Lo haré mañana, entonces —dijo Lana.

—Puedes comerte la que está ahí. ¿Dónde está? —Helen buscó con la mirada en la arena.

—La dejé para ti —dijo Lana.

—Pues yo la dejé para ti. —Helen cogió la fruta y la limpió en los pantalones—. Además, no tengo hambre.

—¿Estás segura? —preguntó Lana al recibir la fruta magullada y amarillenta.

Helen no respondió. Se dio la vuelta, suspiró con nostalgia y se tumbó sobre las ramas, con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—Puedes comer un trozo. ¡Toma! —Lana le tendió la fruta.

—He dicho que no tengo hambre —dijo Helen apartándola, molesta.

Miraba fijamente al frente mientras Lana comía la fruta, con la esperanza de que no se acabara. Quizá ya fuera demasiado tarde para conseguir más. Debería haber hecho caso a su instinto y no haber dejado que el deseo de tener a Helen en sus brazos pudiera con ella, porque el estómago le suplicaba que lo llenara con lo que fuera y no dejaba de atormentarla.

—No lo entiendo —dijo Helen con profunda angustia—, ¿cómo nos va a ver alguien si pasa por aquí? O sea, sin fuego es inútil. No hay esperanza.

Lana miró a Helen y, de pronto, cayó en la cuenta y se llevó la mano al bolsillo de la camisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen incorporándose.

—¡Mis cigarrillos! —Emocionada, Lana se desabrochó el bolsillo de la camisa con dedos nerviosos.

—¿Estás pensando en fumar ahora? ¿Qué coño?

Lana sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos aplastado. Lo apartó y sacó un encendedor de butano rojo. —¡Fuego!

—¡Dios mío! ¿Tenías esto todo el rato y no dijiste nada?

—Lo siento. Se me olvidó.

—¿Cómo no lo notaste?

—No lo sé.

Helen se tapó la boca y se echó a reír. —Verán el fuego. Sabrán que algo va mal. Y nos rescatarán.

13

Helen

CON CADA clic del encendedor, el corazón de Helen se llenaba de esperanza. Se sentó cerca de Lana, con las frentes pegadas, mientras ahuecaba las manos sobre las de ella para evitar que el viento húmedo apagara cualquier fuego que pudiera encenderse, aunque tampoco habían reunido hojas ni nada con que hacer fuego. Lo que querían era comprobar si el encendedor funcionaba.

Lana accionó y accionó, intentando crear una llama, pero nada. Ni siquiera una chispa. Cuando Lana se detuvo, Helen le miró los ojos, grandes y marrones, llenos de desesperación.

—Lana, ¿por qué paraste?

—Está húmedo.

—No, qué va. —Helen le arrebató el encendedor e intentó encenderlo ella misma, frenética—. ¿Puedes ayudarme a bloquear el viento?

Estaba irritada con Lana, como si ella tuviera la culpa de que el encendedor no funcionara.

—¡Ven aquí! —ordenó Helen.

Lana se acercó, y Helen le colocó las manos en forma de tienda con brusquedad, curvó su temblorosa mano izquierda alrededor de las de ella y empezó a accionar la rueda del pedernal.

—¡Vamos! ¡Vamos! —Accionó la rueda con más fuerza que Lana antes de parar del todo.

—Claro que no funciona, joder —escupió, y miró el pequeño encendedor desechable rojo con desprecio.

—¡Puta mierda! —gritó a pleno pulmón, y con todas sus fuerzas lo lanzó al océano.

Devastada, Lana se agarró mechones del pelo.

—Helen, ¿qué coño has hecho?

—¡Que no funciona! —gritó Helen—. ¿No ves que no funciona? —Rompió a llorar; el tobillo le palpitaba de pronto con un dolor descomunal—. ¡No funciona, jodida idiota! —Se golpeó el muslo con el puño, sin importarle que eso la dejara más débil y sedienta.

Levantó la vista y Lana la fulminó con la mirada.

—Maldita estúpida de mierda… —Lana resopló y corrió hacia el agua, donde Helen había lanzado el encendedor.

—¿Por qué coño harías algo así? ¿Estás loca? —gritó Lana. Entró en el agua, pero retrocedió por el frío; volvió a entrar, en busca de su última esperanza.

—Estás jodidamente loca. Tal vez…

—¿Yo estoy loca? —dijo Lana, y se señaló a sí misma. Salió del mar y fue hacia Helen pisando fuerte—. Acabas de empeorar las cosas muchísimo. Podría haberlo hecho funcionar, secarlo. Todavía tenía gas. Lo tiraste al agua salada. Ahora no puedo encontrarlo y estamos jodidas de verdad. Jodidas. ¡Por tu culpa!

—¿Cómo ibas a hacer funcionar esa mierda barata, Lana? Dime. No eres ninguna MacGyver.

—Lo habría dejado secar al sol. Ahora ya no está, Helen. Eso lo has hecho tú. —Lana levantó las manos y negó con la cabeza, con la peor decepción de su vida—. ¿Qué te pasa?

Helen no oyó la última parte, porque Lana bajó la voz, pero vio el movimiento de sus labios y pudo leerlos perfectamente porque había oído esas palabras demasiadas veces en su vida.

—No me pasa nada —le espetó Helen—. Tú eres la que delira si crees que esa mierda barata que llamas encendedor iba a funcionar. O que alguien nos verá. Mira a tu puto alrededor. Mira dónde coño estamos.

Lana la miró fijamente.

—Te crees que lo sabes todo, ¿verdad?

—Sé más que tú. Lo sé. MUCHO más que tú.

—No sabes una mierda. Esto no es Verve Couture. Ni tu jodido ático en donde coño sea.

—Cierto. Y esto no es el puto parque de caravanas del que saliste a rastras, inútil de mierda.

Lana retrocedió.

Helen vio que había dado donde más dolía, el dolor en su rostro, las lágrimas que se le acumularon en los ojos.

—Ahí estás —dijo Lana. Se llenó las mejillas de aire y lo soltó, conteniendo el llanto—. Sabía que estabas ahí, en algún lugar. Me preguntaba cuándo saldría por fin tu monstruo a jugar. Todo el mundo tiene razón sobre ti. Sé cómo me ves. Cómo me miras.

Se alejaba hacia el agua, pero Helen, arrepentida, corrió tras ella y la agarró del brazo.

—¡Lana! —dijo en tono de disculpa—. No quería decir eso. Lo siento. —Las lágrimas de Helen le corrían por el rostro antes que las de Lana—. Te miro y…

—No me toques, joder. —Lana se soltó de un tirón y se le plantó delante—. Solo eres una abusona que va por ahí cagándose en todo el mundo porque crees que están muy por debajo de ti.

—¿Qué? Eso no es verdad —dijo Helen, pero en el fondo sabía que algo de razón tenía. No siempre había sido así. Era un mecanismo que había desarrollado para hacer las cosas de la forma más efectiva y eficiente posible. La veían como dura, sin contemplaciones, la mejor directora creativa del sector. Incluso se enorgullecía de ello y no le importaba lo que nadie dijera o pensara. Hasta ahora.

—Te equivocas. No me conoces. No soy así.

—Sí lo eres —dijo Lana, y pareció desconcertada—. No sé por qué lo negué.

—Porque sabes que no soy así.

—Eres exactamente así. —Lana se alejaba hacia el agua.

—Lana, por favor. Lo siento. —Helen intentó retenerla, pero Lana no se dejó—. ¡Lana!

Lana le apartó las manos de un manotazo y la miró. —Quítame las putas manos de encima.

Se miraron fijamente, con lágrimas, dolor y desesperación reflejados en el rostro.

Helen se mordió el labio y cruzó los brazos, sin saber cómo encajar el rechazo. Le flaqueaban las fuerzas; creyó que se desmayaría cuando Lana volvió al agua.

Se agachó en la arena, enterró el rostro entre las manos y lloró. —Joder. —Se secó los ojos y alzó la cabeza hacia Lana, que se adentraba en el agua negra y tranquila.

—Joder —gimió, y se apoyó contra un árbol. La observaba odiándose a sí misma por ser la zorra que era, sobre todo por haber herido a Lana, en cuyos brazos se había quedado dormida, indefensa, apenas unas horas antes. Lana la había abrazado como nadie lo había hecho en años, ni siquiera Jeff. Y ahora la había hecho sentir insignificante.

Sopló un viento gélido y Helen se ciñó la chaqueta.

Lana temblaba por el frío del agua y la brisa, y se abrazaba para darse calor mientras escarbaba sin rumbo en la arena con los dedos de los pies. Varias veces sintió algo duro y se llevó las manos a los pies, solo para darse cuenta de que no era nada, una concha o un cangrejo azul. Una vez, la pinza de uno le pellizcó el dedo y ella hizo una mueca al metérselo en la boca.

Helen estuvo a punto de acercarse, cogerle el pobre dedo y besárselo, pero decidió no hacerlo. Lana estaba furiosa con ella. Y se lo merecía, igual que se decía que merecía el palpitar del tobillo, que latía como su corazón atemorizado.

Un mosquito le zumbó en el oído derecho y se dio un fuerte manotazo. Lana debió de oírlo, porque miró a su alrededor.

Sus miradas se cruzaron y Helen se rascó la oreja y el cuello. —Lana, sal del agua. ¿Por favor? Hace un frío que pela —le suplicó.

Los labios de Lana, antes rosados, estaban un poco azulados, y se apartó de Helen para seguir rebuscando en el agua algo que quizás nunca encontraría.

—Lana, por favor. —Exhausta, helada y con el corazón dolorido, Helen apoyó la cabeza cansada contra el árbol y cerró los ojos—. Lo siento.

14

Helen

LANA NO LE había dirigido la palabra a Helen en lo que quedaba de aquella noche ni en todo el día siguiente. Al caer la noche, se tumbaron sobre las ramas de cocotero, Lana dándole la espalda mientras Helen le miraba fijamente la nuca. Quería tocarla.

—Me estoy congelando —dijo Helen, esperando que Lana se acercara para acurrucarse juntas. Como antes, se quedarían dormidas, acabarían en brazos la una de la otra y despertarían así. Era todo lo que Helen quería. Sabía que Lana también se estaba helando. La veía temblar, abrazándose.

—¡Lana! ¡Por favor!

Lana al fin miró a Helen con ojos tristes, pero no dijo nada. Se dio la vuelta.

Helen cerró los ojos con un suspiro. En su mente solo existía lo que ya la rodeaba: la masa de agua negra frente a ella, la oscuridad, los árboles, Lana, la imagen de aquellos brazos fuertes envolviéndola, los besos suaves y tiernos en su cabeza que aún sentía. Quería volver a dormirse contra aquel cuerpo cálido y firme. Le palpitaba el clítoris, algo que no le pasaba desde la universidad con otra mujer, y para colmo, una chica. Quizás fuera por la falta de afecto. Quizás fuera la soledad, el miedo a lo desconocido. O quizás fuera simplemente Lana.

Helen se quedó dormida, pero una lluvia torrencial que empezó a caer de repente como una ráfaga de balas la hizo abrir los ojos. Rezó para que parara y poder descansar, pero sabía que no lo haría. El cielo estaba blanco, cubierto de lluvia como si fuera nieve.

Lana se levantó, sin duda para buscar refugio en la cueva, un lugar adonde Helen no tenía intención de ir. Quería quedarse allí

tumbada bajo la lluvia y morir. Quería irse a casa. Quería a Lana. No quería sentirse tan confundida y sola.

Pero se levantó. Lana pasó por su lado y Helen le agarró la mano, reteniéndola. Cuando Lana echó a andar deprisa, sus dedos se escurrieron de la mano de Helen.

Helen la siguió hacia el interior de la isla. Lana avanzaba a zancadas largas que Helen apenas podía igualar mientras el viento la empujaba con violencia. Una rama le azotó la cara; tropezó y la apartó de un manotazo.

—¡Lana!

Se sentía patética llamándola y persiguiendo así a una chica de veintitrés años, algo completamente impropio de ella. Pero se le derritió el corazón cuando Lana se detuvo a esperarla. Mientras iba hacia ella, tropezó con una raíz. Antes de que cayera, Lana se abalanzó y la sujetó.

Helen se agarró a aquellos brazos musculosos y recuperó el equilibrio. Eran el tobillo, el cansancio y el hambre lo que la hacían tan débil.

El camino hasta la cueva se hizo más largo que la primera vez, y al acercarse, Lana cogió dos hojas y le dio una a Helen.

Caminaron con las manos extendidas mientras la lluvia bendecía sus copas con agua para beber.

Cuando llegaron a la cueva, Helen ya estaba saciada, pero Lana se quedó en la entrada bebiendo de la hoja.

Helen se sacudió el agua de la chaqueta y se quedó detrás de Lana con los brazos cruzados, mirando fijamente su largo cabello negro del que goteaba el agua.

Por encima del hombro de Lana, un relámpago iluminó el cielo aterrador. Helen retrocedió de golpe y chocó contra la pared, esa que acababa de recordar que estaba plagada de arañas, según había dicho Lana.

Rebotó y fue a dar contra la espalda de Lana. Esta no se movió, y Helen se quedó pegada a ella, con la nariz hundida en su cabello. Con el corazón rebosante, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Lana jadeó y se abandonó a su contacto, pero no se movió.

—Lo siento. De verdad que lo siento —susurró Helen con los labios pegados al cuello de Lana. Se relajó contra ella y le besó suavemente el cuello mojado—. Lo siento.

La besó de nuevo. Lana se giró y sus miradas se encontraron, afligidas ambas, cómodas y dolidas a la vez.

—No lo decía en serio.

—Sonaba como si lo dijeras en serio.

—No lo decía. Lo siento.

Los ojos de Lana bajaron a la nariz de Helen, luego a sus labios, mientras se acercaba más. Le sujetó el cuello con las manos y le acarició la mandíbula con los pulgares.

—Dilo otra vez —exigió Lana.

—Lo siento.

Helen la atrajo más hacia sí, mirándole los labios, acercándose para rozarlos con los suyos. Deseaba tanto a Lana que era peor que el hambre, peor que cualquier cosa que hubiera sentido jamás, peor que el miedo.

—Si te beso —dijo Lana, rozándole la nariz con la suya—, no pararé.

—No quiero que pares.

Apenas pronunció esas palabras, los labios suaves de Lana se estrellaron contra los de Helen. Gimió mientras la besaba con fiereza. Gimió como Helen, como si jamás hubiera conocido ese placer.

A pesar del frío, los labios y la lengua de Lana estaban calientes y dulces mientras la besaba con suavidad. Helen quería comérsela; le sujetó la nuca para atraerla más mientras las manos de Lana la recorrían entera, tocándole los pechos, el trasero, deslizándose por su vientre.

No quería soltar aquellos labios ni dejar de besarla, y gimió cuando estos se deslizaron hacia su barbilla y su cuello.

Helen se aferró a ella, conteniendo los gritos mientras Lana le chupaba el cuello, el pecho, le quitaba la chaqueta y luego forcejeaba —porque Helen no podía soltarla— para desabrocharle la camisa.

Helen estaba tan débil que temía caerse.

Lana se apartó de su cuello y volvió a besarla mientras le quitaba la camiseta de tirantes y luego el sujetador. Cuando su boca caliente y su lengua temblorosa se prendieron de su pezón rígido y duro, lamiéndolo y chupándolo, Helen echó la cabeza hacia atrás. Su coño enloquecía de placer con aquella lengua que ni siquiera la había tocado allí. Estaba húmeda, hinchada, dolorida de deseo.

Como si le leyera la mente, Lana tiró del botón de sus vaqueros hasta desabrocharlo y abrir la cremallera. Metió la mano en su ropa interior y le frotó el coño húmedo y dolorido con el dedo corazón, deslizándolo de arriba abajo, entrando y saliendo.

—¡Oh, Dios! —gritó Helen mientras las lágrimas le resbalaban por los ojos. Era tan placentero que se estremeció, a punto de correrse de un momento a otro con la boca de Lana chupándole los pechos duros, su lengua trazando círculos calientes y suaves sobre el pezón, y aquel dedo rígido llevándola al borde del éxtasis. No importaba que Lana la hubiera empotrado contra una pared probablemente infestada de arañas. Ahora le daba igual.

La respiración de Helen se volvió entrecortada; gemidos delicados se le escapaban con cada exhalación. Su orgasmo fue eufórico, la dejó tan agotada que pensó que se desmayaría. Y lo peor era que no paraba. Lo deseaba aún más en cuanto el dedo de Lana la abandonó y aquella boca pasó de sus pechos a sus labios.

—¡No pares! ¡Por favor! —suplicó, agarrando a Lana por el cuello de la camisa. Se lamió los labios, le metió la lengua en la boca y le mordió el labio inferior con más fuerza de la que pretendía.

Lana se estremeció y por un segundo se apartó, pero volvió a besar a Helen, negándose a romper el vínculo entre ellas mientras intentaba quitarle los pantalones.

Tras conseguirlo, Lana arrojó la prenda al suelo. Un relámpago destelló e iluminó la cueva, y Helen pudo verse a sí misma demasiado gorda, con demasiadas curvas. No quería ver ni ser vista, y agradeció la oscuridad. Quería esconderse en Lana y volvió a acercarse para besarla. Pero aunque Lana le devolvió el beso, se detuvo para mirarla con el mismo asombro y anhelo en los ojos que cuando la vio por primera vez.

Lana se desvistió mientras Helen la observaba, hasta quedar desnuda y pura. Pequeños lunares y pecas salpicaban su piel blanca. Tenía el ombligo oculto, el coño depilado y chorreante, y Helen nunca había deseado tanto probar algo en su vida. Estaba a punto de caer de rodillas, pero Lana le sujetó la cara y la besó: un beso largo, profundo y voraz.

Tumbó a Helen sobre la ropa que habían dejado en el suelo y se tendió desnuda sobre ella, dejando caer todo el peso de su cuerpo. Helen le sujetó la cara, intentando besar aquellos dulces labios rosados que apenas rozaban los suyos.

—Quiero follarte hasta matarte —dijo Lana.

Podía ser verdad. Lana podía follarla hasta matarla. Una muerte que a Helen no le importaría.

El relámpago volvió a destellar y Helen contempló el rostro de Lana entre sus manos antes de besarla. Después, Lana le chupó los pechos doloridos, el estómago y luego el coño.

—¡Joder! —Helen se aferró al pelo de Lana como si fueran riendas mientras Lana la follaba. La lengua de Lana dentro de ella era tan profunda, tan satisfactoria, tan colmadora. Le dolía todo: los pechos, el culo, los brazos, el corazón. Aquello no era sexo. Era algo que estaba segura de que nadie más en el mundo había sentido jamás. En una isla desierta, con cucarachas y arañas que probablemente se arrastraban sobre ella, donde podía enfermar y morir, la única esperanza de Helen era no cagarse encima al correrse. Antes de hacerlo, apartó la cabeza de Lana y gritó hacia el cielo; luego se miró: el coño contrayéndose, empapado, las piernas temblando.

Miró a Lana, que tenía la boca manchada de ella. Helen le atrajo el rostro y la besó. Le besó los labios y le lamió el flujo de la nariz y la barbilla mientras Lana le inmovilizaba las piernas por encima de la cabeza y alineaba sus sexos.

Lana tenía el clítoris duro y lo frotaba contra el coño de Helen con los ojos cerrados y la frente fruncida en una mueca de tensión mientras la cabalgaba.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, Lana se convirtió en un terremoto que convulsionaba encima de Helen, con la boca

entreabierta. Y el sonido que salió de lo más profundo de ella... Helen no supo qué pensar. Ningún hombre había emitido ese sonido por ella. Nadie la había deseado tanto ni se había corrido tan rápido al sentirla. Pero Lana sí. Helen le agarró el culo, se frotó contra ella y tuvo un orgasmo por tercera vez en una sola noche, algo inaudito.

15

Lana

EN LA oscura cueva, sus cuerpos desnudos se entrelazaban. Helen yacía de espaldas y Lana sobre ella, con el tenso pecho izquierdo de Helen en su boca. A esas alturas ya estaría dolorido, Lana lo sabía, pero como una niña hambrienta, no podía separarse de él.

A Helen no le importaba y acunaba la nuca de Lana mientras esta le succionaba el pezón. Lana deslizó la mano entre las piernas de Helen y jugueteó con su coño húmedo, trazando círculos en el clítoris con las yemas de dos dedos. Helen arqueó la espalda y jadeó, aferrándose a los fuertes hombros de Lana.

Ver la expresión en el rostro de Helen cuando se corría merecía que Lana soltara su pecho para contemplarla. Se colocó sobre Helen mientras la penetraba con los dedos y empujaba lentamente. Le besó el hueco entre los pechos, el cuello, la barbilla, luego los labios, deseando su lengua. Pero Helen, incapaz de respirar con libertad, se la negó, gimiendo, con los ojos aturdidos y velados. Finalmente, temblaba, y las paredes de su vagina se cerraron en torno a los dedos de Lana mientras alcanzaba el orgasmo.

—¡Dios, Lana! —gruñó, y tomó el hermoso rostro de Lana entre las palmas y le besó los labios con una pasión que Lana creyó que ya no tendría fuerzas para dar. Le succionó el labio, luego deslizó la lengua contra la suya, lamiéndola juguetona, excitándola aún más—. Quiero hacerte esto en el coño.

Lana sonrió.

—¿Helen Hales quiere mi coño en su boca?

Helen le mordió el labio y la besó.

—Quiero saborearte.

Helen la besó y luego la tumbó de espaldas. Un relámpago iluminó la cueva y encendió dos rostros empapados de deseo y lujuria. Lana hundió las manos en el cabello de Helen, queriendo solo contemplar aquel rostro del que nunca se cansaría. Después cerró los ojos cuando Helen descendió y le hizo el amor en un mundo vacío de amor. Sin embargo, lo que estaban creando era algo de otro mundo.

—Eso fue increíble —dijo Lana, tumbada boca arriba mientras la cabeza de Helen descansaba sobre su vientre—. Eres increíble.

Helen alzó la mirada, se acercó a ella y la besó en los labios.

—Tú eres increíble. Y hermosa —dijo Helen antes de volver a recostarse sobre su vientre.

A Lana el sueño le llegó con facilidad, pero el rugido de un trueno y Helen agarrándose a ella la despertaron.

—¿Estás bien, Helen?

—Sí —dijo Helen mientras trazaba pequeños círculos con el dedo alrededor del ombligo de Lana.

Lana cerró los ojos.

—Lo que daría por un cigarrillo ahora mismo.

—¿Un cigarrillo? —Helen le acarició el muslo suave—. ¿Lo dices en serio? ¿Un cigarrillo, antes que cualquier otra cosa?

—O algo de comida. Bistec con patatas fritas. O pollo. Cordero a la brasa. Sushi. Un bufé entero. De todo.

—Por favor, no hables de comida. Lo digo en serio.

Lana jugueteó con el pelo de Helen, pensando en comer, mientras el estómago le rugía.

—Bueno, pues entonces mi cama calentita y blanda, con sábanas limpias y mantas gruesas. Acurrucada contigo —Lana se rio.

Helen guardó silencio, y Lana supo que probablemente estaba pensando en otras cosas. En estar en casa con sus hijos y su marido.

Helen siguió deslizando la mano por el vientre de Lana, acariciándola con el dorso de los dedos. Su alianza, en la que Lana nunca se había fijado, le centelleaba ante los ojos. Debía de haber costado una fortuna.

—Nadie se lo creería si se lo contara —dijo Lana.

—Ya lo sé. Yo apenas me lo creo. Tengo la cabeza tan jodida... Es como si no supiera qué es real y qué no. A veces oigo a gente que me llama por mi nombre. Mis hijos. Tú. No sé si soñé ciertas cosas o si pasaron de verdad —miró a Lana con los ojos llenos de lágrimas y confusión—. La mayoría de los días me siento como si estuviera muerta.

—Oh, Helen. Por favor, no digas eso.

—¿Y si nada de esto es real? ¿Y si tú no eres real?

—Ven aquí —Lana atrajo a Helen hacia sí y le sostuvo el rostro—. Estoy aquí. Soy real —le besó la frente, y Helen cerró los ojos con

pesadez.

—Todo es real. Y esto —Lana tomó la mano izquierda de Helen y se la puso sobre el corazón, que latía con fuerza— es real.

Entre lágrimas, Helen dejó caer suavemente la cabeza contra el pecho de Lana, le besó el pecho izquierdo donde latía su corazón y se llevó el pezón a la boca para alimentarse de la única persona que era su sustento.

***

Lana abrió los ojos al día siguiente, y lo primero que hizo fue buscar a Helen a su lado. Dormida en ropa interior y chaqueta, Helen tenía la cabeza acurrucada en el hombro de Lana y el brazo alrededor de su cintura.

La noche anterior inundó la mente de Lana: la lluvia, la lengua y los dedos de Helen dentro de ella. Lo quería de nuevo; el deseo le nacía de entre las piernas y le subía hasta el vientre y el corazón. Besó la cabeza de Helen, esperando que se despertara y le hiciera el amor. Deseaba que Helen la amara. La besó de nuevo, pero Helen dormía como un tronco.

Fuera, el sol brillaba como si no hubiera llovido horas antes, pero quedaban vestigios en la tierra embarrada y en las hojas, más verdes que nunca.

El hambre la atormentaba, y aunque no quería dejar a Helen, sabía que también estaría hambrienta cuando despertara. Menos mal que el árbol frutal no quedaba lejos de la cueva.

Con cuidado, apartó la mano y la cabeza de Helen, se levantó, se vistió y fue al árbol de la vida. Al verlo cargado de frutas maduras, se le iluminaron los ojos y echó a correr hacia él. Sin embargo, las que podía alcanzar eran pequeñas y verdes. Las maduras estaban demasiado altas.

—¡Joder! —gritó, agarró una piedra y la lanzó contra el árbol. Las hojas se sacudieron, pero no cayó nada. Cogió varias piedras más e hizo lo mismo. Una fruta cayó al suelo, pero cuando la recogió estaba rajada, con tierra y hormigas reptando por la herida—. Joder.

Mientras la miraba fijamente, el sabor al que estaba acostumbrada le llenó la garganta. Giró la fruta amarilla y le hincó el diente por el otro lado. Dio otro mordisco y notó el sabor de la tierra en la boca, pero no la escupió. ¿Cuánto daño podían hacer un poco de tierra y unas hormigas? Además, las hormigas le aportarían algo de proteína.

Cuando terminó de comer, tiró la fruta a un lado, se hizo una bolsa con el bajo de la camiseta y metió unas cuantas piedras. Lanzó algunas contra el árbol, pero no consiguió nada.

—Tendrías que haber jugado al sóftbol en vez de al fútbol, ¿no?

Llenó los pulmones de aire, apuntó a la más grande que pudo ver y lanzó la piedra haciéndola girar. Falló.

—Softball o baloncesto. Habrías tenido mejor puntería.

Lanzó dos piedras más. Con la tercera, una serpiente verde, larga y delgada se desplomó y cayó justo delante de ella, mostrando sus feos colmillos. Paralizada de miedo, extendió las manos como si estuviera domando a un león mientras la serpiente le siseaba con aire amenazador.

La serpiente se abalanzó hacia ella. Lana cayó hacia atrás gritando e intentó apartarla de una patada. Se dio la vuelta, se puso en pie y echó a correr como nunca. Al mirar atrás hacia su feroz atacante, perdió pie y tropezó con una raíz. Salió volando por el aire, rodó por una pendiente empinada y se golpeó la espalda contra una piedra grande al caer al fondo.

Sin aliento, apenas podía moverse. La mente le decía que se levantara, que una serpiente la perseguía, pero el cuerpo no le respondía. Entonces lo oyó: el sonido inconfundiblemente hermoso de agua mansa fluyendo con calma.

Con el cuello rígido y dolorido, giró lentamente la cabeza, y ahí estaba. Agua azul, limpia y cristalina fluyendo por un río. Nada que ver con el río donde habían ido a parar ella y Helen tras saltar por la cascada. Era un regalo precioso en una isla que, por lo demás, dependía del agua de lluvia, siempre impredecible.

Lana se arrastró sobre los codos hasta el río y metió la mano. Sin pararse a pensar si el agua era potable, se llenó la mano, se la llevó

a los labios y bebió. Nunca le había sabido tan bien el agua, ni siquiera la de la lluvia.

Bebió hasta saciarse, se desnudó por completo y se zambulló en el río. Se lavó entera: los dientes, la lengua, cada centímetro del cuerpo. Después se quedó quieta, contemplando maravillada lo que la rodeaba. Los pájaros cantaban en los árboles altos y el suelo estaba tapizado de hierba verde y corta. Salió del agua y los pies se le hundieron en la tierra blanda. El agua le había sentado de maravilla. Refrescada y revitalizada, se tumbó boca arriba a contemplar el cielo azul y despejado.

¿Y si estaban perdidas en aquel lugar para siempre? ¿Perdidas para el mundo y para todos los que las conocían? ¿Y si nada era real y simplemente estaban muertas, como había dicho Helen?

16
Helen

HELEN SE REVOLVIÓ entre gemidos al despertar. Antes de abrir los ojos, pensó en Lana tumbada a su lado y en la noche que habían compartido.

Reacia a darse la vuelta, se quedó quieta con los ojos cerrados. La tristeza y la culpa se le asentaron en el estómago, mezcladas de forma desagradable con unas ganas intensas de Lana, de abrazarla y sentirse abrazada como la noche anterior.

Bajo la lluvia de la madrugada, nunca se había sentido tan en paz. No había nada que decir ni nada en qué pensar. No estaba enfadada, no estaba ansiosa. No tenía miedo. Y si Jeff pudiera verla ahora, estaría asqueado y avergonzado. El mismo asco que sintió cuando hicieron aquel ayuno sin carne y él entró en su despacho una noche y la pilló devorando una grasienta hamburguesa con queso. Si hubiera podido escupirle, lo habría hecho. Pero la dejó allí.

Ella fue tras él para explicarle que se sentía mal si no comía, pero él la llamó mentirosa asquerosa y se marchó. Devolverle el insulto por todo lo que él había hecho y las mentiras que había contado habría provocado una bronca que habría hecho temblar el ático entero, así que lo dejó correr. Esas cosas, esas pequeñas discrepancias, mentiras y desconfianza acumuladas a lo largo de los años estaban resueltas y en el pasado. ¿Verdad?

Abrió los ojos y volvió la preocupación. ¿Dónde estaban Katy y Emma, y qué estarían haciendo? ¿Sammy habría ido a verlas? Helen sabía que sí, que se haría cargo de ellas; una preocupación menos. ¿Sabrían sus padres que había desaparecido? ¿Habrían rescatado a otros de la tripulación? ¿Cuántos más, aparte de Nikolai, habrían sido asesinados?

Sacudió la cabeza. Las paredes no estaban cubiertas de arañas, pero algunos escarabajos reptaban por ellas. Quizá las arañas solo salían de noche, cosa que prefería, así no tendría que verlas.

Tanteó el espacio a su espalda mientras se daba la vuelta, pero estaba vacío. Se incorporó. —¡Lana! —llamó, y esperó—. ¿Lana?

Al no obtener respuesta, se puso los pantalones y las botas, fue a la entrada de la cueva y miró a izquierda y derecha. Ni rastro de ella. Le sacaba de quicio que Lana se marchara sin decirle nada.

Quería ir a buscarla, pero eso podría resultar contraproducente si las dos acababan buscándose mutuamente.

Volvió a la cueva y se sentó a juguetear con los dedos. Cada vez más impaciente, regresó a la entrada y vio a la chica que venía hacia ella. No tan rápido como querría, pensó Helen.

—¡Hola! —dijo Lana al acercarse. Helen tiró de ella y la abrazó, con la cabeza apoyada en su hombro.

Lana le besó la cabeza, la miró y sonrió.

—¿Podrías no irte así por tu cuenta mientras duermo?

—No quería despertarte —susurró Lana.

—No me importa —Helen apoyó la cabeza en el pecho de Lana y cerró los ojos—. Solo por favor, no me dejes.

—No lo haré.

Lana la abrazó. Cerró los ojos también y le acarició la espalda.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lana.

—Me muero de hambre.

—¡Toma! —Lana levantó un mango grande y verde ante la cara de Helen.

—¿Dónde has conseguido esto? —Helen estaba encantada. Le dio un mordisco y peló la piel dura con los dientes mientras Lana la observaba.

—Encontré un árbol. Bueno, varios —dijo Lana. Le besó la frente y la mejilla mientras comía. Helen le sonrió con el dulce jugo amarillo corriéndole por la muñeca derecha.

—Me encantan los mangos.

—¿Adivina qué más he encontrado? —preguntó Lana.

—¿Qué más?

—Agua dulce.

—¿Hablas en serio? —A Helen se le abrieron los ojos de par en par y sonrió de oreja a oreja al fijarse en la cara de Lana, libre de grasa, el pelo limpio—. ¿De verdad?

—Sí, un río limpio y fresco.

—¿Puedo bañarme?

—Puedes bañarte —Lana se rio y le tomó la mano—. Venga, vamos.

Cuando llegaron al río, Helen soltó la mano de Lana y echó a correr hacia él, feliz y emocionada como una niña. Se agachó junto a una roca, se llenó las manos de agua fresca y bebió.

—Dios, esto es maravilloso —dijo, alzando la vista hacia Lana, que estaba de pie a su lado. Helen bebió de nuevo. En el agua, junto a la roca, unos peces del tamaño de su mano nadaban y se perseguían.

Ansiosa por meterse, se puso de pie y se quitó la chaqueta, la camisa, la camiseta blanca y el sujetador. Miró el agua y ya podía sentir cómo le lavaba los pecados. Se quitó las botas y, a punto de quitarse los pantalones, se acordó de que Lana estaba detrás.

Cohibida bajo el brillante sol de la mañana, que dejaba al descubierto todos sus defectos, se cubrió los pechos desnudos con la ropa. Se alejó de Lana y se quedó al borde del agua. Dejó la ropa en la hierba, se quitó rápidamente los pantalones y la ropa interior y se deslizó en el agua.

Estaba fresca, fría y sedosa. Como esperaba, le calmó el cuerpo dolorido. Se sumergió y permaneció bajo el agua todo el tiempo que le permitió la respiración contenida. Con los ojos cerrados, aprovechó ese momento para una breve meditación, libre de todo lo que era y no era.

Salió a la superficie y sus miradas se encontraron. Lana le sonrió y se recostó contra la roca grande con los brazos cruzados. Helen deseaba que se metiera con ella. Pero Lana estaba contenta de quedarse allí contemplándola mientras retozaba y nadaba como una sirena hiperactiva, sonriente y sonrojada de vez en cuando.

Lista para salir del agua, Helen nadó hacia su ropa. Pero mientras nadaba, Lana se acercó, la recogió y volvió a la roca.

¿Qué coño? Eso significaba que Helen tendría que caminar hasta ella. ¡Desnuda! Llegó a la orilla, se quitó el agua de la cara y se alisó el pelo.

—¿Puedes traerme la ropa, por favor? —preguntó Helen, intentando parecer despreocupada.

—¡No! Ven a buscarla tú misma —dijo Lana con una sonrisa irónica.

—Lana, no estoy jugando.

—Yo tampoco —Lana sonrió con suficiencia.

—¡Tráeme la ropa!

—Ven a buscarla si la quieres.

Helen creía estar disimulando sus inseguridades, pero Lana sabía que estaba avergonzada. Era injusto que la culpara por sentirse así. Ya no tenía veintitrés años y había tenido dos hijos.

Helen sintió crecer levemente la irritación; detestaba que la presionaran. Una mañana que había sido estupenda se estaba echando a perder por las payasadas infantiles de Lana.

—¿Vas a quedarte ahí dentro todo el día? —preguntó Lana, sentada contra la roca mientras la esperaba—. Porque no tengo ninguna prisa, cariño.

Helen se rio ante la provocación. A regañadientes, salió del agua y caminó despacio hacia Lana sin apartar la mirada de sus ojos, que recorrían su cuerpo mientras ella se mordía el labio inferior. Cuando Helen llegó a su lado, Lana se puso de pie.

Helen la ignoró y se quedó de pie frente a la roca. Mientras cogía su ropa interior negra, Lana se colocó detrás de ella. Unas yemas delgadas y suaves que sabían exactamente cómo y dónde tocarla le recorrieron la espalda. Unos labios cálidos le besaron el cuello y le mordisquearon la oreja, y se excitó al instante. El pecho le subía y bajaba suavemente con cada respiración.

Lana le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí, quitándole la ropa interior de las manos. La tiró sobre la roca y luego le giró la cabeza para mirarla a los ojos grises, que estaban a punto de cerrarse. Sus labios se unieron en un beso dulce y jugoso. El corazón de Helen se aceleró cuando la mano de Lana le alcanzó el pubis y su lengua se adentró en su boca.

Lana la hizo girar y la apretó contra la roca; con la mano izquierda le sujetaba el rostro y con la derecha le buscaba entre las piernas.

—Lo siento, pero eres tan jodidamente sexy y guapa que no puedo dejar de mirarte.

Helen cerró los ojos y jadeó cuando el dedo de Lana le acarició desde la abertura hasta el clítoris, jugueteando con él y

provocándole un placer intenso. Bajó hasta el perineo y volvió a subir al clítoris. Helen se restregó contra su dedo.

—Quiero follarte a todas horas. No puedo pensar en otra cosa.

Helen le agarró la mano, ansiosa por sentirla dentro.

—Fóllame ya. ¡Por favor!

Lana la empujó contra la roca y se arrodilló. Contempló aquel sexo perfecto antes de sacar la lengua para lamerlo y saborearlo.

Helen echó la cabeza hacia atrás con los brazos extendidos sobre la roca fría; los árboles las protegían del sol abrasador mientras ella se esforzaba por contener el orgasmo.

Entonces, entre los árboles, divisó en lo alto un avión amarillo que pasaba sobre ellas. Lana debió de oírlo, porque se puso de pie y miró al cielo junto con Helen.

Resultaba curioso que ahora Helen pensara con sensatez, cuando antes, al ver un barco a kilómetros de distancia que no podía distinguirlas, le había gritado convencida de que las vería. Pero ahora sabía que el avión estaba demasiado lejos.

Apartó la mirada del cielo y se fijó en Lana, que aún contemplaba el avión boquiabierta. Le sujetó el rostro y la besó; su cuerpo se negaba a renunciar al calor que habían despertado los dedos y la lengua de Lana.

—¿Crees que nos están buscando? —preguntó Lana frunciendo el ceño.

—Ahora mismo no me importa. Solo quiero estar contigo.

17

Helen

DEPRIMIDA A CUATRO patas, con la mejilla pegada a las gruesas hojas que cubrían el suelo de la cueva, los ojos abiertos pero ciegos al mundo, Helen babeaba sin control mientras Lana, arrodillada detrás de ella, le hundía la lengua en el coño empapado. Helen intentaba quedarse lo más quieta y callada posible, esperando que Lana no notara que estaba a punto de correrse y le retrasara el orgasmo por tercera vez en la última hora.

Pero cuando la resbaladiza lengua de Lana recorrió su ano de arriba abajo antes de sorber de nuevo su clítoris hinchado y palpitante, Helen gritó y agarró las hojas, clavándose las uñas en las palmas.

Lana se detuvo y le agarró el culo.

—Por favor, no pares. Por favor —Helen se empujó contra ella, ansiando el placer que Lana le daba.

Lana la puso boca arriba y se tumbó encima de ella con todo su peso.

Helen le tomó las mejillas entre las manos, contemplando aquel rostro puro capaz de torturarla hasta las lágrimas. Le frotó los labios con el pulgar y luego la lengua. La ansiaba como una yonqui; tembló y su respiración se aceleró.

Lana la besó, masajeándole la lengua con la suya, pero no era ni de lejos suficiente.

Helen quería restregarse contra esa lengua suave y mojada. Quería correrse dentro de la boca caliente de Lana. Se apartó, aturdida, y clavó la mirada en los ojos oscuros de la chica.

—Hazme eso en el coño, justo así —susurró contra los labios de Lana.

Lana la miró y luego, con la cara más seria que un ajo, dijo:

—Suplícalo.

Helen no tenía vergüenza con ella. Ladraría como un perro y maullaría como un gato si Lana se lo pidiera.

—Por favor —imploró Helen con las cejas temblorosas y los ojos brillantes.

—¿Vas a llorar? —preguntó Lana con malicia.

—No me obligues. Ya no aguanto más.

Lana le plantó un beso brusco y luego bajó.

Helen abrió las piernas todo lo que pudo, pero Lana solo le besó el ombligo y la cara interna de los muslos. Entonces se abrieron las puertas del cielo cuando la lengua de Lana volvió a trabajarle el coño. La primera lamida, lenta y provocadora, la volvió loca. La segunda le llegó directa al cerebro. Y mientras Lana la chupaba, Helen arqueó la espalda, agarró un puñado de hojas y volvió a quedarse ciega al mundo. Bajó la mirada hacia Lana.

La cabeza de Lana subía y bajaba, y giraba en círculos mientras la miraba soñadora a los ojos. Las pupilas de Helen desaparecían y le dejaban los ojos en blanco cada vez que parpadeaba.

Helen agarró un puñado del pelo de Lana y le echó la cabeza ligeramente hacia atrás, controlando la presión, y luego se la empujó hacia abajo de nuevo.

Lana le chupó y lamió el coño, que estaba dolorido después de una hora de tormento y ahora demasiado sensible para aguantar lo que le hacía. Sin previo aviso, Helen se corrió; convulsionó y sacudió toda la cueva. Intentó apartarle la cabeza porque necesitaba juntar las piernas, las contracciones vaginales eran demasiado intensas, el clítoris demasiado sensible, pero Lana no paró.

En cambio, le separó los labios del coño mientras le azotaba el clítoris vigorosamente con la lengua y la penetró con dos dedos, embistiéndola con violencia hasta que Helen se corrió de nuevo, esta vez con un gemido agónico.

—¡Joder! —gritó Helen con la respiración entrecortada.

Apenas podía moverse mientras Lana se arrastraba hacia ella y le levantaba las piernas. No mostró ninguna piedad cuando Helen hizo una mueca porque ya no le daban más de sí por encima de la cabeza.

Tumbada encima de Helen, con los cuerpos perfectamente alineados, las piernas la estaban matando. Poco podía hacer mientras Lana la montaba con fuerza: despacio al principio, luego más rápido a medida que se acercaba al clímax.

Con la frente arrugada, Lana gimió, gruñó y jadeó. Un largo hilo de baba le goteó de los labios, y Helen abrió la boca con devoción para atraparlo como si fuera agua que le diera la vida, y lamió lo que no le entró en la boca y le cayó en el labio inferior.

Entonces los ojos de Lana se pusieron en blanco y chilló al correrse. Con la cara hecha un adorable desastre de sudor y agotamiento, miró a Helen, seria e inmóvil.

Helen estaba a punto de sonreír, pero no lo hizo, porque la mirada de Lana era algo que nunca había visto; demasiado profunda e intensa. Le acarició los labios con el pulgar y luego le pasó los dedos por la espesa melena.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Ocurre algo?

Helen pensó que la chica estaba a punto de tener otro orgasmo o de echarse a llorar, pero negó con la cabeza.

—No —dijo Lana con un hilo de voz, pero siguió mirándola. Sin aliento y agotada, dejó caer todo su peso sobre Helen y se aferró a ella mientras recuperaba poco a poco el ritmo normal de la respiración.

Helen la estrechó con fuerza, le rodeó el cuerpo desnudo con las piernas y le besó la coronilla, dejando los labios allí.

Lana volvió a mirarla mientras Helen yacía boca arriba, con los ojos entrecerrados devolviéndole la mirada.

Quería tanto decirle que la amaba. Lo sentía en cada fibra de su débil ser. Le tocó el rostro suave y juvenil con una adoración que nunca había mostrado a nadie.

Lana le devolvió la caricia, acercó la boca a la suya y cerró los ojos; sus labios eran suaves y cálidos mientras se besaban.

El tiempo se detuvo mientras yacían en brazos la una de la otra, con los cuerpos frescos y los latidos fundidos en uno. Y donde antes follaban, ahora era diferente. Guardaban un silencio como el de la noche. No hacían falta palabras; se comunicaban con las manos y con la forma en que se acariciaban.

Como si quisiera grabar su rostro en la memoria, Helen le levantó la cabeza del pecho para mirarla y besarle la mejilla, la nariz, la barbilla y luego los labios antes de devolverla a su lugar.

Con las piernas todavía rodeándola, le acarició la espalda mientras contemplaba las estrellas centelleantes en el cielo negro, fuera de la cueva.

—¿Estás dormida? —la voz de Helen era apenas un susurro, pero llenaba la pequeña cueva vacía.

—Estoy agotada, pero no —Lana levantó la cabeza del pecho de Helen. La verdad es que estaba medio dormida. Tenía los ojos enrojecidos y caídos, pero sonrió a pesar de todo—. ¿Qué pasa? ¿Lista para otra ronda?

Helen se rio.

—¿Quieres destruir mi coño? ¿Es eso?

Lana se rio.

—No, qué va —apoyó la cabeza en el pecho de Helen—. Lo adoro. Me haces correrme muy rápido. Más rápido que nadie. No sé qué tiene.

Helen se rio con suavidad y le besó el pelo, sin dejar de mirar las estrellas, pensando ahora en sus niñas. De repente, el dolor de echarlas de menos la golpeó como un mazazo.

Nunca había estado tanto tiempo lejos de ellas. Tres días como mucho, cuando viajaba por trabajo. Ahora se sentía incompleta, como si le faltaran trozos de sí misma.

—¿Estás bien? —preguntó Lana.

Al mirar los grandes ojos marrones de Lana, sintió que en esos vacíos también había plenitud.

—Sí —dijo Helen, y volvió a mirar las estrellas—. Mira —las señaló—. ¿No es precioso?

—Precioso —susurró Lana—. Nunca había visto tantas estrellas en mi vida. Parece irreal. Quita el aliento.

Se dejaron envolver por la belleza y la paz de estar allí juntas.

—En noches como esta —dijo Lana, entrelazando sus dedos—, de verdad creo que mi lugar está aquí, contigo.

El corazón de Helen se aceleró; las lágrimas se agolparon en sus ojos, que ya pesaban. —Lo sé. Porque siento exactamente lo mismo —dijo, mientras sus labios se rozaban, aliento cálido contra el aire fresco.

Lana la besó, y esta vez hicieron el amor con suavidad, tomándose su tiempo para explorar y descubrir cada rincón de la otra.

Helen se tumbó sobre ella, besándola con pasión, con los dedos en el lugar más cálido de la tierra. No quería marcharse nunca.

18

Lana

—¿HELEN? —El dolor era como si alguien le hubiera clavado un atizador al rojo vivo en el abdomen y lo retorciera a cada segundo.

Yacía en el suelo de la cueva bajo el sol del amanecer, acurrucada en posición fetal, con las manos apretadas contra el vientre como si intentara no desmoronarse ante aquel dolor insoportable.

—Helen —intentó gritar, pero el dolor era tan brutal que el nombre le salió como un gemido estrangulado. Una oleada de náuseas la invadió y supo que probablemente vomitaría allí mismo. Entonces quedaría cubierta de vómito, y cuando Helen regresara, se apartaría de ella con asco. Eso la mataría de vergüenza, así que apartó el pensamiento e intentó levantarse. Pero el dolor era demasiado intenso y se desplomó de nuevo, temblando, con el sudor perlándole la frente.

Un ruido en la entrada —pasos arrastrándose, una tos— y era Helen, que se quitaba las botas antes de entrar con unos mangos en la bolsa improvisada con su chaqueta.

A pesar de las circunstancias, cuando Helen apareció, a Lana se le aceleró la respiración y el corazón le dio un vuelco. Por una fracción de segundo, Helen borró todo su dolor, su preocupación y su miedo.

Lana siempre había sabido que algo le faltaba, y aquel vacío se llenaba cada vez que veía a Helen, o soñaba con ella, o escuchaba su voz.

—Hola —dijo Helen. Dejó la chaqueta en el suelo, se sentó junto a Lana y le tocó la cara. Al verla pálida y sudorosa, la sonrisa se le borró de los labios—. Cariño, ¿qué te pasa?

—No puedo moverme —gimió Lana.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Qué vergüenza —Lana cerró los ojos como si así pudiera escapar de ella—. Es la regla.

Helen ladeó la cabeza como un gatito curioso, ya sin preocupación. —¿Te avergüenza que te haya venido la regla? No seas boba.

—No es ninguna tontería. Me dan unos dolores horribles. No sé qué voy a hacer —Lana se miró. Solo llevaba la ropa interior de cintura para abajo y se puso las manos entre los muslos, sabiendo que iba a sangrar en cualquier momento.

—Joder —gimió, y alzó la vista hacia el techo cubierto de enredaderas y flores silvestres blancas recién florecidas.

Lo único que quería era que el techo se abriera como un portal y la transportara a otra dimensión. —Que me muera ya.

—Lana, para —dijo Helen—. Solo es la regla.

—Tú lo dices muy fácil, Helen. Sácame de aquí o voy a poner esto perdido de sangre como si me hubiera reventado una arteria. Y creo que voy a vomitar.

Lana intentó levantarse, pero sentía las entrañas retorcidas como un trapo mojado, con el dolor irradiándole desde el bajo vientre y extendiéndose por todo el cuerpo.

—¡Ahh! —Cayó de nuevo, agarrándose el estómago, mientras Helen se quitaba la camisa y después la camiseta de tirantes.

—¿Qué haces? —preguntó Lana, aunque no hacía falta: Helen estaba improvisando una compresa con la camiseta.

—Usa esto de momento.

—No, no puedo dejar que hagas eso.

—No me digas lo que tengo que hacer.

El tono de Helen le recordó a Lana su naturaleza autoritaria y fría. No le quedó más remedio que coger la compresa y ponérsela.

—Estarás bien. Estarás bien —le aseguró Helen, y le besó la frente—. Relájate y deja que pase.

Lana sufrió en silencio los dos días siguientes. Se sentía inútil, pues lo único que podía hacer era ver cómo Helen cogía su ropa, la llevaba al río y volvía con la camisa y la ropa interior húmedas.

Ahora, tumbadas frente a frente, con la tarde gris y apagada y el viento fresco, Helen tenía los ojos entornados de sueño. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y le tocó la cara a Lana.

Lana sonrió a la mujer que reverenciaba más que a nadie. Más que a Mia. Frunció el ceño al pensarlo, sabiendo que Mia probablemente estaría hecha un lío por su culpa. Si llegaba a casa demasiado tarde o no llamaba cuando había dicho que lo haría, siempre acababan discutiendo sin necesidad.

Helen se acercó más y le rozó la nariz con la suya, y a Lana se le aceleró el corazón.

—¿Sabes lo preciosa que eres? —preguntó Lana, cogiéndole la mano izquierda.

Helen se sonrojó.

—Eres tan hermosa. Siéntelo —Lana le puso la mano sobre el pecho izquierdo, donde el corazón le galopaba.

Helen cerró los ojos, y Lana le besó tiernamente los labios, luego los dedos, chupándole el dedo y el anillo.

Los ojos de Helen se entornaron, ya no de sueño, sino al recordar cómo se sentía la lengua de Lana en su coño. Retiró los dedos de la boca de Lana, la besó y llevó la mano a su cinturilla.

Lana dejó de respirar mientras Helen le desabrochaba el botón y la cremallera y le bajaba los pantalones, sin dejar de mirarla a los ojos.

Excitada y encendida hasta el punto de no retorno, Lana preguntó: —¿Qué haces?

—Quiero tocarte —dijo Helen.

—Estoy sangrando. Nena, lo sabes.

Helen metió la mano en la ropa interior de Lana y apartó la compresa. Cuando su dedo le rozó el clítoris húmedo, a Lana se le cortó la respiración. Ya estaba perdida. Abrió la boca para respirar, pero el placer se apoderó de su cuerpo mientras los dedos de Helen le llenaban el corazón y el alma.

Todo el dolor que Lana había sentido jamás se disipó en la nada, reemplazado por Helen y el éxtasis desenfrenado que traía consigo. Se le curvaron los dedos de los pies y se le acalambraron las

pantorrillas, pero el resto de su cuerpo se sacudía con el mejor orgasmo que había experimentado en su vida. Así era como tenía que ser el sexo.

—Te quiero —declaró Lana, con Helen en lo más profundo de ella, embistiéndola mientras Lana hacía un esfuerzo por mantener los ojos abiertos para ver los iris grises, distantes y perdidos, de Helen.

—Te amo —repitió Lana, y Helen volvió a ella.

—Yo también te amo. Joder, te amo —dijo Helen, y esas palabras desencadenaron el siguiente orgasmo de Lana.

Cogió la mano de Helen y se la metió tan adentro como pudo, ansiando el daño, el dolor y la lujuria que Helen le daba.

Estaba hecha un desastre cuando volvió a correrse; el rostro empapado en sudor y lágrimas, el cuerpo tan débil que apenas podía moverse, sangre sobre las hojas en las que yacían. Necesitó unos minutos para recomponerse, calmar su confusión y decidir qué hacer después. No sabía qué coño hacer, decir o pensar después de algo así.

Pero Helen le cogió la cara y la besó, la atrajo hacia sí, la envolvió en los brazos más seguros. Y Lana supo que no necesitaba hacer nada más. Supo que estaba bien.

19

Lana

La última vez que habían visto un avión fue hacía tres semanas, cuando estaban en el río. Podían ser cuatro, Lana no lo sabía. Había perdido la noción del tiempo y se había olvidado de seguir marcando los días en el árbol. Helen no paraba de regañarla por eso.

Mientras caminaban por la isla hacia el río, Lana habría jurado que oyó un zumbido bajo en el cielo. Miró hacia arriba con disimulo, intentando no alertar a Helen, que solo volvería a ponerse de mal humor, convenciéndose de que nadie las estaba buscando activamente y de que demandaría a Verve Couture por cómo habían gestionado las cosas, o más bien por no haberlas gestionado. Aunque enseguida volvería a sus cavilaciones altruistas sobre quiénes habrían escapado, con la esperanza de que estuvieran bien.

En ese momento, echó a correr y se le subió a la espalda a Lana. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja con una sonrisa.

—Te quiero —dijo.

Lana se volvió hacia ella radiante, entre sonrisas y risitas.

—Yo también te quiero.

Helen la besó y la rodeó por la cintura, apoyando la cabeza en su hombro.

—Tengo un hambre tremenda.

—¿Cuánta hambre puedes tener? —preguntó Lana—. Te has pasado toda la mañana comiéndome.

Helen se echó a reír con la cabeza hacia atrás mientras Lana le mordisqueaba el cuello entre besos.

Le recogió el pelo a Helen en un moño improvisado, dejando a la vista los chupetones del cuello.

—¿Qué quieres desayunar?

—¡Uf! —gruñó Helen, y echó a andar hacia el río con Lana detrás.

El sol centelleaba sobre el agua en calma mientras contemplaban el río. Los peces nadaban de un lado a otro en la zona poco profunda, alimentándose del musgo de las rocas y de otros bichillos.

—Ya que tienes tanta hambre, ¿quieres que te traiga fruta? —preguntó Lana.

Helen le acarició el pelo a Lana y volvió a mirar el agua.

—Solo puedo pensar en que puede haber osos por aquí.

—¿Qué? —Lana se volvió hacia ella.

—Sí —dijo Helen, alejándose con la mirada puesta en el río y luego en la orilla—. Ya sabes lo que dicen: donde hay un río con peces, hay un oso con las garras fuera.

Lana soltó una carcajada.

—Eso no lo dice nadie. Te lo acabas de inventar. Sabes que estás un poco loca, ¿verdad?

—No es lo peor que me han dicho.

—Helen, es broma.

Helen le sonrió.

—Ya lo sé.

—Y que les den a todos los que hablan mal de ti. No te conocen.

—Ven aquí. —Helen le hizo señas a Lana con el dedo, la agarró de la camisa y tiró de ella—. A ver, ¿qué cosas?

A Lana el corazón le latía con fuerza.

—Nada importante.

—No me vengas con esas. Oigo cosas. Sé que me ponen motes.

Helen sonreía, pero Lana notaba que hablaba en serio.

—Venga, dime cuáles son.

—Bueno, si ya lo sabes, no hace falta que me preguntes.

—¿*Cuál*?

—Da igual.

—Porfa, dímelo. Quiero saberlo —lloriqueó Helen, fingiendo que lloraba.

—Es una tontería, una estupidez. Un mote idiota.

—Si es idiota, dímelo. Hazme reír. Es agua pasada, ¿no?

—Sí —asintió Lana—. Y además no es verdad.

—Estoy esperando —dijo Helen. Soltó a Lana y se puso las manos en las caderas.

Ahora Lana se sentía obligada a responder.

—Superzorra —soltó.

Helen ni se inmutó.

—Yo no, ¿eh? Ellas —aclaró Lana.

—¿En serio? ¿Eso es todo? Qué cutre. ¿Qué se supone que es una superzorra? O eres zorra o no lo eres.

—Vale, estás abusando un poco de esa palabra.

—La has sacado tú —dijo Helen.

—Madre mía, estás cabreada. Sabía que te ibas a cabrear, por eso no quería decírtelo.

Helen se apartó el pelo de la cara.

—No estoy cabreada. Te lo juro. Además, que les den. Ni me importa. Seguro que tú también lo dijiste alguna vez cuando trabajábamos juntas. ¿A que sí?

Lana se rascó la nuca y arrugó la cara.

—No, no creo que lo dijera. No, no lo creo. O sea, yo no lo diría.

Al ver la cara de inocencia de Lana, a Helen se le escapó una sonrisa.

—Tu cara... —Helen estalló en carcajadas.

—Eres una trol. —Lana la agarró antes de que se escapara—. Me has hecho sudar. —La hizo girar y cayeron de espaldas sobre la hierba, Lana encima de ella, perdida en los ojos risueños de Helen.

Le cogió la mano a Helen y se la besó con los ojos cerrados, excitada, deseando que sintiera lo mojada que estaba. Pero cuando fue a desabrocharse los pantalones, el estómago de Helen rugió bajo el suyo.

—Ay, madre. —Helen se tapó la cara con las manos y se echó a reír.

—Ay, no —Lana se rio y rodó a un lado, quedándose boca arriba. La posibilidad de echar otro polvo esa mañana se había esfumado—. Tienes que comer algo, ¿eh?

—Me temo que sí. Pero no sin antes ir al baño y quedar como los chorros del oro.

Lana suspiró, jugueteando con su cabello y contemplando las nubes blancas que flotaban como algodón de azúcar en un mar azul mientras Helen se levantaba y se sacudía la ropa.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó Lana.

—No. Solo no te alejes demasiado.

—Aquí me quedo. No voy a ninguna parte —dijo mientras Helen se alejaba, con su lindo trasero balanceándose sensualmente de un lado a otro—. Y no me menees ese culo, o te ataco.

Helen miró por encima del hombro, riéndose y meneando el trasero aún más.

—Qué provocadora —le gritó Lana. Se tumbó boca abajo como un caimán al sol, esperando a que Helen volviera.

Cuando volvió, Helen se quitó la ropa y se metió en el agua, alejándose a nado. Se pasó las manos por el cabello y saludó a Lana.

Lana sonrió, se puso de pie y la saludó.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó, y se alejó hacia los mangos.

Harta de comer las mismas frutas día y noche, quería encontrar algo diferente. Quizás plátanos o naranjas. Cualquier cosa menos la fruta amarilla, los mangos y las almendras que llevaban semanas comiendo.

Tenía gracia que Helen se quejara del hambre pero a la vez estuviera encantada de perder peso.

—No necesitas perder peso —le había dicho Lana, jugueteando con la alianza, que le bailaba en el dedo.

Lana deseaba que se le cayera y se perdiera para siempre.

Ahora lo apartó de su mente. Al acercarse a los mangos, le llegó el olor de la fruta. Los pájaros se apiñaban en las ramas, dándose un festín con la fruta dulce, a veces ácida. Caminó entre los árboles, sabiendo que quizá no encontraría nada más, porque pronto llegaría al otro lado de la playa. La recibirían cocoteros, arena y olas, nada más.

Pero siguió adelante, y lo que encontró la dejó atónita. Una pequeña avioneta de cuatro plazas cubierta de enredaderas, con las ventanas reventadas y un ala de menos. Y en el asiento delantero, los restos esqueléticos del piloto. Por lo que Lana podía ver, aún

llevaba puesto un gorro de aviador estilo steampunk, gafas y una chaqueta de cuero marrón.

Se tapó la boca con ambas manos, ahogando las arcadas que le subían del estómago. Cayó de rodillas ante lo que sintió como su propia muerte, porque verlo significaba que, aunque se había estrellado, nunca lo encontraron, y que a ella y a Helen tampoco las encontrarían jamás.

Se quedó allí sentada, sollozando, temblando, mientras un escalofrío la envolvía en pleno calor del día. Entonces oyó a Helen llamándola a lo lejos y se recompuso. Se secó los ojos y se puso de pie.

—¡Lana! —La voz de Helen se acercaba.

—¡Ya voy!

—Lana, ¿dónde estás?

—Cariño, ya voy —dijo Lana, echando una última mirada al avión estrellado mientras corría hacia la voz ronca de Helen. Se la encontró sonriente.

—¿Por qué has tardado tanto? —Helen le tiró de la chaqueta y luego entrecerró los ojos al ver los ojos enrojecidos y la cara mojada de Lana.

—Nada.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—No, no pasa nada. Venga, vámonos —Lana intentó llevársela, con la mano en la parte baja de su espalda.

—Espera. ¿A qué vienen las prisas?

Lana movió la lengua, pero no le salían las palabras.

—¿Has visto algo ahí atrás? —Helen miró por detrás de Lana.

—No, ya te he dicho que no es nada.

—Por nada no se te pone esa cara —dijo Helen, pasando de largo.

—Helen, espera. No vayas —Lana lo intentó, pero no pudo detener a una de las personas más tercas que conocía.

Cuando Helen vio la avioneta, se quedó paralizada como una estatua y parecía haber dejado de respirar, una reacción que Lana no esperaba. Pero cuando se volvió hacia ella, tenía la boca abierta

de par en par, las cejas muy juntas, y el pobre rostro pálido y bañado en lágrimas.

Lana corrió hacia ella justo a tiempo de recogerla cuando Helen se desplomó en sus brazos. Helen se aferró a ella y hundió el rostro en su hombro, llorando.

Lana la estrechó y le besó la cabeza mientras el esqueleto la miraba amenazador. Helen temblaba en sus brazos, y Lana, enfadada, le agarró la cara bañada en lágrimas.

—Te dije que no fueras. ¿No te lo dije? —gritó.

Helen no respondió, solo lloró y hundió el rostro en el pecho de Lana.

—Lo siento, tranquila —se disculpó Lana, mirando la avioneta y el esqueleto.

El instinto de supervivencia se apoderó de ella, y su mente empezó a dar vueltas pensando en lo que podría haber dentro. Debían de haber pasado años desde el accidente, pero eso no significaba que no contuviera nada de valor.

Aflojó el abrazo. Helen seguía pegada a ella como una lapa.

—Oye, quédate aquí. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas?

—A ver si funciona la radio.

—No entres ahí.

—¿Por qué? ¿Me va a pillar el esqueleto?

—Lana, no —Helen la agarró con más fuerza.

—Helen, por favor —Lana se soltó de sus manos y se acercó a la avioneta.

Con la desesperación venciendo al miedo, corrió hacia el otro lado y abrió la puerta oxidada. Chirrió al abrirse y quedó colgando de unas bisagras podridas. Entró y se puso a buscar en el panel de la cabina, accionando interruptores, pulsando botones, tocándolo todo. Pero nada funcionaba.

Frustrada, quería arrancarse el pelo. Miró más allá del esqueleto, por la ventana reventada —hierba y enredaderas por todas partes—, y vio a Helen de pie, con las manos apretadas contra la boca.

Lana negó con la cabeza.

—Todo está muerto —dijo.

—Ya lo veo. ¿Puedes salir de ahí de una vez?

Lana estaba a punto de salir del avión, pero miró hacia atrás. Aunque el interior estaba cubierto de enredaderas, arbustos y flores silvestres, alcanzó a ver una botella de whisky, una cantimplora de camuflaje, una caja marrón y otras cosas esparcidas por el suelo.

Se metió en la parte trasera mientras Helen la llamaba a gritos. La botella estaba sellada y llena de licor marrón. Abrió la cajita, pero solo encontró puros inservibles que seguían apestando después de lo que probablemente habían sido años allí tirados. La apartó de un manotazo y buscó debajo de los asientos, rezando por no encontrarse una serpiente. Lo que encontró fue otra botella de whisky, una chaqueta y varios paquetes de cigarrillos. Las ganas de fumar la paralizaron.

—Lana, ¿qué coño?

Se volvió y vio a Helen en la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué coño gritas como una loca?

—Tengo miedo —dijo Helen, cruzándose de brazos y encogiéndose sobre sí misma.

Con las dos botellas y la cantimplora en la mano, Lana saltó del avión y se plantó frente a ella.

—¿Qué es eso?

—Parece ron local o algo así.

—Bien.

Lana intentó leer la etiqueta, pero estaba en español. —O puede que sea whisky, ni idea.

—Da igual.

—Y una cantimplora.

Le pasó a Helen la cantimplora y una botella, y abrió la que se había quedado. El olor le hizo torcer el gesto de asco.

—Joder, qué malo. Esto es una puta mierda. Huele. —Le acercó la botella a Helen.

Helen lo olió sin inmutarse. —¿Cómo que malo? Es whisky.

Lana inclinó la botella para verter el alcohol en el suelo, pero Helen se la arrebató como si fuera a tirar a un bebé por la ventana.

—¿Estás loca? ¿Qué coño haces?

—Podemos usar la botella para el agua, Helen.

—La usaremos cuando se acabe lo de dentro. Además, el agua no va a salir corriendo. Y tienes una cantimplora que, por cierto, necesitas esterilizar con el whisky.

Helen se metió la botella sin abrir bajo el brazo, volvió a oler el whisky y le dio un trago.

—Jesús, María y José, qué horror. —Tosió, se limpió la boca con el dorso de la mano y dio otro trago—. Joder, qué fuerte. —Volvió a toser mientras Lana la observaba—. ¿Qué? ¿Quieres?

—No quiero esa mierda.

—Pues vale —Helen tapó la botella y se quedó mirando la etiqueta como si pudiera leerla.

—¿Hablas español? —preguntó Lana.

—No. Y ya soy muy vieja para aprender otro idioma.

Lana frunció el ceño. —No irás a emborracharte, ¿no?

—Puede que te caiga mejor borracha.

—Me gustas tal como eres —dijo Lana.

Helen se sonrojó. —Pues me lo voy a beber igual.

—Allá tú. —Lana se alejó y volvió hacia el avión.

—¿Qué crees que haces?

Lana se rio de lo mandona que era Helen. —Voy a ver qué más hay ahí dentro. Y no intentes pararme, porque no puedes. ¿Vale? —Esperó a que Helen respondiera—. ¿Vale?

A regañadientes, Helen contestó: —Lo que sea.

Evitando el esqueleto como si fuera la peste, Lana se arrastró hasta la parte trasera del avión, más valiente esta vez. Apartó la hierba y un chubasquero amarillo de debajo de un asiento. Debajo del chubasquero, no daba crédito a lo que veía. Una pistola de bengalas naranja y tres cartuchos estaban escondidos entre la hierba seca.

Dos pensamientos la asaltaron: la alegría de volver a casa y la tristeza de perder a Helen. Por un instante, el diablo bailó sobre su hombro y le clavó el tridente en el cuello, tentándola a dejar la pistola y fingir que nunca la había visto.

—¿Lana?

La voz de Helen la devolvió a la realidad, apartándola de aquella tentación de privar a la mujer que amaba de todo lo que anhelaba:

sus hijos, su hogar. Su marido.

—Ya voy, cariño. —Se metió la pistola y las bengalas en el bolsillo de la chaqueta y sacudió el chubasquero con fuerza. De él cayeron una navaja suiza, una daga oxidada de mango negro y un mechero largo plateado.

—Dios mío, gracias.

Cogió primero el mechero, pero no quería probarlo sin Helen. Recogió la daga y la navaja y salió corriendo del avión. Se chocó con ella.

—Mira lo que he encontrado. —Con los ojos brillantes de emoción, metió la mano en la chaqueta y le enseñó a Helen la pistola de bengalas naranja.

Helen se quedó sin palabras y rozó el artefacto con las yemas de los dedos.

—Es una pistola de bengalas.

—Ya sé lo que es.

—Y un mechero.

—Oh, Lana. —Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras miraba a Lana, con los labios temblorosos—. ¿Funciona?

—Vamos a comprobarlo. Pero no lo tires esta vez.

Helen se rio y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Se limpió la nariz. —Lo siento.

Juntaron las frentes. Helen ahuecó las manos sobre el mechero para protegerlo del viento. A la primera pulsación, brotó una llama.

20

Helen

—Te quiero —dijo Lana, tomándole el rostro entre las manos para besarla. Helen estaba tumbada sobre ella, sus cuerpos desnudos pegados mientras yacían en la playa sobre el impermeable amarillo.

—Y yo a ti —Helen apoyó la cabeza en el pecho de Lana y contempló el fuego crepitante frente a ellas. Habían echado todo lo que pudieron a la pila: cocos, ramas, cáscaras de fruta, de todo. Y el mayor premio hasta el momento, un pez del río que Lana había pescado, lo había destripado Helen con la navaja militar desafilada y lo había ensartado en un palo para asarlo al fuego.

Tenía más carne de lo que aparentaba, así que no pudieron terminarlo de una vez. Lo que quedaba se mantenía caliente en el palo clavado en la arena junto al fuego. Helen se rio al recordar a Lana en el agua intentando atraparlo y su triunfo infantil cuando por fin lo tuvo entre las manos.

—¿Qué? —preguntó Lana.

—¿Qué de qué?

—No sé —Lana la miró.

—Nada —dijo Helen, y se quedó callada.

Lana estaba tan feliz desde que consiguió el encendedor y la pistola de bengalas, y Helen llevaba demasiado tiempo preguntándose cómo sería no estar así, entre sus brazos, si volvían a casa. No podía imaginar dejar de oír su voz o su respiración, o no sentir su cuerpo firme contra el suyo, esa piel suave como la seda que olía a mar.

Acurrucó la cabeza en el hombro de Lana, jugueteando con el suave vello de su axila. —¿Me quieres? —preguntó.

—Muchísimo. Desde que te vi en el avión con esa sonrisa pícara y tus preciosos ojos grises. Eras tan guapa. Ya te quería entonces.

—Yo te quise cuando me rescataste en la selva, me cogiste de la mano y saltamos por la cascada. Me salvaste.

—Tú también me salvaste a mí —dijo Lana.

—Me encanta estar aquí contigo. Quiero estar contigo siempre.

—Pues quédate conmigo, Helen.

Sus rostros brillaban a la luz de aquella hoguera infernal: frentes relucientes, miradas perdidas, almas anhelantes.

Helen se quedó dormida hasta que la despertó el movimiento de Lana.

—Perdona. ¿Estabas dormida?

—Un poco —dijo Helen.

—Tengo que mear.

Helen se apartó rodando y se tumbó boca abajo mientras Lana se levantaba. De pie junto al fuego, se estiró, con los pezones duros y erectos, el coño cubierto de un vello negro y fino, a diferencia del de Helen, que era espeso y áspero.

Cuando Lana volvió, cogió la cantimplora y bebió un poco de agua antes de ofrecerle a Helen.

Helen negó con la cabeza. Habría preferido más whisky. Aunque le daba un ligero dolor de cabeza, la relajaba y quedarse dormida era pan comido.

Con los movimientos silenciosos de Lana, el suave oleaje y el fuego, a Helen se le cerraban los ojos.

—No te duermas otra vez. Es muy pronto —dijo Lana.

—Que no.

—Acabas de roncar.

—Yo no ronco.

Lana cogió la ropa interior y la camiseta del tronco y se vistió. —No ha sido un ronquido de verdad —dijo—. Ha sido como un resoplido pequeñito, muy mono.

Helen se rio, se incorporó y cogió su ropa hecha un gurruño, que había servido de almohada a Lana mientras estaban tumbadas. Después de vestirse, fue a sentarse junto a Lana en el tronco, frente al fuego.

Una vez más, Lana intentó afilar la vieja daga con una piedra. —Dentro de un rato por fin podré abrir ese coco y darte el agua que llevas deseando.

—Eso estaría genial —dijo Helen, mirando a su alrededor en la arena—. ¿Dónde está mi whisky?

—Detrás del tronco, cariño, justo donde lo dejaste. ¿Se te ha olvidado? —Lana abrió mucho los ojos con gesto burlón.

—Cállate —dijo Helen, y le tiró una ramita.

Lana se rio.

Helen se levantó, la cogió de la barbilla y la besó. —Qué guapa eres —susurró contra sus labios.

—¿Sí? —preguntó Lana, y le devolvió el beso.

—Guapísima.

Helen cogió la botella, se sentó en la arena frente a Lana y dio un trago. —¿Quieres? —preguntó, aunque ya sabía lo que le iba a contestar.

—No, estoy bien.

Desde que encontraron el alcohol, Lana solo había bebido dos veces, apenas un sorbo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lana.

Helen miró la arena frente a ella. —Nada.

—Siempre dices «nada» cada vez que te pregunto algo. Me saca de quicio.

—¿Has bebido solo por darme el gusto? Porque no tienes por qué si no te apetece.

—No. Te lo prometo. Es que no bebo mucho, eso es todo.

—Vale.

—Mi madre es alcohólica en recuperación. Estaba bastante jodida —soltó Lana, sin levantar la vista hacia Helen en ningún momento.

Helen observó cómo sus movimientos se ralentizaban mientras afilaba el cuchillo, el pequeño tic de su boca y sus cejas.

—Lo siento. No lo sabía.

Callada y aún sin mirarla, Lana se concentró en lo que estaba haciendo, con un dolor evidente tras esos ojos estoicos que le encogían el corazón a Helen. Esta cogió la botella y empezó a derramar el licor lejos de ella y del fuego.

Lana levantó la vista despacio. —¿Qué coño haces?

—¿Tú qué crees?

—Helen, no. —Lana soltó el cuchillo y la piedra y corrió hacia Helen para quitarle la botella—. No tienes que hacer eso. No es necesario.

—Quiero hacerlo. —Helen forcejeó para mantener la botella contra su pecho, pero Lana no se rendía y se le echaba encima para arrebatársela.

—Deja de pelear conmigo. —Helen se zafó y se puso de pie. Quedaron frente a frente: Helen con gesto travieso, Lana seria, con la mano extendida mientras Helen amenazaba con vaciar la botella.

—Helen, no estoy jugando. ¡No lo hagas!

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme? ¿Me va a gustar? —coqueteó Helen.

Lana lo intentó, pero no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios.

—Eres tonta. Y más te vale correr —advirtió.

—¿Ah, sí? —preguntó Helen mientras retrocedía, y echó a correr con Lana pisándole los talones. Gritó cuando Lana la alcanzó y la placó contra el suelo como una luchadora profesional.

Sin aliento, entre risas, con Lana encima de ella, la botella quedó olvidada en el suelo mientras el líquido se filtraba en la arena.

Lana le inmovilizó las manos por encima de la cabeza mientras reían.

—No tengo derecho a ser tan feliz aquí —dijo Helen—. Está mal. Y me siento culpable.

—Yo también soy feliz contigo.

Helen sabía que Lana solo había oído que era feliz, no la parte sobre su culpa ni sobre cómo estarían sus hijos sin ella.

—Nunca he sido tan feliz ni me he sentido tan segura. —Lana sonrió y posó suavemente los labios sobre los de Helen.

Mientras se besaban con los ojos cerrados, sobre ellas se congregaron nubes oscuras que transformaron el cielo tranquilo en un lienzo amenazador. Cayó un rayo y el trueno rugió como una bestia enfurecida, su estruendo reverberando en el aire como una orquesta de caos.

Helen y Lana se separaron y miraron hacia el mar, donde las olas se habían encrespado de repente.

—Oh, no. Por favor, esta noche no —se lamentó Helen.

—Tenemos que movernos. Tiene mala pinta —dijo Lana mientras ayudaba a Helen a levantarse.

—Va a apagar el fuego.

—¿Y qué? Ya lo encenderemos luego —dijo Lana.

La lluvia empezó a caer a torrentes y recogieron sus cosas: el mechero, las bengalas y la pistola, el cuchillo y la daga, el impermeable, las botellas y la cantimplora. Con otro chasquido de relámpago y feroces ráfagas de viento, sus miradas se cruzaron, cargadas de miedo.

Se cogieron de la mano y echaron a correr entre la vegetación de la isla, con pasos apresurados bajo la lluvia incesante.

Más rápida y aparentemente incansable, Lana siguió adelante con determinación hasta que su mano se soltó de la de Helen.

—¡Lana, espera! —gritó Helen al tropezar con una roca, pero su voz se perdió entre el viento que silbaba a su alrededor y la lluvia que les azotaba el rostro.

—Mierda. —Lana agarró a Helen por los antebrazos y tiró de ella para levantarla—. ¿Estás bien?

Temblando de frío y de miedo, Helen asintió con energía.

—¡Sí!

—Vamos. ¡Vámonos!

A salvo en la cueva, entraron tambaleándose. Aunque estaban pegadas a la pared y lejos de la entrada, la lluvia entraba con el viento. Desesperadas por quitarse la ropa pesada y empapada, se desvistieron, tendieron la ropa sobre las hojas secas, se sentaron y se acurrucaron, cubriéndose con el fino impermeable.

—Todo irá bien. —Aunque Lana estaba helada y le castañeteaban los dientes, consoló a Helen frotándole los brazos.

Sin querer ver la aterradora tormenta, Helen sostuvo la mirada de Lana un momento antes de esconder el rostro en su cuello.

Pero la tormenta no amainó. Un rayo iluminó la cueva con un destello cegador y alcanzó un árbol cercano; su fuerza destrozó el tronco como una lanza atravesando una armadura. La madera se astilló y crujió. Ellas jadearon, retrocedieron más hacia la pared, se aferraron la una a la otra con más fuerza, el corazón latiéndoles cada vez más rápido.

—Dios mío —exclamó Helen mientras miraban el árbol. Sin embargo, no había llamas. El árbol roto se mantenía desafiante, con las ramas carbonizadas suspendidas en el aire como los miembros de una marioneta congelada en el tiempo.

Invadidas por el alivio, suspiraron y se acercaron aún más la una a la otra. Observaron cómo la tormenta seguía rugiendo en el exterior.

Pasaron horas hasta que el viento perdió fuerza y la lluvia dejó de entrar. Helen se acurrucó contra Lana.

—Esta ha sido la peor hasta ahora —dijo.

—Lo sé, cariño. —Lana le besó la frente a Helen—. Pero ya pasó.

Helen miró los ojos somnolientos de Lana.

—Ha llegado tan de repente... A veces me da miedo que no podamos aguantar esto mucho más, Lana.

—Hemos pasado por lo peor. Hemos ido al infierno y hemos vuelto. Creo que podemos sobrevivir a cualquier cosa.

21

Lana

—Cuando tenía quince años —comenzó Lana. La lluvia de la noche anterior no había parado, y confinadas en la cueva, estaban hambrientas, con solo el agua de la cantimplora para mojarse las gargantas secas.

—Te escucho —Helen estaba impaciente, sentada frente a Lana con una hoja entre los dedos. Apenas había dormido la noche anterior y se había despertado sudando por una pesadilla. Sin atreverse a preguntar de qué trataba, Lana se limitó a abrazarla y arrullarla hasta que volvió a dormirse.

—Mi madre nos dejó a Frances y a mí con uno de sus exnovios durante unos días. No recuerdo exactamente cuánto tiempo —al ver la expresión horrorizada de Helen, Lana se rio—. No, en realidad no es tan terrible. Al menos, no es lo que estás pensando.

Helen volvió a recostarse contra la pared.

—Pensábamos que era nuestro tío porque eso nos dijo Meredith. Tenía una hija en silla de ruedas, Ciara. Y era bastante genial. Horneamos un pastel, creo. O galletas. Luego su esposa llegó a casa, y también era genial. Sinceramente, no quería irme. Y más tarde, Meredith vino a por nosotras, borracha como una cuba, gritando y maldiciendo. Venía con un tipo cualquiera. Un tipo asqueroso con una panza enorme —Lana lo ilustró con las manos.

—Los dos apestaban a alcohol. Le supliqué a la madre de Ciara que no nos dejara ir, pero no tuvo más remedio. Y de camino a casa tuvimos un accidente terrible. El coche volcó. Todos salieron bien, pero Frances se hizo un corte horrible en el muslo justo aquí —Lana trazó una línea desde la parte superior del muslo derecho hasta la rodilla—. Todavía lo tiene —su dedo se demoró sobre la herida imaginaria.

—Cuánto lo siento —dijo Helen.

Lana miró hacia fuera, a la lluvia y la bruma.

—Cada vez estoy más convencida de que él es el padre de Frannie.

Helen cambió de postura, jugueteando con los dedos, sin apartar los ojos de Lana.

—¿En serio?

—Había algo raro en todo eso, ¿sabes?, la forma en que se sentía con derecho a dejarnos con él así como así. Quiero volver algún día. O contárselo a Frances y ver qué opina.

—Cariño, deberías hacerlo —la animó Helen. Lana sonrió y se sonrojó.

Nunca antes había tenido a alguien en quien confiar. Nunca había llegado a tanta intimidad con nadie, ni siquiera con Mia. Mia conocía parte de su historia y, a pesar de eso, podía ser imprudente: bebía sin control, se presentaba en su casa borracha con sus amigas ruidosas e insoportables.

—¿Y tu padre? —indagó Helen—. Si no te importa que pregunte. Nunca hablas de él.

—Tampoco sé quién es. Bueno, lo conocí una vez cuando tenía nueve años. Fue, no sé, raro.

—¿Cómo de raro? ¿Qué pasó?

—Nada.

—Si lo conociste y fue raro, algo tuvo que pasar.

Lana se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—No me quería. Seguramente prefería a su otra familia.

—Entonces lamento mucho su pérdida —dijo Helen.

Lana se rio y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Y tú? —preguntó—. Me refiero al hombre de tu vida.

—Mi padre es duro y severo. Pero ahora lo entiendo. Con los años se ha ablandado mucho. Entiendo por qué mi madre lo quiere.

Lana asintió.

—Qué bonito. Pero me refería al hombre *de tu vida*, Helen. Nunca hablas de tu marido. Puede que un par de veces, pero casi nunca.

—Tú nunca hablas de Mia, así que supuse que era un tema que no tocábamos.

—Tiene treinta y cuatro años. Acaba de montar su propia empresa de catering. Llevábamos juntas unos seis meses. Y estoy bastante segura de que lo pasó fatal, pero aun así me organizó un funeral muy bonito y animado con comida excelente, y a estas alturas seguro que ya ha pasado página.

—¡Vaya! Eso ha sido muy directo —dijo Helen—. Te gustan las mujeres mayores, ¿eh?

Lana mantuvo el gesto serio, sin entrar en el juego de Helen.

—Estoy jodidamente segura de que a mi funeral no fue nadie salvo mi familia directa y mi mejor amiga, Samantha.

Oír a Helen decir «mejor amiga» hizo que Lana pensara en Kevin, Morgan y la tragedia de la selva.

—Todos me odian. Ya lo sabes. No he oído lo de Superzorra, pero sí lo de Hell. En vez de Helen, me llaman Hell, con doble ele. Así que sé que al funeral de Hell no va a ir nadie.

Lana soltó una risita.

—Perdona, pero tiene gracia. Hell.

—Que te jodan.

—Pero eso no es verdad. Eres inteligente, influyente, amable. Seguro que tuviste un funeral multitudinario. Y no intentes cambiar de tema. Yo te he contado lo de Mia. Ahora cuéntame tú lo de tu marido, Jeff —intentó no poner los ojos en blanco y tragó los celos que le subían amargos por la garganta hacia alguien a quien ni siquiera conocía.

—¿Qué quieres que te diga? Ya te lo dije, llevamos seis años casados. Es abogado. Tenemos dos hijos —Helen se miró los dedos antes de alzar la vista hacia Lana con cautela.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Unos veinte años.

Lana abrió los ojos de par en par.

—Ya lo sé. Tú no tienes edad para conocer a nadie desde hace tanto.

—¿Por qué tardasteis tanto en casaros? ¿Hicisteis eso de prometeros que si a cierta edad seguíais solteros, os casaríais el uno con el otro?

Helen se rio con ganas.

—No, eso es una tontería. Lo nuestro era ir y venir, idas y venidas. Él no era de los que sientan la cabeza —la voz de Helen se apagó mientras continuaba—. Y cuando por fin decidió que quería sentar la cabeza, me puso los cuernos —se le llenaron los ojos de lágrimas y, molesta, se las secó cuando le resbalaron por la mejilla

—. ¡Mierda! —se miró los dedos mojados con asco y se los limpió en los pantalones.

—Pero lo perdoné. Estaba embarazada de Katy. Y no iba a abortar. Así que, ¿qué iba a hacer?

—Yo nunca podría hacerte daño así. Nunca lo haré. Es que no es posible.

—No te lo voy a pedir. Tienes toda la vida por delante —Helen sorbió por la nariz y se la limpió—. Todavía no has empezado a ver el mundo. Y cuando lo hagas, verás lo increíble, lo maravilloso y lo bueno que es. Nunca te quitaré eso.

—Todavía no lo he visto todo. Pero ya estoy viendo lo que puede ser cada vez que te miro o pienso en ti. Siempre te voy a querer. Y nunca tendrás que pedírmelo. Quiero estar contigo toda la vida.

Helen intentó reírse, pero le salió un sollozo.

—Yo también —dijo—. ¿Da miedo?

—Sí. Pero si —Lana se acercó y la abrazó, con las frentes juntas, los ojos abiertos mirándose— estamos así, ya no tengo miedo. ¿Y tú?

—No tengo miedo porque estoy contigo.

Se tumbaron sobre el impermeable, mirándose.

—Quiero hacerte un millón de preguntas —dijo Lana.

—Pregúntame —susurró Helen.

—Y quiero hacerte un millón de fotos.

—Hazlas.

Lana se rio, pero Helen hablaba en serio, con los ojos vidriosos y adormilados.

—Cuando tenías quince años, yo tenía veintisiete.

—¿Te molesta que sea más joven?

—No lo sé. ¿Eso me convierte en una pederasta o una depredadora?

—Qué tonta eres. Ya no tengo quince años.

—Desde luego que no tienes quince años.

Lana le tomó la mano, cerró los ojos y se durmió.

Pasó otro día y la lluvia no había parado. Amainaba unos minutos y luego volvía a caer con fuerza durante horas. Un pequeño fuego ardía en un rincón de la cueva y Helen estaba sentada frente a él

con los brazos cruzados. Lana cogió la botella vacía y la cantimplora de encima del impermeable.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Helen, siguiendo cada movimiento de Lana.

—No pienso morirme de hambre aquí.

Helen se levantó.

—No vas a salir ahí fuera. No con este tiempo.

—No pienso morirme de hambre. Ni tú tampoco.

—Podría haber inundaciones. Te podría arrastrar el agua.

—Si me arrastra, tú vivirás para contarlo.

Horrorizada, Helen dio un paso atrás.

—Lo siento. No tardaré mucho, te lo prometo —Lana la besó y se fue.

Como esperaba, Helen la estaba esperando impaciente, con los brazos cruzados. Al verla entrar, sus hombros se relajaron de alivio y la abrazó.

—Ya estoy en casa —se rio Lana.

—Quítate esa chaqueta mojada. Puedes ponerte la mía.

Dejó las frutas y la chaqueta sobre el impermeable y cogió la de Helen.

—¿Qué quieres? —preguntó Helen, rebuscando entre las frutas.

—Nada. Ya he comido —respondió, mirando la lluvia—. Solo quiero que deje de llover —dijo mientras se quitaba los pantalones y se quedaba en ropa interior.

Helen se acercó con un mango en una mano y unas almendras en la otra.

—Yo también. Me muero por un pescado asado. Estaba pensando en ponerle unos mangos por encima. Ya sabes, estilo gourmet.

—Mira qué fina.

—No te confundas. Soy una cocinera estupenda.

—Me gustaría comprobarlo algún día. De hecho, quiero comprobarlo ahora. Voy a por ese pescado.

—No vas a ir a ninguna parte —Helen la agarró y la abrazó.

—Era broma.

Helen la mantuvo abrazada, frotándole la espalda con el puño cerrado en torno a las almendras.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —le susurró sensualmente al oído.

Lana cerró los ojos al sentir el aliento cálido de Helen y sus labios rozándole la oreja.

La atrajo hacia sí.

—Yo también te quiero.

Al caer la noche, el cielo se despejó y aparecieron millones de estrellas. Estaban tumbadas desnudas, una contra la otra; Lana con los ojos cerrados mientras las estrellas brillaban reflejadas en los de Helen. Esta se rio, sacando a Lana de su duermevela.

—¿De qué te ríes? —Lana ya se estaba riendo antes de oír lo que Helen tenía que decir.

—No debería burlarme de mi propia hija, pero a Emma le aterroriza mirar al cielo por la noche. O sea, esconde la cara, se aferra a mí con brazos y piernas, temblando de miedo.

—Ay, pobrecita. Eres mala. No te rías —dijo Lana, aunque a ella también le hacía gracia.

—Es normal. Y Katy va y dice: ¿de qué tiene miedo Emma? ¿Por qué le tiene miedo a la luna? Y empieza con una retahíla de preguntas. Son únicas. Traviesas y ruidosas cuando quieren —Helen recordaba mientras jugaba con el pelo de Lana—. Y tan listas.

—Pues claro que son listas. ¿Has visto a su madre?

Helen se quedó callada.

Lana se acercó, con las caras muy cerca.

—Sé que las echas de menos.

—Muchísimo —dijo ella.

—¿Crees que les caeré bien?

—Uy —Helen abrazó a Lana—. Te van a adorar casi tanto como yo.

—Me encantaría conocerlas. Si se parecen a ti aunque sea un poco, son perfectas.

Lana contempló el fuego mientras jugaba con el dedo de Helen, dándole vueltas al anillo. —Estaba pensando que quizá no deberíamos encender el fuego en la playa todas las noches por si llueve. No quiero que el mechero se quede sin gas.

—Deberíamos intentar mantener el fuego encendido, porque ¿y si estamos dormidas y nos perdemos algo, y no hay fuego para alertar a nadie?

—Sí, supongo que tienes razón.

22

Lana

EL MODO en que Helen permanecía en la orilla contemplando el mar, como si esperara algo, era lo que más le dolía a Lana. A veces pensaba que lo único que Helen quería era alejarse de ella.

Se sentó junto al fuego, picoteando el pescado ensartado en un palo antes de volver al coco que intentaba abrir con la daga. En cuanto quitara del todo la cáscara de arriba, sería mucho más fácil romper la nuez. Cortó y peló la cáscara fibrosa hasta que, por fin, la nuez quedó expuesta. La apuñaló varias veces, con cuidado de no destrozarla y derramar el agua, y se abrió.

Retiró la parte superior, donde había pulpa blanca que parecía una medusa. El agua del interior estaba turbia y le tentó beberla, pero quería que Helen diera el primer sorbo.

—¡Helen! —gritó.

—¿Sí?

—Está abierto.

—¿En serio? —Helen corrió hacia ella como una modelo en la playa, vestida solo con ropa interior y camiseta, las caderas meciéndose seductoramente de un lado a otro, los pechos rebotando; Lana quería hundir la cara en ellos antes de metérselos en la boca y chuparlos como una sanguijuela.

Helen se arrodilló frente a Lana.

—¿Está bueno?

—No lo sé. Todavía no lo he probado —Lana se lo tendió.

—Entonces adelante. Pruébalo.

—Quiero que tú lo pruebes primero. Toma.

Helen le sonrió con dulzura, puso las manos sobre las de Lana, se llevó el coco a los labios y bebió. Los ojos cerrados y el sonido al sorber fueron todo lo que Lana necesitó para saber lo bueno que estaba.

—Dios, qué refrescante —suspiró Helen, tendiéndole el coco a Lana.

Lana echó la cabeza hacia atrás para apurar el agua.

—No me lo he bebido todo, ¿verdad?

—No —se rio Lana, y luego compartió con Helen toda la pulpa gelatinosa que pudo.

Helen comió un trozo de pescado y le sonrió a Lana.

—¿Qué estarías haciendo ahora si no estuvieras aquí?

—No lo sé —Lana se pasó las manos por el pelo largo y espeso —. Follándome a la mujer más ardiente y sexy que conozco —se acercó a Helen, la atrapó en una llave de cabeza juguetona y le besó la mejilla mientras le mordía el cuello.

—¿Ah, sí?

—Joder, sí. Pero no sin antes llevarte a la mejor cita de tu vida — apoyó la barbilla en el hombro de Helen, pensando en qué podría ofrecerle a alguien que lo tenía todo—. Y te encantará. Será en un sitio jodidamente increíble.

Helen se volvió a mirarla.

—Cualquier sitio contigo será increíble —dijo.

—Qué dulce —Lana se sentó a su lado—. Pero ¿adónde te gustaría ir? ¿Qué te gustaría hacer?

—Estar contigo —respondió Helen.

—¿Qué te gusta hacer para divertirte?

Helen se llevó el meñique a la boca y entrecerró los ojos, pensativa.

—Tengo un talento oculto que saco a relucir de vez en cuando, cuando necesito relajarme. Para mí es divertido. Seguro que te deja boquiabierta.

—¿En serio? —Lana estaba intrigada.

—Sí, en serio. Completamente en serio.

Lana esperó, pero Helen no añadió nada más.

—Bueno, ¿qué es? ¿Eso es lo que quieres que te pregunte? ¿Qué es, Helen?

—Bueno, tengo una de las voces más bonitas que oirás en tu vida.

—Estás mintiendo —Lana no se lo creía.

Helen se limitó a arquear las cejas.

—¿Lo dices en serio?

—Podría haber sido cantante o dedicarme a la moda. Elegí la moda. Como Whitney eligió cantar en vez de la moda, yo debería haber elegido cantar.

—¡Vaya! No tenía ni idea. ¿Quién lo hubiera dicho? Ahora ya sabes que tendrás que cantarme algo, ¿no?

—No, me da miedo. Tengo pánico escénico.

—Bueno, menos mal que no estás en un escenario. Y si decides montar uno ahí mismo, imagíname desnuda para calmar los nervios. O puedo desnudarme, si eso te ayuda.

—¿Quieres desnudarte? Entonces me distraeré demasiado —dijo Helen, y se acurrucó contra ella intentando besarla.

—Ah, no. No vas a despistarme ni hacerme olvidar lo que acabas de decir. Levántate. Ponte ahí y cántame algo, mujer.

—No me apetece.

—Venga, ¿porfa?

—Vale, vale.

Para sorpresa de Lana, Helen se levantó y subió al escenario.

—Vaya, no ha costado mucho convencerte.

—Cállate. Estoy a punto de empezar.

—Sí, señora.

—Necesito un micro —dijo Helen, y Lana miró a su alrededor y le lanzó un palo.

—Gracias.

—De nada. Mucha mier...

—¡Silencio en el público! —espetó Helen.

Lana terminó la frase en un susurro.

—...da.

Helen carraspeó antes de empezar. Y cuando el sonido salió de su boca, Lana hizo una mueca, aunque intentó sonreír y animarla. No reconoció la canción hasta el estribillo e intentó cantar con ella, pero desafinaba por completo. Sin embargo, Helen se lo estaba pasando en grande y se detuvo a mitad de un melisma insoportable para llamar a Lana a su lado.

—La siguiente canción va a ser un dueto con el amor de mi vida, mi todo, Lana Spisak.

—No, por favor —protestó Lana.

—Vamos, será divertido.

—No sé cantar. Al menos no así.

—¿Cómo que no así? Afinabas bien.

—Qué va. O sea, no como tú.

—Claro que no. No todo el mundo puede hacer esto.

—¡Totalmente de acuerdo! —asintió Lana y esperó un momento.

De repente, Helen se puso roja y estalló en carcajadas.

—Eres borde. Sabía que me estabas vacilando. Te has pasado de rosca.

—Tenías que haber visto tu cara. Me estaba muriendo de risa por dentro ahí arriba.

—Eres terrible. Eres horrible. Ha sido la hostia de entretenido, pero no das una nota ni de coña. Ya ni sé qué puta canción era.

—¿Qué? ¿Cómo que no sabes?

—No sé qué canción es.

—Es Whitney Houston, I Will Always Love You.

—Ah, sí. La he oído sampleada en otras canciones.

Helen la miró escéptica.

—¿Sampleada? ¿Sabes quién era? ¿Lana? Por favor, dime que lo sabes. Esto podría ser motivo de ruptura.

Lana se tapó la boca, intentando recordar una cara. Se rio.

—No sé quién es —admitió.

Helen se lanzó sobre ella, apretándola y haciéndole cosquillas en las costillas mientras Lana gritaba y reía.

—Lo siento.

—Sabía que tenías que tener algún defecto. Eras demasiado perfecta. Demasiado buena para ser verdad.

—Lo siento —Lana le agarró las muñecas—. ¿Entonces esto se acabó?

—Por supuesto que sí. No puedo estar con alguien que no sabe quién es Whitney Houston. Se acabó.

***

Lana besó la nuca de Helen mientras yacían sobre el impermeable, abrazándola. Los ronquidos de Helen eran suaves y reconfortantes en medio de la quieta oscuridad, su aliento cálido contra el antebrazo de Lana, al que se aferraba.

Pero Lana estaba completamente despierta, de espaldas al mar negro hacia el que se había girado un millón de veces, con la sensación de que algo la observaba desde allí. Sola y asustada, quería despertar a Helen para decirle que tenía miedo, pero no podía. Así que volvió a mirar lentamente hacia atrás.

Si se concentraba lo suficiente, una cosa blanca —una vela quizás— aparecía a lo lejos flotando en la superficie del agua, balanceándose y zigzagueando sobre las olas. Y lo que debería haber hecho era coger la bengala y dispararla. Con el corazón en un puño, se dio la vuelta y enterró el rostro en el pelo de Helen.

Apretando los ojos con fuerza, la estrechó más contra sí, sin querer marcharse todavía. Ya no le quedaba nada en casa. La fotografía le parecía inútil sin Helen para compartirlo todo. La perdería. Lo sabía. Lo sentía en los huesos, y no estaba preparada.

Volvió a mirar hacia el mar, pero no había rastro de la tenue luz que les ofrecía una tabla de salvación. Había desaparecido como si nunca hubiera estado allí. O estaba perdiendo la cabeza, o había dejado escapar su única oportunidad de salir de la isla. ¿Y para qué? Para estar egoístamente con la mujer que amaba y arrebatarle todo lo que la haría feliz: sus hijas, su marido. Pero no Lana. Lana era solo una fase pasajera.

No se había dado cuenta de cuánto temblaba hasta que Helen se despertó.

—Cariño, ¿qué pasa? Estás temblando —Helen se volvió hacia ella, asustada por la mirada desquiciada de Lana y sus temblores.

Atónita, Lana mantuvo la mirada fija en la de Helen y luego miró hacia atrás. La luna, las estrellas y las olas tranquilas permanecían suspendidas en el espacio y el tiempo, atrapadas allí con ellas. No había ningún velero blanco a la vista.

—Lana, ¿qué te pasa? —Helen la zarandeó.

A pesar del fuego junto a ellas, los labios de Helen estaban pálidos y le castañeteaban los dientes.

—Tengo frío, eso es todo —dijo Lana, aferrándose a Helen.

—Me has asustado —dijo Helen, echándole la pierna encima y hundiéndose en ella como en arenas movedizas.

23

Helen

A LA SOMBRA del árbol, resguardada del brillante sol de la mañana, Helen estaba tumbada boca arriba con la pierna y el brazo de Lana sobre ella mientras esta dormía. Lana casi nunca dormía tan tarde. Casi siempre era la primera en levantarse y prepararse para ir al río, bañarse y buscar comida. O tener sexo.

Helen suspiró y besó a Lana con suavidad, con cuidado de no despertarla. El mar estaba en calma, el agua lamía la orilla con delicadeza, no corría ni una gota de viento, y el sol les sacaba la lengua, burlándose del sudor que se mezclaba entre ellas.

A Helen no le importaba. Le gruñó al sol, acarició el muslo de Lana y cerró los ojos para bloquear todo excepto a ella. Se había vuelto demasiado fácil hacer eso: bloquear las cosas. Que no hubiera sufrido ningún ataque de pánico o ansiedad en la inmensidad de aquel lugar le pesaba.

A esas alturas, tras lo que podrían haber sido dos meses o más, debería haberse quedado sin respiración en algún momento, el pecho debería habérsele cerrado, debería haberse desmayado. Pero nada de eso había ocurrido.

No con Lana allí, que era todo lo que necesitaba, enseñándole gratitud, humildad y lo que significaba amar a alguien cuando solo existían ellas dos, sin nada que dar ni ganar, sin motivos ocultos. Que Lana también la amara cuando Helen no tenía nada que ofrecer salvo a sí misma la colmaba hasta desbordarla.

Ahora no era la directora creativa de Verve Couture, ni rica ni poderosa. Era Helen, cuya madre era una humilde ama de casa, cuyo padre era expolicía, con dos hermanos que habían seguido sus pasos, otro que era arquitecto y una hermana recién licenciada que luchaba por abrirse camino en el mundo del arte. Gente sencilla de

corazón que hacía cosas sencillas. Nunca la habían tratado de forma diferente. La habían visto y conocido tal como era, igual que Lana.

Llena de deseo, Helen deslizó la mano por dentro de su ropa interior, por detrás, y notó la piel de Lana suave y tersa. Se mordió el labio mientras Lana se movía contra ella. Cuando estaba a punto de bajarle la ropa interior, Lana estornudó suavemente contra su cuello, sorbió por la nariz y se acurrucó contra ella.

Eso no impidió que Helen siguiera explorando dentro de su ropa interior, ahora con la intención de despertarla. Sin embargo, Lana estornudó un poco más fuerte esta vez y se despertó.

—Dios, ¿te he estornudado encima, cariño? —preguntó sin levantar la cabeza del pecho de Helen, con la voz ronca y suave.

—No, cielo —susurró Helen contra su frente, y después la miró.

Lana se frotó los ojos con los dedos y después la nariz, pero no le sonrió como solía hacer. En lugar de eso, Helen vio restos de la tristeza y el miedo de la noche anterior.

—¿Estás bien?

—Sí —suspiró Lana.

—¿Estás segura?

—Me duele un poco la garganta, pero estoy bien.

Helen le puso la palma de la mano en la frente.

—Tienes fiebre.

—Lo sé, pero estoy bien.

Se tumbó boca arriba; nubes blancas como algodón de azúcar flotaban en el cielo.

—¿Por qué tengo la sensación de que he dormido demasiado?

Se incorporó a pesar de que Helen quería retenerla un poco más.

—Más o menos.

Helen se sentó con ella.

—Tengo el brazo dormido, pero no fui capaz de despertarte. Encajamos a la perfección, como dos piezas de un puzle.

Helen le sonrió, pero Lana se llevó la mano a la cabeza, agobiada.

—Lo siento.

—¿Lo sientes por encajar?

Por fin, Lana esbozó la sonrisa que derretía a Helen.

—No, boba. Por lo de tu brazo.

Helen se apretó el brazo derecho.

—No hace falta que lo sientas. Bueno, puedes disculparte por empaparme el hombro de babas. Míralo. Mira lo que has hecho.

Señaló su hombro, que efectivamente estaba mojado.

Lana, mortificada, abrió los ojos como platos.

—Oh, no. Eso no me había pasado nunca. Joder.

Lana se tapó la boca, avergonzada, y estaba a punto de levantarse, pero Helen la detuvo.

—Era broma. No son babas. Es solo sudor. Tuyo y mío. No pasa nada. Mira mi otro brazo.

Lana se puso seria mientras miraba el otro brazo de Helen.

—Es una broma tonta. No sé por qué he dicho eso. Lo siento —dijo Helen, sintiéndose de pronto desconectada de Lana, fuera de sintonía con ella.

Entonces Lana le besó la mejilla y la frente y la rodeó con el brazo, y Helen se sintió curada al instante, de vuelta a donde pertenecía. Aspiró el aroma de Lana, encantada con cómo olía por las mañanas.

—Tengo sed —dijo Lana. Se levantó, cogió una botella, la agitó y la abrió para enjuagarse la boca y la cara.

—¿Te apetece un café? —bromeó Helen.

Lana se quedó paralizada y luego la fulminó con la mirada.

—Eso ha sido muy fuera de lugar. Y no pienso perdonártelo —dijo, aunque sonrió.

Cogió la chaqueta de un tronco y se secó la cara con ella mientras Helen se recostaba sobre el impermeable.

—Estaba pensando —dijo Helen— que, como llevo despierta mucho más tiempo que tú, voy a conseguir el desayuno.

—Genial. ¿Unos mangos y esa otra cosa que no tiene nombre?

—No. Me apetece pescado. ¿Qué te parece?

—¿Lo vas a pescar tú? —preguntó Lana, arqueando las cejas con escepticismo.

—Acabo de decir que voy a conseguir el desayuno, Lana.

Lana torció los labios.

—Claro. Me comeré unas nueces o algo de fruta para aguantar hasta el almuerzo, que es cuando seguramente te rendirás y me harás pescar la comida —dijo mientras cogía la pistola de bengalas y las bengalas. Desde que las había encontrado, no iba a ninguna parte sin ellas, el mechero y el cuchillo.

Le sacó la lengua a Helen con gesto juguetón y tiró de ella para levantarla.

—Venga, vamos.

—No puedo creer que dudaras de mí, cariño —dijo Helen mientras se sentaban alrededor del fuego aquella noche, cenando lo que quedaba del pescado.

La fiebre de Lana seguía presente, y como había empezado a toser y a moquear, se sentó más cerca del fuego, aferrándose a la chaqueta.

—No debería haber dudado de ti —dijo, y tosió en el hueco del brazo.

—No vuelvas a dudar de mí.

—No lo haré.

Helen le guiñó un ojo, pero Lana no pareció darse cuenta. Estaba más callada de lo habitual: a cada momento miraba hacia el oscuro océano o echaba una rama al fuego como si fuera a apagarse de un momento a otro.

—Estás muy callada —dijo Helen.

—Tengo la garganta irritada y me duele.

Helen le tocó la frente a Lana y la notó más caliente que antes.

Lana se puso de pie, cogió el impermeable y se envolvió en él, la mirada perdida fija en algo en el agua que Helen no alcanzaba a ver.

Lana echó a andar hacia allí como si fuera a meterse directamente en el agua.

—¿Cariño? —Helen fue tras ella—. Quizá deberías quedarte junto al fuego y sudar la fiebre.

El rostro de Lana se veía suave bajo la luz, los ojos llenos de lágrimas, y aquello asustó a Helen igual que la noche anterior, incluso más ahora que Lana estaba a punto de llorar.

—Cariño, ¿qué pasa? —Le sostuvo el rostro.

Lana le agarró las muñecas y agachó la cabeza, sin querer mirarla.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —dijo Helen.

Lana miró a Helen, y ocurrió lo inesperado: gruesas lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas, los hombros sacudiéndose mientras dejaba escapar algo que Helen nunca le había visto. Al menos no hasta ese punto. Lana sollozaba sin control.

—Oh, cariño, tranquila —dijo Helen, intentando abrazarla, pero Lana no se dejó.

—Hay algo que tengo que contarte. Algo horrible.

Con el corazón desbocado, Helen la soltó.

—Me vas a odiar —dijo Lana.

—No te voy a odiar. Pase lo que pase, nunca podría odiarte. Respira hondo y cuéntame lo que sea.

Helen esperó, preparándose para la decepción, la sorpresa y el dolor, para atravesar las emociones a las que estaba acostumbrada tras haber sido traicionada y herida por casi todos sus seres queridos. Tenía que ser horrible. Sabía que algo iba mal. Para empezar, Lana era demasiado joven para ella; aún tenía la inocencia y la leche pintadas en la cara.

—Adelante —dijo. Ella cargaría con toda la culpa. Se irguió con ese pensamiento, acostumbrada a soportar cargas que, con el tiempo, se aligerarían, porque era Helen Hales y podía aguantar lo peor. Y de todos modos era culpa suya por haberse enamorado tan perdidamente de Lana.

—Anoche —comenzó Lana, echando un vistazo hacia atrás—, vi algo.

Mareada por el torbellino de emociones que le revolvía el estómago, Helen apenas podía respirar.

—¿Qué? —preguntó Helen.

Lana abrió la boca, pero no le salió la voz.

—¿Qué coño viste? —insistió Helen.

—Era blanco, blanco neón, y podría haber estado buscándonos. Estaba ahí. —Lana señaló hacia el vasto océano—. Y aparté la mirada. Y cuando volví a mirar, había desaparecido.

Confundida, Helen negó con la cabeza, sin entender.

—Lo siento mucho. —Lana se tapó la cara—. Podría haber... La cagué.

Con el pulso volviendo a la normalidad, el alivio asentándose en el estómago y la respiración ya calmada, Helen miró el agua. La pobre Lana estaba alucinando, y su lóbulo frontotemporal subdesarrollado no podía comprender que la información que recibía eran mentiras, un mecanismo de supervivencia. Aun así, a Helen se le partió el corazón. ¿Quién podía asegurar que lo que ella creía haber visto no era real? En ese momento, a Helen le daba igual. A veces lo único que quería era quedarse atrapada en esa isla con Lana Spisak.

—Podría haber sido cualquier cosa —dijo Helen—. ¿Cómo era?

—No lo sé. Era blanco neón. Ya te lo he dicho.

—¿Dónde estaba?

—Estaba ahí, en el agua —dijo Lana.

—¿Y apartaste la mirada? ¿Cuánto tiempo la apartaste?

—No lo sé, joder, Helen. Un segundo. Un minuto.

—¿Y estaba ahí, justo en medio, y luego simplemente desapareció?

Lana sorbió por la nariz y se la apretó para contener los mocos.

—Ya no estaba —dijo, evitando usar la palabra «desaparecer».

—Estaba ahí. Lo vi. —Al percibir el escepticismo de Helen, a Lana se le cayeron los hombros—. ¿No me crees?

—Te creo. Yo también creo ver cosas constantemente, y aparto la mirada, y cuando vuelvo a mirar, no hay nada. Solo tú y yo.

Lana se balanceó de un pie a otro.

—Si hubieras visto algo, lo sabrías. No viste nada. Tu mente te estaba jugando una mala pasada. Porque si volviste a mirar y no estaba, es que nunca estuvo. Nada puede alejarse tan rápido.

Lana respiró hondo, como si fuera la primera vez.

—¿Estás segura? —preguntó—. ¿Solo nos ves a nosotras dos?

—Sí, estoy segura. —Helen estrechó a la pobre chica entre sus brazos.

Con Lana todavía llorando y la piel ardiéndole, Helen estaba preocupada. Le miró los ojos enrojecidos y la nariz que le goteaba y

le limpió los mocos con la manga de la camisa.

—Te quiero tanto —dijo Lana.

—Yo también te quiero. No te haces idea. —Con lágrimas en los ojos simplemente porque no pasaba nada malo, Helen la besó—. Estás ardiendo, y creo que es mejor que pasemos la noche en la cueva. No podemos dormir aquí fuera esta noche.

24

Helen

—Creo que deberías comer algo, cariño —dijo Helen.

La fiebre de la noche anterior, aunque no tan alta, todavía la hacía temblar incluso tumbada en la cueva, junto a la pequeña hoguera que había entre ella y Helen.

—No tengo hambre. ¿Me das un poco de agua?

Helen cogió la cantimplora y se la pasó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Helen.

—No tan mal como antes —Lana bebió, tapó la botella y se la devolvió a Helen—. Solo que tengo sed constantemente.

—Lo sé, pero ¿puedes al menos intentar comer un trozo de fruta?

—No quiero un trozo de fruta, Helen. Ya te lo he dicho.

—No has comido en todo el día. ¿Puedes al menos hacerlo por mí?

Lana se humedeció los labios secos mientras observaba a Helen.

—¿Cómo te sentirías si yo estuviera enferma y no comiera? ¿Qué pensarías?

—Vale, Helen. Tú ganas. Comeré algo —dijo Lana, molesta.

Helen le dio una fruta y estaba a punto de sentarse a su lado.

—Ni se te ocurra —espetó Lana—. Vuelve allí. No podemos estar enfermas las dos al mismo tiempo.

—No me voy a poner enferma. Casi nunca me pongo —ignorando la advertencia de Lana, Helen se sentó.

—Hazlo por mí, entonces —sonrió Lana.

Helen negó con la cabeza, volvió a su sitio y se tumbó sobre las hojas, con la cabeza apoyada en la chaqueta y los ojos fijos en Lana, que comía la fruta.

—Cuando era joven —dijo Lana.

—Querrás decir más joven —bromeó Helen.

—Pondría los ojos en blanco si no me doliera.

—Lo siento, cariño. Te escucho.

—Cuando era joven, cada vez que me ponía enferma, mi madre faltaba al trabajo y me hacía sopa de pollo —la luz bailaba suavemente sobre el rostro pálido y terso de Lana mientras rememoraba—. Y no era sopa de sobre. Sopa casera, porque es más sana —se sorbió la nariz—. Cortaba pechuga de pollo y verduras —

gesticuló con la mano—. Y Frannie también se quedaba en casa sin ir al colegio, y todas nos acurrucábamos en el sofá y veíamos la tele durante horas y horas.

Se le iluminaron los ojos mientras miraba fijamente la llama, donde esos recuerdos cobraban vida. Helen también podía ver los recuerdos de Lana: su madre preparando la sopa, la tele y el sofá en el que se tumbaban acurrucadas. Lo único que Helen quería era que Lana fuera feliz.

—Estaba sobria todo el rato. Llegué a pensar que quizá deberíamos ponernos enfermas más a menudo —se rio suavemente, pero sus siguientes palabras fueron amargas—. La odiaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando apartó la mirada de la llama y la dirigió hacia Helen. Helen se incorporó instintivamente para ir hacia ella, protegerla y resguardarla.

—Ahora no puedo dejar de pensar en ella. Esa puta loca de mierda no se me va de la cabeza —continuó Lana—. La echo de menos. Echo de menos a mi madre —rompió a llorar, y Helen hizo ademán de ir hacia ella—. Quédate donde estás. Estoy bien.

—Yo también estoy bien. Las dos estamos bien, así que...

Cada vez que Lana se reía, Helen se sentía mucho más tranquila, al saber que estaba superando la enfermedad.

—¿Qué? —preguntó Helen.

—Me haces reír. Y eres una puta mentirosa.

—Nunca te he mentido. Ni una sola vez.

—Dijiste que sabías cantar. Y... —Lana no pudo contener la risa —. Desafinas que da pena.

Helen se unió a su risa.

—Deberías haberlo sabido. Me comparé con Whitney Houston. ¿Quién hace eso?

Se rieron y luego se quedaron en silencio.

—Te quiero —dijo Lana—. Me siento fatal, tengo un camión metido en cada fosa nasal, apenas puedo respirar, la cabeza me está matando, y te quiero con toda mi vida y con todo mi corazón.

—Si no estuvieras enferma, me lanzaría encima de ti ahora mismo —dijo Helen con voz cargada de deseo.

Con la frente sudorosa y el impermeable cubriéndola como una manta, Lana estaba radiante de una manera que Helen nunca había visto.

¿Cómo iba Helen a estar lejos de ella ahora, cuando llevaban casi tres meses durmiendo abrazadas cada noche?

Sin pensárselo, Helen se levantó, echó tierra sobre el fuego para apagarlo y fue hacia Lana.

—¿Qué haces? —preguntó Lana. La oscuridad las rodeaba; sus ojos eran la única luz de la cueva mientras se clavaban en el alma de la otra.

—Solo quiero estar contigo —dijo Helen—. ¿Puedo?

Helen se cernía sobre Lana como una sombra, suplicante. Lana se estiró hacia ella y Helen se tumbó a su lado, sus cuerpos fundidos en uno, dos piezas de puzle que encajaban a la perfección.

***

—Dijiste que pondrías unos mangos encima del pescado, Helen —le recordó Lana, de pie cerca del río fresco, mientras Helen, agachada junto a una roca, limpiaba el pescado que Lana había pescado.

Impaciente con el cuchillo desafilado, el calor y Lana encima de ella, Helen se secó la frente.

—Estaba bromeando —dijo Helen—. No quiero fruta en mi pescado. No pienso hacer eso.

—Dijiste que lo harías, así que mete un poco dentro —dijo Lana, más irritada que Helen, con los brazos cruzados—. Quiero probar a qué sabe. La verdad, no puedo comer ese pescado otra vez igual que lo llevo comiendo todos los días, asado y carbonizado. Lo dejas demasiado tiempo en el fuego.

Helen la ignoró; su ira había llegado al punto de ebullición. Tragó saliva y volvió a ocuparse del pescado: lo destripó y lo sumergió en el río para quitarle la sangre. Era sorprendente que aún no hubieran enfermado de gravedad, aparte del típico resfriado de vez en cuando.

Lana iba y venía detrás de ella, lo que le provocaba una incomodidad e irritación que Helen no había sentido en mucho

tiempo.

—¿Puedes dejar de dar vueltas detrás de mí? Es de mala educación, joder. Hazlo en otro sitio. Me estás mareando.

Siguió limpiando el pescado. Sus grandes ojos muertos, que normalmente le daban repelús, ahora no le molestaban en absoluto. Quizás ya nunca lo harían. Pero Lana, en cambio, le estaba sacando de quicio. Aunque había dejado de dar vueltas, se había plantado frente a Helen con los brazos cruzados, sin quitarle ojo.

Helen lavó el pescado por última vez y lo colocó sobre la roca para hacerle los cortes; después lo ensartaría en un palo y lo pondría al fuego para asarlo.

—¿Por qué le haces cortes? ¿Tienes condimentos o algo para echarle?

Helen se rio al ver la carita de Lana, con los labios fruncidos y las cejas levantadas.

—Como no tienes ni idea, te lo explico: es para que se cocine de manera uniforme. ¿Vale, cariño? —dijo Helen como si le hablara a una niña de dos años. Volvió a hacer los cortes diagonales poco profundos en la carne.

Lana resopló con fuerza.

—La misma mierda una y otra vez, todos los putos días. O sea, ¿para qué lo mencionaste si nunca ibas a probarlo?

Una vez más, perdió la concentración. Helen levantó la vista hacia Lana.

—¿Qué coño te pasa? ¿Necesitas que te mande al rincón? Y si tantas ganas tienes de tu pescado relleno de mangos, ¿por qué no pescas otro tú y lo hacemos así?

Helen dejó el cuchillo.

—Es más, te meto un puto mango entero con la piel y todo por el culo del pescado si eso es lo que quieres.

En un instante, la irritación de Lana se transformó en pura diversión.

—¿Me estás diciendo que vas a meterle un mango entero por el culo a un pescado?

—Si eso es lo que quieres, sí. Encantada. Pero con este no.

Helen intentó ignorarla, pero sentía la mirada de Lana clavada en ella como un láser.

—Sabes, técnicamente ese pescado es mío —afirmó Lana—. Lo pesqué yo. Y lo quiero de vuelta.

—¿Quieres tu pescado de vuelta?

—He dicho que quiero mi pescado de vuelta.

—Que te jodan. Pesca otro —dijo Helen.

Pero en cuanto dejó el cuchillo, Lana agarró el pescado resbaladizo, retrocedió y lo agitó de forma cómica. Se bamboleaba de un lado a otro como una chancla suelta.

—Lana, devuélvemelo ahora mismo. Va en serio, joder —advirtió Helen, fulminándola con la mirada.

—Oh, ¿esa es tu cara de enfadada? ¿Se supone que tengo que asustarme? —se burló Lana.

—Devuélvemelo.

—¡No!

—Lana, no estoy de humor. No estoy jugando.

—Yo tampoco.

Helen intentó agarrarlo, pero Lana fue más rápida y esquivó su torpe intento.

—Si lo quieres, tendrás que esforzarte más.

Derrotada, Helen suspiró.

—Vale, hagamos una cosa —empezó Helen, fingiendo que iba a negociar, y cuando Lana bajó la guardia, se abalanzó sobre ella. Pero Lana escapó entre carcajadas mientras Helen la perseguía.

Pronto Helen también se estaba riendo, el mal humor completamente olvidado. Al final, Lana se dejó atrapar, y Helen la sujetó por la cintura y la apretó contra la gran roca donde habían hecho el amor innumerables veces.

Lo único que Helen quería ahora era arrancarle la ropa. Intentó besarla, pero Lana apartó la cara.

—Uh-uh. Sé perfectamente lo que estás haciendo —dijo Lana.

—¿Qué estoy haciendo? —la voz de Helen era grave y sensual mientras deslizaba las yemas de los dedos por el vientre de Lana.

—Intentas seducirme para luego robarme el pescado.

Helen se rio.

—Y puede que te deje. Contigo no tengo mucha fuerza de voluntad.

Helen soltó una risita, rodeó con una mano la estrecha cintura de Lana y con la otra le quitó el pescado.

—Pondré mango en tu mitad y dejaré la otra sin nada. ¿Qué te parece?

—Suena genial. Me encantaría.

Helen le dio un beso en los labios.

El resto del día pasó extrañamente rápido. Se sentaron junto al río, cerca del fuego, a comerse lo que quedaba de la pesca.

—¿Te arrepientes de no haber preparado todo el pescado como te pedí? —preguntó Lana mientras se sacaba una espina fina de la boca. La tiró al fuego.

—Sí —dijo Helen en voz baja—. Sabe muy diferente. A veces lo diferente está bien.

Salvo por el canto de los grillos y las ranas y el crepitar del fuego, la noche estaba en silencio, y el rostro de Lana se veía perfecto a la luz de las llamas. Llevaba la camiseta enrollada en la cabeza a modo de pañuelo, el pelo recogido en una coleta alta. Era tan joven, y a veces eso sí le preocupaba a Helen. Pero Lana era madura, había pasado por mucho y había tenido que crecer más rápido de lo que ninguna chica debería.

—¿Adónde te fuiste? —preguntó Lana.

—A ningún sitio. Estoy aquí, cariño.

Lana esbozó su sonrisa de niña y se puso de pie. Se quitó la camiseta de tirantes, los pantalones y la ropa interior.

El calor que Helen siempre sentía por ella afloró mientras recorría con la mirada sus pechos firmes, sus largas piernas esbeltas y su coño peludo. Se relamió, deseando saborear y tocar a la mujer que le había dado el mejor sexo de su vida. Lana era una amante generosa que sabía cómo excitarla y satisfacer cada una de sus necesidades y sus deseos más profundos.

—Ven —dijo Lana.

Helen alzó la vista hacia el rostro majestuoso sobre ella y arrojó el resto del pescado al fuego. Agarró una botella de agua a toda prisa, se lavó las manos y la boca, y se puso de pie frente a Lana.

Los pezones duros que ansiaba llevarse a la boca le devolvían la mirada. No sabía cuánto más podría aguantar. Con Lana, todo surgía tan de golpe y con tanta intensidad que Helen apenas podía controlarse.

—Levanta los brazos —ordenó Lana, y Helen obedeció de inmediato. Lana le quitó la camiseta, luego el sujetador, y todo lo demás hasta que quedaron completamente desnudas.

—Nada conmigo —dijo Lana.

¿Nadar? Helen quería follar. Visiblemente decepcionada, agachó un poco la cabeza.

—¿Por favor? —suplicó Lana, tomándole las manos.

—Hace frío. Podemos quedarnos aquí tumbadas junto al fuego —dijo Helen, señalando el impermeable, que le resultaba mucho más tentador. Quería tumbar a Lana boca arriba y hacerle guarradas.

—¿Por favor? —suplicó Lana de nuevo.

Soltándole las manos, Lana fue hasta la orilla del río y se deslizó en el agua negra y tranquila como una serpiente.

Temblando de deseo, con el calor entre las piernas sin disiparse, Helen entró en el agua para reunirse con ella. El frío no ayudaba. Es más, hacía que deseara aún más a Lana.

Lana nadaba a su alrededor, retozando como una foca que presume. Mientras Helen intentaba atraparla, Lana jugaba con ella, le tiraba agua a la cara, y durante todo ese tiempo el corazón de Helen rebosaba, y los flujos de su coño anhelante contaminaban el agua pura. Solo quería follar, dormir, despertar, volver a hacerlo y fingir que las cosas cambiarían, aunque pensaba que nunca lo harían.

Se acercó a Lana y le tomó el rostro entre las manos. Lana presionó la frente contra la suya y le lamió los labios ligeramente entreabiertos. Helen cerró los ojos, a punto de besarla, pero Lana se apartó.

Lana se sumergió hasta que solo asomaban los ojos, que se demoraron en los pechos de Helen.

—Eres brutalmente sexy.

—Me estás provocando, ¿verdad? —dijo Helen.

Los ojos maliciosos de Lana y el atisbo de una sonrisa le aceleraron el corazón a Helen, pero de rabia.

Helen odiaba el poder que Lana tenía sobre ella. El párpado izquierdo le tembló.

—Que te jodan —escupió en voz baja antes de darse la vuelta para irse—. Eres una puta zorra.

Lana le agarró el brazo y tiró de ella. Con los cuerpos aplastados el uno contra el otro, Lana le rodeó la cintura con las piernas, le agarró un puñado de pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

La miró con ojos diabólicos antes de abrirle la boca e introducir solo la punta de la lengua, jugueteando con ella mientras sus propios ojos se cerraban lánguidos y gemía. Helen la miraba sin fuerzas. Y al observarla, vio en Lana exactamente lo que veía en sí misma: que Lana también estaba perdida y era esclava suya.

La besó, y la fuerza con la que le había agarrado el pelo no se correspondía con aquel beso suave pero firme.

Helen la apartó de un empujón e intentó salir del agua, pero al acercarse a la orilla, Lana le agarró el pie y tiró de ella con fuerza. Se desató una lucha. Helen pataleó hasta liberarse y se arrastró sobre la hierba aterciopelada.

Jadeando, Lana dejó caer su cuerpo firme sobre el de Helen, le dio la vuelta y la puso boca arriba, tomando el control.

Le inmovilizó las manos por encima de la cabeza, le separó las piernas con la rodilla y frotó su coño contra el de Helen con fuerza, más fuerte que nunca.

Le soltó las manos para abrirle más las piernas, le acarició el clítoris con los dedos y la penetró.

Con los ojos en blanco, Helen estaba perdida en el éxtasis; se le curvaban los dedos de los pies y gemía a pleno pulmón. Había algo increíblemente sucio y peligroso en lo que Lana le estaba haciendo sobre la hierba, con los cuerpos desnudos y vulnerables, pero el salvajismo de Lana era tremendamente excitante.

Cada parte de Helen se corrió: los pechos, el coño, el estómago, el culo, la mente, la columna vertebral. Se estremeció como si le corriera agua helada por las venas.

Y después de correrse, Lana siguió penetrándola, cabalgándola. Helen se aferró a ella, deseando que le hiciera daño, que la destrozara de la peor manera posible. Quería a Lana dentro de ella ahora, siempre, para siempre.

25

Lana

—No te cansas nunca, ¿verdad? —preguntó Helen mientras estaban tumbadas en la cueva.

La monotonía y la constancia de su realidad resultaban reconfortantes: el fuego ardiendo a su lado, el olor de las frutas y de sus propios cuerpos, los insectos, las estrellas y la luna guiándolas desde lo alto. Nadie había tenido esto nunca. ¿O sí? Esto no era real. Estaban muertas. Eso era lo que sentía Lana.

Tocó el pequeño arañazo en la nariz de Helen, los chupetones recientes en su cuello y hombros, y preguntó: —Tienes un corte en la nariz. ¿Fui demasiado brusca contigo?

—No —dijo Helen.

—No vuelvas a alejarte de mí. No me gusta.

A ninguna de las dos les gustaba.

Tenían los ojos vidriosos y los cuerpos agotados de tanto sexo. El sueño era lo único que las perdonaba.

—No me alejaré —dijo Helen, cerrando los ojos, igual que Lana.

—No me alejaré —repitió Lana, y se quedó dormida con los labios pegados a los de Helen.

Lana sabía lo que era estar completamente borracha. Le había pasado en la universidad una o dos veces, le había pasado varias veces de fiesta con sus amigas. Y ahora, al despertarse en mitad de la noche, le estaba pasando de nuevo, aquí en la isla, con el cuerpo débil, desnutrido, borracho y colocado sin ninguna sustancia, solo con Helen.

Odiaba tener que hacer pis y salir del nido al frío húmedo, pero ya no aguantaba más. Besó los párpados cerrados de Helen y salió a buscar un sitio a unos metros de la cueva.

Los ruidos de la noche solían asustarla. Sin embargo, había aprendido a interpretarlos y se decía que no eran más que el viento en los árboles, pájaros, iguanas y serpientes. Se estremeció al pensar en las serpientes y en el terror que había sentido mientras huía de una antes de encontrar el río.

Suspiró y cerró los ojos mientras la orina fluía libremente y se mezclaba con los sonidos a su alrededor. Al terminar, se subió la ropa interior y algo la hizo mirar hacia arriba; si no lo hubiera hecho, se habría perdido por completo el avión que sobrevolaba la isla, con

sus luces rojas y amarillas claramente visibles. Solo entonces reconoció el zumbido distante pero inconfundible que hacía al volar.

—¡Dios mío, Helen! —gritó mientras corría de vuelta a la cueva.

Le sacudió los hombros. —Helen, despierta.

—Déjame en paz. No puedo follar más. Tengo el coño agotado —gimió Helen con voz arrastrada.

—¿Qué? —Lana estaba estupefacta—. No es por el sexo. Es un avión.

Helen abrió los ojos de golpe y se incorporó. —¿Un avión?

—Vamos, levántate. —Lana agarró la pistola y tres bengalas y salió corriendo con Helen pisándole los talones.

—¿Dónde está? —preguntó Helen, dando vueltas con la cabeza hacia el cielo.

—¡Ahí! —gritó Lana. Apuntó con la pistola, ya cargada con una bengala, rezando para que funcionara. Apretó el gatillo y una bengala roja y brillante salió disparada hacia el cielo nocturno.

—¿A qué esperas? Dispara la otra —exigió Helen.

—Ve a buscar un trozo de madera ardiendo, luego lo seguiremos y dispararé la siguiente. Así sabrán que algo va mal.

Algo aturdida, Helen se quedó mirando a Lana sin reaccionar.

—¡Ve, Helen! Ve a buscar el fuego.

Helen salió corriendo y volvió con un tronco. Corrieron entre la vegetación, siguiendo la luz del avión hasta llegar a la playa antes de que la aeronave las sobrepasara. Lana apuntó y disparó la segunda bengala al aire mientras Helen agitaba la madera, con motas de fuego como luciérnagas bailando en el viento.

—¡Estamos aquí, hijos de puta! —gritó Helen al avión.

—¡Estamos aquí, cabrones! ¡Estamos aquí! —se sumó Lana, agitando las manos mientras aullaban y gritaban.

El avión ya se había ido, y se quedaron allí plantadas, aturdidas y estupefactas.

Lana se volvió hacia Helen. Helen la miró con lágrimas cayéndole por las mejillas y los labios temblorosos.

Sabiendo lo que aquello significaba —lo bueno y lo malo—, Lana dejó caer la pistola y la bengala extra en el suelo, cogió el trozo de madera de las manos de Helen y lo clavó en la arena.

—¿Crees que nos vieron? —preguntó Helen, con los ojos fijos en el cielo donde el avión había desaparecido.

—No lo sé. —Lana se colocó detrás de Helen y la rodeó con los brazos—. Eso espero.

Helen se dio la vuelta y se dejó caer en los brazos de Lana. —Creo que sí —dijo, sorbiéndose la nariz.

—Pero por si acaso —dijo Lana mirándola a los ojos—, tengo una bengala más.

Helen asintió y apoyó la cabeza en el pecho de Lana. Lana la estrechó y no la soltó hasta la mañana, que pasaron en perfecto silencio.

Su rutina siguió intacta. Se bañaron en el río, recogieron algo de comida, recuperaron sus cosas de la cueva y volvieron a la playa, todo con un aire de desesperanza.

Mientras la oscuridad se extendía como un sudario ominoso, se sentaron en la orilla, con el fuego ardiendo justo detrás, las olas en calma, los pájaros y las gaviotas más silenciosos que en cualquier otra noche.

Los cangrejos que excavaban en la arena como pequeños obreros bien podrían haber sido los mismos que le devoraban el cerebro a Lana. Su mente era un caos de cosas que nunca habían hablado, cosas que no se atrevían a mencionar, cosas que no se atrevían a decir.

Miró a Helen, que le sonrió con melancolía, con complicidad. A Lana se le llenaron los ojos de lágrimas y Helen le puso la mano en la nuca, acercándole el rostro al suyo.

—Todo irá bien —susurró, como si supiera todo lo que Lana estaba pensando y sintiendo—. Te lo prometo.

Lana tomó la mano izquierda de Helen y le besó la palma, el anillo helado contra sus labios mientras Helen le besaba la frente, la mejilla y luego los labios. Lana gimió cuando la lengua cálida de Helen se deslizó lentamente contra la suya, atrayéndola y recordándole el amor que compartían. Los besos lentos y tiernos se transformaron rápidamente en pasión salvaje.

Se arrancaron la ropa mutuamente y Helen recostó a Lana sobre el abrigo. Desnuda sobre ella, Helen era el cuerpo perfectamente

esculpido de una diosa. Lana extendió las manos y le cogió los pechos, acariciándole los pezones rosados.

—Me basta con mirarte —dijo Lana— y ya estoy mojada. Estás buenísima, joder. Y te quiero tanto.

Lana cerró los ojos en cuanto el dedo de Helen tocó su clítoris hinchado y húmedo. Lo acariciaba suavemente mientras le chupaba los pezones, el cuello, y luego le besaba la boca.

Tomó la mano de Helen; quería sus dedos dentro, necesitaba que fueran una sola entidad. Abrió las piernas y la guio hacia su interior. Con el coño palpitante, jadeó mientras Helen entraba y salía, y la sensación del estómago le subía a la cabeza.

Con los dedos de los pies ya curvados mientras Helen la amaba, su cuerpo se entregó a un placer que trascendía los límites de lo físico y se fundía con su alma.

Embriagada, con las piernas temblorosas, sintiendo aún las descargas eléctricas de aquel orgasmo alucinante, Lana se vio atrapada en un torbellino de euforia, incapaz de contener las lágrimas.

Agarró la mano de Helen para detener todo movimiento y perderse en aquellos ojos grises de ensueño que nunca había imaginado poder contemplar libremente, con todas sus emociones al descubierto.

—¿Esto es lo que se siente al hacer el amor?

—Eso espero —murmuró Helen con los labios rozando los de Lana—. Porque quiero sentirme así siempre que hagamos el amor.

Lana le sujetó la cabeza por las orejas, con los labios rozándose, los ojos de Helen perdidos en otra dimensión mientras su sexo entraba en contacto con el de Lana y producía la fricción más deliciosa. Helen se corrió con una rapidez asombrosa; sus espasmos se transformaron en temblores extáticos que la recorrían mientras una oleada de placer la inundaba. Sin aliento, apenas podía moverse, pesada sobre Lana.

Lana contempló el hermoso rostro agotado de Helen.

—Máquina de follar —dijo.

Helen se rio y liberó toda la tensión acumulada.

—Tú me has hecho así —dijo mientras se bajaba de Lana y se tumbaba a su lado, con la cabeza acurrucada en su axila peluda.

Mientras contemplaba las estrellas que aparecían una a una, Lana admitió:

—Me has arruinado para todos los demás. Eres una cabrona por eso.

Helen se rio con los ojos cerrados, respirando acompasadamente, lo que le decía a Lana lo satisfecha y feliz que estaba.

—Si mi otra vida tuvo que acabar para que empezara esta, lo acepto —dijo Helen—. En cierto modo, lo deseo.

El corazón de Lana se hinchó tanto que pensó que le estallaría.

—No puedo imaginar la vida sin ti, Helen —dijo—. Cada vez que pienso que estamos separadas, no me veo. No existo.

Miró a su amante, vio el dolor que le habían causado las verdades que acababan de soltar, e intentó aligerar el ambiente. Sonrió con picardía, los ojos brillándole más que las estrellas del cielo.

—¿Ya te dije que te jodan por eso?

El cuerpo de Helen se sacudió de risa, una risa que también se apoderó de Lana.

—No lo digo en serio —dijo Lana con la mirada perdida en los ojos de Helen.

—Lo sé —dijo Helen, y su sonrisa le partió el corazón a Lana—. Yo tampoco quiero estar sin ti. No sé si sabría cómo.

Pero pronto Lana descubrió lo que eso significaba, atormentada por sus sueños. El primero no fue tan malo. Helen la atraía hacia los arbustos detrás de los restos del avión. Cuando Lana llegó, no había nada más que un mar de nubes blancas. La llamó, pero Helen había desaparecido.

—Helen.

Se despertó empapada en sudor frío, encogida como una pasa, con Helen dormida plácidamente a su lado.

El segundo no pareció un sueño en absoluto. Estaban en las aguas violentas del océano, separadas por el viento, la lluvia, las olas y alguna fuerza invisible. Por mucho que Lana intentara recuperarla, Helen se alejaba, se iba a la deriva y desaparecía.

—¿Helen?

Lana se quedó sola, rodeada de oscuridad y del sonido de su propia respiración.

—¡Helen!

Su voz resonó y reverberó sobre el agua.

—Lana.

La voz de Helen sonaba distante y débil, y Lana nadó hacia ella con un único pensamiento: salvarla.

—¡Lana! Lana, despierta.

Helen la sacudió para despertarla.

Aturdida y desorientada, Lana comprendió que ya no estaba atrapada en una pesadilla. La ropa se le pegaba al cuerpo empapada de sudor frío, le palpitaba la cabeza y un ruido que no lograba identificar le retumbaba en los oídos.

—Nos han encontrado —dijo Helen.

Espabilándose de golpe, Lana distinguió unas luces cegadoras que le daban en los ojos, a Helen inclinada sobre ella y el ruido de las hélices de un helicóptero que descendía para aterrizar en la orilla.

—Nos vamos a casa.

26

Helen

ESTAR SOLA EN una isla desierta durante tres meses, a solas con los propios pensamientos, podía cambiar a cualquiera. Te despojaba de todas las distracciones de la civilización. Y ahora, en su amplia suite de hotel rodeada de todo lo que podría hacer la vida humana lo más cómoda posible, los ojos de Helen no dejaban de desviarse del rostro de Jeff en el portátil hacia el encendedor sobre el escritorio, el que Lana había encontrado en el avión estrellado.

Que algo aparentemente tan pequeño e insignificante como un encendedor y una pistola de bengalas se hubiera convertido en el catalizador de su existencia le hizo darse cuenta de lo tenaces y esperanzadas que eran. Sin embargo, la aterraba pensar que apenas un día antes había aceptado un destino que implicaba olvidar y dejar atrás su vida anterior.

—Helen, ¿estás bien? —la voz de Jeff en el altavoz del portátil la devolvió a la realidad.

Después de haber deseado tan desesperadamente volver a la normalidad, no estaba preparada para ella, y tenía la cabeza en mil sitios. Le costaba concentrarse, y en las últimas veinticuatro horas había interactuado con todo el mundo abrumada y aturdida: los médicos, la policía, los periodistas, su familia, sus amigos y su marido.

Y ahora, a las once de la noche, aún no había visto a las dos personas más importantes de su vida: Katy y Emma.

—La psicóloga dijo que sería mejor ir preparándolas poco a poco —había dicho Jeff—. Estarán conmocionadas y confundidas.

Aunque Helen no estaba de acuerdo, lo aceptó, conteniendo las ganas de gritarle frustrada.

—¿Helen? —Jeff se acercó más al monitor.

—Estoy bien —respondió ella—. Solo...

—Lo sé. Dios, estoy deseando verte en persona. O sea, tienes buen aspecto teniendo en cuenta las circunstancias —dijo él.

Para Helen, estaba demacrada. Las arrugas de la frente afeaban sus rasgos antes radiantes. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos, y el pelo descuidado le caía en mechones despeinados. Cuando se vio por primera vez en un espejo, soltó un jadeo. No entendía cómo Lana podía encontrarla hermosa y atractiva.

Soltó una risita ante Jeff.

—Ya, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo.

No quería hablar ni revivir aquellos hechos traumáticos. Estaba agradecida y feliz de que algunos hubieran salido ilesos, aunque las cicatrices tardarían en sanar. Dudaba que las suyas sanaran jamás.

Ver a gente asesinada con flechas en la jungla, perderse en el mar y en la isla, la perseguiría para siempre. Pero en medio de todo aquello, los brazos de Lana rodeándola y su voz tranquilizadora eran lo único que sentía que la mantenía viva y cuerda. Eso, y creer que volvería a casa con sus hijas.

—Lo siento. No quise...

—No, Jeff, está bien. Estoy bien —intentó sonreírle—. Quiero curarme y dejarlo todo atrás —dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Lana, a unas habitaciones de la suya, y en que no la había visto ni oído su voz en horas.

Se secó los ojos y se pasó las manos por el pelo. Se sentía fatal por pensar en ella con tanta intensidad cuando tenía a su marido justo delante.

—Es que no puedo creer que esto sea real. Estás jodidamente viva. Tú y esa otra chica.

—Lana —se rio, pensando que Lana distaba mucho de ser una chica.

—¿Y ella está bien? ¿Está sana?

—Sí —Helen miró detrás de él, al fondo borroso, y el corazón le dio un vuelco al creer ver una pequeña sombra que podría ser de Katy o de Emma.

—Sé que están dormidas —dijo Helen.

—Sí, profundamente dormidas.

—¿Puedo verlas otra vez? —preguntó.

Jeff se giró hacia el monitor que tenía al lado y apuntó la cámara del portátil hacia la pantalla. No era suficiente para ella.

—¿Puedes ir a sus habitaciones una vez más? Ya sé que no puedes despertarlas. Solo necesito verlas. No aguanto más. Me está matando.

Primero fue a la habitación de Katy, subió la luz tenue y se arrodilló junto a ella.

Que le dieran a esa psicóloga. Estaba tan segura como de que el sol saldría al día siguiente de que querrían verla de inmediato. ¿Por qué esperar? La forma en que siempre corrían hacia ella cuando llegaba a casa tras una ausencia corta era toda la prueba que necesitaba. No entendía por qué Jeff había aceptado algo tan absurdo.

Katy estaba acurrucada con su osito de peluche rosa, los ojos cerrados, tranquila y bonita con su pijama rosa.

—Oh, Dios —sollozó Helen, embargada de alegría y risa—. ¿Y Emma?

Jeff se rio, se levantó y fue a la habitación de Emma. La luz era más intensa que la de Katy, y no hacía falta subirla.

Emma era la niña que se despertaba en mitad de la noche, y si no necesitaba que la cambiaran ni tenía hambre ni miedo, se quedaba en su cunita estilo château francés y jugaba y se reía sola. Angelitos, diría su abuela.

—Quiero abrazarlas tanto que me estoy volviendo loca —dijo.

—Lo sé. Pronto.

El avión privado llegaría mañana para llevarlas a ella y a Lana de vuelta a casa, pero mañana parecía demasiado lejos.

—¿Están bien? —preguntó, aunque sabía que sí.

—Todo lo bien que pueden estar —dijo Jeff mientras volvía a su despacho—. Katy siempre hace un millón de preguntas. Quiere saberlo todo y ahora está algo fascinada con la muerte. Creo que le ayuda a asimilarlo.

La culpa le recorrió las venas por lo que les había hecho pasar. Rara vez pensaba en aquella mañana en que se marchó, cuando no quería soltarlas. No debería haberlo hecho. Angustiada, se llevó la mano a la frente.

—Eh —dijo Jeff, percibiendo su angustia—. Están bien. Tú estás bien. Todo va a ir bien. Y se van a poner contentísimas cuando te vean mañana.

Eso la hizo sonreír y su corazón recuperó un ritmo pausado.

—Yo también —dijo él—. Pensé que no volvería a verte, Helen. Todos lo pensamos.

—Yo pensé lo mismo. Pero aquí estamos.

Se rieron. Echó un vistazo a la hora en la pantalla del portátil. 00:35.

—Quiero quedarme y hablar —dijo—, pero creo que debería descansar un poco. Me arden los ojos como si me hubieran echado salsa picante.

—Creo que deberías descansar también y estar fresca por la mañana —dijo él—. Te llamaré a primera hora. Buenas noches. Te quiero.

—Yo también te quiero. Buenas noches.

Helen no sabía por qué le había dicho que estaba cansada cuando en realidad la dominaba la inquietud. Cerró el portátil, se quedó allí sentada y se quedó mirando la cortina blanca de enfrente.

Volvió a mirar el mechero sobre el escritorio, un recuerdo de dónde habían estado. Lana se había quedado con la pistola de bengalas. Ni siquiera estaba segura de que Lana fuera consciente de haberlas cogido, ni de que no hubiera pensado en soltarlas a pesar de que el helicóptero había aterrizado en la orilla arenosa y habían corrido hacia sus rescatadores como dos niñas hacia sus padres. Pero Helen se alegraba de que Lana se hubiera quedado con aquellos objetos.

Lo cogió y lo examinó mientras daba un sorbo de agua helada del vaso que había sobre la mesa. De camino a la cama, cogió un puñado de trufas de chocolate de un cuenco y se las metió en la boca como una cerda glotona; luego apagó la luz y se acostó.

Incapaz de dormir, con el edredón sobre la cabeza, oía el sonido de las olas, las gaviotas y los pequeños animales, como una banda que tocara en privado solo para ella. Sentía la arena entre los dedos de los pies y el cálido aliento de Lana contra el cuello mientras se abrazaban.

Si tanto quería volver a casa, ¿por qué estaba tumbada en la cama llorando, echando de menos a Lana y solo a Lana? Como sabía que no iba a descansar hasta verla, se levantó, se puso una bata y salió de la habitación.

27

Lana

—Siento no haber llamado antes.

Helen estaba en el umbral de la habitación de hotel de Lana, magullada pero fuerte, cansada pero hermosa, triste pero sonriente.

El caos y el infierno que Lana había vivido el día anterior se reflejaban en sus hombros encorvados y en sus ojos apagados y sombríos, que ahora se humedecían con facilidad.

Helen le secó las lágrimas a Lana con los dedos antes de fundirse en un abrazo.

Lana cerró los ojos e inspiró el aroma de Helen, besándole el cuello, el hombro y el brazo mientras Helen le acunaba la cabeza entre las manos.

—Te he echado de menos —dijo Helen, besándole la frente y el rostro.

Lana la miró y le corrió el brillo rojizo de los labios antes de besarla. Entraron a trompicones, aferradas la una a la otra. Era lo único que querían: estar en brazos de la otra.

En algún rincón de la suite de Lana, alguien pronunció su nombre.

Sobresaltada, Helen se apartó.

—¡Joder! —exclamó Lana.

—¿Quién es? —preguntó Helen.

—Es Frannie. Estábamos a punto de despedirnos.

—Ah, puedo volver más tarde. ¿O te veo por la mañana?

Lana dio un pequeño paso atrás y se cruzó de brazos sobre el estómago. —No te he visto en todo el día, Helen. No te vayas. Por favor.

Helen arqueó ligeramente las cejas, como si le costara un esfuerzo considerable, y luego sonrió. Lana se sintió aliviada.

Le tomó la mano. —Entra. ¿Quieres conocerla?

—Estoy muy cansada —rehusó Helen, que miraba a Lana mientras se tocaba los labios donde la había besado—. Solo necesitaba verte.

Lana asintió comprensiva y volvió con Frances.

—¿Quién está en tu puerta a estas horas intempestivas?

—¡Shh! —Lana se llevó el dedo a los labios mientras sacaba la silla y se sentaba frente al portátil—. Es Helen. —Miró hacia atrás:

Helen deambulaba por la habitación, jugueteando con los dedos.

—¿Helen Hales? —Los ojos de Frances se iluminaron.

—Shh, está ahí mismo —susurró Lana en voz alta.

—Todavía no puedo creerme nada de lo que me contaste. Es una putada tan... —Frances se quedó sin palabras, incapaz de expresar lo atónita y devastada que estaba.

—Lo sé, es increíble —dijo Lana—. Todavía no consigo asimilarlo del todo. Lo único que sé es lo real que fue. Lo real que es. —Miró hacia Helen y luego volvió la vista a su hermana.

—¿Necesitas ir con ella? —preguntó Frances.

—¿Puedo llamarte luego? No quiero hacerla esperar.

—Sí, claro.

—¿Mamá sigue durmiendo?

Frances miró hacia el sofá, a su lado. —Como un tronco, probablemente por primera vez desde que desapareciste. —Se rio, pero la risa se le convirtió en llanto.

—Frannie, por favor, no llores. Vas a hacer que yo también llore. Ya lloré bastante hoy.

—Jo, lo siento. —Se limpió la cara con la manga del jersey—. Vete. Pero si no puedes llamarme, mándame un mensaje, ¿vale?

—Lo haré.

—Y Lana.

—¿Sí?

—Te quiero. No veo la hora de que vuelvas a casa. Tengo un montón de cosas que contarte.

Lana le sonrió y besó la pantalla. —Buenas noches. —Cerró la aplicación y el portátil.

Helen, que estaba sentada en el sofá, se levantó cuando Lana se acercó. —¿Estás bien? —le preguntó.

—Agotada.

—Yo también —dijo Helen, bajando tímidamente la mirada hacia sus pies descalzos.

—¿Quieres algo?

Helen se frotó la sien. —Solo quiero dormir —dijo—, contigo. ¿Podemos?

Lana le tomó la mano y la condujo al dormitorio a oscuras. Se quitó el pantalón del pijama, se quedó en camiseta y ropa interior, y se metió en la cama.

Helen se quitó la bata blanca y mullida, dejando ver la ropa interior blanca y una camiseta de tirantes blanca que se ceñía a sus pechos grandes; los pezones se le marcaban a través de la tela.

Lana exhaló suavemente; el clítoris le palpitaba, los pechos se le endurecían ante la visión de ella. Pero ahí estaba de nuevo en su mente, como nunca antes: era la esposa de otro, y por la mañana volvería con él.

Por mucho que quisiera volver a ver a su madre, a Frances, a Chris, a Kevin y a todos los demás, el corazón le sangraba al saber que Helen no se iría a casa con ella.

En la cama, abrió los brazos y Helen fue hacia ella, envolviéndola con su cuerpo como habían hecho todas las noches anteriores.

No sabía cómo iba a arreglárselas sin el cuerpo de Helen sobre el suyo. Ahora atesoraba cada segundo a su lado.

Pasó una hora y todavía no podían dormir, con los músculos rígidos, dando vueltas sin parar. Desparramada por toda la cama, Lana yacía boca abajo; la parte baja de su espalda era la almohada de Helen. Era lo más cómodas que habían estado en toda la noche, y ahora parecía haber más silencio.

—Creo que esta cama es demasiado blanda —murmuró Helen—. Seguro que si estuviéramos en la playa, ya estaríamos dormidas.

—Es que hay demasiado silencio —dijo Lana con voz somnolienta —. A lo mejor si roncas, me ayuda. —Se rio, y la cabeza de Helen subió y bajó sobre la curva de la espalda de Lana.

La abrazó más fuerte. —Pensé que quien pronunciaba tu nombre era Mia —dijo.

—No, no era ella. Mia tiene miedo de hablar conmigo, o algo así. Pensó que me había ido para siempre. En shock, supongo. —Lana parpadeó lentamente, con el cansancio pesándole en los párpados.

—Lo siento —dijo Helen.

—Está bien. ¿Has hablado con Maggie?

—No, pero está bien. ¿Kevin?

—Está bien. Tiene una cicatriz fea en la mejilla izquierda. Nada que no arregle un poco de cirugía plástica. Pero conociéndolo como lo conozco, querrá dejársela para demostrar a todo el mundo lo machote que es.

Se rieron.

Lana cerró los ojos mientras Helen le acariciaba la espalda.

—Tengo que esperar a llegar a casa para ver a mis propias hijas, como si fuera una especie de reunión formal —refunfuñó Helen.

—¿Qué? ¿Aún no las has visto?

—Las vi, pero ellas a mí no. Estaban dormidas.

—Lo siento —dijo Lana, se tumbó boca arriba y atrajo a Helen hacia ella.

Con la mirada fija en el techo, Lana ya no pudo evitar que se le cerraran los ojos y caer dormida. Pero apenas se había quedado dormida cuando oyó que llamaban a la puerta.

Menos mal que Helen seguía dormida. El reloj de la mesilla marcaba las 3:49 de la madrugada.

Sin hacer ruido, Lana se puso los shorts y fue a abrir la puerta.

En la puerta había un hombre con un traje que parecía llevar puesto desde que nació, sujetando un teléfono inalámbrico negro.

Lana entornó los ojos por la luz del pasillo, se cruzó de brazos y carraspeó. —Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lamento molestarla, señora. —Su voz era áspera como la grava, igual que la del guía en la selva.

—Hay una llamada para la señora Hales —continuó—. Me han pedido que compruebe si está aquí.

—Son las cuatro de la madrugada. ¿No puede esperar? —preguntó Lana, echando un vistazo hacia atrás.

—Señora, es muy urgente. Tiene que atender esta llamada.

Lana dejó la puerta entreabierta y volvió a la habitación. Se sentó junto a Helen y le tocó el hombro. —Cariño, tienes una llamada.

Helen se desperezó. —¿Dónde está el teléfono?

—En la puerta. No he dejado entrar al tipo. Da un mal rollo que flipas.

—¿Tiene el pelo gris y lleva un traje negro? —preguntó, frotándose los ojos.

—Sí.

—Joder —dijo Helen.

—¿Qué pasa?

—Nada. Vuelvo enseguida.

Lana se sentó en la cama a esperar que Helen volviera. Se relajó cuando la vio entrar en el dormitorio unos momentos después.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —dijo, pero estaba poniéndose las zapatillas y atándose la bata.

—¿Te vas?

—No estaba en mi habitación y no tenía el móvil encima.

—Por favor, no te vayas. Todavía no —suplicó Lana, cogiéndole las manos. Cuando Helen se las soltó, a Lana se le cayó el alma a los pies, convencida de que iba a marcharse.

Pero Helen se desató la bata y volvió a meterse en la cama con Lana como antes, enredándose con ella.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así —dijo Helen, con la pierna sobre la cintura de Lana.

—Yo también. ¿Crees que volveremos a vernos? —preguntó Lana.

Helen la miró a los ojos, con las lágrimas cayéndole hacia las orejas. —Claro que sí.

Lana le apartó el pelo de la cara agotada, contemplándola con adoración.

—Ojalá te hubiera conocido primero —dijo Helen, llorando las dos—. Ojalá no estuviera casada.

Lana la atrajo más hacia sí, juntando las frentes. —No quiero quedarme dormida. No quiero que esto acabe nunca.

—Yo tampoco —dijo Helen. La besó, se tumbó sobre su pecho y deseó que el mañana no llegara jamás.

28

Helen

LOS GRITOS DESGARRADORES de Emma le perforaron los oídos y le llegaron hasta lo más hondo del alma mientras la pequeña se aferraba a ella, con los brazos rodeándole el cuello y las piernas enroscadas en su torso.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé —la consoló Helen.

—Me duele, mami —lloró Emma entre hipos, chupándose el puñito.

Con los segundos molares a punto de salir, Emma tenía fiebre, estaba irritable y las mejillas arreboladas. El gel que le había recetado el pediatra apenas le hacía efecto, y el Tylenol le duraba poco.

Dos noches sin dormir empezaban a pasarle factura a Helen. Ella también estaba irritable. Le dolía la cabeza y, en lugar de llevar a Katy al colegio ella misma, quería llamar a su chófer, Briggs, para que la llevara él.

En el mes y medio que llevaba en casa de vacaciones desde que volvió de Guatemala, Helen había insistido en hacerlo todo ella misma, sin ayuda, salvo el servicio de limpieza y la niñera para cuando necesitaba salir.

Cada mañana seguía la misma rutina: preparar el desayuno para todos, hacer los almuerzos y llevarlas al colegio. Más tarde preparaba la cena, en la que Katy y Emma echaban una mano, y disfrutaban del tiempo juntas, estuviera Jeff en casa o no. Pero total, no necesitaba más que a Katy y Emma, y no sabía cómo iba a separarse de ellas cuando se le acabaran las vacaciones acumuladas.

La idea de no volver a Verve le rondaba la cabeza. Podría jubilarse antes de lo previsto. Podría montar una startup; Dios sabía

cuánta gente se apuntaría, pero también cuánta gente detestaba el escozor que les producía oír el nombre de Helen Hales.

Además de dedicarse a sus hijas, alejarse de esos buitres del trabajo también sería un plus.

En cuanto supieron que estaba viva y aparentemente bien, se abalanzaron sobre ella, queriendo esto, aquello y lo de más allá. Actuaron como si pudiera retomar el trabajo sin pestañear, exigiéndole que fuera a reuniones y se metiera en llamadas para cerrar tratos que nadie más tenía la confianza suficiente para cerrar.

¿Podrían siquiera confiar en ella ahora? ¿Había recuperado ya la cordura? Puede que parte de ella se hubiera quedado en aquella isla frente a la costa de Guatemala, dispersa en algún lugar de la orilla, en la cueva, en el fuego o en el río.

Le sorprendía que su puesto siguiera ahí esperándola. Con mucho gusto se lo cedería a la directora comercial interina, Sheryl Hastings, que lo deseaba más que nadie en el mundo. Y Helen sabía que Sheryl habría preferido que apareciera ahogada en lugar de viva y rescatada.

Solo de pensar en el trabajo y en estar allí le dolía la nuca.

Mecía a Emma en brazos mientras Katy, sentada a la mesa, cantaba con su iPad.

—Katy, desayuna, por favor. Ya casi es hora de irnos.

—Vale, mami —dijo, pero siguió cantando y bailoteando.

—Cariño —dijo Helen con más firmeza—, te he dicho que desayunes.

Justo entonces apareció Jeff, vestido con un traje azul de rayas y el maletín negro en la mano. Le dio un beso en la mejilla a Helen.

—Buenos días, chicas —dijo, le dio un beso a Emma en la cabeza, luego fue hacia Katy y la besó también—. ¿Cómo estamos hoy? —preguntó alegremente, como si no viera que Helen seguía en pijama, Emma no paraba de llorar y Katy se negaba a desayunar.

Fue a la cafetera y se sirvió una taza.

—¿Puedo tomar una de esas si no es mucha molestia? —preguntó Helen.

—Lo siento —se disculpó al darse cuenta de su egoísmo—. Claro.

Le sirvió una taza de café, la dejó sobre la mesa y se quedó mirándola mientras intentaba beber y mecer a Emma al mismo tiempo.

—¿Todavía no está bien? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—No creo que la medicina le esté haciendo efecto —dijo Helen.

—Bueno, anoche durmió un poco, eso ya es algo —volvió a besar a su bebé—. Pobrecita Emma Wemma —dijo, un apodo que le había puesto la niñera, razón más que suficiente para que Helen la despidiera.

—¿Puedes asegurarte de que Katy coma? Tengo que cambiarme —miró a Emma, cuyo llanto se había reducido a un gimoteo bajo—. Mami tiene que ir al baño y prepararse, ¿vale? —le dijo.

—No —protestó Emma, aferrándose a Helen de nuevo.

—Volveré enseguida. Ve con papi. Mira, tiene rodajas de naranja.

Helen se la pasó a Jeff, pero la niña no la soltaba y gritó cuando él la tocó.

Frustrada, Helen suspiró.

—¿Cómo se supone que voy a hacer algo?

—No lo sé —dijo mientras cortaba una tortita y se la daba a Katy —. ¿Seguro que no quieres volver a contratar a la niñera? —preguntó, ganándose una mirada de desprecio de su mujer.

—No, no quiero volver a contratar a la niñera. ¿Por qué querría hacer eso? ¿Y por qué tiene que ser ella?

—No dije que tuviera que ser ella.

—Bueno, lo insinuaste.

Él no alzó la mirada tras la sutil acusación.

Cuando Helen acababa de volver de Guatemala, Zola, la niñera de diecinueve años, la trataba como a una extraña, por decirlo suavemente, dándole consejos sobre qué hacer con sus hijas y aleccionándola sobre lo que les gustaba.

La gota que colmó el vaso fue cuando Helen intentó disciplinar a Katy quitándole el iPad. Katy y Emma se peleaban demasiado, y Helen estaba harta, así que confiscarles los juguetes era la solución ideal.

Zola tuvo el descaro de decirle a Helen que ellos —quienesquiera que fueran esos «ellos»— no creían en privar a los niños de sus comodidades como castigo. Siguió explicando la teoría, pero para entonces Helen echaba tanto humo por las orejas que no podía escuchar ni razones ni nada.

—Tienes que largarte de mi casa —le había dicho Helen—. Se acabó.

—¿Señora Hales? ¿Lo dice en serio? —Zola estaba atónita, y Helen notó que probablemente nunca la habían despedido antes.

—¡Fuera! —le gritó Helen.

Arrogante como siempre, la chica dijo «Tú te lo pierdes» antes de marcharse.

Helen se relajó al oír a Katy y Emma riéndose a sus espaldas.

—Dijiste... —empezó Katy.

—No lo digas, Katy —le advirtió Helen.

—Joder —terminó Emma por su hermana mayor—. Joder, joder, joder.

Helen se rio y corrió tras ellas; las cogió en brazos y las tres retozaron por todo el salón, tirando velas aromáticas y lámparas de pie, pero le daba igual. Lucharía hasta su último aliento para que las tres siguieran siempre así.

Pero ahora Emma apenas podía hacer un ruido, y eso frustraba a Helen.

Besó a Emma, y cuando pilló a Jeff mirándola, él apartó la vista y siguió dándole de comer a Katy.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Estoy bien.

Con Emma en brazos, se fue a su dormitorio, huyendo de la eterna pregunta de Jeff de si estaba bien.

—Supongo que todos llegaremos tarde, ¿eh? —dijo Helen mientras la mecía suavemente y le cantaba una nana.

Cansada, Emma apoyó la cabeza en el hombro de Helen y dejó de llorar. Helen dio gracias al universo. Quizás sí podría ir a cenar con Sam después de todo.

Mientras la besaba, deseando que se recuperara pronto, Katy irrumpió por la puerta con Jeff detrás.

—No —le gritó Katy a Jeff—. Porque tú, mami, tienes que ir a comprar el papel pintado para el colegio. Papá no sabrá qué hacer.

Menos mal que Katy lo mencionó, porque Helen lo había olvidado por completo. Normalmente habría delegado esas tareas en su asistente personal, pero ahora que había decidido jugar a ser Supermamá, se le olvidaban constantemente esas pequeñas cosas.

—No te preocupes, cariño, yo te llevo al colegio —dijo Helen—. Lo compramos de camino.

—Solo lo sugerí para que pudieras descansar un poco con Emma —dijo él.

Helen miró a Emma, que se había calmado pero aún tenía hipo de tanto llorar.

—Creo que la medicina está empezando a hacer efecto, por fin. ¿Estás bien, Em?

—Mis dientes —se quejó, metiéndose los dedos en la boca.

—Ya pasará. ¿Puedes quedarte con papá un ratito? Vuelvo enseguida. No tardaré.

Tan buena niña cuando hacía falta, Emma estiró los brazos hacia su padre.

—¿Llegarás pronto a casa? —le preguntó Helen a Jeff mientras se quitaba la camiseta empapada de babas.

—Probablemente. Veré qué puedo hacer. ¿Qué tienes en mente?

—Cenar con Sam.

29

Helen

HELEN NO PARABA de disculparse con Sam. Estaba agotada, apenas había dormido en dos días; nunca debería haber aceptado salir con nadie a ningún sitio bajo ninguna circunstancia.

De haber sabido que estaba al borde de un pequeño colapso, se habría quedado en casa, acurrucada con una copa de vino en la terraza con vistas a la ciudad, llorando a moco tendido.

A mitad de la cena, después de media copa de vino, Sam se desahogó: habló de su agente, del bloqueo de escritora, de estar atascada en el capítulo diecinueve de su última novela y de que estaba pensando en ir a un retiro de escritores en los próximos meses.

Pero Helen solo oía la vocecita de Emma llorando suavemente en su cabeza, y a Katy cantando y bailando mientras la tele ponía dibujos animados de fondo. Y lo echaba de menos.

Quería saber si Emma estaba mejor, si estaba llorando o dormida. Quería saber si Katy había hecho los deberes, si habían cenado, y si era así, qué habían cenado. Quería irse a casa.

Y en plena conversación de Sam, estalló en lágrimas. Fue como si una presa hubiera reventado de repente y nada pudiera contener el torrente.

—Lo siento mucho —dijo Helen, llevándose las manos a la boca. Las lágrimas le brotaban de los ojos y un par de cabezas se giraron hacia su mesa.

—Está bien. No pasa nada —dijo Sam, levantándose para ir hacia ella.

—No lo está. Estoy muerta de vergüenza —dijo, aunque no podía contener las lágrimas—. Necesito salir de aquí.

—Sí, vámonos —dijo Sam, haciéndole un gesto a la camarera.

—¡Joder! —Confundida, Helen buscó su bolso de mano, ganando tiempo antes de levantarse, esperando que las lágrimas parasen. Cogió una servilleta y se secó los ojos.

—Estás bien, Helen. —Sam la abrazó. Estaban fuera del restaurante, junto al todoterreno negro de Helen; Briggs esperaba de pie con la puerta abierta.

—Lo siento. No sé cómo ha pasado eso. Supongo que estoy más estresada de lo que pensaba.

—Creo que sí —convino Sam. La soltó y la examinó, esperando una explicación.

—No es nada —le aseguró Helen. Sorbió por la nariz y se limpió con la servilleta.

Helen conocía a Sam de casi toda la vida y sabía que estaba preocupada por ella.

—Solo necesito descansar. A Emma le están saliendo los dientes, está malita, y cuando ella no duerme, yo no duermo. Ya sabes que Jeff no ayuda mucho en eso.

—Lo sé.

—Pero estoy bien.

—Claro —asintió Sam, aunque sus brillantes ojos marrones dejaban claro que no se fiaba de que Helen estuviera bien después de llorar en un restaurante delante de decenas de desconocidos.

—Lo que te pasó fue traumático —dijo Sam.

Helen bajó la cabeza, intentando concentrarse en lo que necesitaba toda su atención, no en lo que intentaba dejar atrás.

—¿Podemos dejarlo? Por favor —suplicó—. No quiero hablar de ello. Y menos aquí.

—Nunca has hablado realmente de ello, Helen. No conmigo.

Ni con nadie, quiso decir Helen. Ni siquiera con su terapeuta.

—No estoy lista para hablar de ello. Además, ya pasó. Y estoy haciendo todo lo posible por no desmoronarme, Sam. Tengo suerte de estar viva, y eso es lo único que importa. Tengo que mirar hacia adelante porque cada vez que miro atrás —Helen negó con la cabeza—, me jode, y no quiero estar jodida.

Sam le frotó los brazos.

—Lo entiendo. Quiero que sepas que estoy aquí para ti como siempre lo he estado.

—Lo sé —dijo Helen, y la abrazó de nuevo.

—Te escribiré.

La puerta del ascensor se abrió dando al salón de Helen, y lo único que quería era darse la vuelta, volver a la planta baja y hacer que Briggs diera varias vueltas a la manzana, porque el crimen que sentía que estaba a punto de cometer podría condenarla a cadena perpetua.

Sentada en el sofá rinconera blanco con la tele encendida, un iPad en una mano y una copa de vino blanco en la otra, estaba Zola. Cualquiera habría jurado que ella era la verdadera dueña de la casa y Helen solo una visitante.

Zola se enderezó al ver a Helen y toda la sangre se le fue del rostro, que quedó pálido y frío. Los labios se le movieron, pero no le salieron palabras.

Mientras Helen avanzaba despacio hacia dentro, entró Jeff con la corbata echada sobre el hombro izquierdo.

Se quedó paralizado a mitad de paso al ver a Helen. O iba a trabajar, o acababa de llegar.

Helen podría haber dicho algo, pero al ver a Jeff, la decepción superó la ira, e hizo algo tan impropio de ella que pensó que se había dejado a sí misma en el salón: no dijo nada y se marchó.

—Helen, espera, puedo explicarlo —dijo Jeff, corriendo tras ella.

—No me sigas, joder —gritó, dirigiéndose a la habitación de Emma.

Con los ojos ardiendo, los puños se le fueron aflojando mientras permanecía en el umbral de la habitación de Emma. Entró y se inclinó sobre los barrotes de la cuna. Emma dormía plácidamente con el pulgar en la boca y el mordedor amarillo a su lado.

Helen pasó la mano ligeramente sobre el pelo rubio de Emma, tentada de besarla, pero despertarla era lo último que quería.

Ya más calmada, se dirigió a la habitación de Katy y frunció el ceño al ver el haz de luz bajo la puerta. La abrió y encontró a Katy en la cama leyendo un libro.

Katy, que conocía bien la severidad de su madre, abrió los ojos de par en par.

—Papá dijo que podía leer para que me entrara sueño.

Helen no respondió y mantuvo la cara seria.

—Puedes preguntarle. Él lo dijo —afirmó, a punto de cerrar el libro e irse a dormir, pero el rostro dulcificado de Helen y su sonrisa hicieron que los ojos de la niña brillaran más que toda la habitación.

Helen se quitó el abrigo, lo lanzó sobre la silla de Katy y se metió en la cama junto a ella.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó, y le dio la vuelta al libro para ver a los dos personajes amarillos que bostezaban en la portada.

—El libro del sueño del Dr. Seuss. Buena elección —Helen le besó la cabeza y aspiró el aroma de su cabello mientras leía—. ¿Qué tal el colegio?

—Bien, excepto que Melanie le pegó a Jacob y Jacob le devolvió el golpe, y se supone que no debe pegar a las niñas.

—Las niñas tampoco deben pegar a los niños. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —Katy miró a Helen con una sonrisa traviesa.

—¿A qué viene esa mirada? —Helen le pellizcó la barbilla con el pulgar y el índice.

—¿Me lees?

—Claro. Diez minutos y luego a dormir.

Helen se quitó los zapatos y se acomodó junto a Katy, que apoyó la cabeza en su cuello con el osito rosa bien sujeto bajo el brazo. Solo tardó cinco minutos en quedarse profundamente dormida.

Helen cogió los zapatos y fue arrastrando los pies hasta su habitación. Jeff estaba sentado en la cama con las gafas puestas, leyendo un libro, mientras ella se quitaba los pendientes frente al espejo.

—Al menos podrías haberme dejado explicarte —su voz hizo que le volviera toda la rabia.

—¿Qué hay que explicar? Te dije claramente que no quiero a esa chica en mi casa. No la quiero cerca de mis hijos —dijo, con la voz más suave de lo que esperaba.

—Bueno, llamó un cliente y Zola era la única disponible con tan poco tiempo.

—Claro, y nada es más importante que tus clientes. Lo pillo —se arrancó la camisa y se quitó el cinturón de un tirón—. Y, ¿sabes qué?, los niños estaban en la cama. ¿Por qué seguía aquí?

—¿Qué estás insinuando? Estaba buscando la cartera para pagarle. Necesitaba efectivo. ¿Por qué tengo que darte explicaciones?

—Sabes perfectamente por qué.

—No has cambiado nada, ¿verdad?

Helen sabía exactamente por qué lo decía: estaba jugando con sus inseguridades. Pero él ya había traicionado su confianza una vez, y ella tenía todo el derecho a cuestionarlo.

En ese momento, quiso preguntarle si se había acostado con ella. Pero no fue capaz de hacerlo. Y de todos modos, ¿de qué serviría? ¿Para volver a hacerle daño? ¿Para sentirse usada, como una máquina de hacer bebés?

—Que te jodan, Jeff.

—Por favor, jódeme. Porque tú no lo haces —dijo él.

Un dolor demasiado familiar le atravesó el corazón. La última vez que intentaron tener sexo, ella no pudo. Y, como le había pasado en el restaurante, había roto a llorar mientras él intentaba penetrarla.

«Me arruinaste completamente para todos los demás». La voz de Lana irrumpió en su mente y amenazó con destrozarla, como había hecho innumerables veces.

A pesar del absoluto desastre que había sido aquel día, había conseguido mantener a Lana fuera de su cabeza. Ahora, el recuerdo le cayó encima como una losa, sepultándola bajo sus escombros.

Si ella había arruinado a Lana para todos los demás, Lana la había destrozado hasta un punto en que ya no tenía arreglo.

Sentía la avalancha de lágrimas a punto de desbordarse, el nudo apretado en la garganta, pero se lo tragó con amargura. Estaba a punto de decirle a Jeff que no estaba preparada, pero él habló primero.

—Lo siento —dijo él.

Solo al moverse se dio cuenta de lo rígida que se había quedado.

—Da igual —escupió.

Funcionó en piloto automático mientras se preparaba para dormir: se cepilló los dientes, se dio una ducha rápida y se bebió una copa de vino antes de acostarse en silencio junto a Jeff, que dormía como si nada en su mundo estuviera manchado.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, volvió a la playa, al sonido de las olas, a la oscuridad de pesadilla, a la voz de Lana y a su dulce y hermoso rostro, que le sonreía.

Las lágrimas le brotaron al instante. Se acurrucó en posición fetal, abrazada a una almohada mientras Lana se instalaba en su mente como si perteneciera allí. La añoraba, añoraba sus brazos rodeándola con fuerza, sus labios suaves, la risa y la alegría que había traído a su vida.

Incapaz de resistirse, cogió el móvil de la mesita de noche y fue directamente al Instagram de Lana.

Lo último que había publicado Lana era una foto suya durmiendo en un avión, con el pie de foto «jet lag». Otras publicaciones la mostraban en París, sacando fotos, de turismo, sonriente. Feliz.

Helen anhelaba volver a ser feliz, si es que alguna vez había sabido lo que era la felicidad antes de Lana. Quizá nunca lo supiera, no de esa manera.

Entró en su chat y fue bajando por los mensajes. Había algo intrínsecamente formal en la manera en que se escribían. Siempre había una distancia entre ellas. Sin duda, el hecho de que casi nunca se vieran lo empeoraba todo.

Dos de las tres entrevistas que habían hecho sobre su improbable experiencia y lo que habían soportado fueron virtuales. La otra fue en una emisora de radio de la que Helen tuvo que salir corriendo después. La próxima, estaba segura, no sería diferente.

Habían acordado que sería la última; ambas estaban hartas de las preguntas y de que todo el mundo quisiera conocer cada detalle morboso de lo ocurrido.

Helen habría dicho que no si Lana no hubiera mostrado entusiasmo por ir a WX11, una de las emisoras más importantes y consolidadas en las que habrían aparecido.

En medio de todo su dolor, Helen sonrió un poco ante la idea de volver a ver a Lana.

Siguió bajando por los mensajes, que apenas decían nada.

Escribió: *«Lo estoy pasando muy mal. Me siento tan sola sin ti. Te echo muchísimo de menos. Ojalá...»*

Lo leyó dos veces antes de borrarlo y se conformó con un simple «hola».

30

Lana

NO ERA frecuente, por no decir nunca, que Lana recibiera un mensaje de Helen después de las nueve de la noche, así que cuando el teléfono vibró sobre la encimera del lavabo, no se le ocurrió mirarlo hasta después de enjuagar el cepillo de dientes, limpiar el lavabo y sonreír al espejo enseñando los dientes.

Se rascó un granito en la mejilla izquierda, se ajustó el coletero y cogió el teléfono.

Helen [Hoy 21:21]

Hola, Lana.

Lana sabía que debería sonreír, pero el mensaje hizo que el mundo se ralentizara hasta detenerse por completo. Le dolía todo por dentro. Sin aliento, se sentó sobre la tapa del váter y se quedó mirando el mensaje y la radiante sonrisa de Helen en su foto de perfil.

¿Y si pasaba algo malo? ¿Era esa la razón del mensaje? Con los dedos temblorosos, le contestó.

Lana [Hoy 21:25]

Hola. ¿Está todo bien? ¿Estás bien?

Helen [Hoy 21:25]

Estoy bien. ¿Y tú?

A Lana se le cayó el alma a los pies y sintió un revoloteo en el estómago.

Lana [Hoy 21:26]

Estoy bien.

Bien se quedaba muy corto. Debería estar de maravilla. ¿Cómo era posible que ahora estuviera consiguiendo todo lo que deseaba —reconocimiento, trabajos haciendo exactamente lo que quería, viajes por todo el mundo, su canal de YouTube creciendo a la velocidad de

la luz— y nada de eso le importara? Todo le parecía superficial y mediocre.

Lo que sucedió en la isla la cambió. Sintió ese cambio desde el momento en que se despidió de Helen en el aeropuerto. Sufría síntomas leves de estrés postraumático cada vez que su mente regresaba a los recuerdos de la jungla y la isla. Entonces se derrumbaba por completo, perdida sin Helen, que era como su brújula.

Lo sintió en ese momento, cuando aparecieron los puntos suspensivos en la pantalla junto al nombre de Helen.

Helen [Hoy 21:28]

Solo tenía ganas de saludarte.

Lana sonrió con el corazón rebosante de alegría. Respondió con un «hola» y el emoji del corazón.

Helen [Hoy 21:29]

¿Estás lista para la entrevista?

Lana [Hoy 21:29]

Por supuesto. ¿Y tú?

Helen [Hoy 21:29]

Sí. Espero que no tengas jet lag después de París.

Lana [Hoy 21:30]

Jaja. Viste eso.

Helen [Hoy 21:30]

Lo vi. Que tengas un buen vuelo a casa.

Lana [Hoy 21:31]

Ya estoy en casa.

Helen [Hoy 21:31]

Error mío. Debo de haberme confundido con las fechas.

Lana [Hoy 21:32]

Jaja. ¿Me estás acosando?

Nada más enviarlo, Lana se arrepintió. Antes podían decirse cualquier cosa. Ahora, la mayoría de sus mensajes eran forzados y artificiales.

Los pies le temblaban nerviosos y golpeaban contra la base de cerámica del váter. Envió rápidamente otro mensaje con el emoji de risa.

Lana [Hoy 21:31]

Es broma. Jaja.

No hubo respuesta. Helen se desconectó y Lana supo que no debía volver a escribirle.

Nunca hablaban a solas por teléfono. Era como una regla tácita. Habían terminado, lo sabía. Incluso en las reuniones de Zoom, Helen se escondía de ella y apenas mantenía el contacto visual. Si se miraban demasiado rato, Helen apartaba la vista.

Que Mia estuviera siempre a su lado, pegada como una lapa, podría tener algo que ver. Llevaba el brazo constantemente enganchado al de Lana, como si hubiera una cuerda invisible esperando para llevársela volando en cuanto Mia la soltara.

Cuando su terapeuta le dijo que estaba bien querer mantener la amistad con Helen, que era normal después de una experiencia así, Lana le reveló todos los detalles: que en la isla se había enamorado de Helen, que apenas se habían separado, y que no podía dejar de pensar en ella.

Se alegró de haberlo dicho, porque la estaba consumiendo, igual que ahora la consumía no recibir respuesta.

Frunció tanto el ceño mirando el teléfono que sintió que le empezaba una migraña.

Dio un respingo y casi se le cayó el teléfono cuando Mia irrumpió en el baño.

Intentó secarse las lágrimas con la manga, pero era demasiado tarde. Mia ya le había visto la cara mojada y la nariz goteándole.

—Cariño, ¿qué pasa? —Mia se arrodilló frente a ella antes de que Lana pudiera levantarse y escapar.

—¿Qué? —preguntó Lana, arqueando las cejas con cara de boba —. Nada. Joder, yo… —No se le ocurría ninguna mentira.

—¿Otra vez recuerdos del mar?

Lana asintió enérgicamente, aliviada por la tabla de salvación. —¡Sí!

—Oh, cariño. —Mia la abrazó.

—Pero estoy bien. Te lo prometo. —Lana apartó los brazos de Mia y la miró a los ojos, esos ojos grandes, el pelo castaño rizado. Debería ser feliz con Mia, ¿no?

Sonrió y se levantó del váter. Dejó el teléfono en la encimera.

—¿Te estabas arreglando? —preguntó Mia.

—¿Cómo? ¿Arreglándome para qué?

—Qué graciosa eres. Copas con Agnese, su marido y unos compañeros del trabajo.

—Oh, mierda. Se me olvidó.

—Puedes ser sincera y decir que no quieres ir, Lana.

Mia tenía razón. A Lana no le entusiasmaba especialmente pasar tiempo con las amigas de Mia. Eran perniciosas y maleducadas, siempre con chistes pésimos sobre su edad que no tenían ni pizca de gracia ni venían a cuento.

Recordó que había llamado acosadora a Helen hacía apenas unos minutos y decidió castigarse por ello, aceptando ir aunque sabía que Mia la habría dejado librarse.

—Vamos a ir —dijo mientras la rodeaba por la cintura y la mecía de un lado a otro.

—¿Vamos a ir?

—Sí —respondió, y entonces le vibró el teléfono y aguzó el oído.

Mia miró por encima del hombro de Lana.

—Es Helen —dijo, y se puso un poco rígida. Miró a Lana—. ¿Tienes que contestar?

—Ahora no. Ahora mismo necesito encontrar algo que ponerme —dijo Lana, y salió del baño dejando el teléfono en el mostrador a propósito. Así le demostraría a una Mia desconfiada que no pasaba nada entre ella y Helen.

—Estuvimos atrapadas juntas. Fue jodidamente horrible. ¿Qué más quieres que te diga? —le había preguntado Lana una noche en que tuvieron una gran discusión porque Lana hablaba demasiado de Helen. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo hacía y solo lo captó cuando Mia se lo señaló, preguntándole en broma si estaba enamorada de Helen o algo así. Lana se enfadó, una reacción que la delató.

—Te despertaste dos veces llamándola y buscándola a tientas —le gritó Mia.

—Tengo jodidas pesadillas. Pégame un tiro en la cabeza si te molesta tanto. No pasa nada. Tiene marido y dos hijas —soltó Lana,

y se fue hecha una furia a su armario a sentarse y llorar.

¿Cuándo olvidaría a Helen? Quizás sería mejor que dejaran de escribirse del todo. O, más bien, ella debería dejar de esperar a que Helen le escribiera, como un perro callejero que espera a que le lancen un hueso.

Sin embargo, mientras rebuscaba en el armario algo decente que ponerse, no dejaba de pensar en lo que Helen le habría contestado.

Se asomó del armario para ver dónde estaba Mia mientras pensaba en cómo ir a por el teléfono y mirar el mensaje.

Si alguna vez se había sentido verdaderamente desconectada de quien era, era ahora. La confianza era lo más importante en su vida y en sus relaciones, sobre todo después de lo que había pasado con su madre. ¿Cómo iba a ser fiel a sí misma si ni siquiera podía confiar en sí misma?

Mia posaba frente al espejo con una blusa verde pegada al pecho.

Por un momento, Lana lo dejó todo a un lado para centrarse en ella. Quería a Mia. Mia siempre estaba ahí para ella; habían forjado una relación de confianza y querían construir una vida juntas. Mia haría crecer su empresa de catering, Lana se centraría en la fotografía y en su canal de YouTube, serían independientes, se casarían y tendrían hijos.

Pero al mirarla en el espejo, el rostro de Mia aparecía difuminado, y en su lugar estaba el de Helen, entre nubes y sol, con un telón de fondo de cocoteros.

—No te gusta —dijo Mia, que se replanteaba su decisión de ponerse la blusa verde con el cuello de volantes—. La odias. Te lo veo en los ojos. Tengo otra en mente.

—Me encanta esa blusa. Te queda genial. Y combinaría con esto —dijo Lana, y fue bailando hacia Mia con una de sus camisetas favoritas en la mano. Se podía poner una chaqueta encima con unos vaqueros y quedaría genial.

Mia se rio.

—Combina con cualquier cosa.

—¿De verdad?

—No, no combina. Te lo juro, tienes el peor gusto para la ropa, lo cual es raro teniendo en cuenta que trabajas con tantas modelos. No has aprendido nada de moda. ¿Puedo ver qué más tienes ahí dentro?

—Adelante.

A Lana se le cayó el ánimo y se sentó al borde de la cama, resignada a ponerse el conjunto que Mia le había preparado.

—¿Bien? —preguntó Mia.

—Perfecto.

Lo que no fue tan perfecto fue la velada que tuvieron. Para Lana, salir de copas significaba que cada pareja iba a lo suyo, no que todos se sentaran alrededor de una mesa con aperitivos, música alta y camareros que aparecían más a menudo de lo que le gustaba para servir vino, chupitos y cócteles.

Pero el ambiente festivo, el tango en la pista, los camareros que se abrían paso entre los mejores bailarines que Lana había visto en su vida... todo mereció la pena.

Lana se sonrojó, las mejillas rojas como cerezas, al ver a uno de los bailarines de tango que intentaba atraer a una mujer para que bailara con él.

Observarlos la distrajo de su mesa. Las amigas de Mia eran insoportables y se pisaban unas a otras al hablar para no decir nada con sustancia.

—¿Alguien ha visto Dead Ringers con Rachel Weisz? —preguntó Rumer.

Esa pregunta le daba la razón a Lana sobre su falta de empatía. ¿Por qué sacar a colación una serie como Dead Ringers cuando Agnese estaba embarazada?

—Estoy bastante segura de que estás pronunciando mal su apellido —dijo alguien.

—¿A quién coño le importa? Yo no le puse el apellido a Rachel. Y eso no viene al caso. ¿Alguien la ha visto de verdad?

Recibió un rotundo no también de Lana, aunque esta se había visto la serie entera en un día, deprimida y necesitada de una vía de escape. Solo le hizo pensar en la suerte que tenía Helen de haber dado a luz a sus preciosas y sanas Katy y Emma. Helen debía de

haber tenido toda su vida servida en bandeja de plata. Y una parte de Lana quería esa estabilidad.

—Pues —continuó Rumer—, Rachel interpreta dos papeles diferentes, el de ella y el de su gemela. Y pare a los bebés con los detalles más jodidamente asquerosos y espeluznantes.

—No es asqueroso. Todos nacemos así —dijo Lana.

—No, no es así.

Lana le habría respondido y la habría desafiado, le diera igual tener razón o no, pero le vibró el teléfono en la mesa. Miró el mensaje y lo primero que vio fue el texto que había intentado evitar antes de salir de casa con Mia.

Helen [Hoy 9:41 PM]

Sé que estás de broma. ¿Te gustó París?

Lana suspiró. Menos mal que no había hecho el ridículo con aquella broma horrible e insensible.

Helen [Hoy 11:12 PM]

Perdona por irme tan de repente. Sé que es tarde. No debería escribirte.

Sin pensar que había dejado de lado a todos los demás, que se había despedido de forma brusca de la conversación, Lana le respondió a Helen.

Lana [Hoy 11:12 PM]

No pasa nada. Estoy aquí siempre que me necesites. Siempre. Y sí, me encantó París.

Helen [Hoy 11:13 PM]

Qué bien. Es que no podía dormir y me serví un whisky.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Mia, haciendo que Lana apartara la vista del teléfono.

—Está bien. Me lo estoy pasando bien.

—¿Puedes guardar el teléfono, entonces? Me da un poco de vergüenza que le prestes más atención a eso que a mí.

—Solo lo miré, pero vale. Lo siento. No fue mi intención. —Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y lo sintió vibrar.

—¿Le estabas escribiendo a ella?

—¿A quién?

—Ya sabes a quién.

—No le estaba escribiendo.

—Bien —dijo Mia—. ¿Quieres más vino?

—No, la verdad es que no. Veo borroso y me da vueltas la cabeza.

—Es sin alcohol. ¿Qué más da? ¿Por qué no puedes tomarte un poco de vino conmigo?

—No creo que sea sin alcohol —dijo Lana.

Mia le gritó al camarero:

—¡Oye! —Claramente achispada y molesta, señaló a Lana mientras le hablaba—. ¿Este vino es sin alcohol? Porque te pedí pacíficamente que le sirvieras vino sin alcohol.

—Oye, no importa. —Lana intentó quitarle importancia—. El vino está bien. Está genial. Me gusta. ¿Ves? —Tomó un sorbo del vino e hizo lo que pudo para apaciguar a Mia, le dio un beso en los labios y luego se rio—. Dijiste pacíficamente.

—No lo dije.

—Sí, lo dijiste.

—¿Lo dije? —Mia se rio de sí misma.

—Tu acento italiano lo hizo mucho más mono.

Aunque el teléfono solo vibró una vez más en el bolsillo, Lana no lo miró, decidida a no arruinar la noche con Mia.

Pero en cuanto llegó a casa y fue al baño, abrió los mensajes.

Helen [Ayer 11:16 PM]

Que tengas buenas noches. Nos vemos en unos días.

Nerviosa porque era más de la una de la madrugada y no sabía si responderle o no, Lana se mordió los nudillos con el puño cerrado.

Lana [Hoy 1:18 AM]

Buenas noches, Helen. Nos vemos en 3 días.

31

Lana

—¿Cuántos años crees que tenía ese niño? —le preguntó a Lana Darnell, el entrevistador, un hombre alto, moreno y guapo.

Lana y Helen estaban sentadas en sillas separadas pero cercanas, mientras él, con un traje gris impecable, se encontraba frente a ellas. Lo que había comenzado como una entrevista ligera y distendida había derivado en preguntas más incisivas, sobre todo acerca de lo ocurrido en la selva.

Lana deseaba que Darnell volviera a los temas de cuando regresaron a casa, la investigación y la readaptación a la vida normal. Nunca debería haber aceptado esta última aparición. Una pequeña parte de ella pensaba en conseguir más suscriptores y seguidores, aunque ya habían aumentado rápidamente a millones mucho antes de que la gente supiera que había sobrevivido. Y ahora estaba pagando por su codicia.

Sin embargo, lo que más quería era volver a ver a Helen, pero la entrevista estaba resultando difícil de sobrellevar, y peor aún porque Darnell quería saber sobre el niño que les había apuntado con un arco y una flecha.

—Sé que es difícil, y podemos saltarnos la pregunta si quieres —dijo Darnell.

Helen miró a Lana.

—¿Quieres pasar? —preguntó, observándola un momento antes de dirigirse a Darnell—. Quiere pasar —le dijo.

—Es que me trae muchos recuerdos malos cuando pienso en ello. Porque podríamos haber muerto, Helen y yo. Nos perdonaron la vida —miró los ojos grises y llorosos de Helen y se encogió de hombros—. No sé exactamente por qué nos perdonaron la vida cuando a otras personas a nuestro alrededor las estaban asesinando brutalmente delante de nosotras.

Helen le pasó la mano por la espalda de arriba abajo, algo que nunca había hecho antes en ninguna situación.

Lana la miró, y Helen se detuvo como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo o quizás de los sentimientos que despertaba en Lana.

Helen se estiró para coger un pañuelo de la mesa y se lo dio a Lana.

—Lo siento —dijo Lana.

—No pasa nada —dijo Helen con suavidad.

—No hace falta disculparse —dijo Darnell—. Y bueno, ¿quieren que hagamos una pausa de cinco minutos?

En lugar de responderle, Lana se volvió hacia Helen.

—¿Necesitas un descanso? —preguntó, esbozando una sonrisa mientras contemplaba el hermoso rostro de Helen, los labios carnosos pintados de rojo, el cabello en rizos grandes e impecables, igual que cuando la vio en el avión camino a la selva.

Helen sonrió, dejando ver unos dientes blancos perfectos.

—¿Y tú? —preguntó.

—Bueno, podemos acabar con esto de una vez —dijo Lana, riendo entre lágrimas.

Todos los demás supervivientes de aquella terrible experiencia habían hecho un trabajo increíble contando sus historias, y Kevin le había transmitido tanta energía cuando repasaba sus entrevistas. Lana pensó que la suya y la de Helen podrían parecer irrelevantes, pero eran todo lo contrario. No era habitual que dos personas quedaran varadas solas en una isla desierta, y mucho menos durante tres meses, y vivieran para contarlo, que era lo que más intrigaba a todos.

—Creo que deberíamos, sí —Helen se rio con ella. Mientras el corazón de Lana latía con fuerza al ver sonreír a Helen, esta bajó la vista al suelo.

—Ya casi hemos terminado. Así que pasemos a cosas más ligeras —dijo Darnell—. Han pasado por mucho juntas, desde que se perdieron en el mar hasta pasar muchísimo tiempo en una isla remota. ¿Cómo encontraron la felicidad en un lugar así? Y más aún, ¿cómo encontraron la fuerza para seguir adelante?

—Mmm —Helen se llevó el meñique a la barbilla, pensativa—. Esa es difícil. Fue horrible. Apenas comimos algo decente. Estábamos aterrorizadas al principio.

—Aterrorizadas —intervino Lana—. Sobre todo con los ruidos espeluznantes que había algunas noches. Teníamos verdadero miedo de separarnos.

—Yo más que Lana —dijo Helen.

—Creo que éramos más o menos iguales. Igual de miedosas —dijo Lana, pero Helen no estuvo de acuerdo.

—No, tú eras mucho más valiente que yo. Solías irte sola, sobre todo cuando me lesioné el tobillo.

—Sí, eso es verdad. Bueno, tenía que hacer algo.

—Creo que las cosas cambiaron para nosotras y empezaron a mejorar cuando encontramos agua —dijo Helen.

—Y luego el encendedor y la pistola de bengalas —dijo Lana, con la mente puesta en el avión estrellado y en el impulso que había sentido de ocultar el descubrimiento a Helen porque estaba perdidamente enamorada de ella y no quería separarse de ella jamás.

—Y nos aferramos a eso también —Helen clavó los ojos en los de Lana al decirlo, como recordándole que aquellas dos cosas no eran lo único a lo que se habían aferrado allí.

—Si hubiéramos estado solas, no juntas —Helen se volvió de nuevo hacia Darnell—, no sé cómo lo habríamos logrado. Demuestra cómo los seres humanos nos necesitamos unos a otros. Y que siempre debemos ser buenos y amables en todos los ámbitos de la vida, porque en el fondo todos somos iguales.

—Es muy cierto. Me habría rendido si no hubieras estado allí, Helen —dijo Lana.

Helen apretó los labios, que le temblaban.

—Así que no todo fue malo ni aterrador —Lana soltó una risita.

—Suena bastante agradable y aventurero, sobre todo para los exploradores que nos ven —dijo mirando a la cámara, y luego se volvió hacia Lana y Helen—. ¿Creen que les gustaría volver de vacaciones?

Helen se rio nerviosa y luego miró a Lana, que estaba a su lado.

Lana apartó la mirada y le dijo:

—No quiero volver a ver ese lugar en mi vida. Duele demasiado.

***

—Eso ha estado muy bien, cariño —dijo Mia, tumbada boca arriba mientras Lana se apartaba de encima de ella.

—Sí —Lana encontró su ropa interior enredada entre las sábanas, se la puso y se dio la vuelta. De espaldas a Mia, abrazó la almohada, deprimida, dolida y sola. Oía a Mia a su lado, intentando recuperar el aliento.

—¿Te has corrido? —preguntó Mia.

—Sí —dijo Lana.

—Me lo dirías, ¿no? —dijo Mia.

—Claro que sí.

—O sea, ¿me lo dirías si algo fuera mal?

—Sí —dijo Lana, con la mirada perdida en la oscuridad de la habitación.

—¿Sigue en pie la reunión de mañana con Leica?

—Sí —la voz de Lana iba apagándose con cada respuesta.

—¿Sigues cagándote de miedo?

—¿Qué? —Lana miró a Mia por encima del hombro.

—Estás diciendo que sí a todo lo que te pregunto.

—Estoy cansada.

—No sé qué coño te pasa. O quizá sí lo sé, joder —dijo Mia, que pasó de cero a cien, le arrancó la manta a Lana y se levantó de la cama.

—¿Qué coño te pasa? —Lana se incorporó.

—Eres una imbécil, eso es lo que me pasa.

—¿Yo soy una imbécil? —Lana se levantó.

—Sí, lo eres.

Mia abrió la puerta, salió y la cerró de un portazo.

Furiosa, Lana irrumpió en el salón para enfrentarse a ella.

Mia estaba de pie junto al sofá, con la cabeza entre las manos.

—¿Cómo que soy una imbécil? Acabamos de follar. ¿Qué he hecho? —preguntó Lana.

Mia, con la cara bañada en lágrimas, dijo:

—No me hablas. Te cierras en banda. Cada vez que te pregunto algo, me das largas. Es como hablar con una pared. Y mira —sorbió, limpiándose la nariz puntiaguda—, te di el beneficio de la duda en todo. Intenté no darle más vueltas, pero mira esto.

Cogió el móvil de la mesa y le enseñó a Lana un vídeo, como si lo hubiera tenido preparado para el momento perfecto.

—¿Has visto esto? —preguntó Mia.

—¿Qué estoy mirando? No sé qué es esto.

—¡Míralo!

Lana le dio al play y empezó a sonar música suave y romántica; el vídeo tenía una calidad pésima de cuatrocientos ochenta píxeles, con primeros planos de ella y de Helen en WX11 durante la entrevista.

—¿La entrevista de Helen y mía? ¿Por qué iba a querer verla otra vez? —dijo Lana.

—No es la entrevista oficial. Lee el pie de foto.

El pie de foto decía: «Mira a Helen Hales y Lana Spisak comerse con los ojos durante cinco minutos seguidos».

Y era verdad que se estaban comiendo con los ojos desde el principio, se dio cuenta Lana. Los ojos de Helen se demoraban en los labios de Lana mientras hablaba; Lana hacía lo mismo, mirándola fijamente, pendiente de cada palabra, rozándose las manos o los muslos sin darse cuenta, Helen acariciándole la espalda para consolarla.

—Tienes que admitir que es bastante vergonzoso para mí —dijo Mia.

—¿Por qué estás viendo esta mierda? Está editadísimo. ¿Solo lo estás usando para buscar pelea?

—No estoy buscando pelea, Lana —suplicó.

Lana sintió lástima por ella y por sí misma, por el triste estado en que se encontraban.

—Ese vídeo no es nada —dijo Lana—. ¿Puedes olvidarte de él? A nadie le importa.

—Tiene más de cien mil visualizaciones y subiendo, así que a la gente sí le importa. Ni se te ocurra mirar los comentarios.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Quiero saber qué pasó de verdad en ese sitio.

—Nada. No pasó nada. Sobrevivimos. Fue horrible.

Mia la miró fijamente a los ojos, esos ojos de cachorrito, y Lana supo que no se creía ni una palabra.

Con las manos extendidas hacia Mia, las palmas hacia arriba, suplicándole que la creyera o la perdonara, Lana insistió:

—No pasó nada.

—¿Te la follaste?

Para Lana, «follaste» sonaba como una palabra repugnante en boca de Mia.

—¡¿Te la follaste?!

Lana no podía responder, ya no podía seguir negándolo.

—Pensabas que estaba muerta —dijo con un hilo de voz, los ojos húmedos—. Regalaste cosas mías que no te correspondía regalar. Menos mal que guardaste mi arte. Nunca encontraron nuestros cuerpos, y tú simplemente te diste por vencida.

—Desapareciste tres meses, Lana. Estaba destrozada. No sabía qué pensar.

—Te diste por vencida —dijo Lana, y se alejó.

Mia tiró de ella para que volviera.

—Eso es muy injusto. Si algo así me hubiera pasado a mí, Dios no lo quiera, habría querido que siguieras adelante. Pensar en ti sentada esperándome me habría destrozado.

—Bueno, tú no estabas en esa situación. Yo sí. Solo yo sé cómo me sentí —gritó Lana, frustrada porque Mia no la entendía—. Y tú no sabías lo que habrías querido. Además, te estás contradiciendo. Si hubieras querido que siguiera adelante, ¿qué más da que me acostara con Helen?

Mia lloraba ahora, atónita ante la confesión tan descarada.

—No es que te acostaras con ella, Lana.

—Entonces, ¿qué es?

—Es que te lo he preguntado mil veces, y me has mentido a la cara una y otra vez. Me decías que no. Y yo sabía que algo iba mal. Sé que algo no va bien contigo. Con nosotras.

Lana se apoyó en la pared y agachó la cabeza, derrotada.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó Mia—. Solo necesito oírtelo decir. Por favor —suplicó, necesitaba pasar página.

—Me acosté con ella —dijo Lana, asintiendo.

—¿Estás enamorada de ella?

Por una vez, Lana fue sincera; cada fibra de su ser le dolía de tanto cargar con aquello. Se tapó la boca para no vomitar y para ahogar sus sollozos de niña. —Sí —dijo—. La amo. Estoy enamorada de ella.

A Lana le fallaron las rodillas y resbaló por la pared hasta caer al suelo con un golpe seco. —Lo siento.

—Yo también —dijo Mia. Apretó los labios y se marchó.

Pero Lana no esperaba que volviera al salón vestida y con una bolsa en la mano.

—¿Mia? No, no, no. —Lana se levantó de un salto—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? No era esto lo que esperaba cuando te dije la verdad.

—Lo nuestro no funciona.

—Sí funciona. Podemos arreglarlo. Por favor.

—Estás enamorada de otra persona. Quiero que la persona con quien esté también lo esté de mí.

—Te quiero y me importas —dijo Lana—. No te vayas. Quiero que estemos juntas. Quiero que te quedes. Te juro que haré todo lo posible. Intentaré ser mejor.

Ni las súplicas ni el llanto de Lana pudieron evitar que Mia saliera por la puerta. Lana no sabía que la marcha de Mia la dejaría sintiéndose tan de mierda y tan vacía.

Al darse cuenta de que no iba a dejar de llorar pronto, marcó el número de Kevin y rezó para que contestara. Iba de un lado a otro frente al futón, frotándose la nuca, sin que las lágrimas le dieran tregua.

—Hola, chica, ¿qué pasa? —contestó Kevin, alegre como siempre.

—¿Puedes venir, por favor? Es Mia.

—Joder, ¿qué pasó? ¿Está bien?

—Se... se fue. No creo que vuelva.

La mayor parte del tiempo, Kevin era el único ser humano que Lana podía soportar y la única persona capaz de hacerla sentir mejor. Se tumbó sobre sus muslos mientras él, sentado en el sofá, le acariciaba el pelo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó él.

—No. Es todo culpa mía. La cagué.

—Seguro que no es culpa tuya al cien por cien.

—Sí lo es —dijo Lana, con la mirada fija en la pared—. Le dije... —empezó, pero las palabras se le atragantaban.

—¿Le dijiste qué? ¿Qué le dijiste, chica? —La giró para mirarla y observó con curiosidad su rostro húmedo, con manchas rojas en las mejillas.

—Que amo a Helen. Que estoy enamorada de Helen.

Se quedó boquiabierto con la bomba que acababa de soltarle. —Tía, ¿qué?

—Pasó en la isla. Ella es...

—¿La Súper Zorra? ¿Cómo? Ella es... Entra en Verve y todo el mundo se caga de miedo, van con pies de plomo, le besan el culo. Ella es...

—Ella no es así. ¿Puedes parar ya, por favor?

—¿Te acostaste con esa mujer? ¿Te tiraste a Helen Hales? —Se rio al caer en lo que Lana acababa de decirle—. ¿Qué?

Ella lo miró, y cuando él vio el dolor reflejado en sus ojos, se calmó.

—Joder. O sea, está buena, pero de mala manera. Como si fuera a matarte después de follar o algo así. —Se rio, pero enseguida paró —. Esto es tan jodido que no sé ni por dónde empezar. Para empezar, está casada.

Lana se levantó de un salto, más furiosa que cuando había discutido con Mia. —No te he llamado para que me juzgues, joder, ni para que me repitas lo que ya sé de sobra.

—Vale, lo siento. —Se levantó e intentó consolarla, pero ella no le dejó.

—Te he llamado porque quiero olvidar. Y porque he hecho daño a la última persona del mundo que se merecía esto.

—Ven aquí. —Por fin consiguió abrazar a su mejor amiga.

—Quiero tanto a Helen. Y la echo de menos. Apenas puedo respirar sin ella. La deseo tanto que no sé qué voy a hacer. Hubo un momento en que pensamos que nunca volveríamos a casa y ella lo aceptó. Lo aceptamos. Ahora es como si estuviera de luto porque puede que no vuelva a verla nunca.

—Todo va a salir bien. Estoy aquí. —La consoló y le besó la cabeza mientras ella lloraba, y luego la miró.

La cicatriz del rostro lo hacía parecer más duro de lo que era en realidad, y justo cuando Lana estaba a punto de sonreírle, volvió a meter la pata. —¿Helen, has dicho?

Ella lo soltó. —Estás siendo un cabrón ahora mismo. Como vuelvas a llamarla así, se acabó lo nuestro.

Él levantó las manos. —Vale, vale, no lo haré. Lo juro.

—¿Es tan descabellado? No la conoces. No sabes cómo es ni cómo se comporta. Nunca adivinarías quién es si no tuvieras prejuicios, porque es humilde. Es genial, y divertida, y maja, y...

—Lo siento. Tienes razón, estoy siendo un idiota con prejuicios. Es que no quiero que sufra mi persona favorita del mundo.

—Lo sé. Yo también lo siento.

32

Helen

—Creo que tú, señorita, puedes hacerme muy feliz —dijo Helen—. Eres todo lo que necesito. Y eres tan rematadamente mona. Necesito que me ayudes porque... acaba de cumplir veinticuatro años. Tiene toda la vida por delante. Es graciosa —Helen se rio—. Y es lista, guapísima, generosa y amable. Y no me la puedo quitar de la cabeza.

Helen apoyó la frente contra la jaula que albergaba a otros dos cachorros, pero el más pequeño, un cachorro escuálido, marrón, de orejas largas y con parches de piel desnuda donde debería haber pelaje, corrió hacia ella en cuanto la vio. Helen intentó frotarle el hocico negro con el dedo, pero unos dientecillos afilados no paraban de mordisquearla. El cachorro se dio la vuelta y Helen le frotó la barriguita gorda.

La jornada de adopción llevaba ya una semana. Había pasado por allí dos veces de camino a las clases de pilates y había sentido la tentación de entrar, pero nunca lo hizo. Ahora, con las ganas a punto de desbordarla, no pudo resistirse, y no tuvo que adentrarse mucho en el edificio para encontrar al más mono.

—¿Puedes hacer eso por mí? —le preguntó—. ¿Puedes sacarme a Lana de la cabeza? —Helen sonrió, conteniendo las ganas de llorar, y menos en un lugar tan público.

Una niña de unos seis años corrió hacia la jaula y, en un instante, el cachorro abandonó a Helen para jugar con ella.

—Y así, sin más, te has ido. Me has abandonado —susurró Helen. Y mientras lo veía jugar con la niña, sintió una punzada de pérdida. Pensó en las personas que había perdido en la selva y fuera de ella, en cuánto había echado de menos a Katy y Emma. No podía dejar de pensar en Lana y decidió que quizás un cachorro no era la mejor idea. Ni para ella ni para las niñas. Tener uno y luego perderlo de repente era un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

—Hay otros —la voz masculina a su espalda la sobresaltó.

Llevaba un polo azul con una etiqueta que ponía Shri. Helen le sonrió.

—Corrió hacia mí como si quisiera venirse a casa conmigo.

—Ay —gimió, ladeando la cabeza con gesto compasivo—. Hay más cachorros rescatados, si quiere verlos.

—Creo que acabo de perder mi oportunidad.

—También tenemos conejos, gatitos y peces de colores —enumeró.

—¿Peces de colores? Eso sí que es una idea brillante.

—También tenemos peceras y acuarios.

—Perfecto.

Emma hizo justo lo que Helen esperaba cuando vio los peces en el acuario junto a la estantería: gritó y aplaudió. Katy, por su parte, tampoco pudo contener la emoción: sus ojos iban de un lado a otro siguiendo a los peces que nadaban, hasta que se sumergió en uno de los libros sobre curiosidades de los peces que Helen había comprado.

—¡Mami, mira! ¡Pececitos! —señaló Emma, corriendo de un extremo del acuario al otro.

—¿Sabíais que hay peces que pueden caminar por tierra? —les dijo Katy a Helen y Jeff, que estaban detrás de ellas.

Los orgullosos padres intercambiaron una mirada radiante. Helen percibió un ligero coqueteo en la de él. El ánimo de Jeff había mejorado desde que por fin se acostaron juntos la noche anterior. Helen se frotó el hombro dolorido con gesto nervioso mientras se volvía hacia las niñas.

—Como el saltarín del fango —continuó Katy—. Em, mira —le mostró el libro a su hermana pequeña.

—¿Quién quiere darles de comer? —preguntó Jeff, y las niñas empezaron a dar saltos—. ¿Quién va primero?

—¡Yo! —gritaron las dos.

—¡No, yo! —chilló Emma.

—¡Lo he dicho yo primero! —declaró Katy.

—Vale, hagámoslo juntas a la vez —dijo Helen.

Helen levantó a Emma, Jeff levantó a Katy, y cada uno vertió un poco de comida en las manos de las niñas, que la espolvorearon alegremente en el agua. Se rieron cuando los peces subieron a la superficie a comer.

—Tienen hambre —dijo Emma mientras sonaba el teléfono de Jeff en el bolsillo de la camisa.

—¿Diga? —contestó, y se puso a escuchar. Su expresión fue tornándose preocupada mientras dejaba a Katy en el suelo.

—¿Pasa algo? —preguntó Helen.

—No —le dijo, tapando el micrófono—. Un cliente.

—Ah.

Se alejó un poco, pero ella alcanzaba a oírlo.

—No toques nada, no muevas nada. No respires, ni siquiera mires nada. Cierra los ojos, quédate quieto y espérame.

¡Un asesinato! La forma en que habló, con ese tono siniestro y amenazante, le provocó un escalofrío y le reveló más de lo que quería saber.

Colgó, le dio un beso en la mejilla a Helen y, sin decir nada más, se marchó.

—¿Dónde está papi? —preguntó Emma, a punto de llorar, con el dedo en la boca. Estaba tan mona intentando aguantarse las lágrimas.

—Volverá, cariño, no te preocupes —dijo Helen.

—No te preocupes, Emma Wemma —la consoló Katy.

—No digamos más Emma Wemma, chicas.

—¿Pero por qué? —preguntó Katy.

—Porque antes decías Emmy, ¿te acuerdas?

—Sí, Emmy vale.

Helen se rio de la respuesta de Katy.

—No te preocupes, Emmy.

—¿Adónde ha ido papi? —insistió Emma, tan niña de papá a veces.

—Dinos otro dato curioso sobre los peces, Katy —dijo Helen, intentando distraer a Emma de la ausencia de su padre.

—Los peces de colores pueden crecer hasta... —empezó Katy, y luego miró a su madre—. Se me ha olvidado.

—Mira en el libro.

Katy lo hojeó pero no lo encontró.

—Quizá esté en el otro libro. Vamos a buscarlo —dijo Helen, mirando el reloj. Eran las ocho y cuarto de la noche, casi la hora de irse a la cama. Las acurrucó en el sofá con ella y les leyó. Cuando se

cansó, dejó que Katy leyera. Pronto, sus palabras empezaron a trabarse y su cabecita cayó contra el hombro de Helen.

El teléfono que tenía detrás, en el escritorio, emitió un pitido. Podía ser Jeff preguntando por ellas. O Sam. Se frotó los ojos y dejó que Katy y Emma durmieran hasta las nueve y media antes de llevarlas a la cama.

Como no tenía nada de sueño, se sirvió una copa de vino y se sentó frente al portátil. Lo abrió para ver el mensaje que había recibido antes.

Lana [Hoy 9:16 PM]

Hola Helen.

Helen contuvo la respiración mientras miraba la pantalla y leía el mensaje imaginando la voz grave y sensual de Lana. El corazón le dio un vuelco con esa sensación dulce y familiar que sentía cada vez que estaba cerca de ella o pensaba en ella. La última vez que habían hablado fue en la entrevista. No se habían escrito desde entonces. Helen había decidido dejarla tranquila para que hiciera su vida, y ahora no podía evitar preguntarse si Lana también pensaba en ella y si la echaba de menos igual que ella.

Se le encogió el corazón, pero aun así dudó si responder o no. Se mordió la uña del pulgar y luego pasó los dedos por las teclas.

Helen [Hoy 9:45 PM]

Hola. ¿Cómo estás?

Lana [Hoy 9:46 PM]

Espero que no sea muy tarde.

Helen [Hoy 9:46 PM]

No es tarde.

Esperó a que Lana dijera algo, pero pasaron dos minutos enteros sin respuesta.

Helen [Hoy 9:49 PM]

¿Estás bien?

Lana estuvo escribiendo casi un minuto, y por lo corto del mensaje que envió, Helen supo que seguramente no había dicho lo que quería decir.

Lana [Hoy 9:50 PM]

Sí. Solo quería saludarte. ¿Tú estás bien?

Helen [Hoy 9:51 PM]
Dentro de lo que cabe.
Helen dio un sorbo al vino.
Helen [Hoy 9:53 PM]
¿Qué haces?
Lana [Hoy 9:53 PM]

Nada. Estaba viendo una peli, pero es un rollo. ¿Y tú?

Helen sonrió.
Helen [Hoy 9:54 PM]

Lo mismo. Bueno, no estoy viendo una peli. Nada, quiero decir. Acabo de acostar a las niñas.

Lana [Hoy 9:55 PM]
¿Cómo están?
Helen [Hoy 9:56 PM]

Genial. Hoy les he comprado un acuario lleno de peces.

Lana [Hoy 9:57 PM]
Qué bien.
Helen [Hoy 9:57 PM]

Tendrías que haber visto sus caras. Estaban como locas de emoción.

Lana [Hoy 9:59 PM]
Pensaba que les comprarías un cachorro.
Helen [Hoy 10:00 PM]
Demasiado trabajo. Quizá cuando sean mayores.
Lana [Hoy 10:00 PM]
Tiene sentido.
Dejaron de escribirse. Helen bebió su vino mientras releía patéticamente los mensajes de Lana. Al dar el último trago, miró

hacia la cocina, reacia a dejar el portátil para ir a por otra copa. Pero lo hizo, y cuando volvió, Lana seguía sin contestar.

Helen [Hoy 10:08 PM]

¿Sigues ahí?

Con la cabeza embotada por el vino y ahogándose en pensamientos sobre Lana, subió para releer algunos mensajes más, impaciente por su respuesta.

Lana [Hoy 10:10 PM]

Puedes decir que no, pero ¿puedo llamarte? Solo un ratito.
Para oír tu voz.

Aunque quisiera, aunque le fuera la vida en ello, Helen no podría negarse a escuchar la voz que tanto echaba de menos, la que le susurraba al oído desde unos labios que habían besado apasionadamente cada parte de su cuerpo. Con Lana, no había ni un centímetro del cuerpo de Helen que fuera territorio vedado.

Helen cruzó las piernas. El recuerdo de la lengua de Lana recorriéndola hizo que le flaquearan las fuerzas. Cogió el teléfono y marcó el número de Lana.

Lana respondió al primer tono. —Hola —suspiró.

—Hola, otra vez —dijo Helen, intentando sonar despreocupada, pero el corazón no se lo permitía.

—Me alegro mucho de oírte.

—Tú también.

—Pensé que dirías que no —suspiró Lana, dejando escapar una risita suave.

—¿Por qué? —preguntó Helen, dolida.

—Porque nunca hablamos.

Helen sabía que Lana también estaba herida.

—No así —dijo Lana—. No como si nos conociéramos. —Su voz era apenas un susurro que se mezclaba con lo que parecía el zumbido de un ventilador a la velocidad más baja.

—Lo sé. Lo siento. Es solo que...

—Lo sé —dijo Lana sorbiéndose la nariz, como si estuviera llorando.

—¿Estás bien? —preguntó Helen.

—Solo pensé o estoy pensando...

Helen esperó a que Lana terminara, pero no lo hizo.

—¿Pensando qué, cariño? —preguntó Helen.

—Que te olvidaste de mí —dijo Lana, con la voz temblorosa—. Que te olvidaste de nosotras.

—Oh, Lana. —Helen acercó el teléfono a su boca, queriendo sentirla, mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. No me olvidé. ¿Cómo podría olvidar todo lo que hemos pasado? ¿Todo lo que hicimos y todo lo que dijimos?

Acarició el teléfono con las yemas de los dedos, deseando que fueran los labios de Lana.

—Te echo de menos. —La voz amortiguada de Lana confirmó que estaba llorando.

—Yo también te echo de menos. Pienso en ti todo el tiempo. No puedo parar. Es como una...

—No puedo respirar sin ti. Y quiero verte tanto que me duele —dijo Lana—. ¿Puedes venir a verme? ¿Por favor?

El silencio llenó el espacio y el tiempo entre ellas.

—Helen, ¿estás ahí?

—No puedo.

—¿Por favor? Siento que moriré si no te veo.

—Cariño, no puedo. Lo siento.

33

Helen

EL ASCENSOR OLÍA a universidad: una mezcla de comida, un aroma subyacente a libros de texto gastados, perfume entremezclado con sudor, humedad y aire viciado.

Cuando se detuvo en el segundo piso, Helen se planteó pulsar el botón de la planta baja y volver con Briggs. Nunca debería haber aceptado ver a Lana.

La puerta del ascensor se abrió y entró un hombre calvo de sesenta y tantos años con un bebé en brazos de la edad de Emma. Se sonrieron, y el bebé balbuceó mientras subían al tercer piso.

Cuando llegaron, las puertas se abrieron y los nervios volvieron a apoderarse de ella. Sin embargo, no pudo evitar que sus piernas avanzaran una tras otra hasta el número diecisiete, el apartamento de Lana. Miró la puerta, llamó y esperó.

Lana abrió, y el aroma de su apartamento contrastaba por completo con el del ascensor. Olía a flores, a perfume y simplemente a Lana. Helen sonrió al verla; el alivio la invadió antes de que los nervios volvieran a apoderarse de ella.

Lo que Lana llevaba puesto no era casual: unos pantalones muy cortos y una camiseta de tirantes blanca que le quedaba justo por debajo de los pechos. Sin sujetador, evidentemente, sus pechos se erguían y dejaba el estómago y el ombligo al descubierto. La mirada de Helen se demoró en ella, y su corazón confirmó cuánto la amaba, la deseaba y la echaba de menos. Como en la isla, era como si Lana se lo estuviera haciendo de nuevo, provocándola, atrayéndola, igual que la había atraído allí diciéndole que tomarían té. A Helen ni siquiera le gustaba el té, pero había aceptado de todos modos.

—Hola —dijo Lana, apenas sonriendo, con la voz tan suave y tierna como por teléfono, cuando le preguntó si seguía viniendo. Helen estaba en el trabajo cuando Lana la llamó al móvil para invitarla a tomar té.

—Hola —suspiró Helen—. ¿Me voy a quedar aquí fuera o vas a dejarme entrar?

—Perdona, entra. —Lana sacudió la cabeza y chocó contra la mesita al hacerse a un lado para que Helen entrara.

Helen se quitó el abrigo y Lana lo colgó en el perchero junto a la puerta.

—Eh, ¿fue fácil encontrar el edificio? Hay al menos tres como este en la manzana —dijo Lana, apretando los dedos con tanta fuerza que se le pusieron blancos. Se humedeció los labios resecos.

—Fue fácil. Lo encontré sin problema —dijo Helen, sabiendo que para Briggs todo era fácil de encontrar. Sonrió y dio un paso más hacia el interior.

El apartamento de Lana era pequeño y ordenado. Una gran fotografía en blanco y negro de una mujer angustiada en un coche antiguo colgaba donde debería haber habido un televisor. Pero encajaba perfectamente ahí.

Un surtido de mancuernas de distintos colores y tamaños estaba apilado en una esquina junto a una esterilla de yoga lavanda enrollada y apoyada contra la pared. Cerca de la ventana había un montaje con cámaras, trípodes y un escritorio con tres monitores donde probablemente hacía su mejor trabajo. Y en el gastado sofá beige descansaban su teléfono, un portátil y un mando de videojuegos.

Nostalgia, euforia, déjà vu y sensaciones aún sin nombre asaltaron a Helen. Se volvió hacia Lana, que tenía las cejas fruncidas, los labios apretados y las manos caídas lánguidamente a los costados.

Incapaz de soportar más el anhelo en sus dedos, Helen extendió la mano y tocó la cara de Lana, que cayó pesadamente sobre su palma antes de que se fundieran la una con la otra. El abrazo fue instantáneamente desesperado y ávido; no había nada que decir mientras se estrechaban por primera vez en meses.

Lana le sujetó la cara con fuerza para mirarla como no había podido hacerlo desde que volvieron a casa.

En los brazos de Lana, mirándola a los ojos, Helen comprendió lo desamparada que estaba sin ella, porque solo ahora sentía el corazón lleno, la cabeza le daba vueltas y le ardían las entrañas; el coño le palpitaba y le humedecía la ropa interior.

Gimió, y los ojos se le cerraron lentamente mientras la lengua de Lana se deslizaba contra sus labios entreabiertos. Debilitada, Helen era como una muñeca de trapo contra ella. Lana lo hizo de nuevo, más bruscamente, le metió el pulgar en la boca para abrirla y

chuparle la lengua antes de sellar sus bocas abiertas de par en par en el beso más ardiente que Helen había experimentado desde Lana.

Gimieron mientras se besaban, aferradas la una a la otra, y tropezaron con sus propios pies al tambalearse contra el respaldo del sofá.

Sin querer soltar del todo a Helen, Lana se bajó los pantalones cortos con una mano por debajo del culo y estos cayeron hasta los tobillos.

Con los brazos de Helen alrededor de su cuello, a esta se le cortó la respiración al bajar la mirada hacia Lana, desnuda ante ella salvo por la camiseta de tirantes. El coño hinchado y brillante, los jugos le goteaban y corrían en un reguero entre las piernas.

Lana intentó agarrarle la cara y besarla, pero toda la determinación de Helen estaba centrada en el coño rosado y lampiño de Lana. Se apartó de ella, la sentó en el grueso brazo del sofá y se arrodilló ante ella. Pasó la lengua por el muslo interno, lamió la humedad viscosa desde allí hasta el coño y luego se metió en la boca el clítoris duro, que juró que sintió latir contra la lengua.

Se echó la pierna izquierda de Lana sobre el hombro, se aferró al coño con toda la boca y la chupó con fuerza, con ganas de tragársela, mientras Lana le sujetaba la nuca y gemía al correrse.

Lana atrajo a Helen hacia sí, le besó los labios húmedos de flujo, le apretó los pechos rígidos por encima de la ropa y luego le desabrochó con cuidado la camisa blanca.

Se deslizaron hasta las baldosas frías y duras. Lana le quitó bruscamente a Helen el sujetador, la falda y la ropa interior negra. Helen abrió las piernas temblorosas, impaciente por que Lana le hiciera el amor.

—Joder. —El placer que Lana le daba, lamiéndola lenta y suavemente desde el ano hasta el capuchón, chupando y acariciando con la lengua, hizo que Helen viera las estrellas. Pensó que iba a morir y abandonar este mundo cuando llegó al orgasmo. La vista se le nubló, la cabeza le daba vueltas y la espalda se le arqueó tanto que podría habérsele roto.

Que le lamieran y chuparan el coño así nunca le había sentado mejor que con Lana. ¿Era un don que Lana poseía, o simplemente Helen la amaba con tanta intensidad?

Agotada, apenas podía mantener los ojos abiertos mientras Lana se arrastraba hacia ella, sudorosa y sofocada. Se besaron como la primera vez, como si estuvieran a punto de ceder a su deseo carnal tras demasiado tiempo contenido.

Lana colocó a Helen y le levantó las piernas. Con las piernas sobre el hombro de Lana, Helen le agarró el culo, deleitándose con la sensación más dulce de sus coños abiertos frotándose. Lana la cabalgó como un animal salvaje, contorsionándola en posturas que sabía que le dolerían después, pero se sentía tan bien, tan caliente y satisfactorio que a Helen no le importaba morir después.

Bien podría, porque después de correrse fue como si los efectos del orgasmo no la abandonaran ni espiritual ni físicamente.

Los dedos de los pies se le destensaron dolorosamente y no pudo emitir sonido alguno. Tampoco Lana, que yacía sobre el pecho de Helen e intentaba desesperadamente recuperar el aliento.

Cuando Lana por fin se quedó quieta contra ella, Helen la miró y la besó con suavidad. Lana le acunó el pecho derecho, se apartó de sus labios y se lo metió en la boca para apretarlo y chuparlo.

Excitada al instante, Helen tomó la mano de Lana y la guio entre las piernas. Fue tan suave como una pluma, como si supiera lo dolorido que tenía el clítoris pero que aún necesitaba su amor y su cariño.

—Ah —gimió Helen, separando más las piernas mientras la punta dura y tersa del dedo corazón de Lana recorría su vagina de arriba abajo, al tiempo que le chupaba el pecho y se frotaba contra su muslo. La sencillez de todo aquello no le quitaba intensidad al orgasmo; llevaban demasiado tiempo sin tenerse.

Lana le besó los labios, luego se quedó suspendida sobre ella y la miró fijamente; sus ojos decían todo lo que necesitaban decir.

Se quedaron abrazadas, y Helen no tardó en quedarse dormida. Después de unos días tan difíciles, estar con Lana había liberado toda su tensión y relajado cada músculo de su cuerpo. La

necesitaba, y al saber que no podía vivir sin ella, abrió los ojos porque la idea de alejarse de ella la aterrorizaba.

—¿Estás bien? —preguntó Lana cuando Helen sorbió por la nariz.

—Estoy bien —se rio Helen—. Apenas dijimos dos palabras y me atacaste. Ni siquiera esperaste. Yo pensaba inocentemente que había venido a tomar el té —mintió, aunque sabía perfectamente lo que iba a pasar estando a solas con Lana. Era como si nunca se hubieran separado.

Lana le acarició el estómago con el dorso de los dedos, provocándole un ligero escalofrío.

—Nunca volveré a hacer el amor con una mujer así. Tan intenso —dijo Lana.

Helen quiso echarse a reír, quiso decirle que solo tenía veinticuatro años y que le quedaban muchas otras mujeres por conocer y con las que compartir su vida. Pero ¿cómo iba a decirle eso? Sabía que ella tampoco volvería a hacer el amor con nadie más de esa manera.

Cuando Lana alzó la vista hacia ella, decidió decirle la verdad.

—Yo siento lo mismo.

—Te quiero —dijo Lana.

Cuánto había anhelado Helen escuchar esas palabras, y solo de labios de Lana. —Yo también te quiero. Te eché de menos cada día.

—Eché de menos tu forma de hablar, tu olor, tu forma de cantar.

Helen se rio.

—Echo de menos tu forma de reír.

Helen le besó la frente.

—Tu forma de follar.

Helen volvió a reírse. —¿No estarás intentando meterme en la cama otra vez tan rápido, verdad? —preguntó.

—Puede que sí.

—No —gimió Helen entre risas, mientras intentaba levantarse.

Lana la atrajo hacia sí, rodeándola por la cintura. Le apartó el pelo y le besó el hombro.

Helen disfrutó de los labios de Lana sobre su piel, se giró y la besó con ternura. —Necesito usar tu baño —dijo.

—¿De verdad? —sonrió Lana, rozándole la nariz con la suya.

—Creo que sí.

—Está al fondo del pasillo, en el dormitorio. No tardes.

Helen se puso la camisa blanca y las bragas negras, húmedas de desear a Lana. Le sonrió y se dirigió a su habitación.

Lo primero que notó fue la cama perfectamente hecha con sábanas azul oscuro, sin una sola arruga a la vista. Había cuatro almohadas, y solo entonces se acordó de Mia.

Llena de culpa, se quedó allí mirando; pensar en Lana durmiendo con Mia le dolía en el corazón, aunque no tenía derecho a sentirse así. Pero aquello la hizo reflexionar sobre lo que ella misma estaba haciendo: engañar a su marido cuando las circunstancias eran completamente diferentes ahora. No estaba atrapada en una isla con Lana. No tenía excusa.

—¿Está todo bien, Helen?

Helen se dio la vuelta. Lana estaba vestida, con los brazos cruzados sobre el pecho, y sonreía.

—¿Qué pasa? —Lana descruzó los brazos y se acercó a ella.

—Nada, es solo que...

—No me digas que nada. Sabes que lo odio.

—¿Dónde está Mia? —preguntó Helen.

Lana se encogió de hombros. —No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Lana dudó antes de responder. —Rompió conmigo.

—¿Qué? —preguntó Helen con suavidad.

—Tuvimos una pelea terrible y dije algunas cosas. Y se fue.

Helen no podía imaginarse a Lana tratando mal a nadie.

—Lo siento mucho —dijo, y la estrechó entre sus brazos—. Lo siento.

—Iba a pasar tarde o temprano —dijo Lana, hundiendo la cara en el hombro de Helen—. Las dos lo sabíamos.

Helen sintió el corazón de Lana latiendo deprisa contra su pecho.

—Creo que olvidé cómo estar con alguien que no fueras tú.

—Yo también. Es aterrador y solitario —admitió Helen. Le tomó la cara entre las manos, la miró y le secó las lágrimas.

Lana le besó los dedos húmedos y volvió a abrazarla. —Quería hacer esto en cuanto abriste la puerta.

—Más o menos lo hiciste —dijo Helen.

—Pero tú lo empezaste.

—¿Cómo? —Helen la miró confundida.

—Me tocaste la cara y perdí el control —dijo Lana, y las dos se echaron a reír.

—Si me río una vez más, me voy a hacer pis encima.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno, en ese caso —dijo Lana, y le agarró las costillas para hacerle cosquillas.

Helen gritó, se zafó y corrió al baño.

Como el resto del pequeño apartamento de Lana, el baño estaba limpio e impecable. —Eres una jodida maniática del orden, Lana —gritó Helen mientras orinaba.

—Supongo. Me gustan las cosas a mi manera —dijo Lana, asomando la cabeza al baño.

—Sal de aquí.

—Ya te he visto hacer pis antes.

—¡Pervertida! —Helen le lanzó un rollo de papel higiénico a Lana, que lo atrapó al vuelo.

—¿De verdad vas a quedarte ahí parada hasta que termine?

Lana no respondió. Con expresión seria, se enrolló papel higiénico en los cuatro dedos de la mano derecha.

A Helen se le aceleró el corazón mientras Lana la miraba fijamente. —Soy perfectamente capaz de limpiarme sola.

—Levántate —ordenó Lana.

Obediente, Helen se levantó. Lana se acercó, bajó la mano y le limpió el coño. Excitada, Helen se mordió el labio cuando lo que empezó como limpieza se convirtió en una caricia provocadora.

Tiró el papel al inodoro, tiró de la cadena y giró a Helen, empujándola contra el lavabo.

Helen le rodeó los hombros con los brazos y la cintura con la pierna derecha mientras los dedos de Lana hacían su magia. —Te quiero —susurró contra sus labios.

—Y yo a ti.

34

Lana

—¿Me estabas viendo dormir? —preguntó Helen, adormilada. Abrazaba la almohada de Lana mientras ella estaba sentada en el alféizar de la ventana, jugueteando con su cámara.

—No mucho rato —respondió Lana—. Cinco minutos.

—¡Uf!

Lana la observó a través del objetivo. La expresión seria y pensativa de Helen, combinada con la iluminación de la habitación, le daba un aire clásico.

—¿Te quedas quieta? ¿Puedo hacerte una foto? —preguntó Lana, pero no esperó el permiso de Helen. Le hizo varias fotos y luego admiró su hermoso rostro somnoliento en la pantalla. Jamás habría imaginado estar con alguien como Helen Hales ni que alguien como Helen Hales pudiera corresponderle.

Tampoco esperaba que de verdad se presentara en su apartamento, despampanante con una chaqueta negra sobre una camisa blanca y una falda negra justo por encima de las rodillas. Los tacones de suela roja la hacían parecer mucho más alta que Lana, aunque no lo era.

—¡Eh! —dijo Helen—. ¿Puedes dejar eso y venir aquí?

—¿Una más? —Lana se llevó la cámara a la cara, se puso de pie y le hizo más fotos.

—Para, estoy hecha un desastre.

—Sabes que no —dijo Lana mientras se subía a la cama y se sentaba a horcajadas sobre ella.

—¡Para! —dijo Helen intentando quitarle la cámara, pero no pudo. Se cubrió la cara y se echó a reír.

—¿No te dije que quería hacerte un millón de fotos? —dijo Lana, y por fin dejó la cámara en la mesita de noche.

—Sí. —Helen le acarició el rostro y luego le besó los labios suaves—. Te he echado de menos.

Lana se recostó sobre ella.

—Echo de menos que huelas a mango y carambola.

—Qué tontas fuimos por no saber qué era la carambola —dijo Lana.

—Ya lo sé, ¿verdad? La echo de menos —susurró Helen al oído de Lana.

Lana cerró los ojos y la oscuridad la transportó a la isla; por un instante, volvió a estar en la cueva con Helen. Y allí estaba esa sensación de que Helen nunca la abandonaría. Estarían juntas para siempre.

—¿Lana?

—¿Sí?

—¿Piensas ofrecerme algún día el té que me prometiste?

—Te lo juro, iba a hacerlo. Lo voy a hacer. —Lana levantó la cabeza del pecho de Helen y la miró.

—Entonces, ¿no era una excusa?

Lana se rio. —No. —Saltó de la cama y cogió a Helen de las manos—. Venga.

—Más te vale que sea tan bueno como dijiste —dijo Helen mientras iban hacia la cocina de Lana.

—Es de lo bueno, créeme.

Lana no mentía cuando decía que había recibido tantas cestas de regalo que no sabía qué hacer con ellas ni a quién dárselas.

A Helen se le iluminaron los ojos al entrar en la cocina. Había cestas en la encimera, en la isla, encima de los armarios y sobre la nevera.

—¡Madre mía! —Helen se detuvo—. Qué envidia. Te han mandado más que a mí.

—No, Helen —dijo Lana—. Tu dirección no es precisamente fácil de encontrar, así que muchas me llegaron a mí. Muchas llevan tu nombre también.

—¿En serio? —El ceño fruncido de Helen se transformó en una sonrisa—. La verdad es que me quedo más tranquila.

—Venga, abre algunas.

Mientras Lana llenaba la tetera de cristal con agua y la enchufaba, sonrió para sus adentros al oír a Helen detrás.

—Vaya, algunas de estas tarjetas son mejores que los propios regalos —dijo Helen.

—Y que lo digas.

—Esta dice: «Que Dios las bendiga. Que siempre tengan la esperanza y la fortaleza que nos han traído a mí y a mi familia» —leyó Helen.

—Alguien dijo que seguir nuestra historia ayudó a que su familia volviera a unirse.

—Es increíble, no tengo palabras. Nunca pensé que a tanta gente le importaríamos y se involucraría tanto en nuestras vidas.

Lana se volvió hacia Helen, que estaba sentada contemplando la tarjeta que tenía en la mano.

Helen cruzó la mirada con ella y le sonrió como si compartieran un pensamiento que no hacía falta expresar en voz alta.

—¿Qué te apetece? —preguntó Lana.

—¿Cuál me recomiendas?

—Hay un montón, pero el de hibisco y el de guanábana están para morirse.

—Pues el de hibisco.

—Excelente elección —dijo Lana—. Está perfecto con una cucharadita de azúcar y una pizca de sal, ni más ni menos.

—¿Quién te iba a imaginar tan aficionada al té?

—Me he convertido en toda una experta en tés, por así decirlo —dijo Lana—. Que le den al café.

Helen se rio.

Mientras Lana sacaba dos tazas del armario, Helen se colocó detrás de ella, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su espalda.

Lana se relajó y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en Helen.

Helen mantuvo los labios en su nuca mientras Lana añadía azúcar, una pizca de sal y las bolsitas de té a las dos tazas blancas llenas de agua, y removía.

Helen miró por encima del hombro de Lana, y cuando esta pensó que iba a fijarse en las tazas, giró la mano izquierda para mirar el reloj de oro rosa que llevaba en la muñeca, y luego volvió a estrecharla por la cintura.

Un humor sombrío la envolvió de inmediato. Debería haber esperado que la ansiedad y la tristeza se apoderaran de ella conforme pasaban las horas. Helen no era suya.

Helen seguía aferrada a ella mientras Lana se acercaba a la mesa con cuidado, las dos tazas en la mano.

—Huele genial —dijo Helen—. Floral y un poco afrutado.

—Sabe aún mejor.

Se sentaron y Lana esperó a que Helen bebiera. Sonrió al ver cómo el rostro de Helen se iluminaba con la expresión más cálida.

—Tenías razón.

—Te lo dije —Lana dio un sorbo al suyo—. ¿Quieres un donut o un trozo de tarta?

Helen negó con la cabeza.

—No, solo a ti —dijo. Bebió su té mientras miraba a Lana por encima de la taza, y luego se inclinó sobre la mesa para tomarle la mano. Lana se la besó y apoyó la mejilla en ella.

No quedaban palabras por decir, y después del té, no quedaba nada más que hacer el amor por lo que parecía la última vez de la noche.

Tumbadas ahora en el sofá, Lana boca arriba y Helen entre sus brazos, no sabía cuándo volvería a verla. Y lo que era aún más doloroso: no sabía si Helen quería volver a verla. Por mucho que intentara no pensar en ello, se preguntaba si Helen solo había venido para quitársela de encima, como habían hecho otras mujeres antes.

Por tercera vez, Helen miró el reloj.

—Ya sé que tu reloj es un puto Cartier, Helen. Es caro, es bonito, lo entiendo. Pero ¿tienes que mirarlo a cada minuto? —dijo Lana.

—¿Acaso no puedo mirar la hora? —preguntó Helen.

—Aceptaste venir, así que no sabía que ibas con tanta prisa —dijo Lana con el tono más malhumorado.

Helen se removió contra ella, pero Lana la sujetó con fuerza y la atrajo más hacia sí, reclamándola, poseyéndola.

—Tengo que recoger a mis hijos. Luego irme a casa, volver al trabajo y asistir a unas reuniones —dijo Helen.

—Vale —dijo Lana, aflojando el abrazo.

Helen se levantó y estaba a punto de irse, pero se volvió.

—Voy a darme una ducha rápida —dijo, intentando sonar coqueta—. ¿Quieres acompañarme?

Lana sonrió con dulzura y luego dijo:

—Gracias, pero yo no necesito quitarme tu olor. Adelante, límpiate tú si es lo que necesitas.

Helen frunció las cejas. Miró a Lana un segundo y se fue.

El arrepentimiento por haber sido tan cruelmente infantil con Helen fue calando poco a poco mientras Lana yacía en el sofá mirando al techo.

—¡Joder! —murmuró, y fue a su habitación.

La puerta del baño estaba abierta, y a través de la mampara, Helen tenía el rostro hundido entre las manos mientras lloraba.

—Lo siento mucho —dijo Lana, abriendo la mampara.

Helen apartó las manos; tenía los ojos rojos. Herir a Helen de cualquier forma era lo último que Lana habría querido.

—¿He hecho algo? —preguntó Helen.

Lana quería decir: «Te vas», pero sabía lo injusto, egoísta e insensible que sería.

—No. Claro que no. Es solo que nunca había hecho algo así.

Helen sollozó suavemente mientras el agua le corría por el cuerpo desnudo.

—¿Y crees que yo sí, Lana?

Lana agachó la cabeza, sin saber qué decir.

—Yo tampoco —dijo Helen—. Y tú eres tan...

—¿Tan qué? —preguntó Lana.

—Diferente.

A Lana se le desgarró el corazón al oír aquello.

—No, no lo soy. No soy diferente —dijo.

Antes de darse cuenta, ella también estaba llorando, consciente de que algo de aquello tenía que ser verdad. Había notado que

estaba cambiando, pero no tenía nada que ver con lo que sentía por Helen. Si acaso, la amaba más y sabía lo que quería y lo que la haría feliz.

—No he cambiado —entró en la ducha con la camiseta de tirantes y los pantalones cortos puestos, y el agua la empapó mientras se pegaba a Helen—. No sé tú, pero yo estoy muerta de miedo cuando no estoy contigo. Ahora te vas y no sé cómo manejarlo.

—No te estoy dejando —dijo Helen.

—¿No? —lloró Lana con los hombros temblándole.

—No —Helen la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Y no he cambiado, no en lo que a ti respecta. Te lo prometo. Sigo siendo la misma —dijo Lana, estrechándola—. Soy yo en la playa con mi coño peludo y mis axilas sin depilar.

Helen se rio, la miró y la besó.

—Soy yo, la que te quiere.

35

Lana

—Todo era tan diferente cuando estábamos en la isla. Mucho más fácil —dijo Lana mientras estaban tumbadas desnudas en el sofá del salón. Hacía casi una semana que no se veían. Como la primera vez, no llegaron al dormitorio: se arrancaron la ropa como fieras en cuanto Helen entró en el apartamento de Lana y la puerta se cerró tras ella.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Lo siento —dijo Helen, y le besó la mejilla mientras miraba fijamente a la chica angustiada de la foto en la pared de Lana.

—Me hace tan feliz tenerte aquí. Quiero estar contigo todo el tiempo. —Lana le besó la mano a Helen.

—Yo también. —Helen le acarició el pelo a Lana y le besó la frente; una vez más, la chica de la foto la miraba directamente a través del objetivo, inquietantemente, como si le viera el alma—. Necesito decirte algo.

—¿Qué pasa? —Lana frunció el ceño y se incorporó un poco.

—Esa foto de la chica en el coche es, para empezar, increíble. No me malinterpretes. La iluminación es perfecta, un blanco y negro precioso.

—Vaya, muchas gracias, Helen —Lana se relajó contra ella y se rio—. Aunque tuve algo de ayuda con el Photoshop.

—Tienes un talento increíble. Créeme. No quiero presumir, pero de esto entiendo.

Lana se rio.

—Has dicho «para empezar». ¿Y lo segundo?

—¿La conoces? ¿Es familiar tuya?

—No. Era una chica del instituto. Una drogadicta. Me recuerda a mamá.

—Es triste, pero creo que estamos tan conectadas que lo noto. Esa sensación. Es perturbador. Me da escalofríos —soltó Helen.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Lo siento, pero sí. Me está mirando directamente.

Lana se rio.

—Ahí quedaría perfecta una tele. ¿En qué juegas a tus videojuegos? ¿Por qué no tienes tele?

—No podía permitírmela y nunca llegué a comprarla —dijo Lana, observando la foto—. Supongo que sí nos está mirando.

—Lo siento, no debería haber dicho nada.

Lana alzó la vista hacia ella mientras jugueteaba con sus dedos.

—Puedes decirme lo que sea. Puedo quitarla. O comprar una tele. Total, no la necesito. Frannie la quería, y ahora es suya. Se la queda cuando me mude.

—¿Te mudas? ¿Adónde?

—Aún no lo sé. Solo creo que es el momento. Este sitio se me ha quedado pequeño. Ya no va conmigo.

—¿No? —preguntó Helen, estrechándola un poco más.

—No —respondió Lana.

—Tengo muchas propiedades en el centro y en otras partes del país. Lo que quieras, cuenta conmigo.

Lana sabía lo que Helen poseía, que era multimillonaria y que estaba en camino de convertirse en milmillonaria en unos pocos años. Dejó de buscarla en Google porque cuanto más profundizaba y más leía, más se alejaba de la Helen que conocía.

La Helen que conocía era humilde, con los pies en la tierra y amable, no la empresaria despiadada y feroz que algunos describían. La Helen que conocía se tumbaría feliz con ella en la playa fría en medio de la nada y la querría con locura. O se tumbaría con ella en su viejo sofá y bebería té barato en tazas baratas. El tiempo que pasaban juntas era pleno y gratificante. No necesitaban nada más que la una a la otra.

—Sé que puedo contar contigo —dijo Lana—. Mentí en la última entrevista que tuvimos.

—¿En qué? —susurró Helen contra su pelo.

—Lo que más quiero casi siempre es estar en esa isla contigo.

—Oh, Lana. Te compraré esa isla. Y te compraré un jet privado, e iremos allí.

Por alguna razón, que Helen dijera eso le dolió. Se removió inquieta.

—Deja de decirme esas cosas, especialmente cuando no las dices en serio —dijo Lana.

Helen no respondió, y Lana levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Quiero que seas todo lo feliz que puedas y la mejor versión de ti misma —dijo Helen—. Tienes tanto, Lana. Tanto por ganar, por ver, por amar.

Lana asintió, con lágrimas en los ojos.

—¿Contigo, verdad? —Tenía miedo de preguntarle ciertas cosas a Helen—. Quiero esas cosas contigo.

En el rostro de Helen se reflejaban desconcierto, miedo y cierta duda.

—A veces me miras como si no supieras qué hacer conmigo —dijo Lana.

—No es eso —dijo Helen.

Lana se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué es?

—Me asusta lo que me haces sentir. Nunca había tenido esto. Nunca había tenido nada normal y fácil. No así. No como contigo.

—Yo tampoco.

—Y si lo pierdo, no sé qué haría.

—No puedes perderme, Helen. No es posible.

—¿Siquiera sabes o entiendes lo que estás diciendo?

Lana asintió.

—Sí. ¿Me crees?

Con los ojos empañados, Helen esbozó una sonrisa suave, llena de confianza.

—Te creo —dijo.

Lana le tomó la mano y se la besó una vez más. Se giró de lado y Helen se acurrucó contra su espalda.

En la posición más relajada, respiraron hondo y exhalaron a la vez. Les habría venido de maravilla una siesta: la mente despejada, el corazón sereno, los deseos satisfechos. Entonces un ruido en la puerta las sobresaltó.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Helen—. ¿Es tu puerta? ¿Esperas a alguien? —El corazón le dio un vuelco y tiró frenéticamente de la manta que tenía debajo mientras ella y Lana forcejeaban para taparse.

—No —dijo Lana, con los ojos como platos, mirando hacia la puerta.

Se abrió y Mia entró como si aún viviera allí, sin levantar la cabeza ni mirar alrededor mientras cerraba la puerta. Se detuvo al ver a Lana y Helen en el sofá, con Lana cubriéndola con una mano.

—Mia, ¿qué coño haces? —rugió Lana—. ¿Pero qué coño? ¡Fuera!

—¿En serio? —Mia señaló a Helen con ambas manos mientras Helen se tapaba la cabeza con la manta gris aterciopelada e intentaba quedarse detrás de Lana como podía.

—Lárgate de una puta vez, Mia.

—Solo he venido a por mi chaqueta —dijo, fulminando a Lana con la mirada mientras entraba.

—¿Qué puta chaqueta? —Lana saltó del sofá y se enfundó los pantalones cortos y la camiseta a toda prisa.

—La giacca di ecopelle marrón que me regaló Agnese cuando cumplí treinta y cuatro.

—¿La puta qué? Sea lo que sea, no está aquí. Lo sabes. —Lana se volvió hacia Helen, que asomaba tímidamente por detrás de la manta—. Helen, lo siento muchísimo —dijo, y luego se giró hacia Mia, que se pavoneaba hacia el dormitorio.

—No puedes entrar en casa de alguien como si fuera la tuya, Mia. —Lana la agarró del brazo.

—Quítame tus putas manos asquerosas de encima. —Mia apartó a Lana de un empujón.

—Ni siquiera llamaste.

—Llamé como cinco veces. Pero ya veo que estabas demasiado ocupada. Ahora déjame coger mis cosas y largarme de aquí.

—Tu chaqueta no está aquí. Quiero que te largues ahora mismo, o si no...

—¿O si no qué?

La puerta principal volvió a abrirse, y esta vez entró Kevin con uno de sus amigos.

—Pero ¿qué coño está pasando aquí? —Lana corrió hacia ellos.

—La puerta estaba abierta —le dijo Kevin, aunque tenía los ojos clavados en Helen, que seguía en el sofá, tapada de pies a cuello—. ¿Esa es Helen Hales?

Helen forzó una sonrisa y los saludó con la mano, incómoda.

Lana miró a Helen con gesto de disculpa y luego a Kevin.

—Te quiero, hermano, pero tienes que irte ahora mismo. —Intentó empujarlo mientras él despegaba los ojos de Helen.

—Querías ir a ese bar nuevo hoy. ¿Ya no te acuerdas?

—Pues está claro que hoy no, joder, tío —gritó Lana, echándolos hacia la puerta.

—¡La encontré! —gritó Mia, apareciendo en el salón desde el pasillo con la chaqueta marrón al hombro.

—Genial. Ahora lárgate. —Lana le mantuvo la puerta abierta, pero Mia se detuvo frente a ella.

—Me das pena.

Lana extendió la mano derecha.

—¡Las llaves!

—Te vas a arrepentir de esto, y mucho. —Mia dejó caer las llaves en la mano de Lana.

Lana cerró la puerta y echó la cadena. Avergonzada, apoyó la frente contra ella para recomponerse antes de volver con Helen.

—Lo siento muchísimo. No tenía ni la más remota idea de que alguien fuera a aparecer hoy. —Se volvió y señaló la puerta—. Y encima abrir mi puta puerta y entrar aquí tan tranquilos.

Se acercó a Helen, que tenía la manta tapándole desde la boca hasta los pies. Como no respondía, Lana cruzó los brazos, preocupada.

—Lo siento mucho.

Y entonces, mientras estaba allí muerta de vergüenza, no podía creer que Helen estallara en carcajadas.

A Lana se le cayeron los hombros, descruzó los brazos y se le descolgó la mandíbula.

—¿Te estás riendo? —dijo—. Se está riendo de mí.

—Es tu cara —dijo Helen, colorada como un tomate—. Deberías vértela. Es para morirse de risa. Pareces... —Helen no pudo contener la risa y paró para coger aire—. Pareces como si te acabaran de pillar cagando en medio de la calle como esa mujer en La boda de mi mejor amiga, solo que tú vas en pelotas. —Helen se rio,

agarrándose a la manta. Sin aliento, tosió y se secó los ojos antes de mirar a Lana.

Lana estaba seria como una tumba.

—¿Has terminado? —preguntó.

Helen resopló y se frotó la frente.

—Sí, creo que sí.

—¿Te lo has pasado bien riéndote?

Helen soltó una risita.

—Sí.

—¡Vete a la mierda!

—¿Qué? Venga, no te pongas así. —Helen se envolvió en la manta y siguió a Lana hasta la cocina.

—Se pasaron tres pueblos. ¿Quién coño entra en casa de alguien así, sin más? Y nos vieron y ni siquiera tuvieron la decencia de largarse.

—Lo sé. No son buena gente —dijo Helen, colocándose detrás de Lana mientras esta abría el grifo y llenaba un vaso de agua.

—No tuvo ni pizca de gracia. Nada.

Helen la rodeó por la cintura mientras bebía.

—Lo sé, cariño, son horribles. —Helen hundió la cara en la espalda de Lana, pero esta notaba cómo le temblaba el cuerpo de risa.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué sigues riéndote? —Lana la miró por encima del hombro.

—Porque no puedes verte la cara. Estás tan mona. Mira. —Helen le pasó un dedo por la ceja a Lana y se lo enseñó—. Estás sudando.

—Estoy cabreada de cojones. Y pensaba que tú también estarías enfadada. Sobre todo conmigo.

—¿Por qué iba a estar enfadada contigo? —Hizo que Lana se girara y le sujetó la cara—. No quiero pasar el tiempo que tenemos juntas enfadada. No voy a dejar que nadie nos lo estropee. ¿Y tú?

Lana apoyó la frente contra la de Helen. —No. Pero cuando me mude, no pienso decirle a nadie adónde.

Helen se rio. —¿Ni siquiera a mí?

—A ti menos que a nadie.

—Te encontraré igual. Eres mi bengala, la que nunca se apaga.

36

Helen

—¿Puedo verte luego? Acabo esta sesión de fotos a las tres —dijo Lana.

Helen permanecía en su oficina, una mano en el bolsillo y la otra sujetando el teléfono contra la oreja mientras contemplaba el Empire State Building a lo lejos. Sin embargo, lo que la agobiaba era saber que saldría tarde del trabajo y no podría recoger a Katy del colegio ni llevarla a ballet como le había prometido. Ahora, además, tenía que decepcionar a Lana.

Suspiró mientras se alisaba las arrugas de la frente.

—Helen, ¿estás ahí? —preguntó Lana.

—Aquí estoy —dijo, y se volvió al oír que llamaban a la puerta de cristal. Su nuevo asistente, David, le sonrió.

Se esforzó por devolverle la sonrisa a pesar de que odiaba que la interrumpieran. —¿Qué? —preguntó.

—Su reunión es en cinco minutos.

—Retrásala diez minutos, gracias.

—Pero, señora Hales...

—Hazlo y punto.

—Claro, sí.

Cerró la puerta y Helen retomó la conversación con Lana. —Cariño, estoy hasta arriba. Me temo que voy a tener que quedarme hasta tarde.

—¿Hasta qué hora? Puedo esperar. Solo quiero verte. Tengo pizza.

Cenar quedaba descartado. —Será mucho después de la hora de cenar.

—¿A qué hora entonces? Da igual.

Helen volvió a suspirar. —Ese es el problema, que no lo sé. —Miró a su izquierda buscando el reloj que solía colgar allí, pero desde que Sheryl se había instalado durante un par de meses, lo había cambiado todo de sitio, incluido el reloj. Pequeñeces como esa la sacaban de quicio.

—Joder. —Miró el reloj de pulsera.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Lana.

—No, no es por ti. Alguien ha movido mi reloj.

—¿Eh?

—Tengo que dejarte. Ya te escribo o algo.

—¿Escribirme o algo? ¿No puedes al menos llamarme? ¿Es mucho pedir? Llevamos tres días sin vernos, cariño.

La presión acumulándose, una reunión de la que no podía escaquearse y la perspectiva de no ver a sus hijos ni a Lana en lo que quedaba de noche hicieron que estallara.

—¿Puedes darme un respiro, joder? ¿Es mucho pedir? Porque por lo visto te importan una mierda las cosas que tengo que hacer y que mi tiempo es limitado. ¿Qué coño quieres que haga? No, en serio, dímelo. Te escucho.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio absoluto.

—Mierda, joder. Lana, lo siento.

—No, la que lo siente soy yo —dijo Lana como si lo dijera de corazón—. No volveré a molestarte.

—Lana... —No pudo decir nada más antes de que Lana le colgara.

La llamó tres veces antes de darse por vencida y dejarle un mensaje de voz: —Lo siento, cariño. He estado superestresada estos días. No debería haberla pagado contigo. Por favor, llámame.

Nada más terminar la reunión, volvió a llamarla, pero no hubo respuesta.

—¿Puedes llamar a Lana Spisak, por favor? Es urgente —le dijo a David mientras volvían a su despacho por el pasillo.

No le sorprendió que David asomara la cabeza para decirle que no conseguía localizarla.

—Sigue intentándolo —dijo Helen, pero fue en vano.

Helen [Hoy 23:25]

¿Puedes contestarme, por favor? Esto es bastante infantil de tu parte.

Helen iba camino de casa cuando le envió otro mensaje a Lana. Esperó diez minutos y, al no recibir respuesta, bajó la mampara de privacidad y se dirigió a Briggs.

—Para en el apartamento de Lana Spisak. Solo serán diez minutos —dijo.

Nunca la había cuestionado, pero Helen podía ver los interrogantes en sus ojos. O quizás era su propia culpa. Pero no podía evitarlo. Necesitaba verla tanto como Lana había querido verla a ella, o incluso más.

Nunca se acostumbraría al olor de aquel ascensor. Tampoco sabía si llegaría a olvidarlo. Una vez fuera, respiró aliviada.

Plantada frente a su apartamento, llamó a la puerta y se preguntó si estaría allí o si habría salido con Kevin o quizás con otra persona. Aparte de lo cómico que había resultado su último encuentro, recordó a Mia diciendo: «Lo siento por ti». Por suerte, a Lana no pareció afectarle.

Volvió a llamar y no hubo respuesta. ¿Dónde estaba? Helen empezó a preocuparse y a impacientarse. Estuvo a punto de aporrear la puerta, pero decidió que no debía hacerlo. En su lugar, se alejó cabizbaja.

Ya casi en el ascensor, aguzó el oído al escuchar que Lana la llamaba por su nombre. El corazón se le paró un instante y se quedó sin aliento al ver a Lana en el umbral de la puerta, vestida únicamente con ropa interior negra y una camiseta blanca. Llevaba un moño despeinado en lo alto de la cabeza, tenía cara de sueño y estaba perfecta.

—Siento cómo me he comportado. Soy una imbécil de mierda. Pero eso ya lo sabes.

Lana frunció el ceño y agachó la cabeza.

—Eso es todo lo que tenía que decir. —Convencida de que no la había perdonado, Helen pulsó el botón del ascensor.

—Helen, espera.

Helen se volvió, y Lana corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos, abrazándola con todas sus fuerzas.

—Lo siento mucho —dijo Helen, y le besó la mejilla y el cuello.

—¿Has venido hasta aquí solo para decir eso? —preguntó Lana.

—No contestabas a mis llamadas ni a mis mensajes, así que vine.

Lana intentó besarla, pero Helen se apartó.

—No vuelvas a ignorarme así. ¿Me oyes?

—No lo haré. Te he echado de menos.

Lana volvió a abrazarla y empezó a besarle el cuello, la barbilla y la mandíbula. Si llegaba a los labios, Helen no sabría cómo resistirse.

—Yo también te he echado de menos. Muchísimo. No tienes ni idea.

Helen le sujetó la cabeza con una mano y con la otra la rodeó por la cintura.

—Estás en el pasillo en ropa interior —se rio Helen.

—Es culpa tuya. ¿Quieres pasar? —preguntó Lana.

—No —susurró Helen, pero todo en ella decía que sí: cómo le acariciaba los labios y se mordía los suyos tentada, cómo la agarraba del cuello de la camisa y la atraía hacia sí.

—Venga —insistió Lana.

Helen miró hacia el ascensor.

—Haré que merezca la pena y solo serán dos minutos.

Helen se lo pensó, ya húmeda hasta un punto sin retorno.

—¿Vas a hacerme correrme en dos minutos?

A Helen se le entornaron los ojos solo de pensarlo.

Entraron en el apartamento de Lana y cerraron la puerta. Helen iba a adentrarse, pero Lana la empujó con fuerza contra la puerta.

—Quítate los pantalones —le ordenó Lana.

Como una atleta dopada, Helen se desabrochó el cinturón, se bajó la cremallera y se quitó los pantalones junto con la ropa interior.

—He dicho los pantalones. Nada más. Vuelve a ponerte las bragas.

Helen dudó, pero obedeció al ver la mirada seria de Lana. Lo último que quería era que la hiciera esperar lo que su cuerpo ansiaba.

Lana la besó, y su lengua en la boca de Helen fue un anticipo de lo que estaba a punto de suceder. Le besó los pechos por encima de la ropa, se arrodilló y le besó el coño a través de las bragas, mordiéndolo, chupándolo y lamiéndolo.

—Oh, Dios —gimió Helen, echando la cabeza hacia atrás y agarrándose al pelo de Lana.

Cuando Lana por fin le bajó las bragas y le pasó la lengua por el coño, le separó los labios, le chupó y lamió el clítoris, a Helen le temblaron las piernas y no pudo contener unos gemidos fuertes y guturales.

—Fóllame —gimió, cada vez más fuerte, hasta alcanzar un crescendo mientras los dedos de Lana entraban y salían de ella sin dejar de chuparle el clítoris.

Pudieron ser dos minutos, más o menos. Daba igual, porque el orgasmo la transportó a otra dimensión, una donde nada importaba salvo ella y Lana. No podía creer que lo que Lana le hacía sentir fuera tan intenso que la había hecho llorar.

Se las secó deprisa e intentó recuperar el aliento. Lana se levantó y pegó su cuerpo al de Helen.

—No quieres que pueda salir de aquí, ¿es ese tu plan? ¿Secuestrarme y dejarme tan débil que no pueda moverme? —dijo Helen.

Lana se rio, pero la abrazó.

—Por favor, no me dejes.

—No voy a dejarte.

—Me tienes tan jodidamente enganchada. Y lo odio.

—Mañana nos vemos seguro. ¿Vale?

Helen la miró y le besó las lágrimas.

—Tengo unas ganas locas de pasar una noche contigo y despertarme a tu lado, como antes.

—Lo sé. Yo quiero...

Helen empezó a decir, temiendo que Lana supiera que quería dejarlo todo por ella. A veces se sentía idiota por estar tan estúpidamente enamorada.

—Yo también quiero eso —dijo en cambio.

Lana se rio como para cambiar de tema.

—Te dije que serían dos minutos —dijo, y ayudó a Helen a vestirse.

—Ojalá no tuviera que irme.

—Lo sé —dijo Lana—. Ve a darles un beso a Katy y a Emma.

Helen asintió, queriéndola aún más por cómo repetía sus propias palabras de que no podía esperar a besar a sus hijas.

—Y mañana te veo.

—Así será —dijo Helen.

***

Helen no sabía si Jeff estaba en casa cuando llegó. Saludó a su nueva niñera y le tocó el antebrazo con suavidad.

Tradicional, hogareña y con un aroma tan agradable como el de las flores frescas en primavera, Greta le recordaba a Helen a su hogar y a cuando estaba allí con sus padres al nacer Katy.

—¿Cómo están? —preguntó Helen.

—Llevan horas dormidas como troncos —dijo Greta, siguiendo a Helen hasta la cocina, donde Rafe estaba sentado con su iPad.

Al verla, se levantó.

—¿Ah, sí? —le dijo Helen a Greta, divertida pese a su agotamiento—. Qué bien.

—No necesitan hacer ejercicio, pero hicimos unos estiramientos antes del baño. Les ayuda a dormirse antes y mejor.

Helen se quitó el abrigo y lo dejó sobre un taburete negro.

—¿Emma se ha portado bien?

—Siempre —dijo Greta.

A Helen le bastó con ponerle cara de duda para que Greta soltara la verdad.

—Un poco pesada, pero nada que no pueda manejar. Es muy dulce cuando se porta bien.

—Lo es.

Rafe, con los dedos entrelazados sobre su abultado abdomen, preguntó:

—¿Qué le apetece cenar? Tengo algunas sugerencias.

—Puedes irte a casa, Rafe. Estoy bien —dijo Helen—. Tú también puedes acostarte, Greta.

—Que descanse —dijo Greta, y salió de la cocina.

—¿Estás segura? —preguntó Rafe.

—Comí comida china cutre en el trabajo y estaba buenísima —Helen le dedicó una sonrisa irónica.

Él se rio y se acercó mientras ella iba a servirse una copa.

—Siéntate —dijo él.

—Algo fuerte —pidió Helen—. Muy fuerte. Sin hielo.

—Sí, señora. ¿Día duro? —preguntó él.

Con setenta años, completamente canoso, bajo y fornido, la atendía a ella más que a Jeff, aunque era el chef personal de este desde que se había jubilado, hacía ya más de diez años.

De un modo u otro, siempre sabía cómo se sentía ella, qué necesitaba y cómo animarla. Solo tras volver de Guatemala y encargarse de todo sola se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos y de cuánto necesitaba su comprensión silenciosa y su sabiduría.

Él le preparó una copa y se la puso delante.

—¿Cómo está la señora Giordani? —preguntó Helen.

—Hoy también me preguntó por ti. Ya no puede pintar por la artritis. Pero está bien.

—Dale recuerdos de mi parte —Helen apuró la copa de un trago —. No siempre podemos dedicarnos a lo que amamos para siempre, ¿verdad?

—A veces sí. Cuando ya no podemos, aún nos quedan los recuerdos para disfrutar. Un pequeño truco: busca más de una cosa que sea tuya y que no te puedan quitar —le sirvió otra copa, y en ese momento entró Jeff.

—No la emborraches demasiado —dijo.

Llevaba un vaso de whisky vacío en la mano, y Helen supo que él también estaba bebiendo para olvidar un día difícil. Se le notaban las veinticuatro horas de agotamiento encima, y ella no pudo evitar sentirse culpable sabiendo que su mal día había terminado, que Lana se lo había llevado todo.

—Solo necesita relajarse, te lo aseguro —dijo Rafe.

—Buenas noches, Rafe —dijo él con tono cortante.

—Buenas noches, chicos —dijo Rafe, y se marchó.

Se frotó la nuca, apuró lo que quedaba de la copa y se levantó.

—Hoy ha sido una mierda —dijo Jeff.

—Ni me lo digas —pasó junto a él, ya sin ganas de hablar, pero él la detuvo.

—Y estás para comerte. ¿Adónde vas tan deprisa?

Estaba borracho, arrastraba las palabras y la agarraba con demasiada fuerza. Últimamente bebía más y estaba más distante que nunca. Ella sabía que había mencionado el caso de asesinato, pero no le contaba todo, aunque tampoco lo había hecho nunca. Aun así, ahora compartía mucho menos de lo habitual.

—Estoy cansada —dijo ella—. Y necesito darme un baño.

—Ya lo creo que lo necesitas. Se te está yendo el perfume —dijo con crueldad.

Intentó soltarse, pero él no la dejó.

—Es broma —dijo, con el pecho agitado, subiendo y bajando con fuerza, el aliento a alcohol quemándole a ella los ojos como si le echara fuego—. Hueles que alimentas. ¿Cuánto hace que no follamos? —le llevó la mano a la entrepierna, donde la tenía dura como una piedra.

—Tengo la regla. No sé, me acaba de bajar —dijo, sabiendo que eso le daba asco, que tampoco le interesaba mucho que se la chuparan y que menos aún era de los que devolvían el favor.

No sabía por qué, pero tenía miedo, porque él nunca le había mostrado ternura, solo exigencia. Era el niño de la familia rica entre las que ella había crecido. Estaba acostumbrado a salirse con la suya, y ella no conocía otra cosa que ceder ante él. En cierto modo, era lo que había aprendido y para lo que la habían criado.

—¿Cuánto tengo que esperar? —preguntó él. Este era su lado amable, todo menos amable, todopoderoso, omnipotente.

—Cinco días —dijo Helen, parpadeando despacio. Se zafó de él —. Voy a la ducha —dijo mientras huía y se desabrochaba la blusa. Lejos de él y a salvo en su cuarto de baño, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo, a solas con ella y su conciencia culpable. Y, sin embargo, lo único que quería era a Lana.

37
Helen

—Mamá, Emmy no para de pegarme —se quejó Katy.

Helen las miró a ambas por el espejo retrovisor mientras conducía. Se rascó la frente con una mano y, por costumbre, mantuvo la derecha en el volante aunque no hiciera falta.

—No, yo no —respondió Emma, y luego soltó una larga frase que ni el mejor lingüista habría podido descifrar.

—¡Que sí lo hizo! —gritó Katy.

—No, tú me pegaste primero —Emma hizo un puchero y se cruzó de brazos.

—Niñas, si no dejáis de pelear, me temo que no vamos a ir a la fiesta de cumpleaños del sobrino de la tía Sam el sábado —amenazó Helen. Ojalá faltaran cuatro sábados más para esa fiesta. Se había convertido en su excusa comodín cada vez que se portaban mal, y funcionaba de maravilla.

—Mamá, estás siendo mala e injusta —dijo Katy.

—¿Ah, sí, Katy? —preguntó Helen, girándose para mirarla—. Estoy al volante, y vosotras sois las que os portáis mal conmigo, gritando y chillando como dos mocosas.

—¡No, no es verdad! Katy... Katy... —tartamudeó Emma, volviendo a las andadas.

Helen intentó contener la risa ante el balbuceo de Emma.

—¡A callar! —gritó Helen, aunque sin tomárselo en serio.

Katy se dio cuenta y soltó una risita.

—Tú también, Katy. Cierra el pico.

—Ciérrale la boca a Emmy con cremallera y tira la llave, mami —dijo Katy.

—¡No! —protestó Emma, agarrando las manos de su madre mientras Helen fingía cerrarle una cremallera imaginaria en los labios —. ¡No! —gritó, nada divertida.

Helen se rio.

—Vale, cariño, no lo haré. Chicas, portaos bien. O si no...

Le sonó el teléfono y lo puso en altavoz.

—Hola, Lana. ¿Qué tal? —Helen se sonrojó y sonrió.

—He tenido un día de mierda total —soltó Lana.

—Eh, eh, eh. Para. Que mis hijas están en el coche.

—Lana ha dicho «mierda» —interrumpió Katy.

—Mierda, mierda, mierda —canturreó Emma mientras Katy se partía de risa.

—Chicas, basta —advirtió Helen.

—Qué vergüenza, lo siento muchísimo —se disculpó Lana—. De verdad que lo siento. No lo sabía.

—No pasa nada —dijo Helen.

—Mierda, mierda, mierda —siguió Emma.

—Emma, para ya, anda —se quejó Helen, mirándolas por el espejo—. Al menos a mí no me pueden echar la culpa. Katy parece que se acuerda muy bien de ti —le dijo a Lana, pero no obtuvo respuesta; ni siquiera oyó cuándo se cortó la llamada—. ¿Lana?

Nada.

—Mierda —susurró—. Siri, llama a Lana Spisak.

El teléfono sonó una vez antes de que Lana contestara.

—Hola —saludó Helen.

—Hola —la voz de Lana sonaba apagada y dolida.

—No te preocupes, ¿vale? A mí me hacen lo mismo.

Lana suspiró.

—¿Estás bien?

—No. ¿Puedes venir a verme? Por favor.

—¿Ahora? —Helen echó un vistazo a sus hijas por el retrovisor.

—Sí, ahora. ¿Sigo en altavoz?

Helen quitó el altavoz y se puso un AirPod en el oído izquierdo.

—Ya no.

—Ya sé que estás ocupada, pero de verdad que necesito verte. Muchísimo.

—Lana...

—¿Por favor?

Helen dudó.

—Es que las niñas están conmigo.

—Tráetelas. De verdad que no me importa. Bueno, si a ti no te importa.

Aunque le dolía ver a Lana así, Helen sonrió por cómo había dicho que no le importaba que las niñas estuvieran con ella.

—A mí desde luego que no. Te veo en veinte minutos.

Lana abrió la puerta con una sonrisa que Helen no esperaba ver, los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando. En ese instante, Helen quiso abrazarla y darle todo el consuelo que necesitaba, pero tenía las manos literalmente ocupadas: llevaba a Emma en el brazo derecho, con la cabeza apoyada en su hombro, y Katy le agarraba la mano izquierda.

Emma levantó la cabeza y soltó una risita al ver a Lana, como si hubiera visto algo gracioso, lo que hizo que Lana también se riera. Katy hizo lo mismo, y pronto las tres se reían sin motivo alguno.

—Hola —dijo Lana.

—Hola —respondió Helen, y Katy y Emma repitieron el saludo.

—¿Podemos pasar? —preguntó Helen.

—Claro, sí, pasad —dijo Lana, apartándose.

—Pasa, cariño —dijo Helen, empujando suavemente a Katy hacia dentro—. ¿Os acordáis de Lana?

—Sí, trabajaba contigo y os perdisteis en el mar —dijo Katy. Esa era la parte que siempre recordaba y la que más le fascinaba: que se habían perdido en el mar.

—Estuve con vuestra madre —dijo Lana—. Pero gracias a Dios salimos sanas y salvas.

—¿Daba miedo? —preguntó Katy.

—Fue muy, muy aterrador.

Helen sentó a Emma en el futón y escuchó a Katy y Lana, que parecían haber entablado una conversación rapidísima que fluía sin esfuerzo. Se rieron, y Helen levantó la cabeza hacia ellas.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó.

—Katy pregunta que si vimos sirenas.

—Cariño, las sirenas no existen —le recordó Helen—. Ya te lo dije.

—Vimos La Sirenita —interrumpió Emma, emocionadísima—, y Ariel estaba bajo el agua con la langosta, nadando y nadando cada vez más rápido.

Lana se rio.

—¿Ah, sí? —dijo.

—¿La has visto, Lana? —preguntó Katy.

—¿Cuál? —preguntó Lana.

Helen negó con la cabeza.

—Solo conocen la nueva de imagen real. Intenté que vieran la otra, pero no les interesa.

—Pues entonces —dijo Lana—, tengo que ver la nueva sin falta.

—Es increíble.

A Katy le brillaban los ojos mientras le contaba a Lana de la película. Mientras tanto, Lana le lanzó una mirada a Helen, sonriendo, con los ojos ya claros como si no hubieran estado enrojecidos minutos antes.

Compitiendo por la atención de Lana, Emma se puso de pie en el sofá y empezó a hablar sin parar de la langosta y otras cosas que nadie más entendía.

—¿Tenéis sed, chicas? —les preguntó Helen.

—¿Puedo tomar un poco de zumo, por favor? —dijo Emma.

—Yo también, por favor —añadió Katy.

—Genial, marchando el zumo —dijo Helen.

—¿Podemos ver la tele? —preguntaron.

—No tengo tele —dijo Lana—, pero sí tengo un portátil.

Lana colocó el portátil en el suelo, puso YouTube, y las niñas se sentaron en silencio mientras Katy buscaba lo que querían ver.

—¿Me estás tomando el pelo? —le dijo Lana a Helen mientras iban hacia la cocina.

—¿Qué?

—Son dos miniaturas tuyas. Y son monísimas.

Lana se llevó las manos al corazón.

—Actúan como si te conocieran de toda la vida. Si eso no es un flechazo, no sé qué es —dijo Helen.

—Yo siento lo mismo.

Lana abrió la nevera y sacó un cartón de zumo de manzana y otro de naranja.

Después de cerrar la puerta, Helen la abrazó y apoyó la cara contra su espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Helen.

—Ahora sí —dijo Lana, y cerró los ojos al sentir los labios de Helen en el cuello—. Dios. Muchas gracias por venir.

Se dio la vuelta y miró a Katy y Emma. Cuando vio lo concentradas que estaban con el portátil, le cogió la cara a Helen y la besó en los labios.

Parecía que no pensaba parar, pero Helen también lo necesitaba: sentir la lengua de Lana acariciando la suya, algo más reconfortante que cualquier otra cosa en los días que llevaban sin verse.

Metió las manos bajo la camiseta de Lana y le acarició el vientre de arriba abajo mientras Lana temblaba bajo su tacto.

Lana intentó rodearle el cuello con una mano y acercarla aún más, pero el zumo de manzana se cayó, y sabiendo que las niñas lo oirían, se separaron.

—Uy —dijo Lana cuando las vio mirando. Sin aliento por el beso de Helen, logró reírse—. Qué torpe soy.

Se volvió hacia Helen, un poco avergonzada.

—Tú lleva esto, yo traigo los vasos.

—Entendido.

Helen fue hacia ellas y se sentó.

—¿Qué estáis viendo, chicas?

—Cocomelon —respondió Katy.

Helen le acarició el pelo y se lo besó justo cuando Lana llegó con dos vasos y un plato de galletas.

Se sentó al lado de Helen y la miró a los ojos.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. De verdad.

—Yo también —dijo Helen, devolviéndole la mirada.

—Lana, mira —gritó Emma, tirándole de la mano—. La Araña.

—La Araña Pequeñita —corrigió Katy.

—La Araña Pequeñita. Ven —dijo Emma, y Lana se sentó en el suelo con ellas.

Helen cogió una galleta y le dio un pequeño mordisco; se le calentaba el corazón al ver la facilidad con la que habían conectado. Y Lana, qué dulce y buena era con ellas, cómo se reían y se sentaban encima de ella, y cómo le giraban la cabeza cada vez que consideraban que debía prestarles atención solo a ellas.

Helen echó la cabeza hacia atrás y se quedó dormida plácidamente. Cuando se despertó, lo primero que buscó fue a sus hijas. No estaban allí, pero el portátil estaba en el suelo junto con la

cámara de Lana y el mando de la consola, como si los hubieran tirado. Emma tenía que ser la culpable. Froot Loops, Cheerios, pretzels y otras chuches estaban esparcidos por el suelo. Menudo desastre. ¿Y cuánto tiempo había dormido?

Oyó risitas, se incorporó y vio a las tres en la cocina, cuchara en mano.

Pensó que no podía enamorarse más de Lana de lo que ya estaba, pero cuando entró y las vio comiendo fideos ramen, con Emma botando feliz sobre los muslos de Lana y Katy sentada en la mesa junto a ellas mientras balanceaba los piececitos, Helen se enamoró aún más de ella.

—¿No estoy invitada a cenar? —preguntó.

Las tres giraron la cabeza hacia ella.

—¡Mami! —gritó Emma.

—Hola, cariño —dijo Helen.

—¿Invitamos a la Bella Durmiente, chicas? —preguntó Lana.

—¡Claro que sí! —dijo Katy.

Lana se rio.

—Estás invitada. Y te guardé un poco. Además, le eché unos huevos como el chef Rafe.

Lana abrió mucho los ojos y frunció los labios con aire de superioridad.

—Vaya, gracias, Lana —dijo Helen mientras se sentaba, ignorando sus burlas.

—Es lo mejor, mamá. Te va a encantar —dijo Katy.

—Toma el resto del mío. Todavía está caliente. —Lana deslizó su bol hacia Helen.

—Gracias. —Enrolló unos fideos en el tenedor y probó—. Mm, está genial. Pero ¿por qué lleva salsa picante?

—Porque a mí me gusta —dijo Lana.

—¿A ti te gusta, Em? —preguntó Helen, pero Emma estaba demasiado ocupada cogiendo fideos con los dedos—. No me puedo creer que haya dormido tanto.

—Necesitabas descansar —dijo Lana—. Les dije que no hicieran ruido para que no te despertaras.

—¿Y te hicieron caso?

—Más o menos.

—Estoy impresionada. Y se lo han pasado muy bien —observó Helen.

—Así es. ¿Qué vimos, chicas?

—¡La Sirenita! —cantaron al unísono.

—Están obsesionadas.

—Ya lo sé —se rio Helen—. La he visto más de diez veces y te juro que me sé todos los diálogos.

—Que conste que yo también me lo he pasado muy bien.

—Ya lo veo —dijo Helen—. Tu piso, normalmente tan impecable, ahora es una auténtica pocilga.

Helen miró el reloj: era casi la hora de acostar a las niñas. Vio cómo la expresión de Lana se tornaba triste de repente, aunque seguía sonriendo.

Al instante, a Helen se le llenaron los ojos de lágrimas, consciente de que tenía que dejarla.

—Es la hora. Lo sé —dijo Lana, y hundió la cara en el pelo de Emma—. ¿Sabes que es la primera vez que huelo ese olor a bebé del que habla todo el mundo? Es precioso, joder.

—¡Lana ha dicho joder! —gritó Emma.

—Bueno, niñas, hora de irse. Vamos a ayudar a Lana a recoger. Venga, venga. —Helen dio unas palmadas para cambiar de tema.

—Perdona —articuló Lana sin emitir sonido.

Helen sonrió y empezó a recoger la mesa.

—Katy, cariño, trae los vasos de la mesa del salón.

—Yo también. Quiero ayudar —dijo Emma.

—¿Sí? Pues vamos —dijo Lana, y la llevó volando como un avión hasta el salón—. Helen, te está sonando el móvil. —Dejó que Emma lo cogiera de la mesa y la llevó volando de vuelta hasta Helen.

—¿Diga? —respondió Helen al coger el teléfono de las manitas de Emma.

—¿Es usted Helen Hales?

—Sí, soy yo. —Helen se alejó del parloteo de sus hijas y de Lana. La voz femenina al otro lado era seria y cortante.

—La tengo registrada como contacto de emergencia de Samantha Justice Wilkins.

Helen apenas recordaba cómo había seguido la conversación a partir de ahí. Lo único que sabía era que Sam había tenido un accidente de coche y que tenía que ir.

—¿Está bien? —preguntó Helen.

—Señora, tiene que venir.

—Voy para allá.

Se le desencajó el rostro y no podía moverse. La muerte era lo único que le venía a la mente, porque ¿por qué no le habían dicho cómo estaba Sam?

—¿Helen? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó Lana mientras dejaba a Emma en el suelo—. ¿Necesitas sentarte?

—No. —Helen tenía la mirada perdida y devastada. Sus pensamientos eran un caos, pero logró mantenerse entera—. Es Sam. Ha tenido un accidente de coche. Tengo que ir.

—Dios mío. ¿Está bien?

—No lo sé. —Confusa, Helen se quedó paralizada; luego miró a sus hijas—. Tengo que llevarlas a casa, o llamar a Jeff, o... a alguien.

—Déjalas conmigo.

—Puedo llamar a Briggs para que las lleve a casa.

—Helen, por favor. Quiero que se queden.

Helen se sorbió la nariz.

—¿Estás segura?

—Sí. Yo me encargo.

Sin pensar que sus hijas estaban justo ahí, Helen besó a Lana en los labios y se ajustó la bufanda.

Se arrodilló frente a Katy y Emma.

—Niñas, mamá tiene que irse un ratito. Vuelvo enseguida, ¿vale?

—¿Adónde vas? —preguntó Katy.

—Voy a ayudar a la tía Sam. Me necesita mucho. Quedaos con Lana, y si tardo mucho, os llamo, ¿vale? Os lo prometo. —Abrazó a Katy y besó a Emma en la cabeza antes de dirigirse a la puerta.

—¡Mami! —gritó Emma al darse cuenta de lo que pasaba. Corrió hacia Helen, que la cogió en brazos—. Ay, cariño. Ve a jugar con Katy y Lana. Volveré lo antes que pueda. —Helen sonrió entre lágrimas—. ¿Vale?

—No.

—Tengo que irme, pero vuelvo. ¿Vale?

Helen se la pasó a Lana, y Emma se dejó coger sin resistirse, apoyando la cabeza en el hueco del cuello de Lana.

—Gracias, Lana. Si llora, es que está cansada o tiene hambre. Dale un poco de fruta o algo.

—Claro, ve.

38

Helen

LAS PEORES IMÁGENES que solo las pesadillas podían conjurar invadieron la mente de Helen mientras corría hacia la habitación de Sam. No esperó a que el médico le explicara del todo la situación, y en cuanto oyó que estaría bien, salió disparada hacia allí.

Un cráneo destrozado, media cara desaparecida, huesos rotos: eso era lo que Helen se imaginaba. Pero al entrar en la habitación, encontró a Sam sentada en la cama con las piernas cruzadas, garabateando en la tablilla del hospital.

—Helen, estás aquí.

Sam apenas levantó la vista un instante antes de volver a escribir, con trazos que parecían más los garabatos de un niño en un libro para colorear.

—Oh, Sam.

Helen se sentó a su lado y la abrazó. Solo entonces rompió a llorar, abrumada por todo lo ocurrido.

—Pensé que estabas destrozada. Pensé que había perdido a mi mejor amiga —sollozó.

—Helen, estoy bien. Venga, cálmate —dijo Sam.

Pero Helen no podía. Todavía no. No quería imaginar cómo sería todo sin la persona con quien había compartido casi todo durante más de la mitad de su vida. Ahora la culpa la invadía como un hongo: la culpa de no habérselo contado todo, de estar viviendo una doble vida que podía hacer daño a Jeff, de estar haciéndole daño también a Lana.

—Estoy bien. No hace falta que te pongas tan... —dijo Sam.

Helen la soltó.

—¿Tan qué? ¿Lo dices en serio?

Y le dio un empujón en el hombro.

—Ay, llamaré a seguridad. ¿Qué haces?

—¿Que qué hago? Sam, estaba muerta de miedo. Pensé que estabas muerta o muriéndote.

—No lo estoy, como puedes ver. Les dije a esos cabrones que no te alarmaran.

—Pues lo hicieron —dijo Helen, sujetándola por los hombros para mirarla bien. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada algo perdida, pero aun así irradiaba vitalidad.

—Seguro que tienes una conmoción cerebral.

—Una leve.

—¿Qué pasó?

—No me acuerdo —Sam se rio—. Solo sé que me dieron por detrás, el coche se me fue y choqué contra otro, y a partir de ahí todo en blanco. Por lo menos el coche no quedó siniestro total.

—Al menos estás viva y todas las pruebas han salido bien.

—Gracias por venir, Helen —dijo Sam, hojeando distraídamente los papeles de la tablilla.

—¿Te saco de aquí?

—Dios, no. No pienso moverme de esta cama hasta que lo suelte todo. Llevaba semanas estreñida creativamente. Esto ha pasado y me ha sacudido por completo. Estoy escribiendo como una posesa. Como si tuviera que pasar. Ya llevo dos capítulos, que ya es decir.

—Me alegro de que por fin hayas superado el bloqueo, Sam —dijo Helen, aunque su mente estaba en Katy, Emma y Lana. ¿Estaría Emma llorando? ¿Estaría Katy dando guerra? ¿Le estarían dando a Lana la lata que solían dar?

—¿Tienes que irte? Pareces ausente.

—No, todo bien. Es que las cosas están un poco patas arriba ahora mismo. He dejado a Katy y Emma con alguien y...

—¿Alguien? ¿Quién? —preguntó Sam.

Cuando Sam dejó el bolígrafo y la tablilla para prestarle atención, Helen supo que tenía que decir la verdad, igual que Sam siempre se la decía a ella pasara lo que pasara. Cerró los ojos con fuerza.

—¿Con quién has dejado a Katy y Emma?

—Con Lana.

—¿Lana Spisak? ¿Y eso cómo ha sido?

Helen se quedó sin palabras. No quería mentir, pero tampoco quería admitir que llevaban dos meses viéndose, que no podían separarse, que Lana ocupaba cada uno de sus pensamientos.

—¿Helen?

Helen vio cómo la expresión de Sam pasaba de interrogante a confusa, y luego a la comprensión. Arqueó las cejas al máximo y se le desencajó la mandíbula.

—¿Cómo coño ha pasado eso? ¿Pero qué coño?

Helen se tapó la cara con las manos.

—No lo sé. Simplemente... Empezó en la isla. Estábamos solas y nos fuimos acercando. Cada vez más. Y ahora estamos tan unidas que no podemos separarnos.

Sam se quedó muda.

—Créeme, intenté parar. O sea, paramos, pero luego volvimos a vernos. Es como si no supiera vivir sin ella. Pero no quiero perder a Jeff ni hacerle daño a ella, y...

—Helen, mírame.

Sam le cogió las manos, y Helen alzó hacia ella unos ojos llenos de culpa.

—Cálmate.

Helen sollozó y Sam la abrazó.

—Lo siento —se disculpó Helen.

—No pasa nada.

—Sí pasa —dijo Helen.

—¿La quieres? —preguntó Sam.

Sin dudarlo, Helen asintió.

—Sí, la quiero, y esto no va a parar. Nada puede cambiar eso.

—Joder, eso es muy fuerte.

—Nunca pensé que algo así pudiera pasarme —dijo Helen entre lágrimas, esperando que Sam dijera algo, pero Sam seguía en estado de shock—. Piensas que soy horrible por haberle engañado.

—Él también fue horrible por engañarte.

—O sea que sí piensas que soy horrible.

—Dos males no hacen un bien, Helen. Pero creo que estabas en una situación excepcional y encontraste algo excepcional.

—Es tan especial. Amable, inteligente, ambiciosa —dijo Helen, emocionada—. Y me hace querer...

—¿Quieres qué?

—Me hace querer destrozar mi vida por ella. Es todo lo que quiero. Es todo en lo que puedo pensar. Es lo único que me hace completamente feliz —dijo Helen. Por fin sintió que el peso se le quitaba del pecho y pudo respirar con más facilidad, aunque el miedo le recorría las venas.

—Estás loca por ella. Nunca te había visto así. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué pasa con Jeff? ¿Vas a divorciarte?

Sam estaba haciendo todas las preguntas que Helen había evitado durante demasiado tiempo.

—No lo sé. Simplemente no puedo dejarla —dijo Helen—. No sabría cómo hacerlo.

Se quedaron allí sentadas unos minutos en silencio. Sam había dejado de escribir y jugueteaba pensativamente con el bolígrafo entre las manos.

—Decidas lo que decidas —dijo—, estoy aquí para ti. Y solo quiero que seas feliz. Te lo mereces. Lo sabes, ¿verdad?

Helen tomó las manos de Sam entre las suyas.

—Lo sé. ¿Podemos sacarte de aquí ya, por favor?

Cuando Helen entró por la puerta principal, Emma volvía a estar dormida en sus brazos y Katy se aferraba a sus pantalones mientras caminaban. Helen sabía que estaban agotadas. Hacía mucho que había pasado su hora de acostarse, y cuando había vuelto al apartamento de Lana, las tres estaban en la cama dormidas como troncos: Lana en el medio y cada niña con la cabeza apoyada en uno de sus hombros.

—Vamos a cambiar a Emma y luego nos ocuparemos de acostarte —dijo Helen mientras le daba el bolso a Greta, que había salido a recibirla.

—¿Quiere que la coja yo? —preguntó Greta, y extendió los brazos hacia Emma.

—No, está bien. Puedes irte a la cama.

Helen fue a la habitación de Emma, la puso en el cambiador y le quitó los pantalones.

—Hola —dijo Jeff, apoyado en el marco de la puerta mientras las observaba.

—¡Papi! —Katy corrió hacia él y lo abrazó antes de volver con Helen.

—¿Para qué está Greta aquí si no la dejas hacer su trabajo? —preguntó él.

—¿Perdona? —Helen estaba estupefacta—. ¿Es un crimen que disfrute cuidando de mis hijas? —Sonrió a pesar de todo, pero frunció el ceño al ver la atrocidad que envolvía las partes íntimas de Emma. Parecía un pañal hecho con una camiseta blanca.

—¿Qué demonios estoy viendo? —se dijo a sí misma.

Katy se rio.

—Lo hizo Lana —dijo.

Helen se quedó completamente inmóvil y se le erizó el vello de la nuca al oír a Katy mencionar a Lana. No había pensado en que sus hijas bocazas pudieran irse de la lengua y mencionarla delante de Jeff.

—¿Ah, sí? —preguntó Helen. Era evidente que Lana no había cambiado un pañal en su vida, pero Helen debería haberlo imaginado, dado que le había dicho que nunca había olido a un bebé.

—Sí, no creo que supiera lo que estaba haciendo. Y Emmy no paraba quieta —se rio Katy.

—¿Emma hizo caca?

—No, hizo pipí.

Helen miró a Jeff de reojo mientras él se acercaba lentamente.

Jeff la dejó terminar de cambiar a Emma y luego preguntó:

—¿Estuviste en casa de Lana?

Helen se frotó la frente y cogió a Emma del cambiador.

—Eh, sí. Tenía una reunión con ella...

—¿Con las niñas? —la interrumpió.

—Era el único momento en que podía quedar con ella. Y luego recibí la llamada del hospital por lo de Sam. —Dejó a Emma en la cuna—. Y se ofreció a quedarse con ellas mientras yo salía corriendo. Le pagué, por supuesto —se rio, y acto seguido se maldijo por haber dicho eso último.

Cogió a Katy en brazos sin acercarse a Jeff.

—Cuando llamé, dijiste que estaban en casa de una amiga. Di por hecho que era Caroline, la del trabajo —dijo él. Frunció el ceño con gesto teatral, para pillarla en una mentira y no dejarla escapar.

Las ventajas de estar casada con un abogado—. No sabía que tú y esa chica siguierais trabajando juntas o en contacto.

—Ya no. Estaba pensando en volver a contratarla para un proyecto que tengo entre manos. Ahora mismo está sin trabajo, así que íbamos a quedar para hablarlo.

—¿En su casa? —preguntó él mientras iban hacia la habitación de Katy.

—En un restaurante. Como puedes ver, al final no quedamos —dijo Helen. No lo miró, y cuando dejó a Katy en el suelo y la niña corrió a su habitación, Jeff la agarró del brazo. Helen se quedó rígida.

—Solo recuerda —dijo entre dientes— que ya no estás en esa puta isla. Y recuerda quién cojones te hizo lo que eres.

—Quítame las putas manos de encima —dijo Helen, y se apartó, herida, culpable y amenazada.

—¿Mami? —dijo Katy, que estaba allí de pie, mirándolos.

—Cariño, no pasa nada —dijo Helen, y entró en la habitación—. Vamos a cambiarte y a lavarte los dientes.

Helen se dio la vuelta y él ya no estaba.

39

Lana

LANA NO PODÍA dejar de mirar a Helen, sentada frente a ella en el pequeño bar de mala muerte a dos pasos de su apartamento. No podía creer que hubiera conseguido convencer a Helen de salir con ella en público, y mucho menos a un bar. Era algo que nunca habían hecho, y sabiendo lo escéptica que era Helen, Lana se sentía triunfante.

—Tenías razón —dijo Helen—. Este sándwich es excepcional.

—Te lo dije —respondió Lana mientras Helen daba el último bocado al sándwich de cerdo desmenuzado y se lo bajaba con cerveza fría.

—¿Quieres otro?

Helen abrió los ojos de par en par.

—Sé que como mucho, pero no soy tan glotona, cariño.

Lana se rio.

—Qué boba eres. Me refería a si quieres otra cerveza.

—Bueno, en ese caso, claro.

Lana hizo un gesto al camarero para pedir dos cervezas más y volvió a mirar a Helen. Los ojos de esta recorrían el local: una pareja en la pista de baile, otros sentados en reservados, amigos jugando al billar. Y había una melancolía en su mirada. Lana giró el taburete de Helen para quedar frente a frente.

—Oye —dijo Lana—. Sea lo que sea que estés pensando, para. No pienses, ¿vale? Solo quédate aquí conmigo y olvida todo lo demás. ¿Puedes hacer eso?

—En realidad estoy pensando en nosotras cuando estábamos todas en tu apartamento.

Lana se sonrojó.

—He estado pensando en eso más de lo que nunca sabrás. Echo de menos a Emmy y a Katy mucho más de lo que esperaba. Después de que te fueras, todavía podía sentir sus cabecitas en mis brazos —Lana se rio y se frotó los hombros.

Helen, sin embargo, se había puesto seria.

—No puedo imaginar lo que pasaste cuando estuviste lejos de ellas —dijo Lana—. Creo que ahora lo entiendo.

Helen asintió mientras la estudiaba.

—Se lo conté a mi mejor amiga.

—¿Sam?

—Sí, sobre nosotras.

—¿Qué le dijiste? Porque yo se lo había contado a mi ex, a mi mejor amiga, a mamá, a mi hermana y a mi hermano.

—¿Contarles qué? —preguntó Helen, aunque el brillo de sus ojos decía que ya lo sabía.

—Que encontré a la mujer de mis sueños y quiero pasar el resto de mi vida con ella.

—Tienes veinticuatro años. ¿Siquiera sabes lo que dices?

—Sé lo que quiero. Eso no va a cambiar nunca —dijo Lana—. Te amo a los veinticuatro y te amaré a los ciento cuatro.

—Yo también te amo. Siempre te amaré.

El camarero volvió con dos cervezas y las dejó sobre posavasos frente a ellas. Lana dio un sorbo a la suya mientras Helen bebía un largo trago.

Lana se rio.

—No te vas a emborrachar, ¿verdad?

—Esta es mi tercera, así que ya estoy achispada —Helen soltó una risita y luego se quedó callada—. Acabo de tener un déjà vu. ¿O será que acabo de recordar cuando estábamos en la isla y me preguntaste lo mismo?

—Lo recuerdo —dijo Lana—. Fue cuando encontré los restos del avión y el alcohol.

—Sí.

Se miraron, los recuerdos siempre frescos y dulces como si todo aquello hubiera ocurrido apenas unas horas antes.

—Siempre intento aferrarme a esos recuerdos y mantenerlos vivos. No quiero olvidarlos nunca —dijo Helen.

—Yo nunca lo haré —Lana extendió la mano hacia la de Helen sobre la barra y le rozó los dedos.

Helen le tomó la mano, se la besó y se la frotó contra la mejilla. Sonrió con coquetería.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó.

—Lo que sea, cariño.

—Quiero tus dedos dentro de mí.

Lana se excitó al instante y se removió en el taburete negro para acercarse más a ella.

—Tanto —continuó Helen—. Como ahora mismo.

Lana le acarició el rostro, se inclinó hacia ella y le susurró contra los labios:

—¿Ah, sí?

Nunca había estado tan cerca de nadie, nunca había mirado tan profundamente a los ojos de otra persona.

—Sí —susurró Helen con aliento fresco—. Pero me conformaré con tu lengua en mi boca.

Lana le mordisqueó el labio inferior y luego deslizó la punta de la lengua en su boca mientras la besaba.

—Estás tan buena —dijo, y deslizó una mano por el muslo de Helen. Notó que esta se echaba hacia atrás, pero no se detuvo y subió lentamente la mano por el vestido negro hasta tocarla entre las piernas.

Helen se estremeció, le agarró la muñeca y le apartó la mano, que estaba llegando mucho más lejos de lo que pensaba permitir.

—Nadie va a ver —dijo Lana—. Puedo follarte aquí mismo y hacerte correr.

Sonrió con ojos seguros de sí mismos y volvió a meter la mano bajo la falda de Helen con descaro.

—Estás loca —Helen se apartó, se pasó la mano por el pelo, dio otro trago de cerveza y la miró fijamente.

—¿Qué?

—¿Ibas a hacerlo? —preguntó Helen.

—¿Quieres ver si lo haría?

Helen se rio. Lana le tocó el rostro y los labios, que estaban húmedos y fríos por la bebida. Le pasó los dedos por el cuello, luego por el pecho, entre los senos.

—¿Volvemos a mi apartamento? —preguntó Lana.

—Deberíamos —dijo Helen—. Solo necesito ir al baño primero.

—No tardes —dijo Lana mientras Helen se levantaba del taburete y se alejaba. Lana se dio la vuelta y la siguió con la mirada mientras se abría paso entre la pequeña multitud hacia el baño, con ese trasero sexy balanceándose seductoramente de izquierda a derecha.

Antes de doblar la esquina, Helen la miró, y Lana lo interpretó como una clara invitación. La siguió y abrió la puerta justo a tiempo de verla entrar en un cubículo.

Helen no dijo nada cuando vio a Lana meter las manos bajo el dispensador de jabón. Como si se comunicaran sin palabras, Helen cerró la puerta del baño pero no echó el pestillo.

Después de lavarse las manos, Lana abrió la puerta y entró. Helen se abalanzó sobre ella en cuanto cerró con llave: la agarró y le plantó un beso intenso en los labios.

Lana la empujó contra la puerta y, sin perder un segundo, le subió el vestido y le bajó la ropa interior.

—No podías esperar, ¿verdad? —dijo Lana mientras le chupaba el cuello y le bajaba la cremallera del vestido para deslizárselo del hombro y alcanzar el dulce néctar de sus pechos generosos.

Helen gimió con fuerza mientras la boca ardiente de Lana devoraba su pezón erecto y los dedos de Lana jugueteaban con su clítoris húmedo.

Con un movimiento rápido, Lana hizo girar a Helen hacia el inodoro. Helen apoyó las manos sobre la tapa cerrada y jadeó con fuerza cuando los dedos de Lana la penetraron por detrás.

Helen estaba tan mojada y resbaladiza que los dedos de Lana entraban y salían de ella sin esfuerzo. Apoyó la mejilla contra la espalda de Helen y cerró los ojos mientras follaba a la mujer que amaba. Habría mentido si dijera que estar en aquel espacio cerrado no hacía que el sexo fuera mucho mejor, más sucio y más caliente, pero al mismo tiempo sabía que todo se debía a que era Helen.

Cuando sintió que Helen se contraía alrededor de sus dedos, se desabrochó torpemente los vaqueros para tener el placer de correrse a la vez que ella, pero era demasiado tarde. Helen ya se había corrido y se tapaba la boca para ahogar un gemido.

Helen se giró hacia ella con el sudor brillándole en la frente. La besó, la empujó contra la pared, le bajó la cremallera de los vaqueros y le metió la mano en la ropa interior.

Lana le rodeó la cintura con la pierna derecha y se estremeció al sentir a Helen dentro de ella.

—Joder —gruñó, y se aferró al cuello de Helen para no perder el equilibrio mientras ella le hacía el amor. Nunca había sido tan brusca, pero Lana lo deseaba. Empujó los dedos de Helen más adentro y se movió arriba y abajo, sin importarle el ruido que hacían ni que había oído abrirse la puerta del baño solo unos segundos antes. No paró hasta correrse; ya pensaría en las consecuencias después.

Alguien llamó a la puerta del cubículo. Lana estaba demasiado agotada para responder, así que Helen contestó.

—¡Salgo enseguida! ¡Perdón!

Se miraron y estallaron en risas ahogadas. Se vistieron a toda prisa y abrieron la puerta. Fuera las esperaba una señora de la limpieza. La expresión de desaprobación de aquella mujer mayor, con su fregona y su cubo, hizo que Lana se sintiera como si hubiera vuelto al instituto.

—Se le había atascado la cremallera —explicó Lana—. La estaba ayudando.

—Pensé que había gente peleándose ahí dentro —dijo la señora con voz aguda y condescendiente.

Se quedaron lavándose las manos, y en cuanto cruzaron la mirada, empezaron a reírse sin control como dos niñas. Lana tomó a Helen de la mano y salieron del baño entre risitas, de regreso al bar.

—¿Eso acaba de pasar? —preguntó Helen, radiante.

—Joder que sí —dijo Lana con la emoción pintada en la cara—. Y fue increíble. —La sujetó por la cintura y la meció de lado a lado, bailando.

—Lo fue —dijo Helen, rodeándole el cuello con los brazos y con la cara hundida en su hombro mientras bailaban una canción lenta.

—Te quiero —dijo Lana sorbiendo por la nariz, con las emociones a flor de piel—. Quiero hacer esto siempre.

—Yo también —dijo Helen, y la abrazó.

—Entonces hazlo. —Lana la estrechó con más fuerza—. Déjalo por mí. Déjalo y quédate conmigo. Di que sí. —Sintió que Helen se ponía rígida, y notó cómo se le aceleraban el pulso y la respiración.

Miró a Helen e intentó mantener una expresión serena, pero sus ojos suplicaban.

—Te quiero más que a él y más que a nadie. Déjalo por mí. Por favor.

—Quiero hacerlo —dijo Helen—. Es lo único que quiero.

Volvió a abrazarla, ocultando el miedo y la vergüenza por lo que le había pedido. Llevaba días y días dándole vueltas. No podía quitarse de la cabeza la idea de estar solo con Helen y que Helen estuviera solo con ella. Y ahora que Helen confirmaba que quería lo mismo, el dolor empezaba a aliviarse. Sin embargo, querer y actuar eran dos cosas completamente distintas.

40

Lana

LANA ESTABA SENTADA con las piernas cruzadas en el suelo de su dormitorio, frente a la maleta a medio hacer, observando a Helen dormir en la cama. Las últimas dos semanas, desde aquella noche en el bar en que le hizo a Helen la pregunta que cambiaría sus vidas, habían sido difíciles y estresantes.

Habían discutido por ello, y una vez, cuando la cosa se puso demasiado tensa y dolorosa, apenas volvieron a hablar del tema. Cuando Lana volvió a sacarlo, Helen le sugirió que lo hablaran después de descansar un poco. Eso fue hace tres días, y desde entonces Lana había andado con el ánimo por los suelos.

Ahora, dobló una camisa, la colocó con cuidado en la maleta y volvió a mirar a Helen, que roncaba suavemente con los labios entreabiertos.

Cuando Helen llegó al apartamento hacía cosa de media hora, parecía agotada, quemada y cabreada por algo del trabajo. Lo primero que hizo Lana fue abrazarla y preguntarle si estaba bien.

—No. Para empezar, te vas esta noche —había dicho Helen, y se ofreció a ayudarla a hacer la maleta, pero antes quiso hacer el amor, y después, sin esfuerzo, cayó dormida en cuestión de minutos.

Lana sonrió al verla tan serena y hermosa, y al pensar en cuánto la amaba y la deseaba.

—¿Helen? —dijo en voz baja, sin intención de despertarla realmente. Se levantó en silencio, cogió su Leica y se sentó a los pies de la cama para hacerle unas fotos.

Le colocó el pelo sobre el hombro y le apartó los mechones sueltos de la cara. Luego bajó un poco el edredón para dejar al descubierto el escote y el nacimiento del pezón rosado.

Le hizo varias fotos así antes de descubrirle los pechos del todo. Hizo una más justo antes de que Helen se moviera.

Le puso la mano con firmeza en el muslo para que no se moviera. —No te muevas —dijo.

—¿Qué haces? —Helen estaba un poco nerviosa.

—Solo te estoy haciendo unas fotos, si no te importa. —Lana se llevó la cámara a la cara y disparó la foto perfecta—. ¿Te importa?

Helen se puso seria y algo recelosa al verse el pecho al descubierto.

—¿Puedo? —volvió a preguntar Lana—. Te las mando y así ves lo preciosa que eres.

Helen meneó la cabeza. —Vale.

Lana bajó con suavidad el edredón blanco, dejando al descubierto el cuerpo desnudo y curvilíneo de Helen. Disfrutó haciéndole fotos, y luego le pasó la mano despacio por el muslo. Le abrió las piernas y le hizo una foto del coño cubierto de vello negro y fino. Le deslizó el dedo arriba y abajo entre los pliegues hasta que Helen se humedeció.

Le hizo una foto así, y luego se tumbó boca abajo frente a ella. —Ábrete esos labios tan dulces.

Con el cuerpo lánguido de deseo, Helen bajó la mirada hacia Lana, pero no obedeció.

—¿Quieres que te lo coma? —preguntó Lana, asomándose por detrás de la cámara—. ¿Quieres que te lo chupe hasta que te corras? ¿Eso es lo que quieres?

Helen se estremeció visiblemente; el clítoris le latía como un pequeño corazón. —Sí, por favor.

—Entonces haz lo que te digo —dijo Lana.

Mientras Helen se deslizaba las manos por el vientre hasta el sexo, Lana disparaba sin parar.

—Ábreme más las piernas.

Lana se relamió mientras Helen obedecía. Excitada hasta perder el control, con la boca haciéndosele agua por probarla, dejó la cámara y se dio un festín con aquel coño caliente y empapado.

—¡Sí! ¡Sí! Por favor, no pares —gritó Helen.

Lana podría haberla llevado al borde y hacerla suplicar, pero de algún modo no podía dejar de hacerle el amor. En cuanto Helen se corrió, se subió encima de ella, y con el más mínimo roce de sus sexos, Lana tuvo un orgasmo, la cara contorsionada, los ojos en blanco, convulsionando.

—¿Tan rápido? —le dijo Helen cuando terminó.

Lana se puso colorada y se rio. —Ha sido tan, tan, tan bueno —dijo—. Tan fácil. —Apoyó la cabeza entre los pechos de Helen—. ¿Siempre será así de increíble?

—Creo que sí —dijo Helen, y miró la maleta de Lana con nostalgia—. Ojalá no tuvieras que irte.

—Es mi trabajo. Y va a haber un montón de famosos en esa boda. Todavía no me creo que me hayan contratado.

—Lo sé, cariño. Será genial. ¿Cuánto tiempo dijiste que necesitas quedarte?

—Una semana. Puede que necesite quedarme dos. Luego a lo mejor visito a Francis y a mamá otra semana o dos. No lo sé.

—Joder, eso podría ser un mes o más. ¿Seguro que tienes que irte a las once?

—Sí, Helen, eso es lo que te dije —respondió Lana, un poco molesta; la frustración también se estaba apoderando de ella.

Helen suspiró. —Por favor, no te enfades conmigo.

—Lo siento.

Helen le besó el pelo. —Te he comprado algo para la boda.

—¿Qué? No —se quejó Lana—. Dije que nada de regalos.

—No es un regalo. —Helen se estiró por encima de ella hasta la mesita de noche y cogió el bolso.

—Entonces, si no es un regalo, ¿qué es?

—Un detalle. —Sacó una cajita cuadrada de cuero rojo.

—Ah, un detalle. Qué bien. ¿Como una joya artesanal de madera?

—Para. —Helen estaba seria.

Al ver lo nerviosa que estaba Helen, Lana se disculpó. —Vale, a ver.

Helen abrió la caja y una pulsera de Cartier de oro blanco con diamantes, que probablemente costaba más de lo que Lana tenía a su nombre, le dejó sin aliento. Soltó un jadeo.

—Oh, Helen —suspiró.

—No te vas a correr, ¿verdad? —bromeó Helen—. Dime que no te gusta y la devuelvo.

Lana alzó la vista hacia Helen con los ojos vidriosos. Nunca habría imaginado que una joya pudiera hacerla sentir así. O quizá era solo Helen y el amor que sentía por ella.

Helen le puso la pulsera en la mano. —Joder, mira eso. —Le tomó la mano y se la besó—. Te queda preciosa. Tú eres preciosa.

Lana soltó una risita como una niña. —Dios, me encanta.

—¿De verdad?

—Sí. Te quiero —Lana le dio un beso en los labios y luego centró toda su atención en la pulsera de diamantes.

—Quiero comprarte cosas. Quiero mimarte. Quiero cuidarte. Quiero verte feliz —dijo Helen, atrayéndola hacia sí.

Lana la miró y luego volvió a mirar la pulsera, casi con intimidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen, al percibir un cambio repentino en el ánimo de Lana.

Lana se bajó de la cama y se vistió.

—¿Qué he dicho?

Lana fue a su escritorio y se puso a toquetear sin rumbo, tocó la pantalla de la lámpara, la encendió y la apagó.

—Dime —dijo Helen—. ¿Qué he hecho?

—No quiero ser cruel, pero...

—¿Pero qué?

—Si quieres verme feliz, ¿por qué nos escondemos aquí todo el tiempo?

—No nos escondemos.

—Era una pregunta retórica. No podemos seguir así para siempre.

—Nunca dije que fuera a ser así —dijo Helen, y se sentó abrazándose las rodillas.

—Tampoco dijiste lo contrario.

Helen, herida hasta la médula —Lana lo veía claramente—, apoyó la mejilla en las rodillas mientras la miraba.

—Cuando dices cosas así y luego te vas, me pregunto si volverás.

—Cuando dices cosas así —dijo Lana— y te vas a casa, me pregunto si volverás.

A Helen se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó y fue hacia ella. —No digas eso nunca —dijo—, porque sabes que no es verdad. Nunca te haría eso.

—¿No?

—No, te lo prometo.

Lana se dejó caer en sus brazos, sollozando, dándole vueltas a más cosas de las que quería. Un mes era mucho tiempo, y no sabía

cómo serían las cosas ni si cambiarían. Pero algo la atormentaba sin cesar: la sensación de que Helen se le escapaba.

—Ojalá no tuvieras que irte —repitió Helen.

Lana le frotó la punta de la nariz con la suya.

—Entonces ven conmigo. Puedes hacer lo que quieras. Eres Helen Hales.

Helen la besó.

—Hablo muy en serio. Déjalo todo y ven conmigo.

—No puedo hacer eso.

—¿Alguna vez lo harás? ¿Esto es todo lo que somos?

—Sabes que no.

—En realidad no lo sé. —Lana la soltó y fue hacia su maleta, donde empezó a meter ropa—. ¿Sabes? Llevo un tiempo con esta sensación muy, muy adentro. —Se golpeó el pecho con el puño, incapaz de controlar sus emociones; el estrés de lo desconocido se apoderaba de ella—. Quizá debería irme y no volver nunca.

—Lana, no te pongas así, por favor.

—Nunca lo dices —dijo Lana, alzando la voz al tiempo que tiraba una camisa al suelo—. Hablas en clave. Como si no pudieras decir lo que necesitas. ¿O me estás tomando el pelo? ¿Es eso? —Lana se acercó más mientras Helen retrocedía—. ¿Esto es solo un polvo por la tarde y luego vuelves con tu marido y te lo follas a él también?

—¿Qué acaba de pasar? Porque estoy confundida. ¿Por qué te comportas así?

—¿Comportarme cómo? ¿Como si me estuviera volviendo loca? Me estás destrozando, Helen. La mitad del tiempo no sé qué está pasando. No sé ni dónde tengo la cabeza.

—Lana, respira hondo. —Helen avanzó hacia ella, pero Lana retrocedió.

—Me tienes la cabeza hecha un lío. No me gusta. Apenas has vuelto a mencionar lo que te pregunté en el bar. Hablo en serio. No estoy jugando. Esto no es un juego para mí.

—Esto tampoco es un juego para mí, Lana.

Se miraron fijamente; las lágrimas inundaban los ojos agotados de Lana. —Últimamente siento que ya no puedo seguir con esto. Duele demasiado. Ni siquiera puedo mirarte ahora mismo.

—Es lo más hiriente que me has dicho en la vida —dijo Helen.

Lana intentó alejarse, pero Helen la agarró del brazo.

—Lana, por favor.

Lana se soltó y fue a la cocina. Estresada, se pasó las manos por el largo cabello oscuro y alzó la cabeza hacia el techo. Apoyó ambas manos en la encimera mientras las lágrimas caían sobre ella.

—¿Lana? —dijo Helen. Llevaba puesta una de las camisetas extragrandes de Lana, que se ceñía a su figura. Entró y la abrazó por detrás mientras lloraba.

—Perdona por gritarte y por decir esas cosas —dijo Lana, demasiado agotada para seguir discutiendo.

—No quiero hacerte daño —dijo Helen.

—Pero me lo estás haciendo. Si no puedes estar conmigo, ¿puedes decírmelo ahora?

—Quiero estar contigo. Estoy asustada y tengo muchas cosas que resolver.

—¿Tienes dudas sobre mí? —Lana se giró y la miró a los ojos llorosos—. Puedes decírmelo. Puedo soportarlo.

—No tengo ninguna duda.

—Entonces, ¿qué es? ¿Por qué no se lo dices?

—Acabo de decírtelo. Yo...

Lana se apartó de ella con la mayor delicadeza posible, incapaz de asimilar cuánto le estaba haciendo daño Helen.

—¿Podemos dejarlo para después? ¿Podemos hablar de esto cuando vuelvas?

—¿Volver? Lo siento, pero no hay vuelta atrás. Creo que ambas lo sabemos. Aún no me he ido y ya no me apetece volver. No quiero volver. No quiero seguir aquí así.

—Oh, Lana. —Helen se acercó e intentó tocarla, pero Lana cruzó los brazos y se cerró en banda.

Con los labios temblándole, Helen se limpió el hilo de moco que le caía de la nariz a la boca.

—Creo que debería prepararme —dijo Lana.

—Ni siquiera son las diez, pero está bien. ¿Necesitas que te ayude a terminar de hacer la maleta? —preguntó Helen.

—¿Ayudarme a empezar a recoger mi vida? No. Creo que solo quiero pasar un rato a solas.

—¿Quieres que me vaya? —Helen dejó caer los hombros y abrió mucho los ojos—. Quería pasar un rato contigo. Quería llevarte al aeropuerto.

La voz suave de Helen y sus ojos brillantes le provocaron a Lana un nudo en la garganta que apenas podía tragar.

—¿Por favor? —suplicó Helen.

Lana se alejó de ella de nuevo y agachó la cabeza para no tener que verla llorar.

—Bien —aceptó Helen, y miró alrededor de la cocina, perdida y confundida, con las lágrimas corriéndole ya sin control por la cara—. Solo dame un minuto para vestirme y me voy.

Lana miró a Helen, y lo único que quería era abrazarla, así que se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente el frigorífico.

Se quedó allí cinco largos minutos, esperando, preguntándose qué le estaba llevando tanto tiempo.

Cuando fue a su habitación, Helen estaba sentada al borde de la cama, sollozando, con la cara bañada en lágrimas.

—¿Se acabó lo nuestro? —preguntó Helen—. ¿Me estás dejando?

Lana se apoyó en el marco de la puerta, cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—No lo sé.

Helen se levantó, cogió su bolso y fue hacia la puerta. Se detuvo al llegar junto a Lana.

Bastó con que sus hombros se rozaran y sus manos se tocaran para que Lana cediera y volviera a caer en los brazos de Helen.

41

Helen

—POR FAVOR, NO me dejes. Por favor —suplicó Helen, temblando mientras se aferraba a Lana en el umbral del dormitorio. Con Lana no tenía orgullo, llevaba el corazón en la mano y no le importaba.

—Por favor. —La abrazó con más fuerza, temiendo que dejarla marchar fuera el mayor error de su vida, porque sentía que también sería el final para ella. Lo sintió en el momento en que Lana le dijo que se iba a su amado París un par de semanas, que tenía otros trabajos que podía hacer allí, y que su agente quería promocionarla como era debido. Qué egoísta se sentía Helen ahora por haberla acaparado.

—No te voy a dejar —dijo Lana—. Lo siento mucho. No quise decir nada de eso. No quiero que te vayas. —Lana apoyó su frente contra la de Helen—. Solo me frustré. Yo tampoco quiero irme. No quiero estar lejos de ti —dijo llorando.

Helen estampó sus labios contra los de Lana, con los ojos cerrados mientras entraban a trompicones. Helen dejó caer el bolso al suelo, y las manos ansiosas de Lana le arrancaron la chaqueta y la camisa mientras Helen se quitaba la falda y la ropa interior.

Se quedaron mirándose indefensas antes de que Helen le quitara la camiseta a Lana. Le tomó el rostro y la besó mientras la recostaba en la cama. Al mirar los profundos ojos marrones de Lana, Helen podía ver toda su vida con ella. Lana era todo lo que quería, necesitaba y esperaba.

—Te amo —dijo, y bajó a comérsela, chupando y besando su hermoso coño depilado. Los gemidos de Lana, sus gritos angustiados y sus jadeos le dejaron claro a Helen que la deseaba con la misma intensidad.

Hicieron el amor como si no existiera nada más en el mundo. El tiempo no importaba. Helen no tenía que volver a casa y Lana no tenía ningún vuelo que coger.

Y después, mientras yacían en la cama envueltas en sábanas blancas, con la lluvia cayendo fuera, no hacía falta reconocer su total irresponsabilidad ni que acababan de olvidarse del mundo y de todo lo que había en él. Lana perdió el vuelo, y Helen no volvió a casa.

—De acuerdo —dijo Helen. Había algo tan definitivo en cómo lo dijo, en cómo respiró y asintió con la cabeza.

Lana se acurrucó contra ella. —¿De acuerdo qué? —preguntó.

—De acuerdo, se lo diré. Le contaré lo nuestro.

Lana la miró, sin palabras, con los ojos iluminando la habitación oscura.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Helen, pero Lana estaba demasiado atónita para hablar.

Helen se rio. —Voy a decírselo.

—¿Estás segura? ¿Lo dices en serio? —preguntó Lana.

—Nunca he estado más segura. Quiero estar contigo. Quiero que seamos felices. —Helen le acarició la mejilla a Lana y le sonrió—. Quiero ir a sitios contigo y ver cómo se te iluminan los ojos cuando te emocionas. No quiero esconderme más. No quiero seguir haciéndote daño.

Helen se levantó de la cama. Lana se incorporó y la miró atontada mientras se vestía.

—¿Ahora? —preguntó Lana, con un atisbo de sonrisa asomándole en el rostro.

Helen se rio. —Sí, ahora. Ya no hay vuelta atrás. ¿Sabes lo que esto significa?

—Sí. Que no será fácil —dijo Lana, y saltó de la cama para ir hacia ella—. Pero estaré a tu lado en todo momento, pase lo que pase.

42

Helen

CUANDO HELEN LLEGÓ a casa, todavía podía sentir, oler y saborear a Lana. Estaba deseando volver con ella, abrazarla hasta que saliera el sol, amarla, hablar de todo lo que quería hacer con ella y decidir cómo seguirían adelante con sus vidas y con todas las personas importantes para ellas.

Más aún, estaba deseando ver a Katy y Emma y besarlas. Sonrió al pensar en cómo adoraban a Lana y en cómo ella encajaba perfectamente con ellas.

Abrió la puerta principal, se quitó la chaqueta de inmediato y la sacudió para quitarle el agua. La colgó en el perchero, y cuando se dio la vuelta, Jeff estaba de pie en la penumbra del salón.

La estaba esperando, lo notaba. De forma inquietante, la luz del portátil sobre la mesa de centro le iluminaba el rostro, y ella se detuvo, paralizada por el miedo, aunque entró con naturalidad y empezó a quitarse uno de los pendientes. Forcejeó con él mientras se preguntaba por qué el portátil estaba encendido y si Jeff había estado revisando sus cosas.

—Te llamé —dijo él—. No contestaste.

Helen se detuvo. —Lo sé. Lo siento. Tenía las manos ocupadas —dijo mientras seguía intentando quitarse el pendiente.

Cuando lo sacó, lo arrojó sobre la mesa. Todo le resultaba extraño. Normalmente se quitaría los tacones e iría directa a la cocina o al baño. Pero esa noche era diferente; lo veía en la mirada y la postura de Jeff. Tenía las mangas de la camisa remangadas hasta el codo y la corbata aflojada.

—¿Qué quieres decir con que tenías las manos ocupadas? No lo entiendo.

Jugueteó con el otro pendiente. —Necesito hablar contigo. Se lamió los labios agrietados. Despreciaba a la persona en la que se había convertido, pero nunca se había sentido tan libre ni menos atrapada, ahora que estaba a punto de sincerarse con él.

—¿Necesitas hablar conmigo? ¿Por qué no hablas con tu hija? Tuvo una pesadilla de la que no conseguía salir. Sam acaba de acostarla —dijo él.

—¿Sam?

—Hola, Helen. La voz grave de Sam hizo que se le erizara cada vello del cuerpo.

Sam entró en el salón desde la cocina. —Lo siento. Intenté llamarte un millón de veces.

El rostro de Helen se volvió de piedra mientras Sam se acercaba.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Helen.

—No, no ha pasado nada. Katy no podía dejar de llorar, nada más. Ya está bien. Sam miró hacia Jeff. No se había movido.

Algo no encajaba, y por un segundo Helen se preguntó cuál era el verdadero motivo de que su amiga estuviera allí.

—¿Estás bien? —susurró para que solo Helen la oyera. Le puso la mano en el antebrazo y la acercó.

—Estoy bien.

—Bien, pero me voy a quedar un rato por si me necesitas —dijo Sam, arqueando las cejas y asintiendo ligeramente, con los ojos señalando a Jeff detrás de ellas.

—No hace falta.

—Creo que lo sabe, Helen.

—Está bien. Todo saldrá bien, ya verás —Helen sonrió levemente.

—Llámame. Estaré esperando. Sam le dio un beso en la mejilla, le apretó el hombro para tranquilizarla y entró en el ascensor.

Helen y Jeff la vieron marcharse.

—¿Has llamado a Sam? —preguntó Helen, volviéndose hacia él.

—Greta no podía calmarla. No me hacía caso. ¿Qué coño querías que hiciera? ¿Llamar a un desconocido? Ah, claro, a ti te daría igual.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que tus acciones demuestran que esta familia te importa una mierda.

—¿Estás loco de remate? Mis hijas son mi vida.

—No, no lo son. Tu trabajo es tu vida. Siempre lo ha sido. Y por eso las has jodido tanto que ni siquiera te das cuenta.

—Entonces, ¿ahora todo es culpa mía?

—No tenías ningún derecho a ir a ese viaje de negocios a saber dónde. Conocías los peligros y los riesgos. Pero ¿eso te importó? —gritó. Su ataque fue repentino e inesperado; la luz azul del portátil seguía iluminándole el rostro, un rostro convertido en furia en cuestión de segundos—. No, porque siempre eliges tu maldito trabajo por encima de todo y de todos. Y ahora también estás eligiendo a otra maldita cría por encima de ellas. ¿Cuántos años tiene siquiera? Sí, sé dónde estabas.

Estaba rojo, sudando, amargado como nunca lo había visto. —¿Es de esto de lo que querías hablarme? ¿Es esto —arrancó el portátil de la mesa— de lo que querías hablarme?

Se abalanzó sobre ella y le agarró la cara con su mano fuerte, como una venus atrapamoscas que le succionara la vida. Habían discutido antes, pero nunca de forma tan cruel ni tan física.

—Suéltame —gritó ella, impotente e indefensa ante su fuerza y su ira.

—¡Míralo! —gritó él. No necesitaba mirar la pantalla para saber lo que había: una adúltera desnuda en la cama con otra persona.

—Lo siento —logró decir mientras la mano de él le aplastaba la cara y ella luchaba por quitárselo de encima.

—¿Lo sientes, puta asquerosa? ¿Es esto lo que quieres, eh?

Sentía que la mandíbula estaba a punto de rompérsele, y por la mirada diabólica que él le lanzó, habría jurado que iba a escupirle en la cara, pero la empujó.

—¿Es esto? —preguntó—. ¡Respóndeme! —gritó.

—Iba a decírtelo —dijo ella. Y en cuanto pronunció esas palabras, él le lanzó el portátil con todas sus fuerzas. Ella se agachó y el aparato se estrelló contra la puerta. La pantalla se partió por la mitad, pero la imagen de ella y Lana seguía ahí.

Como un hombre convertido en monstruo amenazante, avanzó hacia ella con pasos atronadores.

—¡Mami! —gritó Katy, y entró corriendo en la habitación hacia Helen.

—Katy, no —gritó Greta, pero ella no escuchó.

Jeff estaba a punto de coger a Katy, pero Helen, fiera como una leona, se levantó de un salto y la cogió en brazos. Katy, aterrorizada, se aferró a ella como una lapa.

—Cariño, estoy aquí. Está bien. Estoy aquí. Mírame.

Katy miró a su madre.

—No te vayas, mami.

—No voy a ir a ninguna parte sin ti. Iremos juntas. ¿Quieres ir?

Katy asintió enérgicamente con la cabeza.

—Quiero ir contigo.

—Vamos a buscar a Emma.

Helen se dio la vuelta para irse, pero Jeff la agarró del pelo.

—No vas a ir a ninguna parte, cariño —dijo él, tirándole de la cabeza hacia atrás—. ¿Crees que voy a dejarte salir de aquí con mis hijos? Esto es secuestro, y te prometo que si pones un pie fuera de esa puerta, más te vale que el tiempo que pases con ellos merezca la pena, porque será la última vez que los veas.

Estaba atónita y no sabía qué hacer más que obedecer. La mente se le quedó en blanco al pensar en su poder e influencia, y en cuánta gente tenía comprada. Podía quitarle a sus hijos en un abrir y cerrar de ojos.

Abrazó a Katy y luego la miró.

—Greta, lleva a Katy a su habitación —dijo.

—¡No! —gritó Katy.

—Está bien. Iré a verte. Estaré allí enseguida. Y si no llego de inmediato —le apartó el pelo revuelto de la cara llorosa—, iré en cuanto pueda. Pero te prometo que nunca te dejaré. Siempre volveré. ¿Lo entiendes?

Katy asintió.

—Di que sí, cariño.

—Sí, mami.

Dejó que Greta se llevara a Katy. Ambos se quedaron inmóviles mientras ella se alejaba con la niña en brazos.

Helen se secó la cara. Que él acabara de comportarse de forma tan brutal y violenta delante de su hija mayor resumía lo harta que estaba de él.

—Nunca te perdonaré por eso. Te dejo.

—Ah, no, eso no va a pasar —dijo él, la agarró del brazo y recogió el portátil del suelo. La pantalla estaba partida por la mitad. La imagen se veía algo oscura, pero aún era claramente visible.

—Suéltame, Jeff. O...

—¿O qué? No acepto esto. No puedes dejarnos.

Por primera vez, había cierto atisbo de dolor en sus ojos.

—Ven aquí.

Pero tan rápido como apareció, se esfumó. La sentó en el sofá rinconera y le puso el portátil delante.

—Llámala y dile que se acabó —dijo.

A Helen se le cayó el alma a los pies. Nada había salido como esperaba. Lidiar con semejante bruto, acostumbrado a salirse con la suya por las buenas o por las malas, resultó ser peor de lo que jamás habría imaginado. Quería huir de él y no mirar atrás nunca.

—Helen, si te importa algo tu familia, la llamarás y le dirás que se acabó.

Helen no se movió.

—No puedo hacer eso.

—¡Llámala! —gritó—. O lo haces, o no vuelves a poner un pie en esta casa, y puedes despedirte de nuestros hijos.

Estaba entre la espada y la pared. En ese momento, supo que no podía hacer nada más que someterse a sus exigencias.

—Hola, cariño —dijo Lana, con voz ronca y grave. Aunque la pantalla estaba rota, Helen podía ver los ojos enrojecidos de Lana y que estaba en la cama con el teléfono pegado a la cara, sonriendo.

—No he dormido. Hice algunas llamadas y le dije al resto de mi equipo que llegaría un día o dos tarde, si es que voy. Da igual. Conocen mi visión, así que será fácil llevarla a cabo. O puedes venir conmigo.

Se frotó los ojos y le sonrió dulcemente a Helen.

—Necesito hablar contigo —dijo Helen.

Lana se incorporó y encendió la lámpara.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Lana entrecerró los ojos mirando la pantalla.

—¿Ha pasado algo? ¿Helen?

Helen miró a Jeff de reojo.

—Esto no va a funcionar —dijo.

En la pantalla, Lana se quedó impasible al principio, pero luego se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Cometí un error. No estaba pensando con claridad. Mis hijos me necesitan.

—Lo sé. Nunca me interpondré en eso, Helen.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué dices estas cosas? Acabamos de hablar de esto. ¿Qué ha cambiado?

Lana hizo una pausa y miró a Helen.

—Por favor, no me hagas esto. Por favor, te lo suplico. Sé que tienes miedo. Y está bien. Lo entiendo.

—No tengo miedo, Lana. Se acabó. He tomado una decisión. No... —Helen apartó la mirada de la pantalla por un segundo, con el corazón destrozado por Lana—. No me llames más.

—Helen, por favor —sollozó Lana.

—No me escribas. Y no intentes ponerte en contacto conmigo.

—Esta no eres tú.

—Aléjate de mí —dijo Helen.

—No lo haré.

—O me veré obligada a pedir una orden de alejamiento.

—¿Qué? ¿De verdad me estás haciendo esto? —preguntó Lana—. Sabía que no debería haberte dejado ir.

—Adiós, Lana. Lo siento.

—Helen, espera. Por favor, Helen. Te amo.

Tras esas últimas palabras, Jeff colgó y cerró el portátil.

Sin decir nada más, Helen se levantó y, como un zombi, fue hasta el baño. Se sentó en el suelo a llorar, a planear, a pensar, durante lo que le parecieron horas, hasta que Jeff abrió la puerta.

Se secó las lágrimas y lo miró.

—Pensé que podría, pero la verdad es que ya no puedo seguir con esto. Es una mentira —dijo, y se levantó sin poder quitarse a Lana de la cabeza. La pobre chica quedó destrozada cuando Helen le soltó todas esas mentiras. Ahora se arrepentía.

—Si me quedo, las cosas nunca irán bien. No puedes quitarme a mis hijas. Jamás lo permitiré. Lucharé contra ti hasta la muerte si hace falta. Y pensar que las usaste en mi contra... me decepciona y me destroza.

—Te dejará en cuanto se canse de ti, vieja de mierda. Ojalá nunca hubieras salido de esa isla.

—Ojalá no me hubiera casado contigo, sabiendo que no debía.

43

Helen

—¡LANA! —Empapada, Helen aporreaba la puerta del apartamento de Lana. Desde que se había marchado hacía unas horas, la lluvia había arreciado, y aunque creía que disimulaba sus lágrimas, Briggs, probablemente por segunda vez desde que trabajaban juntos, le preguntó si estaba bien. La primera vez fue cuando tuvo a Katy y volvió al trabajo, hecha un desastre. No estaba bien entonces, y desde luego que no lo estaba ahora.

—¡Lana! —Helen intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave—. Por favor, abre. Lo siento. Tenías razón, estaba asustada y me estaban amenazando. Tuve que hacerlo —volvió a golpear la puerta.

—Lana, abre la maldita puerta antes de que la tire abajo —gritó, y la pateó—. ¡Lana! —La pateó de nuevo.

Por fin, la puerta se abrió, pero quien estaba allí no era Lana. Era Kevin con una bata negra, el pelo azul eléctrico revuelto y la mirada confusa.

—Hola —dijo Helen, y entró sin que la invitaran.

—Buenos días, Helen. Adelante.

—¡Lana! —bramó, pero se detuvo en seco al ver el estado del salón. Los cojines estaban tirados por el suelo junto con el mando de la consola, un jarrón hecho añicos, agua y flores marchitas.

Helen se llevó la mano a la boca mientras se dirigía hacia su habitación.

—No está aquí —dijo Kevin, deteniéndola en seco—. Y me alegro de que no esté, porque la dejaste destrozada.

Ella se volvió hacia él.

—Ya te dije que eras mala noticia.

—Son las cuatro de la mañana. ¿Dónde está?

—Se fue. Esto no es propio de ella. Nunca haría algo así, pero me alegro por ella.

Preocupada, Helen se acercó a él.

—¿Está bien? ¿Puedes decirme dónde está, por favor? Necesito verla.

—No creo que verte sea lo que necesita ahora mismo. Ya la has hecho sufrir bastante. No tienes ni idea de lo que le hiciste. Déjala en paz, deja que se recupere.

Helen lo observó un momento.

—Sé que eres su mejor amigo, pero no tienes ni idea de lo que hemos pasado ni de lo que está pasando.

Con el rostro serio, señaló la puerta principal.

—Sé lo suficiente, y sé que tienes que irte.

—¿Entonces no me lo vas a decir?

—¡No! La jodiste bien.

—No es verdad. Estoy aquí, ¿no? —preguntó, suplicándole—. Cometí un error, Kevin. La quiero. Acabo de dejarlo todo por ella. He dejado a mis hijas en casa, he dejado a mi marido —dijo.

El lado sensible de Helen era algo que solo unos pocos tenían el privilegio de presenciar. Nunca en su vida pensó que Kevin llegaría a ser uno de ellos. Siempre que lo veía en el trabajo, pasaba de largo sin mirarlo, con la mente siempre a tope, interactuando solo con quienes eran imprescindibles para sus objetivos.

—¿Lo hiciste? —preguntó él.

—Pues claro que sí.

—Me dijo que la dejaste tirada. Estaba hecha polvo.

—¿Y la dejaste irse así?

—No podía hacer nada —se cruzó de brazos, pensando en ella.

—¿Puedes decirme dónde está?

—Se fue a París, a la boda.

—Pero perdió el vuelo —dijo Helen, mirando el reloj.

—Sabes que se pueden cambiar las fechas del vuelo, ¿no? Dime que lo sabes.

Helen ignoró su tono de suficiencia.

—¿Hace cuánto que se fue?

—Hará una hora, más o menos.

—Te llamaré, y más te vale contestar —dijo Helen, y salió disparada.

***

Cascadas de luz solar se filtraban por los grandes ventanales, bañando el vestíbulo del Château de Chantilly con un resplandor cálido y etéreo. Los ecos de la ceremonia nupcial recién concluida

aún resonaban en el aire, mezclándose con la emoción contenida de los invitados que habían ido llenando el lujoso espacio.

En medio de tanta grandeza, el centro de atención se había desplazado y ahora estaba fijado en Lana, que orquestaba cada momento con meticulosidad. Con un gesto ensayado, componía una escena, indicando a los recién casados que intercambiaran una mirada cómplice, capturando su amor en aquel ambiente teñido de ámbar.

Trípodes y equipos de cámara se erguían como centinelas, cada pieza una herramienta para inmortalizar momentos. Los invitados, aún envueltos en la emoción de los votos recién pronunciados, seguían los gestos elegantes de Lana.

Cuando Lana se volvió, Helen contuvo el aliento ante una belleza tan abrumadora que sintió como si el tiempo se hubiera detenido por un instante.

—Lana —articuló Helen, y sonrió cuando sus miradas se cruzaron.

Lana se quedó paralizada, el cuerpo rígido, y le lanzó a Helen la misma mirada que le había dirigido un par de noches antes, cuando hicieron la videollamada a instancias de Jeff. Una mirada de absoluta devastación.

—No —dijo Lana, retrocediendo y negando con la cabeza, incapaz de creer que fuera Helen—. No.

Aturdida por el dolor, retrocedió tambaleándose, causando cierto revuelo entre algunos invitados y su equipo.

—¡Lana! —gritó Helen mientras Lana huía.

Salió corriendo tras ella, con el vestido rosa ondeando a su espalda como una cinta vibrante en el viento.

La siguió por un pasillo y dobló la esquina justo a tiempo de verla entrar en una habitación y cerrar la puerta.

—Lana, por favor, no me dejes fuera —dijo Helen, apoyando la cabeza contra la puerta de madera. Llamó suavemente—. ¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo.

Lana no respondió.

—Siento haberte hecho daño como te lo hice. No fue mi intención. Todo lo que dije sobre querer estar contigo iba en serio. Y

sigue siendo así. ¿Puedes abrirme, cariño? —preguntó Helen, y esperó, pero no obtuvo respuesta—. ¿Cariño?

Con el aliento contenido, Helen aguzó el oído esperando que Lana se moviera dentro, pasos, la puerta abriéndose, cualquier cosa, pero nada.

Con cada segundo que pasaba, Helen perdía la esperanza. Miró a la gente que pasaba y la observaba mientras ella suplicaba con lágrimas en los ojos.

Apoyó la cabeza contra la puerta de nuevo y llamó suavemente. —Me quedaré aquí fuera toda la noche si hace falta —dijo—. Dormiré en tu puerta, pero no pienso irme hasta que hable contigo.

De repente, la puerta crujió, se abrió lentamente y Lana apareció en el umbral. Helen tuvo que hacer acopio de toda su fuerza y voluntad para no estrecharla entre sus brazos y huir con ella a un lugar que solo ellas conocían.

—Hola —dijo Helen.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Lana, lo que desconcertó a Helen. Parecía enfadada cuando Helen esperaba felicidad—. Estoy trabajando. Esto es el trabajo.

Lana miró detrás de Helen y vio una pequeña multitud que se estaba formando. Como odiaba ser el centro de atención, tiró de Helen hacia dentro y cerró la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí?

—Sabes perfectamente qué hago aquí.

Lana todavía no podía creer que fuera Helen. La miró de arriba abajo.

—Me dijiste todas esas cosas. Me hiciste un daño de la hostia. ¿Y ahora qué? ¿Vienes a disculparte para quedarte tranquila y poder pasar página?

—No —dijo Helen, incapaz de decirle a Lana lo disparatado que sonaba todo aquello.

—Que te presentes aquí así me demuestra lo egoísta y mezquina que eres en realidad.

—No era mi intención.

—¿Entonces qué? —espetó Lana, cruzándose de brazos mientras la rabia pura sustituía al dolor—. ¿Por qué coño estás aquí? ¿Para

llevarme de vuelta a mi apartamento y seguir usándome?

—¿Eso es lo que piensas de mí? —preguntó Helen—. ¿Después de todo lo que hemos pasado juntas?

Lana dejó caer los brazos y, cuando habló, mostró sus verdaderos sentimientos. Estaba herida.

—Dijiste todas esas cosas.

Bajó la mirada al suelo, reviviendo aquel momento.

—Dijiste que habías cometido un error. Dijiste adiós. Te fuiste.

Alzó la vista hacia Helen.

—No era yo la que hablaba. Debería haber sido más fuerte. No debería haber dejado que me asustara así. Amenazó con...

Ahogó un sollozo.

—Amenazó con quitarme a mis hijos. Pero te juro que no voy a permitir que eso ocurra.

Lana retrocedió mientras asimilaba rápidamente lo que había sucedido.

—¿Hablas en serio? ¿Dónde están ahora?

—Están en casa de mis padres.

—¿Están bien? —preguntó Lana.

Helen asintió.

—Sí. Y estoy aquí —dijo, con el alma al descubierto—. Lo he dejado por ti.

Abrumada por lo que estaba pasando, Lana se encogió sobre sí misma.

—Lana, por favor. Te quiero. Quiero quererte mientras viva. Quiero que estemos juntas como antes, como si no existiera nadie más en el mundo. Si quieres que me vaya, me iré. Pero lucharé por lo nuestro hasta el día en que me muera.

Los brazos de Lana cayeron a los lados.

—¿Has venido hasta París para decirme esto? —preguntó, parpadeando despacio, débil y sin aliento.

—He venido hasta París por ti. Haría cualquier cosa por ti. Y habría ido al fin del mundo y más allá porque te quiero.

Helen esperó mientras la esperanza seguía desvaneciéndose y Lana permanecía inmóvil. Cuando creyó que le había dado tiempo

suficiente y se giró para marcharse, Lana la atrapó en el abrazo más intenso, sus cuerpos fundiéndose en uno solo.

—Yo también te quiero —dijo Lana, riendo y llorando de alegría a la vez—. Te quiero como si estuviéramos en aquella isla otra vez y no supiéramos si viviríamos para ver un nuevo día.

—¿Sí? —preguntó Helen con la frente pegada a la de Lana.

—Sí. No me sueltes nunca más.

—Jamás.

THE END

Did You Enjoy This Book?

If you enjoyed the series **Stranded**, *Helen and Lana's Journey*, please feel free to leave a review on Amazon. I will greatly appreciate it.

Thanks a million.

More Books by Christine Waters

For all books, click here to visit my store.